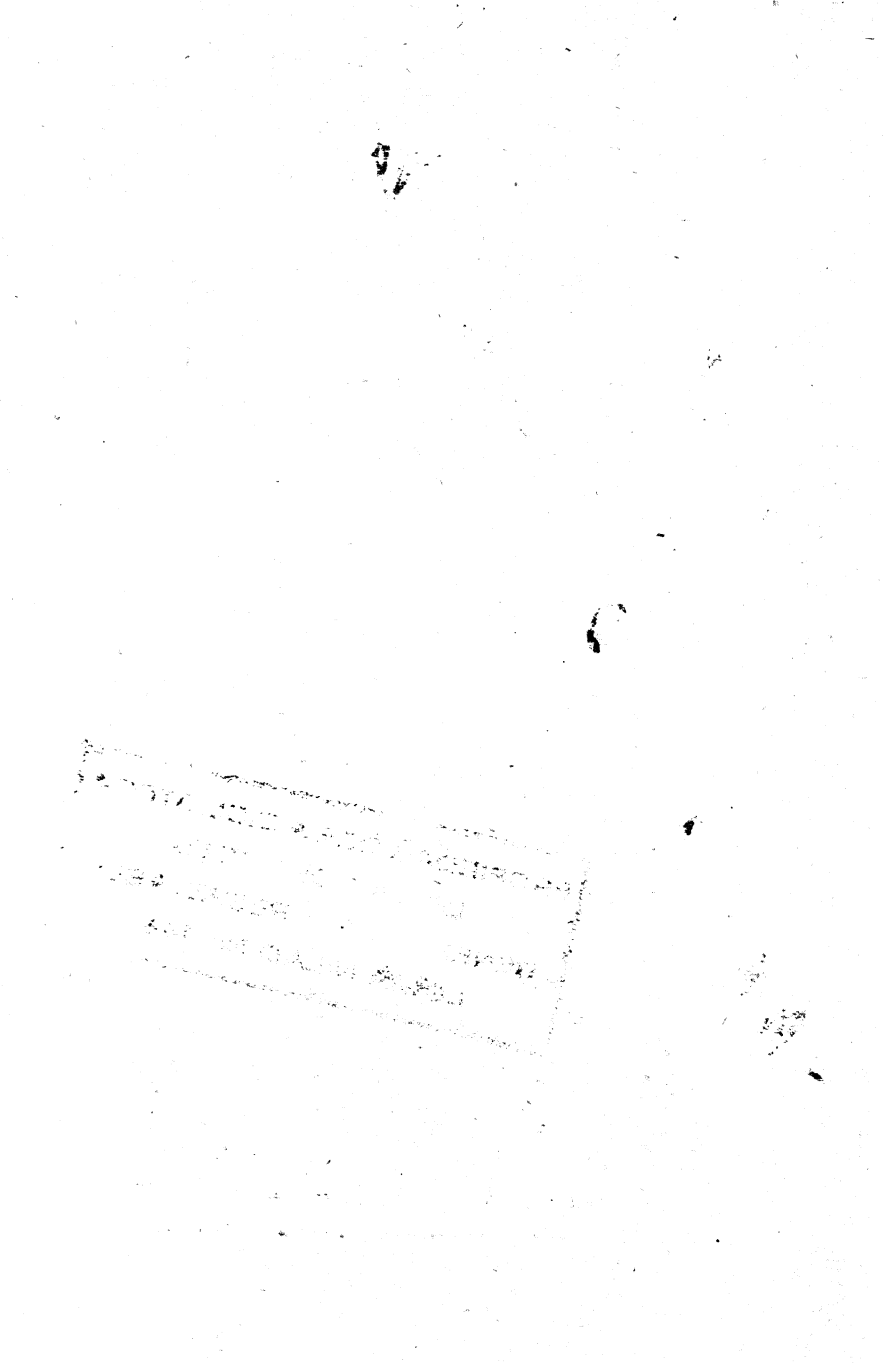
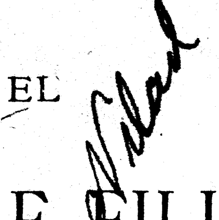
EL DESASTRE FILIPINO

EL DESASTRE FILIPINO





EL DESASTRE FILIPINO

MEMORIAS DE UN PRISIONERO

POR

Carlos Ría-Baja

BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA HERMANOS Y RUSSELL

Ronda Universidad, 6; Teléfono 861

1899



Carlos Ría-Baja

A sus compañeros de infortunio y que no han tenido la suerte de librarse del yugo odioso de los filipinos, les dedica este libro,

El Autor

Las primeras cuartillas

Empiezo estas cuartillas afligido por la suerte que haya podido caber á mi querida patria, emocionado ante la enormidad de la hecatombe, vislumbrando por todas partes negruras y abismos insondables, sin ver en redor mío más que desolación y desgracias sin cuento, pensando en los míos, cuyos gemidos paréceme oirlos repercutir como fatídicos sones en mis oídos desde lejanas tierras, no escuchando más á todas horas, que ayes de heridos y noticiones de relumbrón y sin poder conseguir que llegue á mi mente un rayo de luz que ilumine el camino erizado de obstáculos que he de seguir en el porvenir.

No extrañen, pues, los que me lean, si al través de estas páginas ven exagerada la nota pesimista, la única que desde mi prisión en San Fernando de la Pampanga, puedo transcribir al papel, dado el estado moral en que me encuentro, por los sucesos que he visto desarrollarse en tal forma, y tan rápidamente, que al darme cuenta exacta de lo que ocurría, y al

querer reflexionar acerca de las consecuencias que pudieran acarrear, no pude encontrar solución favorable que aminorara mis temores y que esclareciera mis dudas, y ví sólo como inevitable, la confusión más espantosa, el caos.

*
* *

Considerado como prisionero de guerra, aquí vivo con mi amigo del alma, D. Juan Roche, en una casuca de tablas exteriormente, revestido el techo de hoja de nipa, repleta de heridos habidos en los diferentes combates que las columnas de los comandantes Llanos y Flandes sostuvieron con el enemigo, siempre en mayor número y parapetado, en los días anteriores al de aquel triste 10 de Julio, en que se rindieron, en vista de que no se podía hacer frente, sin comprometer las vidas de todos, á enemigo tan astuto y traicionero. Y aquí vivimos, aislados por completo del mundo exterior, puesto que no llega á nosotros un papel impreso que nos diga lo que pasa más allá de Manila, ni las noticias que recibimos son dignas de crédito, siquiera sean dadas por los mismos de quienes hemos sufrido la traición más grande que registra la historia de los pueblos.

Mas no importa: cumplimos con nuestro deber estando al lado continuamente de los que tan generosamente han dado su sangre por defender el honor nacional, y aquí permaneceremos mi amigo y yo, mientras la situación actual no tome otros derroteros, ó mientras no vuelvan sobre el acuerdo de tenernos bajo su dominio, según marcan las leyes de la gue-

rra, los que de modo tan ignominioso nos han obligado á rendir nuestro pabellón.

¿Y qué cumplimiento de las leyes se le puede exigir á un pueblo sin civilización, que no sabe dar solución á cualquier asunto por insignificante que sea, y que al rendir una plaza, de lo único que se ocupan es de robar cuanto encuentren á los defensores de ella, después de haber firmado un acta en la que se hacía constar que se respetarían, además de las vidas, todos los bienes de propiedad particular? No puedo recordar esto sin que estalle en indignación contra aquellos foragidos que ni siquiera supieron respetar el derecho de gentes, el cual para ellos, al parecer, no existía, desde el momento que se hacían dueños de una plaza.

Eran las once de la mañana del día diez de Julio; había terminado ya la entrega de armas á una comisión de Jefes y Oficiales que habían llegado del campamento enemigo con aquel objeto.

Los heridos y enfermos, y el personal sanitario, habían ocupado el convento como edificio más apropiado para establecer allí el hospital de sangre, mientras los demás oficiales se alojaron en otras casas del pueblo contiguas al convento y en el edificio que servía de Gobierno civil de la provincia, quedaban establecidas las oficinas del nuevo Gobierno, que desde aquel triste día, venía á regir un territorio hasta entonces nuestro. Todos permanecíamos tranquilos y quietos en nuestros puestos, esperando con verdadera ansiedad el instante en que se diera entrada en el pueblo á la chusma insurrecta y salvaje, pues era

aquel momento el decisivo de nuestra suerte ; y á las once aproximadamente de la mañana, vimos de pronto aparecer por las calles que iban á desembocar á la plaza, invadiéndola en medio de infernal griterío, bandadas enormes de aquellos salvajes, desnudos unos de medio cuerpo arriba, cubriendo otros las sucias carnes con guiñapos asquerosos y blandiendo todos el *bolo* en su mano derecha, cual podría haberlo hecho un ejército de bárbaros que no tuvieran más idea que la del crimen, ni reconocieran más autoridad que la de la fuerza. Me es imposible pintar con todos los horrores de la realidad el cuadro que se presentó á nuestra vista y hacer comprender á mis lectores la sensación que experimentamos todos, mezcla de tristeza y de coraje; pero al pensar en que aquellos podían ser los últimos instantes de nuestra vida, y al acordarnos al propio tiempo que en lejanas tierras lloraban nuestra ausencia, se crispaban las manos y rechinaban los dientes de rabia porque nos considerábamos impotentes contra las turbas de salvajes que así, de modo tan inícuo, hollaban nuestro honor y nuestra dignidad, y sin darnos cuenta de ello nos palpábamos la ropa y mirábamos en redor nuestro, buscando un arma con que matar, que nos hiciera fuertes contra enemigo tan osado; y sólo entonces, volvíamos de nuevo á la realidad, recordando que se nos había despojado de nuestras armas algunas horas antes, y decaía el ánimo, y apartábamos la vista de aquel cuadro, sintiendo oprimirse nuestro corazón y procurábamos alejar de la mente la fatal idea, recayendo en el marasmo, en la inacción más completa.

Pasados los primeros momentos de ansiedad y estupefacción, vinieron los verdaderos desmanes, los actos de rapiña de aquella gente sin nombre, puesto que no hay en el diccionario calificativo apropiado con que apellidarlos. Se diseminaron por las casas donde se habían alojado los oficiales, y sin pedir permiso cogió cada uno lo que quiso ; unos se apoderaban de las monturas, mientras otros se hacían dueños de los caballos de los oficiales, que presenciaban en silencio tan vergonzosa operación, y al mismo tiempo que unos y otros estaban entretenidos en ese despojo, algunos, se encargaban de recoger las gorras, los impermeables, los trajes de rayadillo, el dinero, las maletas... No cabe ya mayor martirio por parte nuestra, ni mayor desfachatez por parte de ellos.

Un grupo entró en el convento á hacer iguales operaciones con los oficiales heridos, pero pronto se puso coto á aquellos desmanes, porque una queja de mi amigo Roche al que se titulaba general Macabulos, hizo que no siguieran en sus proyectos de despojar á los heridos y enfermos de los objetos de su propiedad particular.

Tras de aquello siguió la calma relativa ; pues ya el despojo de los demás objetos no lo hizo la chusma, la canalla, sino que fueron directamente los que se titulaban oficiales del Katipunan, los cuales entraban en una casa donde vivían varios oficiales de nuestro ejército, saludaban con mucho cumplimiento, se sentaban, miraban distraidamente si había algo que les conviniera, y acto seguido se levantaba uno, cogía aquello que le había llamado la atención, y dirigién-

dose á los oficiales decía: ¿Quieren ustedes regalarme ó venderme esto? á lo cual contestaba el oficial nuestro: Está á su disposición; y sin aguardar más, el otro, daba las gracias, cuando las daba, y se hacía dueño de ello.

El improvisado general Macabulos, de quien me ocuparé con más detención en otro capítulo, había ordenado que los oficiales del ejército español reducido á sus fuerzas, podían trasladarse á cualquiera de los pueblos de la Isla de Luzón conquistados por ellos, lo mismo que los empleados civiles; pero tanto éstos como aquéllos, andaban perplejos, sin acordar nada en definitiva, pues nadie podía saber donde había mayor seguridad personal, hasta que los capitanes de algunas de las compañías de cazadores determinaron abandonar los soldados y marcharse ellos á San Fernando de la Pampanga, punto desde el cual se podía entrar en Manila más pronto por su proximidad á esta plaza. Unicamente el Gobernador civil de la provincia, D. Federico Jaques, ex médico mayor del Cuerpo de Sanidad Militar y uno de los protagonistas de la rendición, acordó trasladarse con su familia á Gerona, pueblo cercano á Tarlac, en cuyo punto vivía una familia inglesa, y por lo tanto podría acogerse al pabellón inglés, en caso de que los sucesos tomaran de pronto mal cariz para nosotros.

Quedaban en Tarlac, además del personal sanitario y de los heridos y enfermos, el comandante Flandes, el teniente D. José María Orellana, y el capitán y los oficiales de la Guardia civil.

Mas la permanencia de los enfermos y heridos en

Tarlac se hacía cada día más difícil, pues faltos de medicamentos y extenuados por la insuficiente alimentación que les facilitaba el titulado general Macabulos, todos nuestros sacrificios en favor de ellos, resultaban ineficaces para combatir el estado cada día más abatido de aquellos ochenta infelices.

Hay que advertir que al propio tiempo que los *oficiales del Ejército Dictatorial,* como de modo tan retumbante se llamaban, nos despojaban á nosotros de todo cuanto se les antojaba; otros, que se decían dueños de las camas que ocupaban los heridos y enfermos, se apoderaban de ellas, y éstos, tuvieron que acomodarse, unos en las camillas que había disponibles y otros en el suelo. Y con esto, basta para comprender que nuestra situación allí se hacía insostenible, y por consiguiente, solicitamos ser trasladados á San Fernando de la Pampanga, el día 22 de Junio, doce días después de la rendición de Tarlac.

En San Fernando, después de alojarnos como digo al principio de este capítulo, pudimos conseguir que se nos facilitaran algunos medicamentos, aunque no todos los que necesitábamos, pues las farmacias habían quedado escasas de recursos por el mucho tiempo que llevaban de incomunicación con Manila; y además, que se diera á los enfermos y heridos, por toda alimentación, un rancho de arroz y tocino.

Así empieza mi cautiverio, y en tales condiciones doy principio á estas páginas de dolor, verdaderos pedazos del alma unas veces; apóstrofe para los traidores que han contribuído á nuestra ruina, otras; oda ensalzada al heroísmo, en ocasiones; ó elegía dirigida

al cumplimiento del deber y al sacrosanto honor militar; pues de todo esto, verán ejemplos los que tengan conmigo la benevolencia de leer hasta la última página de este libro, siquiera sea el único medio de poner en claro hechos que hasta hoy aparecen confusos, y de dar á cada cual lo suyo.

Si lo consigo, tengan la completa seguridad mis lectores que doy por bien empleados los horrores sufridos en mi cautiverio, y á todos quedará reconocido

El Autor

San Fernando de la Pampanga, 7-9-98.

EL DESASTRE FILIPINO

Capítulo I

La paz de Biaknabató

« La paz es un hecho », decía un diario de los de mayor circulación, inspirado en los telegramas oficiales que se recibían de Filipinas en aquellos días de Diciembre del 97, dando cuenta de la presentación de Aguinaldo y demás cabecillas de importancia. Y el pueblo español, que ha demostrado siempre ser impresionista hasta la exageración y que no escarmienta nunca, aunque sufra desengaños de continuo, impresionado favorablemente por la noticia grata que corrió de punta á punta de la Península y entusiasmado por la idea de que el entonces Capitán general del Archipiélago D. Fernando Primo de Rivera, había sabido dar fin á una guerra que tantos hombres y tanto dinero costaba de dos años á aquella parte, organizó fiestas en su celebración; los periódicos pidieron para el citado general una recompensa honrosa con que premiar los trabajos y sacrificios puestos en práctica por él para la terminación de la guerra, y por otra parte, las madres, las esposas y las hermanas

de los que consumida su salud, daban hasta la última gota de su sangre por mantener incólume el pabellón y la integridad del territorio en aquel clima, tan traicionero y en aquellas ingratas tierras, pusieron el grito en el cielo deshaciéndose en alabanzas al invicto General. En fin; en los cafés, en los teatros, en el paseo, en todas partes, fué la conversación habitual y en términos entusiastas; España llenóse de regocijos y de fiestas durante aquellos días de alegría, por desgracia pasajera, y hablóse de hacer grandiosos recibimientos á las tropas que regresaran de Filipinas, que tan bien habían sabido batirse y con tanta abnegación dar su vida por la patria.

Mas todo eso no tiene nada de particular, pues era lógico suponer que al recibir la noticia en España, ésta demostrara de modo ostensible, la grata impresión que tan fausta nueva le producía, mucho más no pudiendo como no podía cerciorarse en el acto de la veracidad de un hecho que ocurría á más de tres mil leguas de distancia y que estaba abonado por los telegramas puestos á los diarios de gran circulación por sus corresponsales particulares en Manila, los cuales no podían telegrafiar nada á sus respectivos periódicos, sin la previa censura del Capitán general. Pero lo que en realidad llamó la atención de los que nos encontrábamos allí y sabíamos el estado de la insurrección, fué el hecho de que los periódicos de Manila sabiendo á ciencia cierta lo que ocurría y del modo que había sido tramada la cosa entre el General y Aguinaldo, quisieran convencer al público de que gracias á las dotes militares del Capitán general don Fernando Primo de Rivera, se había llegado á una paz honrosa y que el país, volvía desde entonces, al aspecto de las épocas anteriores á la insurreccional.

Se dirá por los que quieran defender á esa prensa imbécil y *pancista*, que era imposición del propio Capitán general, pero á los que tal digan les contestaré

yo que cuando la prensa es prensa, y cuando se trata de un hecho de la gravedad y de la importancia de aquél, del cual dependían en un momento dado la tranquilidad de la madre patria, debe decirse la verdad por encima de todas las imposiciones, y, en último resultado, caso de no querer decir la verdad, porque la cobardía de esa prensa llegue á extremo tan odioso, antes que faltar á ella, debiera haberse callado. ¿Qué hubiera podido ocurrir en el caso en que la prensa de Manila hubiese dicho de modo claro y terminante la verdad de los hechos? El Capitán general haciendo uso indebido de sus omnímodas facultades, podía decretar la suspensión de dichos periódicos, pero esa suspensión duraría lo que pudiera tardar en saberse en España, pues la prensa de gran circulación, abogando por sus buenos compañeros de Manila, y apoyada por la opinión pública, la cual protestaría en masa del atropello llevado á cabo por el General en Jefe del ejército de Filipinas, le hubiera obligado á éste á levantar la citada suspensión y España hubiera relevado acto seguido al que con trama tan burda intentaba engañarla. Y si por otra parte la prensa de Manila por no atreverse á ponerse en frente del Capitán general, hubiera acordado no decir una palabra de lo referente á la paz, este silencio, hubiera sido lo bastante significativo para que los periódicos de la Península averiguaran lo que ocurría y pusieran en antecedentes á la opinión ávida de noticias, pero de noticias verdad, no de las que circulaban en aquellos días como tales y no lo eran.

Cualquiera de los dos medios que hubiera sido puesto en práctica por la prensa de allí, hubiéranle apoyado el público y la prensa de España incondicionalmente y este apoyo redundara en su prestigio, del cual han andado bien escasos siempre los periódicos de Manila.

Pero no lo hicieron así, sino que con el objeto de

asegurar el *comedero*, siguieron el procedimiento que habían seguido hasta entonces, de la alabanza ruín y servil y del bombo injustificado, por el mero hecho de tratarse de una persona de influencia ó de una autoridad, como si en Filipinas los que ejercían cargos de importancia fueran infalibles, cuando todos sabemos que se equivocaban, desgraciadamente, muchas veces. Y nó se conformaron con eso sino que llevaron su servilismo al extremo de iniciar una suscripción para regalar al General Primo de Rivera la Gran Cruz laureada de San Fernando que el Gobierno le había concedido, la cual suscripción, ascendió á más de 60,000 pesos, cantidad que D. Fernando, aceptó, según dicen, días antes de embarcar para la Península después del levantamiento de Zambales y parte de la provincia de Pangasinán, es decir: después de acaecer el hecho que más palpablemente vino á demostrar á los ojos del público, que la paz firmada en Biaknabató, no había sido sino una forma más ó menos vistosa de satisfacer egoísmos personales, que en último resultado no conducen á nada práctico.

Lástima grande que uno de los periodistas que más *bombo* dieron al general Primo de Rivera, fuera Rafael Comenge, quien goza en la Península de fama bien fundada y que en Filipinas no tenía más mérito literario, ni gastaba su pluma en otra cosa que en ponerse siempre al lado de los que pudiera él necesitar para sus fines particulares. Supongo que no se le habrá olvidado á Comenge el mal efecto que causó entre el público sensato é imparcial, lo mismo que entre el elemento militar, la idea lanzada por él en un artículo suyo, de hacer un regalo á la viuda de Cánovas del Castillo. Pues, un efecto parecido causaban la mayor parte de sus artículos encomiásticos, al propio tiempo que á los que le conocíamos, aunque no fuera más que de oídas, y sabíamos de lo que él era capaz, literariamente hablando; nos producía honda sensa-

ción de disgusto al ver á un hombre de su talento metido á desfacedor de entuertos y protector de los que no merecían por ningún concepto ser protegidos por nadie.

Había que ver á Comenge constituído en autoridad en el « Casino Español », de Manila, del cual era Presidente, rodeado de una porción de adulones, de los que tanto abundaban desgraciadamente en Filipinas, y dándose aire de sabihondo y humanitario. Siento no poder citar ninguna de las muchas veces que yo le he oído en la terraza del Casino, vituperar hechos del general Primo de Rivera, que á los pocos días aparecían ensalzados en *El Comercio*, bajo su propia firma.

En fin: Rafael Comenge, era uno de los muchos españoles que, protegidos por la política, fueron á Filipinas á *vivir en el país y sobre el país.* Y con esto basta y sobra para dar una idea de quien es, y de los *beneficios* que habrá reportado á esta colonia española.

Hecho este paréntesis de Comenge, impuesto por la índole del libro, seguiremos hablando de la tan cacareada paz de Primo de Ribera.

Me encontraba yo en Nueva Ecija cuando se firmó el tratado de Biaknabató, y no puedo por lo tanto detallar como quisiera los festejos que se celebraron en Manila en conmemoración de aquél, pero sé por la prensa, que en aquellos días, hubo grandes iluminaciones y fiestas: como carreras de caballos, regatas, funciones extraordinarias en el Circo y en el Teatro Zorrilla y bailes en las casas principales.

Y mientras esto ocurría en Manila, en Nueva Ecija, en Bulacán, en Batangas y en otras provincias, era una temeridad ir solo por los caminos de unos pueblos á otros, porque de continuo se recibían noticias de asaltos, robos y asesinatos cometidos en dichos puntos, por los que hasta entonces habíamos llamado

insurrectos, y que después de firmada la Paz, se llamaron, porque así le parecía al Capitán general, *tulisanes,* malhechores, gente de mal vivir.

Poco después de celebrarse en Manila las fiestas por la Paz, en todas las capitales de provincia, se cantó el *Te-Deum* por el mismo motivo, y en los pueblos hubo también días de fiesta y de algazara; y entonces precisamente, por aquellos días, se dieron casos de ataques á destacamentos como el de voluntarios de San Antonio (Nueva Ecija) y el de Mangatarén (Pangasinán); este último había sido atacado el día 17 de Diciembre, y volvió á serlo el 5 de Febrero.

En San Isidro, se celebró con carreras de cintas, cucañas y bailes en el Gobierno civil y en casa del Capitán municipal, durante los últimos días de Enero. Por cierto que no se me olvidará nunca las atenciones que, tanto conmigo como con el elemento militar y colonia oficial, tuvo el entonces Gobernador, Dupuy de Lome, luego prisionero de guerra, como premio á la intachable conducta por él observada, mientras estuvo al frente del Gobierno civil de aquella provincia.

En Gapán, Peñaranda y otros pueblos de Nueva Ecija, celebráronse también en días sucesivos, fiestas por la terminación de la guerra.

En fin, entre alegrías y algazaras vivíamos en Filipinas, sin preocuparnos para nada de la suerte que podría caberles al sin fin de destacamentos pequeños, sin protección de nadie, ni auxilio posible, situados algunos de ellos en el monte, entre bosques casi impenetrables; y lo triste y sensible era que la mayor parte no lo comprendían así influídos por la política del Capitán general, y los que en realidad lo comprendíamos y veíamos claro las cosas, no nos era dable demostrarlo, porque se hubiera tomado por miedo, lo que no eran más que temores, bien fundados, por cierto.

Claro que la gente de los pueblos se mostraba amable y servicial con los peninsulares, pero como la

hipocresía y la traición son cualidades que poseen los hijos del país en alto grado, mientras nosotros recibíamos toda clase de atenciones y éramos, al parecer, queridos entre los indígenas, éstos seguían haciendo propaganda, observaban todo lo que ocurría y tomaban notas importantísimas para el porvenir, pues hemos tenido el defecto lamentable de darles siempre confianza sin límites, y ni por asomo se nos ocurría entonces tener la precaución de no hablar de nuestros proyectos, de los planes de nuestros generales, de lo que pensaba el Gobierno, de las reformas que aquí se implantarían más adelante, etc., etc.; y como es natural, todo esto había de sernos muy perjudicial en época no lejana.

Y lo peor del caso es que, mientras ellos preparaban en silencio el golpe fatal, la traición, que nos ha traído á este estado de cosas, nos creíamos vivir en el mejor de los mundos conocidos, y tratábamos á los mismos que fraguaban el engaño, como nuestros iguales, como amigos de toda la vida.

De paso para la provincia de Tarlac, estuve en Manila los días 20, 21 y 22 de Febrero del 98, y en verdad que á juzgar por el aspecto y la animación que pude observar en los paseos, en los cafés, en los teatros, y por las conversaciones que en los corrillos del *mentidero* de la Escolta se escuchaban, bien se podía asegurar que en Filipinas se disfrutaba de una paz octaviana; pero una paz de igual clase á la de aquella que, según telegrama de Primo de Rivera, se gozaba cuando llegó él al Archipiélago, en Abril del 97.

En Manila nadie pensaba ya en la campaña; los periódicos al propio tiempo, casi no se ocupaban de otra cosa que de ensalzar al Capitán general, á quien ya habían dado en llamar el *Pacificador* de Filipinas, y en indicar el modo y el orden que se seguiría para ir embarcando en dirección á la madre patria, los batallones expedicionarios.

Y quien más y quien menos pensaba volver á la Península, al lado de los suyos, creyendo que su misión en el país estaba cumplida; y sin acordarse de los muchos infelices que quedaban todavía en los destacamentos, aislados de todo el mundo, y en constante peligro de ser atacados.

Como sucede en estos casos, el egoísmo de cada cual aumenta de modo considerable; y por otra parte, como la mayoría tenía la convicción de que la paz no era más que aparente y á pasos agigantados veíase venir el cataclismo, ante el temor de quedarse en Filipinas para la nueva campaña, se preparaban los sanos, y los enfermos solicitaban el reconocimiento facultativo, y entonces presencié un hecho escandaloso que merece capítulo aparte, por la importancia que reviste.

Capítulo II

Reconocimientos facultativos

En aquellos días era fácil sorprender en la Escolta conversaciones como esta:

—Hola fulanito, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

Yo, bien, pero ando estos días muy preocupado, porque me he propuesto marchar á España y he solicitado reconocimiento, y como eso tú ya sabes que es cuestión de recomendaciones...

—De modo, ¿que ahora es fácil marcharse?

—Hombre, teniendo alguna recomendación para el Tribunal que á uno le toque, yo creo que sí. Y eso es lo que me trae preocupado, porque si bien es verdad que ya tengo certificado del médico del batallón, de que padezco un catarro crónico adquirido en campaña, no sé yo si eso bastará.

—Pues hoy mismo yo también voy á pedir reconocimiento y á decirle al médico que me dé un certificado de cuando me visitó en Maragondón, un día que estaba con un dolor de estómago tremendo.

—Hombre, siento que no lo hayas pedido antes, porque así nos reconocerían el mismo día, y quizá nos podríamos marchar en el mismo barco.

—Es verdad: pero como yo estaba esperando que organizaran el regreso de las tropas y de los oficiales que hemos venido, únicamente por el tiempo de la campaña, no se me ocurrió solicitar nada.

—¡Qué infeliz eres! ¿Pero tú has creído siquiera un momento en la Paz? Si eso de la presentación de Aguinaldo es una combinación del General para ir á España de modo más ó menos honroso; pero, me parece que como no se marche pronto, esta gente no es de la que espera mucho tiempo, y entonces ten por seguro, que volvemos á tener jaleo para rato.

—Y tienes razón: nada, hoy mismo solicito reconocimiento. Adiós.

—Adiós, y no te descuides, porque esta tranquilidad ha de durar muy poco.

Y esto que podía oirse en cuanto se juntaban dos oficiales del Ejército en la calle, ó sentados en la Tabaquería Nacional, tomando unas copas, era la pura verdad de lo que ocurría en Manila en aquella malhadada época de la tan cacareada Paz de Biaknabató, época casi inquisitorial, según los medios de que echaba mano el General Primo de Rivera para sorprender conversaciones en contra suya y para castigar á los oficiales ó jefes á quienes se las sorprendía.

Llegó á tal extremo este estado de cosas, que era una verdadera temeridad estar en una de las mesas del Café de la Alhambra, hablando con varios amigos acerca de los asuntos de la actualidad, sin observar continuamente qué personas eran las que ocupaban las mesas próximas, porque el Capitán general había creado un cuerpo de policía especial para defenderse de los que con razón sobrada le atacaban, y esos *esbirros* andaban desperdigados durante la mañana por la Escolta, donde acudía la oficialidad franca de servicio y durante la tarde por los paseos de la Luneta y Malecón; y con la mayor facilidad, y casi sin darse cuenta se encontraba uno recluído en la Real Fuerza

de Santiago (Castillo donde purgaban los oficiales y jefes del Ejército las faltas graves en el servicio).

Mas, no crean mis queridos lectores, que el escandaloso hecho de los reconocimientos facultativos era obra única y exclusiva de los médicos destinados á aquel objeto; no, los médicos cumplieron su cometido bien, mientras no hubo imposiciones del Capitán general, mientras no llegaron á las mesas donde se constituían los tribunales para juzgar del estado de salud de los oficiales y jefes que habían solicitado reconocimiento, volantes de atención para determinado oficial ó jefe, pero desde el momento que el Capitán General recomendaba de modo imperativo á uno de sus *paniaguados*, los médicos no tenían más remedio que darle por enfermo, aunque estuviera gozando de plena salud, pues al médico que no obrara así, le venía encima un cambio de destino, ó un castigo á la menor falta.

Claro que esto no era excusa bastante para que el cuerpo de Sanidad se doblegara á voluntad del General, puesto que es su misión algo más sagrada que todo eso y en un todo independiente de la misión de un Capitán general; pero mis lectores ya comprenderán que en una colectividad es muy difícil aunar todas las voluntades para conseguir un fin, por honroso que éste sea, y que basta que haya una discrepancia solamente, para echar abajo todos los ideales y todos los planes que tengan los demás, en pro del espíritu de cuerpo y de lo que demandaban la razón y la justicia.

Y si era sensible é injusta la imposición en los reconocimientos citados, mucho más perjudicial y lamentable resultaba en el reconocimiento de los soldados inútiles por enfermedades adquiridas en la campaña, pues con estos, llegó á tomar la imposición, el carácter de inquisitorial.

El General Primo de Rivera, dió una orden al señor

Inspector de Sanidad Militar, en la que se imponía á los médicos la obligación de no mandar por enfermos á la Península más que cinco por cada sala, y en estos cinco incluía uno ó dos recomendados suyos; y daba realmente compasión recorrer una cualquiera de aquellas salas atestadas de enfermos, la mayor parte graves y en disposición de regresar á su patria, y ver que de los 150 ó 200 que existían en la sala, no podían embarcar en cada vapor más que cinco y los demás se quedaban, en su mayoría, consumiéndose allí lentamente esperando que les tocara su turno de embarque.

Resultaba de esto lo que forzosamente tenía que resultar: que los soldados que conseguían embarcar lo hacían en tal estado de debilidad general y de anemia, que muchos de ellos encontraban su tumba entre las olas durante la travesía, y otros llegaban hasta la Península pero morían en el Hospital Militar de Barcelona ó en el trayecto de esta ciudad á su pueblo, y los menos, eran los que lograban llegar á su casa y abrazar á sus padres.

A la prensa y al público, les sorprendía el gran número de infelices que sucumbían durante la travesía de Filipinas á España y el lamentable estado en que llegaban los que tenían la suerte de pisar el suelo de su querida patria, pero á los que estábamos en este país y de cerca veíamos desarrollarse los acontecimientos, si bien nos producía dolorosa impresión, no nos causaba el desgraciado suceso la menor sorpresa, porque comprendíamos que no tenía más remedio que suceder lo que de algún tiempo venía sucediendo, puesto que á eso conducían forzosamente las injusticias é imposiciones del entonces Capitán general.

Ya entonces dije algo de esto en un periódico de la Península, pero el Gobierno hizo oídos de mercader, lo propio que el General Primo de Rivera, porque ya sabemos que en España no se oye nunca lo que no les conviene que se oiga á ciertas y determinadas per-

sonalidades; y á buen seguro, que no haría mención de ello siquiera, si la índole de este libro no me obligara á tratar, aunque no sea más que de modo somero, todas las cuestiones que se han desarrollado durante el lapso de tiempo de Diciembre de 1897 á Octubre de 1898, puesto que únicamente así puede el lector formarse una idea, si no exacta, más ó menos aproximada de los hechos que han contribuído y de las causas que han determinado este cataclismo que España ha sufrido en Filipinas y cuyas consecuencias hemos palpado desgraciadamente los que menos culpa tuvimos, y los que con más tenacidad pretendimos contrarrestar el movimiento.

Capítulo III

Los frailes en Filipinas

Cerca de San Fernando, en el monte de Arayat, se encontraban presos los frailes que habían regido durante muchos años los pueblos de las provincias de Pampanga y Bulacán y á los cuales, la rapidez y lo general del levantamiento, no les dió tiempo de incorporarse á sus respectivas comunidades de Manila. Y por esta circunstancia, no creo yo ahora la mejor ocasión para juzgar de su gestión en Filipinas, puesto que no soy partidario del «sistema egipcio», pero como aquí no se trata de atacar á personalidad alguna determinada, sino de poner de relieve lo que hayan contribuído al levantamiento, en pro de la imparcialidad que han de observar los que lean estas cuartillas, no tengo inconveniente alguno en hablar de los servicios prestados á España por las comunidades religiosas en Filipinas.

Bien podría, á fin de que el estudio resultara completo, remontarme á los principios de la dominación española en este suelo, pero como para conseguir esto tendría que consultar los libros que se han escrito de muchos años á esta parte, y por lo tanto, apoyarme en opiniones ajenas, que es precisamente lo que trato

de evitar, me abstendré de decir lo que no conozco, aunque aproximadamente me lo supongo, y me amoldaré á describir y dar cuenta de lo que he visto, recogiendo únicamente impresiones propias, puramente mías.

Los frailes han vivido durante muchos años siendo reyezuelos en los pueblos de Filipinas, á cuyas gentes tenían amedrentadas por el terror, puesto que cualquiera que no hiciera al pie de la letra lo que quería el *cura*, éste mandaba darle veinticinco ó cincuenta palos como castigo, repitiéndose la operación tantas veces cuantas faltara á lo ordenado.

De modo, que entrar en un pueblo y preguntar por el fraile, era como preguntar por el diablo, pero contestaban siempre invariablemente: — «El Padre Fulano es muy bueno con nosotros»; no porque en realidad fuese bueno, sino porque ya sabían lo que les sucedía en cuanto el fraile se enterase de que no habían hablado bien de él. Era preciso, para que al que les preguntara, le dijeran algo de verdad respecto de la vida y modo de procéder con ellos del *cura*, captarse la confianza y simpatía de aquellas gentes, que no por estar en estado primitivo, dejaban de tener sentimientos, muchas veces más humanitarios que los de los mismos frailes, y comprendían muchas cosas que nosotros, y sobre todo los frailes y los *camagones* (españoles radicados en el país), estaban empeñados en que no las comprendiesen.

Entonces y sólo entonces, era cuando conocíamos al fraile, porque mientras tanto éste no había tenido para nosotros más que atenciones y bondades, las mismas que á nuestra vista tenía con el pueblo.

Resístome, porque en verdad resulta vergonzoso, á relatar los atropellos y liviandades cometidos por los frailes en Filipinas, y porque tengo la seguridad absoluta de que mis lectores se indignarían al enterarse de la vida escandalosa que los frailes hacían en

este país; de modo que piense cada uno lo que quiera en la seguridad de que no ha de imaginar ni con mucho lo enormes que resultaban los escándalos de los frailes y lo odiosos que forzosamente habían de hacerse éstos á todos los que tenían la triste obligación de tratarse con ellos.

Mientras en aquellas tierras no hubo más españoles que los empleados civiles, los oficiales de la Guardia civil y algunos paisanos que por conveniencias particulares tenían que estar conformes con el modo de pensar del fraile y aprobar todo lo que él hacía, los curas camparon por sus respetos y fueron dueños absolutos del pueblo y de los destinos civiles y militares de los españoles, pues bastaba que un fraile indicara al Capitán general la conveniencia del traslado de un oficial ó de un empleado civil, para que fuera ordenado lo que quería. No obstante, he de hacer aquí una excepción honrosa en este sentido: el General Despujols, durante el tiempo que fué Gobernador general de este Archipiélago, no obró nunca influído por la política hipócrita y rastrera de las comunidades religiosas.

Y la influencia frailuna, llegó á adquirir tal grado en aquel país, que el Gobierno no recibía más noticias de Filipinas que las oficiales que salían de Malacañan, y las particulares que le daban los frailes. En tal estado de ceguera vivió nuestro Gobierno durante muchos años, creyendo que España tenía aquí una colonia tan leal que no había peligro, ni remoto siquiera, de que pudieran levantarse en armas, y así únicamente se concibe la escasa importancia que se dió en España al levantamiento de Cavite, cuando si hubieran atendido á informes particulares sin hacer caso de lo que aseguraban las comunidades religiosas, el movimiento insurreccional de Cavite, hubiérase sofocado muy pronto y casi sin bajas.

¿En qué pensaba el Gobierno que supo que una de las primeras cosas que hicieron los insurrectos fué

matar á los frailes, y no adoptó desde luego medidas enérgicas de expulsión de las comunidades religiosas? ¿No se vió patente por este solo hecho el odio que los frailes inspiraban en sus respectivos pueblos? ¿O es que el Gobierno seguía á pesar de esto embaucado con las noticias que aquéllos daban á su gusto, con el fin de que no se descubrieran sus fechorías? En este caso, los Ministros, que con tanta facilidad se dejan embaucar, demostrando que no ven más allá de sus narices, esos no deben de ser Ministros.

El Gobierno comprendió la necesidad de la expulsión, cuando ya era tarde; salió del marasmo en que se hallaba sumido, cuando ya los acontecimientos habían tomado tan mal cariz para nosotros, que ya no era oportuno, ni posible, efectuar la expulsión con toda la rapidez que el caso requería.

¿Qué es lo que ha conseguido España con tener tantos años los frailes en Filipinas? Perder el Archipiélago, pues si los empleados civiles y oficiales y Jefes del ejército y particulares que han vivido en el país, han contribuído como uno al levantamiento, hemos de admitir que los frailes, han contribuído como diez.

Decían éstos, que los españoles que iban al Archipiélago pervertían los pueblos.

¡Como si no estuvieran ya de sobra pervertidos por los mismos frailes, con sus licenciosas costumbres!

¿Y qué ha conseguido Filipinas? Aprender á rezar de memoria y á respetar las cosas santas, no porque los naturales tengan verdadera devoción, sino porque á fuerza de palos, les han inculcado los frailes las ideas religiosas.

De lo dicho se desprende, pues, que ni España ni Filipinas han conseguido nada, y que los únicos que consiguieron durante algunos años lo que se les antojaba, atropellando á todas horas la razón, la justicia y

el honor, fueron ellos, ellos, que á última hora, también pagaron bien caras sus faltas, desgraciadamente no solos, sino que por protegerles caímos muchos, la mayoría de los españoles que estábamos en Filipinas, en poder de las fuerzas de Aguinaldo.

Capítulo IV

El levantamiento de Zambales

A pesar del ignominioso tratado de paz de Biak-nabató, hecho entre un general sin conciencia y Aguinaldo, ya he demostrado antes que la insurrección no había terminado; en diversos puntos seguían los ataques á los destacamentos, se asesinaba por los caminos á personas indefensas, mientras Manila y algunas cabeceras de provincias, ardían en fiestas, celebrando la obra del Gobernador general.

Es verdad que en ciertas regiones no se manifestaban abiertamente hostiles los naturales, pero aun en esos mismos puntos no habían cesado el encono y el odio de los indígenas hacia nosotros, sino que permanecían ocultos, gracias á ordenes emanadas de *arriba*, de los cabecillas principales; podría decirse que la insurrección se hallaba en estado latente, como esperando ocasión propicia para manifestarse.

Tal sucedió en las provincias de Zambales y Pangasinán, que hasta aquella fecha habían permanecido, al parecer, leales á nuestra bandera, hasta el punto de que unos días antes de desarrollarse los sucesos que paso á relatar, había venido aprobado el título de «heroica» y leal, para la segunda de estas provincias.

Era el día 7 de Marzo, á los dos meses de firmada la paz de Biaknabató, cuando todavía se encontraba en Filipinas el *invicto* caudillo que se había ganado la Gran Cruz laureada de S. Fernando, por la pacificación del Archipiélago, cuando el coronel D. Pedro del Real, que mandaba, como Jefe militar, la guarnición de la plaza de Tarlac, recibió un telegrama del Comandante general del Centro y Norte de Luzón, Excmo. Sr. General Monet, en el que le decía que inmediatamente con la fuerza de que pudiera disponer y una compañía que se le agregaría á la columna en el pueblo de Bayambang, marchara sobre Lingayen, cabecera de Pangasinan, y que una vez adquiridos los datos que necesitare, en aquel punto, se dirigiera sin pérdida de tiempo á Alaminos (Zambales), dándole cuenta de lo que había ocurrido á aquel destacamento, del cual se decía que había sido macheteado villanamente. Y el Sr. del Real, que era uno de los pocos Jefes pundonorosos que habían ido á Filipinas, no á hacer un capital para disfrutarlo luego en España, como muchos pensaban, sino á sacrificar su vida por la patria y el honor del Ejército, si se necesitaba, mandó formar á la fuerza de que disponía y á las seis de la tarde, en tren especial, salía una columna de 200 hombres, mandada por él, (¡un coronel mandando 200 hombres!) en dirección á Dagupan, á la que se agregó, no una compañía, como decía el General Monet, sinó una sección de 50 hombres que encontró en la estación de Bayambang, esperando el tren que conducía la fuerza de Tarlac.

A las once de la noche llegó la columna á Dagupan é inmediatamente se siguió la marcha á pie hasta Lingayén, á cuyo punto llegó la fuerza á las dos de la madrugada, y á las tres y media, hora en que terminó la conferencia del coronel Real con el Gobernador civil de la provincia, Sr. Oliver, siguió la marcha, fraccionándose la columna en dos, que debían de ir

á converger en las primeras horas de la mañana á San Isidro, en cuyo pueblo se suponía se hallaban parapetados los insurrectos, á quienes hacía llamar *tulisanes* el entonces Capitán general Sr. Primo de Rivera.

De las dos fracciones en que se había dividido la columna, ocupó el pueblo la mandada por el capitán de la Guardia civil, D. Gil Palacios, quien sin baja alguna, á pesar de hallarse los insurrectos en número de 3 ó 4,000 dentro del pueblo, hizo que éste fuera desalojado, causando al enemigo considerables bajas. Poco después llegó el coronel D. Pedro del Real con su columna, y al darle el capitán Palacios parte de lo ocurrido, le felicitó con entusiasmo.

A pesar de las horas transcurridas desde la salida de Tarlac, y de lo pesada que se hizo la marcha, pues del coronel para abajo, no había nadie probado alimento alguno, el Sr. del Real, que ante todo, y por encima de todo, consideraba lo primero el cumplimiento de su deber, dió un descanso á la fuerza de algunas horas, y á las tres de la tarde, dió orden de continuar el avance en dirección del pueblo de Sual, también, según confidencias dignas de crédito, ocupado por los insurrectos, pues algunos, que al ocupar San Isidro el capitán Palacios, se le habían presentado á éste, dijéronle que el enemigo había huído en dirección á Sual, en donde probablemente se habían reconcentrado, uniéndose á los de Zambales.

Mas el coronel Real no desfalleció un momento; se había propuesto llegar á Alaminos al día siguiente y aunque comprendía que la marcha era penosísima, él tenía por máxima: que lo que él pudiera resistir, podrían resistirlo sus soldados; y con esa idea, digna de un hombre esforzado y valeroso, á las tres de la tarde dispuso la salida de la columna del pueblo de San Isidro, dejando en el convento 50 hombres al mando de un oficial.

La distancia entre ambos pueblos era corta, puesto que á la hora y media de marcha se encontraba la columna en el sitio denominado Dayamacá, donde el camino formaba un recodo en ángulo recto, con dirección, uno de sus lados, al pueblo de Sual.

Poco antes de doblar la vanguardia el recodo, el coronel ordenó que la retaguardia hiciera un alto, á fin de que quedara entre ésta y aquélla una distancia conveniente.

La columna estaba formada del siguiente modo:

La extrema vanguardia la constituían un sargento de la Guardia civil y diez ó doce individuos del cuerpo; la vanguardia una compañía del 8.º de cazadores, al mando del capitán Micheo; á continuación seguía el coronel D. Pedro del Real, acompañado de su secretario, el teniente D. Pablo González, y su médico; y la retaguardia, que se hallaba constituída, por una sección del batallón de cazadores, número 11, al mando del teniente Azcárraga, y una compañía del regimiento n.º 69, mandada por el teniente D. Marcial de Vera. La retaguardia quedó en aquel momento bastante separada del resto de la fuerza, á consecuencia de que el teniente Azcárraga, que iba á la cabeza con su sección, creía que el coronel había dado orden de hacer alto á toda la columna, cuando lo que en realidad quiso decir el Sr. del Real, era que la retaguardia acortara el paso, á fin de que no se echara encima de la vanguardia.

En esta disposición, la Guardia civil y la compañía mandada por el capitán D. Manuel Micheo, rebasó el recodo del camino, quedando solos en medio de la carretera, antes de llegar al recodo el coronel, su secretario y el médico.

En aquel preciso momento, unos disparos sueltos primero, y una descarga cerrada hecha por la Guardia civil después, anunciaron que el enemigo, parapetado á los lados del camino, y oculto en la espesura

del bosque, había intentado sorprender á la vanguardia.

El Coronel, el secretario y el médico, comprendieron en el acto la situación comprometida en que se encontraban; á la vuelta del camino, la vanguardia batiéndose con numeroso enemigo que quería á todo trance impedir la entrada en el pueblo de la columna; á sus espaldas la mar, delante, el bosque, en el que un grupo enorme de enemigos intentaba salir á copar por retaguardia dando la vuelta al recodo á los que se batían al otro lado del camino, y la retaguardia esperando el toque de corneta que les anunciase ponerse de nuevo en marcha.

No se amedrentaron por esto el Coronel y sus acompañantes; antes al contrario, al ver asomar por entre los árboles de enfrente al enemigo, echaron mano á sus revólvers y se dispusieron á defenderse contra más de 500 hombres, solos, sin más amparo que el de la Providencia, sin más idea que la de morir por la patria.

El Coronel ordenó á su corneta que tocara llamada y la contraseña del regimiento n.° 69, avanzando acto seguido la retaguardia á paso ligero, comprendiendo entonces el teniente Azcárraga la equivocación que había sufrido y las consecuencias funestísimas que hubiera podido acarrear.

El Coronel ordenó á Azcárraga que penetrara en el bosque de enfrente, tomando la diagonal, mientras la compañía del 69 guardaba el camino.

El combate duró dos horas, durante las cuales avanzó la vanguardia hasta el pueblo causando muchas bajas al enemigo, del que quedaron en la espesura del bosque y á los lados del camino considerable número de muertos, y el teniente Azcárraga, completó con su sección la obra, batiéndose admirablemente en el interior del bosque.

La retaguardia, después de curados siete heridos

que tuvo la columna en el combate, prosiguió la marcha, entrando en el pueblo de Sual sin novedad.

La columna encontró, á su llegada al pueblo, rancho de carne, verduras y patatas recién hecho, y como para 2,000 hombres, del que comieron los soldados que se encontraban desfallecidos, después de una marcha tan penosa como accidentada.

Se pernoctó en el pueblo, ocupando la fuerza el convento y el tribunal, únicos edificios de materiales fuertes que pudieran servir en caso de sufrir un ataque inesperado. Durante la noche, el enemigo, que se había replegado en el monte vecino, muy próximo al pueblo, hostilizó á éste sin conseguir hacer una baja en la fuerza nuestra, pues unas cuantas descargas cerradas disparadas desde el tribunal, que era de los dos edificios en que se alojaba la fuerza, el que reunía mejores condiciones estratégicas, hizo que cesaran los insurrectos en su proyecto de ataque.

A las siete de la mañana se puso en marcha la columna en dirección á Alaminos, á cuyo punto ansiaba llegar el Coronel Real, para poder dar cuenta del resultado de la operación.

El representante en el pueblo de Sual de nuestra Marina, un cabo de mar, indígena, que se presentó al Coronel al entrar la fuerza, había dado detalles y noticias de las fuerzas insurrectas que habían atacado la columna y de las armas de fuego con que contaban. Por él se supo también de modo positivo que, en efecto, el destacamento de Alaminos había sido macheteado y que se habían apoderado de los 25 fusiles Mausser de los hombres que formaban el destacamento, y que el oficial que mandaba aquel puñado de valientes, cuyo nombre siento no recordar, después de defenderse solo valerosamente, subió á la torre de la Iglesia y cuando yà no le quedaba un cartucho en su revólver, prefirió suicidarse, arrojándose desde lo alto de la torre, que caer en manos de aquellos fora-

gidos. Es uno de los héroes de esta desgraciada campaña de Filipinas, á quien no podemos menos de dedicar un recuerdo en estas páginas.

¡Descanse en paz el digno oficial, que ha sabido cumplir como bueno y ha muerto mártir de su deber y de su patriotismo!

Todo eso y algo más dijo aquel cabo de mar, leal á nuestra causa y digno por consiguiente á toda clase de consideraciones al Sr. del Real, quien en vista de estas confidencias y suponiendo que en el camino de Sual á Alaminos habría que librarse algún combate, dió las órdenes oportunas á los oficiales para que tomaran con su fuerza las precauciones necesarias á fin de evitar una sorpresa.

En esta disposición se puso en marcha la columna por terreno accidentado, siendo pasado por las armas en un barranco situado á la izquierda del camino, y como á un kilómetro de Sual, un insurrecto que había sido prendido en el pueblo antes de la salida. Momentos después se presentó un hombre al Coronel manifestándole que en el punto denominado Nununguen, próximo al punto en que se encontraba en aquel momento la fuerza, se hallaban los insurrectos en gran número y con muchos fusiles Mausser y Remington, de los destacamentos que habían copado en la provincia de Zambales. De pronto, no inspiró mucha confianza el que tales declaraciones hacía, y el Coronel lo mandó á la retaguardia con la orden para el capitán que la mandaba, que si llegada la columna al punto dicho por el emisario aquel, no se encontraba enemigo que batir, fuera inmediatamente pasado por las armas.

Se recomendó mucha vigilancia á la fuerza que iba de extrema vanguardia y siguió la columna su camino; y en efecto, al llegar al punto indicado, la vanguardia tuvo que romper nutrido fuego sobre un grupo numeroso que ocupaba uno de los montículos

situados á los lados de la carretera. Inmediatamente se ordenó el flanqueo á derecha é izquierda con objeto de dominar los altos desde los primeros momentos, quedando en la carretera parte de la compañía del n.° 69 por si acaso se necesitaba. Después de una hora de fuego se tocó paso de ataque, ocupando las primeras posiciones enemigas á la bayoneta, y poco después las segundas, replegándose en este momento el enemigo á un monte situado á mayor distancia pero mucho más alto, desde donde dominaba perfectamente todos los movimientos de la columna.

El coronel, que se encontraba en la carretera, en sitio avanzado de la columna, acompañado de su médico, no cesaba de dar órdenes á su secretario para que éste las comunicara á los respectivos oficiales y jefes de fuerza.

El capitán Palacios mandaba el ala derecha de la columna, formada por la guardia civil y la compañía del teniente Azcárraga, y en las posiciones de la izquierda se encontraba el capitán Micheo con su compañía y el teniente Cuevas con una sección del 69. Más á retaguardia, ocupando un montículo de la derecha, se encontraba un oficial con una sección de cazadores del n.° 8, y el teniente Albertus con otra sección del 69, ocupaba una posición más avanzada.

El capitán Palacios había dicho al coronel:

— Mi coronel, sepárese de ahí que hacia ese punto tiran mucho.

Efectivamente, se hallaba colocado el Sr. del Real con el médico, delante de un barranco, desde donde, ocultos por la maleza, disparaban los insurrectos á su antojo.

Y no bien había terminado el capitán Palacios la advertencia y de encogerse el coronel de hombros como contestando: ¡ qué importa ! cuando pronunció, dirigiéndose al médico y apoyándose en el hombro de éste:

— Doctor; me han herido.

El médico dirigió una rápida ojeada al cuerpo de su jefe, y aunque se asustó al ver que la pierna izquierda del pantalón se hallaba empapada de sangre, á pesar de los pocos segundos transcurridos, le dijo para animarle:

— Apóyese V. bien, que eso no es nada.

El médico se tranquilizó pronto al ver al coronel Real dar algunos pasos, pues eso le demostró que no había fractura de hueso, y le dijo:

— Vamos á acercarnos á la camilla.

— No, dijo el coronel; ordene V. que la traigan aquí mismo.

Obedeció el médico, y en el mismo sitio donde había sido herido, se dispuso á hacerle la primera cura.

Temía el doctor que el proyectil hubiera interesado la femoral, y como en este caso no había tiempo que perder, rajó el pantalón de arriba abajo, en vez de entretenerse en desabrocharlo.

Afortunadamente bien pronto vió que no se confirmaban sus temores. El hecho de que la herida babía sido producida por bala Mausser, estaba bien patente: los orificios de entrada y de salida eran sumamente pequeños. Había sido cuestión de tres ó cuatro milímetros, más ó menos; pero era lo cierto que la hemorragia aparatosa de los primeros momentos, obedecía únicamente á ramificaciones venosas y arteriales de escasa importancia.

— Bien puede V. decir, dijo el médico felicitándose de lo que veía, que la herida ha sido de suerte. Esto será cuestión de unos días de molestia y de descanso.

Momentos después, llevaron un cabo herido en un pie. Aquel lo había sido de modo más desgraciado, pues el proyectil no ya de Mausser, sino de Remington, había atravesado de delante á atrás todos los huesos del pie, penetrando por el segundo espacio in-

terdigital y saliendo por el talón, y el destrozo era tan considerable, que hubo necesidad de amputarle un dedo en aquel momento.

El coronel quería seguir el movimiento de avance sobre Alaminos, pero no era posible. El médico fué el primero que intervino, aconsejándole que debía retirarse á Sual, no sólo porque necesitaba reposo, sino también porque no era posible pensar en seguir el avance, después de tres horas de fuego y con las pocas municiones que les quedaban á los soldados, exponiéndose la columna á convertir en derrota lo que hasta entonces resultaba una victoria completa de nuestras armas.

Pareciéronle atendibles al coronel las razones aducidas por el médico, y consintió en retirarse á Sual con 50 hombres, no sin antes dar instrucciones al capitán Palacios, quien como más antiguo, quedaba encargado de la columna, para que siguiera el combate hasta dominar por completo las posiciones enemigas, las cuales no tardaron en tomarse después de brillante ataque á la bayoneta, que coronó de gloria el combate de aquel día 9 de Marzo del 98.

La columna, después de presenciar la vergonzosa huida del enemigo y de vengar duramente la herida de su jefe, se retiró á Sual volviendo á ocupar los edificios que tenía designados antes de la acción.

El pueblo estaba abandonado por completo; la gente buena, leal, se había refugiado en un barrio próximo para escapar de las iras de los insurrectos, y los demás del pueblo, habían ido á engrosar las filas enemigas al monte.

El coronel quiso que la gente buena entrara nuevamente en el pueblo y mandó al cabo de mar á avisar que podían ir á vivir á él, pues ocupado militarmente, no había cuidado alguno, ni nadie sería capaz de meterse con sus habitantes.

No tardaron en presentarse los vecinos regocijan-

dose de volver á ocupar sus viviendas sin temor de ser castigados por su proceder, y condoliéndose de la herida del coronel, á quien consideraban como su protector.

El Sr. del Real, mandó un propio á San Fernando de la Pampanga, dando al General Monet parte de lo ocurrido en la acción y de su herida, y diciéndole que si quería que siguiera el avance á Alaminos, que le mandara municiones, pues en los tres combates que había tenido que sostener, se habían agotado.

Es digno de observar que el coronel del Real no pedía en el parte hombres, sino municiones, advirtiendo que no le quedaban útiles más que 150 individuos de tropa, pues al seguir, tenía que dejar en Sual, por lo menos, un destacamento de 50 hombres, y que con esa fuerza había sostenido con éxito tres acciones contra miles de enemigos.

Pero el General no creyó prudente que el Coronel, herido y con escasa fuerza, siguiera el avance, y mandó una columna de 600 hombres al mando del Teniente coronel Sr. Olaguer, para que continuara la toma de los pueblos sublevados.

Al siguiente día, 10 de Marzo, entró en Sual á las seis de la tarde la fuerza que venía á continuar la obra comenzada por la columna del Coronel del Real; y el Teniente coronel Olaguer, después de abrazar á su amigo y jefe, le manifestó que era tal el número de muertos que habían encontrado en el camino de Sual, que se había visto obligado á ordenar que una compañía fuese recogiendo y enterrando los cadáveres, pues el olor era nauseabundo, por el estado de descomposición en que se encontraban muchos de ellos.

La compañía del regimiento n.º 69 se agregó á la columna Olaguer, la compañía del 8.º de cazadores con el capitán Micheo, quedó destinada á arreglar la línea telegráfica destruída casi por completo. En Sual, defendiendo el convento, quedaron 50 hombres

del batallón cazadores n.° 11, al mando del teniente Azcárraga, y el resto de la columna acompañó á su Coronel herido, hasta Dagupán.

Al vadear el río de San Isidro de Pangasinán, el resto de la columna del Real, encontró á la brigada del General Monet que seguía en dirección á Zambales á completar la operación comenzada por del Real y continuada por el Teniente coronel Olaguer.

Y aquí es donde cabe de lleno la censura. ¡Qué desgracia que en donde han intervenido Generales, que debieran ser en todas ocasiones los más dispuestos á defender y sostener el prestigio del ejército, es precisamente donde se tropieza con los hechos más escandalosos de esta triste campaña!

Como cabe suponer por lo dicho antes, la columna del Teniente coronel Olaguer salió en dirección á Alaminos desde el pueblo de Sual, el día 11 de Marzo; en este día, tomó el citado pueblo, costando á la columna un oficial, algunos individuos de tropa muertos y varios heridos. Y casi sin detenerse, siguió su movimiento de avance, consiguiendo tomar todos los pueblos sublevados en tres ó cuatro días, pues los pocos de la provincia á los que no llegó Olaguer, fueron tomados por una columna, mejor dicho, una compañía del n.° 6 de cazadores, que al mando de su capitán Sr. Otero, entró por Bolinao en la provincia insurreccionada; y por consiguiente, cuando llegó el General Monet con sus mil y pico de hombres á Alaminos, sin obstáculos, ni resistencia de ninguna clase, como si en lugar de ir á campaña fuese á dar un paseo militar, se encontraban ya en nuestro poder todos los pueblos.

Ahora bien: el General Monet no se conformó con volverse *con las manos en los bolsillos,* puesto que no se necesitaba allí su presencia, sino que con una desfachatez y un cinismo incomparables, sin haber tenido que librar combate, puesto que no encontró en su ca-

mino un insurrecto siquiera, dió parte de la *acción brillantísima*, y formó 18 juicios de votación, que representan otros tantos ascensos entre sus oficiales, concediéndose otras muchas recompensas por las *operaciones practicadas* en Zambales, por la columna del Comandante general del Centro y Norte de Luzón.

Este es uno de los muchos hechos que han desacreditado al Ejército español en esta desgraciada campaña.

Corramos un velo.

Capítulo V

La insurrección en la Laguna y Cebú Toma de un campamento

No eran sólo las provincias de Zambales y Pangasinán las que estaban encargadas de demostrar que la tan cacareada paz de Biaknabató era un mito, pues en aquella época la propaganda revolucionaria se extendió en gran escala por el Archipiélago, y aunque en algunas provincias llegaron á cesar por completo los ataques á destacamentos y las escaramuzas y emboscadas á las columnas, no era esto señal evidente de que en día no lejano, en esas mismas provincias que entonces permanecían tranquilas gozando de una *paz octaviana*, como decía el General Primo de Rivera, no se levantara contra la madre patria el grito de rebelión, si cabe con más ímpetu que anteriormente.

Así lo entendíamos todos, desde el Sr. Marqués de Estella, que anunciaba á todo el que lo quería oir que era un hecho la paz en Filipinas, hasta el último soldado que comprendía con tristeza el estado especial del país y el odio que en muchas ocasiones, sin darse cuenta, manifestaban los naturales á todo lo que era español.

Una de las provincias de la isla de Luzón que más pronto dió señales de rebelión y de que no se hallaba conforme con el *célebre* pacto Primo de Rivera-Aguinaldo, fué la Laguna, en donde la propaganda tomó incremento ciertamente extraordinario, gracias á la política de atracción observada por el Gobernador civil, D. Antonio del Rio, con los indígenas.

No quiero entrar en consideraciones acerca de actos llevados á cabo por el citado Gobernador, porque me faltan pruebas concluyentes en los momentos actuales, pero lo cierto es que los naturales idolatraban al Sr. del Rio y hacían lo que les daba la gana: jugaban, conspiraban á su antojo; en el pueblo se reunían los cabecillas, sin que nadie pusiera impedimento alguno á sus proyectos y todo les iba á pedir de boca, mientras mandó la provincia D. Antonio del Rio; más en vista de que las denuncias menudeaban de modo sorprendente, á pesar de los telegramas del Gobernador al Capitán general de que no ocurría novedad, éste mandó á Tayabas, provincia contigua á la Laguna, al comandante de E. M. D. Carlos García Alonso, con amplios poderes para que restableciera el orden en ambas provincias, obrando enérgicamente si lo creía preciso.

El Sr. García Alonso nombró secretario al teniente de la Guardia civil D. Inocencio Lafuente, práctico y conocedor del país, porque llevaba de residencia en él seis años, durante los cuales había prestado siempre sus servicios en el citado Instituto, y ambos empezaron á practicar gestiones en averiguación de los hechos denunciados, trabajando sin descanso y haciendo caso omiso del Gobernador Sr. del Rio, quien seguía asegurando, que en su jurisdicción no se conspiraba, y que las denuncias que habían llegado al Capitán general, eran infundadas.

El Sr. García Alonso indicó al Sr. del Rio, que aparte de aquellas denuncias, él tenía datos para creer

que en efecto, el orden no era del todo perfecto en las provincias de Tayabas y la Laguna, lo cual le negó de modo terminante el Gobernador civil.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que los señores García Alonso y Lafuente, después de practicar numerosas pesquisas, descubrieron algunas reuniones antiespañolas, sorprendiendo en estas reuniones á los titulados Generales Torcuato Cabangtong y Blas Placino, á los cuales se les formó Consejo de Guerra sumarísimo, y convictos y confesos, á pesar de los trabajos que hizo el Sr. del Rio, para conseguir el indulto, fueron pasados por las armas en su mismo pueblo de Pajsanján (Laguna), el día 30 de Marzo del 98.

La ejecución fué presenciada por los Sres. García Alonso y Lafuente, y al volver aquel día á la cabecera, después del fusilamiento de los cabecillas, una partida insurrecta les preparó una emboscada, que ocasionó en la fuerza que llevaba el Sr. García Alonso, sensibles bajas.

El combate se libró en terreno malísimo, que formaba bosque espeso, de modo que las fuerzas insurrectas ocultas entre la maleza, hacían certera puntería contra nuestros soldados, y la escasa fuerza de la Guardia civil que acompañaba al Sr. García Alonso. De esto resultó, que en tres horas que durara la acción, hubo que lamentar la muerte del teniente don Graciano Martínez, y las heridas graves del Comandante García y de seis individuos de tropa.

El teniente Lafuente, en vista de la crítica situación en que se encontraba, contando únicamente con siete hombres útiles para defenderse, ordenó un reconocimiento por el bosque ocasionando numerosas bajas al enemigo y sosteniendo el combate y el ímpetu de los insurrectos, que amenazaban de un momento á otro echarse encima de la escasa fuerza, ya rendida por el fragor con que tuvo que sostener el

fuego enemigo durante aquellas tres horas mortales, hasta que ya cuando iban perdiendo el Sr. Lafuente y los suyos, las esperanzas de salvación, vieron aparecer por el camino refuerzos que venían de la cabecera á salvarles, dando lugar esta llegada de auxilios, inesperada para el enemigo, á que éste huyera á la desbandada.

Hay que hacer notar que las heridas ocasionadas á nuestra fuerza, todas fueron producidas por proyectiles Mausser y Remington, y no hacía muchos días que los vecinos de Pajsanján habían hecho entrega de las armas de fuego que tenían en su poder, en virtud de haberse firmado el ignominioso tratado de paz de Biaknabató.

Trasladados los heridos á la cabecera y practicadas las primeras curas, en cuanto hubo medio, se trasladaron á Manila á seguir su curación.

El Sr. García Alonso fué ascendido al empleo de Teniente coronel, y el teniente Lafuente á capitán, por su brillante comportamiento. ¡Bien merecidas tienen estas recompensas los que en momentos tan difíciles como aquellos, supieron dejar á gran altura el pabellón nacional y el honor del ejército!

Esto ocurría en los meses de Febrero y Marzo ; y en Abril se sublevó la provincia de Cebú, teniendo que salir de Manila el general Tejeiro con numerosa fuerza á restablecer el orden y á auxiliar al General Montero (fallecido recientemente en Zamboanga , á consecuencia de las heridas sufridas al disponerse á evacuar la plaza, ya de los norteamericanos, por orden del Gobierno. D. E. P.), que se hallaba en situación comprometida.

No paso á detallar lo ocurrido èn Cebú, ya conocido seguramente de nuestros lectores, por lo mucho que se dijo de ello á raíz de aquellos desgraciados sucesos. Pero sí conviene que se observe, que desde la paz de Biaknabató, no ha habido en el Archipiélago

ni un mes siquiera de paz, como en aquella época quiso hacerse ver á España y al Gobierno, por las Autoridades de Manila; pues en la provincia que no hubo combate en aquellos días, la insurrección no dejaba de funcionar, preparando la hecatombe que todos conocemos, y que verán los que lleguen al final de estas páginas.

*
* *

Había indicios y confidencias dignas de crédito de que en los montes de Mangatarén, los insurrectos teníán establecido un campamento, defendido por formidables trincheras situadas en un monte, y al cual no era posible llegar sin grandes pérdidas.

La versión que en un principio circuló como un rumor vago por los destacamentos próximos á donde se decía que se hallaba el campamento, fué adquiriendo visos de verosimilitud por personas que del campo insurrecto llegaron á los Jefes militares de Tarlac y Pangasinan, y éstos, comunicaron al General Monet el resultado de sus indagaciones, lo que dió lugar á que el General dispusiera una operación combinada, para que atacando el campamento por suficiente número de fuerza y por distintos puntos á la vez, se viera obligado el enemigo á abandonarlo.

A este efecto, el Comandante general del Centro y Norte de Luzón, ordenó que saliera de Tarlac una columna al mando del comandante D. Bienvenido Flandes, quien debía de estar el día 21 de Abril, á las nueve de la mañana, en la cúspide del monte de Malarán, situado en frente del Palali, en que estaba el campamento, á la vez que salía de Bayambang el Teniente coronel D. Felipe Dujiols, Jefe de todas las fuerzas que concurrían á la operación, y de San Fernando de la Pampanga, el Comandante Sr. Pardel, con su columna, para atacar el campamento por retaguardia, debiendo encontrarse en la cima del monte

Palali á la misma hora que las otras dos columnas ocupasen sus puestos respectivos.

La columna del Comandante Flandes llegó á la vista del campamento enemigo á la hora indicada, y rompió el fuego contra sus posiciones, causándole bajas de consideración y haciéndole huir monte arriba, abandonando viviendas, víveres, armas y municiones.

A las doce, se vió aparecer la columna del Comandante Pardel, y poco después se oyó el toque de contraseña de la columna Dujiols, quien la había dividido, yendo él con una parte á ocupar puntos estratégicos, mientras el Comandante Ceballos con la otra parte de la columna, ocupaba un valle por donde forzosamente habían de huir los que escaparan de la acción de las columnas Pardel y Flandes.

El campamento fué tomado con facilidad, gracias á las disposiciones adoptadas por los Jefes de columna, pernoctando en las casas de caña y bejuco y en los almacenes ó camarines, que tenía el enemigo para depósito de víveres, las fuerzas que constituían las columnas últimamente citadas.

Al día siguiente se incendió el campamento, y las fuerzas regresaron á sus respectivos puntos. Se distinguieron en la acción de la columna Flandes, los tenientes Barreal, Orellana y Odero, que ocuparon los sitios de mayor peligro y atacaron con decisión y valor en el momento preciso.

La marcha fué penosísima por lo accidentado del terreno y porque las pendientes eran bruscas, hasta el punto de tener que bajar y subir las cuestas cogidos de los arbustos y árboles del camino. Afortunadamente no hubo que lamentar más que algunos heridos de escasa importancia.

Capítulo VI

Los yankees. — Bombardeo de Cavite

No necesito recordar las alharacas que mientras se trataba por el Gobierno de la declaración de guerra á los Estados Unidos, hicieron los periódicos y la mayor parte de los españoles, porque en España no escarmentamos nunca, y creemos que con gritar mucho y tener mucho patriotismo de boca, y tocar la marcha de «Cádiz», basta para vencer á todo el mundo. No quiero acordarme las veces que en aquella época, en que parecía que todos nos habíamos vuelto locos, protesté yo de entusiasmos tan intempestivos, tan fuera de tono, tan estúpidos, en una palabra. Claro que esta protesta era *sotto voce*, porque hubiéranme seguramente tomado por mal español si alguien me hubiera oído á solas, ó con mis íntimos, dar mi opinión sobre lo que en aquellos días ocurría. Porque lo mismo, ó cosa muy parecida de lo que sucedía en España pasaba en Filipinas; allí también había españoles que creían que la guerra con los Estados Unidos nos iba á poner á una altura inconmensurable en el concierto nacional, porque como ellos decían: «el triunfo de nuestras armas es seguro». Y cuidado con que alguien se atreviese á indicarles, á esos que creían

en el triunfo, que nuestra marina de guerra era de mucho menos importancia que la *yankee*. Porque entonces se armaba la de Dios es Cristo, y terminaba la discusión por lo que he dicho antes: por llenarle de improperios, llamándole mal patriota y mal español.

Ellos, algunos al menos, sí tenían argumentación para pretender demostrar que nuestro ejército estaba mejor organizado, que los barcos nuestros eran de construcción más moderna, de más andar, de más resistencia en el combate y que nuestros marinos, como españoles, eran valientes hasta entregar su vida por la patria; pero aun así y todo, á mí no me convencían aquellos razonamientos, y yo siempre terminaba:

— En fin, señores, la cosa está en litigio y ojalá á los gobernantes actuales, alguien sobrenatural les ilumine y opten por no declarar la guerra á los Estados Unidos, porque, bien quisiera equivocarme, pero será nuestra perdición; España va al abismo, pero al abismo insondable; sufrirá una caída de la que no se levantará, quizás en muchos siglos.

En aquellos días supimos en Tarlac la para mí terrible noticia. *El Comercio* de Manila, con el laconismo brutal del telégrafo, dió la noticia de que España había aceptado la guerra con los Estados Unidos y que se declaraban rotas las hostilidades. Y al leerlo, sentí frío en el alma; una sensación de pesadumbre horrible, como si hubiera caído sobre mí una desgracia de esas que dejan huella profunda, algo así como sopor en el corazón que invadió luego todos mis sentidos y que terminó en marasmo, en letargo de la conciencia, por fin, sueño.

A no ser por esto, porque dormí muchas horas, quizás aquel golpe rudo, dado á traición, hubiera comprometido mi inteligencia. Pero al despertar, sentí alivio muy grande, como si después de una pena, hubiera pasado, durante aquellas horas de sueño, el tiempo necesario á mitigarla.

Pretendí hablar con mis compañeros, con la colonia oficial, con los particulares, pero saliéronme al paso en la conversación, que trataba de cosas indiferentes, haciéndola recaer sobre el tema del día: la guerra con los *yankees*. Y claro, volvió otra vez el hablar de nuestros hombres, de nuestra marina de guerra, de nuestro ejército; recordaron á continuación, lo de siempre: las glorias patrias del 2 de Mayo y de Bailén y de Trafalgar y otra porción de cosas, y á mí volvió á ponérseme el humor de todos los diablos.

Producíame no sé qué sensación de frío y espanto á un tiempo, el pensar que aquellas gentes esperaban el triunfo de nuestra marina en contra de la *yankee*, porque comprendía que el fracaso era tan seguro, por desgracia, que cualquiera de mediano criterio y que reflexionara un poco, veía que se acercaba la catástrofe á pasos agigantados. Parecíame imposible que personas de ilustración vasta, puesto que, el que menos, poseía un título académico, se dejaran llevar por su sacro amor á la patria y á las glorias nuestras, muy santo y buéno para tenerlo muy guardadito en el almario de cada cual, sin prodigarlo á voz en grito bajo el más fútil pretexto y cuando, como sucedía entonces, no había fundamento alguno para suponer que la guerra que se acababa de declarar, iba á tener tan feliz resultado y tan grande éxito para nosotros, como otras tantas acciones que se relatan en los anales de la Historia Patria.

Yo aturdíme ante tanto desatino como escuchaba, hasta el punto de tener que dejar aquella conversación, volviendo de nuevo á caer en el sopor de antes, apesadumbrado ante el porvenir que yo vislumbraba, triste, negro, desdichado.

En España nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena, como reza el dicho popular, y así ocurrió entonces; la guerra nos había cogido tan desprevenidos, tan mano sobre mano, que aun suponien-

do que fuera cierta nuestra superioridad sobre el contrario, no era posible la victoria; forzosamente los *yankees* tenían que estar mejor apercibidos para el combate, especialmente por mar, que era donde tenía que dirimirse la cuestión. Y como desde el día que se declaró la guerra, el 23 de Abril, si mal no recuerdo, hasta aquel en que destruyeron los barcos de la escuadra Montojo, medió tan poco espacio de tiempo, no nos dieron lugar siquiera á hacer los últimos preparativos. Puede decirse que nos sorprendieron dormidos, al arrullo de los cantos épicos de nuestras glorias pasadas.

Casi inmediatamente, á los dos ó tres días, llegó hasta nosotros la noticia de que la escuadra *yankee* había salido de Honkong, y aunque el telegrama, no decía de modo seguro, el rumbo que habían tomado los barcos americanos, cabía esperar, que se presentarían en la bahía de Manila sin tardanza, pues era el puerto más próximo de nuestro territorio y que á ellos podría convenirles para asegurar en día no lejano, ó una indemnización pecuniaria importante, ó que el tratado de paz, al entablarse ésta, se hiciera en sentido muy favorable para ellos.

Y efectivamente: el día 1.º de Mayo, de triste recordación, en las primeras horas de la mañana, el estampido de los cañones, nos hicieron comprender á todos, que en la bahía de Manila se estaba desarrollando la tragedia.

Describir el aspecto que adquirió la población desde los primeros disparos, se hace imposible á una pluma tan mal cortada como la mía.

Los establecimientos se mantuvieron cerrados; las gentes andaban como desaladas por las calles, como preguntándose unas á otras con las miradas qué era aquello; en los semblantes de los que comprendían toda la magnitud de la catástrofe que se había comenzado á desarrollar de modo tan súbito, se

reflejaban la tristeza y el terror compenetrados, uno en otro, ambos sentimientos. Bien pronto se comprendió, sin embargo, que el bombardeo no era dirigido á Manila, y que en aguas de Cavite era donde se batía el *cobre* de firme, entre los barcos nuestros y los enemigos.

Me resisto á describir con detalles lo que todo el mundo conoce perfectamente, puesto que en la prensa de todos los matices se relató entonces con informaciones detalladas y se han publicado ya anteriormente á estas cuartillas mías, libros y folletos adonde se relata aquel combate naval. A más, que resulta triste hacerlo, y mi pluma se muestra reacia en narrar la destrucción de todos los barcos de la escuadra de Montojo; el *Castilla*, el *Cristina*, el *Juan de Austria,* etc., etc., mientras el general García Peña, gobernador militar de Cavite, abandonaba el pueblo para trasladarse á San Francisco de Malabón.

Y basta de esto.

Lo cierto es que los acorazados *Olimpia*, *Baltimore*, *Boston*, *Charleston*, que formaban parte de la escuadra de los Estados Unidos, dieron en pocas horas de combate, cuenta de nuestros barcos, por la superioridad que sobre éstos tenían, y ya se ha dicho en todos los estilos y sería inútil repetirlo aquí, que el general Montojo no dirigió la operación como debía, no tomó con tiempo las medidas oportunas para evitar, si no el fracaso por completo, por lo menos la enormidad de la catástrofe. Se sabe, y esto no puede certificarse, porque el que podría hacerlo, murió en la refriega como un valiente, el comandante Cadarso, que éste aconsejó al almirante Montojo ir á esperar á la escuadra enemiga á la bocana del Corregidor, pudiendo allá los barcos protegerse con el fuego de las baterías de tierra, las cuales eran malas, pero á buen seguro hubieran impedido el acceso á la bahía de los barcos americanos. Pero á esta observación de Cadarso, con-

testó el general Montojo que no, y aquél no tuvo más remedio que ceñirse á lo que le ordenaran.

¿Por qué los buques nuestros no se pusieron al abrigo de nuestras baterías de Manila y de Cavite? Tampoco se sabe; lo que de modo positivo puedo asegurar, es que Montojo obró del mejor modo posible para perder los barcos, no adoptando las medidas convenientes y dejándose engañar en último resultado por el ardid que pusieron en práctica los americanos para ver si caía en el garlito, como suele decirse.

Y en efecto, toda la ciencia naval que Montojo encierra en su cabeza, que al parecer es tanta como talento tiene para escribir novelas, se desplomó en aquel momento. Es sabido que el Almirante Dewey, que mandaba la escuadra enemiga, ordenó un movimiento de retirada, y Montojo creyó que huían, saliendo en su persecución; y cuando el Almirante americano vió que estaban á tiro, mandó hacer una maniobra tan rápida que no le dió tiempo á nada al Almirante Montojo, y los primeros disparos de las granadas *yankees* causaron efectos desastrosos en la escuadra española.

Y después ya sabemos lo que ocurrió: unos quedaron destruídos por los cañones enemigos, otros los quemaron sus mismos oficiales antes que entregarlos á los americanos; Montojo se desembarcó antes de la terminación del combate en vista de que sus talentos náuticos habían fracasado por completo; y en suma, todo quedó reducido á la destrucción de la escuadra y á un General desprestigiado, que ya que en aquel momento no tuvo valor para quitarse la vida, á estas horas no debía ya de pertenecer á la Armada.

Capítulo VII

Disparate de Augustí — Aguinaldo en Cavite

Desde luego me atrevo á afirmar que el nombramiento del Sr. Augustí para el cargo de Capitán general de Filipinas y General en Jefe de aquel ejército, constituyó una verdadera desgracia nacional, una desgracia irreparable para la patria y para el honor militar, una hecatombe; en fin, la causa determinante del desastre y de la pérdida del Archipiélago.

Es cierto que él puede disculparse diciendo que no ha hecho más que lo que le aconsejaron los Generales Primo de Rivera, Monet y Tejeiro, y que éstos especialmente se puede decir que han tenido la principal y mayor parte de culpa en la catástrofe, pero ese argumento únicamente le salvaría al General Augustí, en el supuesto de que fuera imbécil, porque un General debe obrar siempre por su cuenta y con suficiente criterio para no dejarse arrollar por las opiniones de los otros. Y además, bien sabe el General Augustí que en la milicia no sirve el cargar con la responsabilidad á los inferiores, y por lo tanto, los consejos que pudieran darle los Generales Tejeiro y Monet, quedan desvirtuados por las Ordenanzas, para la argumentación que en descargo suyo, pueda aducir.

Por otra parte, ni aun cabe suponer que sea imbécil, porque el General que es imbécil no debe ser General.

De modo, que en resumen, el General Augustí es el primer responsable de la catástrofe; más aún, él tiene la culpa quizás de que hayan caído prisioneros 8 ó 10,000 españoles.

Y digo quizás, porque él debió intentar la salida de Manila de una columna de 2 ó 3,000 hombres á su mando, á fin de recoger los destacamentos que se encontraban incomunicados con la capital del Archipiélago y en estado de sitio. Y como hubiera podido suceder que esa columna fuera copada, era en el único caso en que habría prisioneros á pesar de sus esfuerzos, pero entonces tendría el General Augustí la satisfacción de haber cumplido como General en Jefe de un Ejército en campaña.

Y como en lugar de hacer esto, de lo único que se acordó en aquellos días angustiosos para la patria, fué de su familia, el General Augustí no ha cumplido con su deber.

Mas, no quiero ser severo con el General Augustí. Quiero suponer por un momento que las razones que le adujeron sus consejeros, fueron de tal magnitud, que, convencido de la fuerza de sus argumentos, optó por seguir lo que le decían. Pero entonces ¿por qué llamó al Coronel de voluntarios de Macabebe, señor Blanco, á su despacho para preguntarle que cuanta fuerza necesitaría él para mantener el orden en la Isla de Luzón?

Si él creía que con la creación de las Milicias Filipinas estaba asegurado el orden y la situación del Archipiélago, ¿para qué acumular soldados en los pueblos? Y si no tenía confianza en las Milicias ¿por qué las creaba?

No sé si recordará el General la conversación que sostuvo en aquella ocasión con el Coronel Blanco. Y

por si acaso, paso á recordársela. Conste que estoy autorizado para publicar la conversación por el Coronel Blanco, quien ha sido el que me refirió la escena.

Al presentarse el digno filipino en el despacho del General, éste le dijo:

— Espere usted que almorzará conmigo. — Esto ocurría en los días en que el General decidió la creación de las Milicias filipinas.

Se sentaron á la mesa, y el Sr. Augustí dijo, dirigiéndose á Blanco:

— He pensado nombrar á usted Comandante general del centro y norte de Luzón. ¿Con cuánta fuerza podría usted asegurar el orden?

A lo que el Coronel Blanco contestó en estos ó parecidos términos:

— En primer lugar, yo no puedo aceptar el cargo con que V. E. quiere honrarme, porque mi carácter de paisano daría lugar probablemente á que mis órdenes no fueran cumplidas con la puntualidad y disciplina convenientes. Como V. E. comprenderá, yo no puedo mandar á Coroneles del ejército.

— Es que aquí no manda nadie más que yo, — replicó al parecer algo amoscado el General Augustí.

— En ese caso hay que distinguir, — dijo Blanco. — Si V. E. no entrega las armas á las Milicias y me deja obrar por mi cuenta, no necesito ni un hombre, ni un fusil; si crea V. E. las Milicias y les son entregados los fusiles, entonces 30,000 hombres.

— Estoy comprometido á entregar las armas, y no puedo disponer de 30,000 hombres.

— Por eso yo tampoco puedo aceptar el cargo.

Al General le intrigó el modo de contestar del Coronel Blanco, y preguntó:

— Pues dígame ¿qué es lo que haría usted?

— La cosa es muy sencilla, mi General; al punto donde yo estableciera mi centro de operaciones, San Fernando de la Pampanga, llamaría á todos los

cabecillas de las diferentes provincias, y con el fin de que acudieran sin reparo, les diría que la reunión tendría por objeto la entrega de los fusiles que cada uno deseara. Diciéndoles esto, tengo la completa seguridad que no faltaría uno y que todos acudirían gozosos á mi llamamiento. Ya una vez reunidos, mandaría traer plumas, tinta y papel suficiente, para que cada uno pudiera escribir una carta, y hecho esto, les diría: — «Ahora, en este momento, van ustedes á escribir á sus familias para que éstas lo comuniquen á los pueblos respectivos, que tengan entendido que al menor movimiento que se produzca en el pueblo, la primer cabeza que caerá será la de uno de ustedes, según cual sea el pueblo de que se trate. Y luego, ó bien los retendría en mi poder, ó bien les dejaría ir á sus respectivas provincias, convenientemente vigilados, según lo creyera oportuno. Y nada más. Yo le aseguro á V. E., mi general, que es el único medio de asegurar el orden, sin armas.

—¿De modo que usted cree que las Milicias darán mal resultado?

— Es lo peor que V. E. puede hacer. Yo les conozco á todos, y si hoy no se han sublevado es precisamente porque les faltan armas. El día que las tengan, no tardan tres meses en sublevarse.

— Me han dado su palabra de honor de no hacer armas contra España, — repuso el General.

—¿Y V. E. hace caso de la palabra de honor de esta gente? Tenga V. E. la completa seguridad de que no han de cumplirla. Créame, mi General, todavía tiene V. E. tiempo de remediar la catástrofe no repartiendo las armas. Y de ocurrir algo en los pueblos, la culpa la tienen exclusivamente los cabecillas, porque tienen suficiente influencia para imponerse en el sentido que quieran. Y así como no se concibe que se subleve el pueblo de Macabebe porque yo no quiero que lo haga, así también los cabecillas tienen tanta

influencia en sus pueblos respectivos, como yo en Macabebe, y por consiguiente, si dan el grito de rebelión, les seguirá el pueblo unánimemente.

Este diálogo sostuvieron los señores Augustí y Blanco cuando todavía era tiempo de remediar la hecatombe que ha derribado la soberanía española en Filipinas, cuando todavía el Sr. Augustí hubiera prestado un gran servicio á la patria siguiendo al pie de la letra lo manifestado por el digno Coronel de Voluntarios de Macabebe, quien tenía motivos sobrados para conocer al indígena, mucho más á fondo que los consejeros que el Sr. Augustí había tenido hasta entonces.

Y no puede decir el General que no le inspirase confianza absoluta el Sr. Blanco, puesto que su familia la envió á casa de éste en Macabebe, lo cual prueba que la creía más segura allí que á su propio lado. El Sr. Augustí además de testarudo, podemos decir que resultó descortés y desagradecido, porque la familia del Sr. Blanco, se desvivía por la del General y éste estaba en la obligación de depositar en él toda su confianza en aquella ocasión, como se la depositara cuando mandó su familia á Macabebe.

Acaso si no hubiera sido por salvar á sus ilustres huéspedes, D. Eugenio Blanco, no prolongara la defensa del pueblo, y éste no hubiese sido pasto de las llamas, ocasionándole pérdidas de fortuna enormes.

Y dejando aparte el interés particular de la familia Blanco, no cabe duda que el Sr. Augustí hubiera podido hacer que la catástrofe no fuera tan considerable como á última hora resultó, por su terquedad en crear las Milicias, entregarles fusiles y hacer Jefes de ellas á los cabecillas que hasta entonces habían peleado contra España.

Aquella política de atracción seguida por el General Augustí, fué la que decidió el fracaso horrible, porque fué interpretada por los naturales como mie-

do, y, en efecto, estoy por asegurar que en las esferas oficiales de Manila, algo ha habido de eso.

Infeliz General Augustí, ¡con que facilidad ha ido usted al descrédito más espantoso, al aislamiento dentro de su categoría, á la deshonra! Pero bien empleado se lo tiene. Y todavía ha hecho usted poco con aislarse. Yo, de usted, á estas horas no llevaría ni charreteras en los hombros, ni entorchados en las bocamangas.

¡Si en España ha habido un Peral á quien asistiéndole toda la razón y estando á su lado la opinión pública, se las arrancó sólo por el hecho de que, al parecer, no habían querido comprenderle ¡qué menos puede hacer usted, que tiene en contra todo el país con sobrada razón!

Desengáñese el Sr. Augustí: si las caídas son peores de cuanto más alto se cae, la de usted debió de ser mortal de necesidad.

*
* *

Mas no consiste en esto precisamente el mayor disparate llevado á cabo por el General Augustí, durante el poco tiempo que desempeñó el cargo de Gobernador general del Archipiélago. Porque á pesar del disparate enorme de crear las Milicias Filipinas con tanta inoportunidad, aun después de creadas, era tiempo de salvar la situación antes de que llegara el momento crítico del levantamiento general del país.

A mediados de Mayo, el día 19, si mal no recuerdo, desembarcó en Cavite, Emilio Aguinaldo, conducido por los barcos americanos desde Hong Kong, donde vivía desde el ignominioso tratado de Biaknabató, con el objeto de que levantara el país contra España, á cambio de una porción de promesas de independencia y de protección, que entusiasmaron á Aguinaldo de tal modo, que publicó un manifiesto aconsejando á los filipinos el levantamiento

general, para el día 31 de Mayo, puesto que protegidos por el bloqueo de Manila, no podrían llegar refuerzos á los españoles, y por consiguiente, el triunfo era seguro.

Entonces fué cuando los filipinos se aprestaron para la lucha, y aquellos días fué también cuando el cabecilla Francisco Macabulos Solimán, que con una numerosa partida se hallaba en los montes de la provincia de Tarlac, se presentó al Jefe militar de esta cabecera D. Bienvenido Flandes, manifestando que quería defender á España contra los americanos, y deseaba que le llevara á presencia del Comandante general del Centro y Norte de Luzón y del Capitán general.

El Comandante Flandes cumplió su misión con gusto, porque era uno de los más acérrimos partidarios de la política de atracción del Sr. Augustí, y éste, en cuanto se le presentó el cabecilla le propuso para ser Comandante de las Milicias Filipinas de la zona de Tarlac.

Bien pronto comprendieron todos que aquella presentación de Macabulos no había sido más que una nueva traición que había que sumar á las muchas hechas por el sanguinario cabecilla. Pero ya era tarde, porque obedeciendo como los demás, al llamamiento de Aguinaldo, levantó en rebelión contra su madrepatria á toda la provincia, en los primeros días de Junio, como verán mis lectores más adelante.

Ahora bien: en los días que mediaron entre el arribo á Cavite de Aguinaldo y el levantamiento general del país, el Sr. Augustí tuvo noticias ciertísimas de la llegada de aquél y de sus proyectos revolucionarios, con la suficiente anticipación para haber reconcentrado en Manila toda la fuerza repartida en los destacamentos pequeños, muchos de ellos, sin recursos bastantes para sostener un asedio más ó menos prolongado.

¿En qué pensaba el Sr. Augustí?

Si había cometido la insensatez de crear las Milicias ¿por qué no corrigió su falta reconcentrando en Manila las fuerzas desperdigadas por la isla de Luzón?

A mí me consta como les consta á todos los que en aquella fecha se encontraban en algunos de los destacamentos de los pueblos de la isla de Luzón, que hubo tiempo sobrado de hacer la reconcentración, evitándose de este modo lo más triste de la catástrofe: el que sucumbieran en el cautiverio unos cuantos miles de españoles por la culpa de los que llevan entorchados y no les sirven más que para lucirlos en las revistas y en las procesiones, porque en su ignorancia, no saben darles otro uso más adecuado y más digno

Y digo que me consta, porque yo he visto y leído un telegrama del General Augustí, que se recibió el día 24 ó 25 de Mayo en Tarlac, y cabe suponer con fundamento que á los demás destacamentos llegaría también en aquellos días, cuyo telegrama decía lo siguiente, en estos ó parecidos términos:

«Tengo noticia de la llegada de Aguinaldo á Cavite y que se intenta un levantamiento general del país para el día 31 de Mayo».

Y terminaba recomendando prudencia, inculcándoles los beneficios que les reportaría el defender á España en aquel trance de la guerra contra el Norte-América, empleando en todos los casos con los naturales la política de atracción, de la que esperaba excelentes resultados. Por último, creo que indicaba se preparase para la defensa.

Hay que advertir, que hasta el día 31 de Mayo, no quedó interrumpida la comunicación telegráfica y ferroviaria con Manila; de modo que como he dicho antes, pudo haberse hecho la reconcentración con toda comodidad.

Pues, no señor; la tribulación en que se hallaba

sumido el General Augústí, pensando en su familia que residía en Macabebe, le hizo olvidarse de sus deberes militares como Capitán general, y no dió *pie con bola*, como se dice vulgarmente. Lo único que se le ocurrió ante la inminencia del peligro que corría el Ejército á sus órdenes, fué llamar á Felipe Buencamino, quien recientemente había sido nombrado primer Jefe del Tercio Anda y Salazar, y mandarlo á Cavite á conferenciar con Aguinaldo, con el objeto de ver si lo atraía á la causa de España.

Y sobre esto no quiero hacer comentario alguno. De si fué disparate ó no de Augustí el nombrar á Buencamino para esa comisión y el modo como éste la desempeñó, lo verá el lector en la carta que el comisionado dirigió al Capitán general y que merece capítulo aparte.

Capítulo VIII

Carta de Felipe Buencamino al General Augustí

A los pocos días de llegar Buencamino á Cavite, publicó un manifiesto en el que va incluída la carta á que hago mención en el capítulo anterior.

He aqui el Manifiesto:

« Filipinos, queridos hermanos: Entiendo llenar para con todos un deber de confraternidad á la vez que de descargo ante las conciencias honradas, poniendo á vuestra noticia hechos íntimamente relacionados con mi cargo de Teniente coronel 1.er Jefe del tercio Anda y Salazar dentro del Ejército Español y con mi actual posición dentro del cuerpo revolucionario, simple servidor incondicional del pueblo, como todos los que estamos, desde el dictador hasta el último soldado.

» Como quiera que dichos sucesos se relatan en la carta que con esta misma fecha dirijo al Capitán general Excmo. Sr. D. Basilio Augustí, me permito copiarla aquí íntegra, por cuanto á mi juicio llena su inversión, mi objeto arriba indicado.

«Excmo. Sr. D. Basilio Augustí.

»Cavite 9 de Junio de 1898.

»Mi venerado General: Escribo á V. E. á los 17 días de mi detención en esta ciudad de Cavite como prisionero, y escribo á V. E. con venia del Dictador don Emilio Aguinaldo, para enterarle de todos los sucesos é incidencias que han pasado por mis ojos desde que vine autorizado por V. E. para conferenciar con dicho Sr. Aguinaldo, á fin de atraerle á la causa de España.

»En primer lugar, participo á V. E. que he sido recibido con mala prevención porque habiendo sido el Sr. Aguinaldo burlado, ignominiosamente por cierto, por el antecesor de V. E., General Primo de Rivera y por D. Pedro A. Paterno, faltando estos últimos de manera escandalosa á las condiciones del pacto de Biaknabató me tomaba por otro Paterno y á V. E. por otro Sr. Primo de Rivera y bajo tales prejuicios se ordenó mi detención y se me sujetó á un interrogatorio, cuya primera y única pregunta ha sido la de: ¿Ha venido V. con el papel que se nos ha presentado D. Pedro Paterno en Biaknabató?

»Contesté que no, y que venía por mi propia iniciativa con autorización de V. E. para decir que enfrente de los americanos el país está levantado en armas y que de venir Aguinaldo con nueva insurrección en favor de aquéllos, se encontraría con guerra civil que no redundaría más que en daño del país, sin sacar ni unos ni otros provecho de ninguna clase, como no sea el muy tonto de ver á los americanos alegres y satisfechos por ver nuestros mutuos destrozos, á lo que se me contestó que estaba muy equivocado, con lo que concluyó la conferencia, y se me notificó que estaba detenido por no acreditar suficientemente mi calidad de parlamentario, habiendo algunos que opinaron por mi fusilamiento como espía,

lo que no permitió el carácter humanitario del Dictador.

»Vuelto á mi prisión, que es la casa del Chino Osorio y con absoluta incomunicación durante algunos días, veía sin embargo, por la ventana de mi cuarto, desfilar carros cargados de fusiles, cañones y municiones, que iban al pantalán y se cargaban en cascos y barcas grandes y pequeñas que todos los días venían á esta ciudad con grandes masas de hombres, que calculo pasarían de más de 30,000; venían también barcos cargados de armas y municiones y de insurrectos antiguos, procedentes de Hon Kong y con posterioridad me enteraba, por los que me visitaban, después de levantada mi incomunición, que el día 28 del mes próximo pasado fué copada una columna de 300 hombres de infantería de Marina entre Imus y Cavite viejo, mandados por el Comandante Pazos, á la vez que se oía fuego por todos lados de esta provincia, lo que indicaba el movimiento general de la nueva revolución.

»Supe también que el General Peña con su E. M. se rindió sin cambiar casi un tiro, entregando cañones y otras armas, tesoro público y Gobierno con 200 voluntarios de Apalit, reclutados por mí, pero que el General Monet entregó al Capitán de ejército D. Jesús Roldán: también llegó á mi noticia que, asediado el destacamento de Bacoor, compuesto de 200 voluntarios de mi tercio, y ciento y pico de Infantería de Marina al mando del Teniente coronel D. Lucio Toledo, pidieron socorro al Coronel Pintos, que me sustituyó en Pañaraque, cometiendo este Jefe la torpeza de mandar 100 voluntarios míos de las Piñas para socorrer á los de Bacoor, sin considerar que si 300 asediados no podían con los revolucionarios que los asediaban, era casi entregar á éstos los 100 que se mandaban de las Piñas como así ocurrió, pues viéndose el capitán Albert y el oficial Perez-Rubio copados

por más de 1,000 hombres, tuvieron que entregarse, como al día siguiente se entregó el destacamento de Bacoor.

» Y así sucesivamente, en menos de seis días fueron entregándose los destacamentos de Imus, Binacayan, Noveleta, Santa Cruz de Malabón, Rosario, Salinas, Cavite viejo y otros pueblos de esta provincia, que hoy todos están en poder de D. Emilio Aguinaldo.

» Pero hay más, que también vinieron prisioneros de Calamba, Binyan, Muntinlupan y de la provincia de Bataán, entre ellos el Gobernador y Administrador con sus señoras y niños, 200 voluntarios del tercio Blanco, con su capitán Gómez y cuatro oficiales, y además, 170 cazadores con el Teniente coronel Baquero. El Coronel Francia huyó á la Pampanga dejando á los voluntarios. En una palabra: á los ocho días de operaciones, D. Emilio Aguinaldo tiene aquí y en los pueblos conquistados, 2,500 prisioneros con más de 5,000 fusiles, 8 cañones, gran cantidad de dinero, y municiones, por lo que ha determinado dirigir el ataque á esa ciudad en combinación con sus fuerzas de Bulacán, de esta provincia y de las de esa capital, que sumarían unos 30,000 hombres armados de fusiles y cañones, destinando á sus fuerzas de Bataán y Nueva Ecija, para acorralar á las del General Monet, que está en la Pampanga, y las de Paciano Rizal en Calamba, para invadir Batangas.

» Y por último, hoy han llegado mi hijo y mi cuñado llenos de sangre y bien maltratados, por haber resistido á los que les secuestraban en el camino de Zapote, á donde se dirigían para contener la gente de Pio del Pilar, que se querían pasar á los revolucionarios, y por ellos supe el desastre total de mi tercio, por culpa de los Jefes peninsulares que V. E. mandó en mi lugar.

» En suma, nn cuadro tristísimo por parte del

Ejército de V. E. que acusa verdadera impotencia ante el empuje de las fuerzas revolucionarias.

» Claro está que yo no comprendo en la inculpación que antecede, ni á V. E., ni á los dignos Generales que están á su lado, y creo, por el contrario, que todos cumplirán con su deber hasta la muerte, pero yo que profeso fe al sentido de la realidad, veo con amargura que el triunfo es del Sr. Aguinaldo más tarde ó más temprano, y que á V. E. no le queda más suerte que la de sucumbir con gloria si, pero con gloria tristísima y luctuosa, porque implicará la muerte de miles de seres humanos.

» Acorralada Manila por mar y tierra y sin esperanzas de auxilios de ninguna parte y dispuesto el Sr. Aguinaldo, si V. E. prolongara la lucha con tenacidad, á hacer uso de la escuadra para bombardear, yo no sé francamente otro término más que el de sucumbir muriendo, pero V. E. sabe que la entrada de 100,000 indios encarnizados en la lucha, ébrios de triunfo y de sangre, produciría una hecatombe de la que no se librarían, ni señoras, ni niños, ni sacerdotes peninsulares, especialmente los frailes, y yo creo que los derechos de la humanidad comprometidos de este modo tan grave, deben pesar también en el ánimo de V. E., pues por caros que sean la gloria y el deber militar, que valen tanto ó más que la misma existencia, nunca hay derecho para que se conquisten á costa de los derechos de la humanidad y ésta se sobrepone á toda consideración y á todo deber.

» Creo, pues, sinceramente, que V. E. debe capitular en vez de rendirse luchando y no será inútil esta vez mi mediación, porque ha de saber V. E., y lo digo con pena, que en vista de la impotencia demostrada á mis ojos por el Ejército Español para sostener la soberanía de España sobre estas islas, me he dicidido hoy á pasar al campo revolucionario, toda vez que ante Dios y ante las conciencias honradas,

me creo absuelto de mis juramentos de defender á España en el momento que no la saben ó no la quieren defender con su vida, los mismos peninsulares.

» Sepa V. E., que en esta campaña de Cavite, tengo más de 100 voluntarios entre heridos y muertos, al paso que, los peninsulares, están sanos y fuertes, diciendo que no quieren defender la maldita causa de los frailes confundida aquí y allá en Madrid, desgraciadamente, con la causa de España.

» Unase á lo expuesto, la consideración de indefensión en que hemos dejado á mi familia y á las de los 1,000 filipinos por mi reclutados, compuestas en su mayor parte de mujeres y niños, y que con seguridad, serán perseguidos y secuestrados por los revolucionarios, como enemigos. Todo eso unido con la ninguna esperanza de ser socorrido por V. E., ni por nadie, ha influído decididamente en mi ánimo para desistir del servicio de España y pasar al campo de la revolución, cuyo ideal es declarar la independencia de las Filipinas.

» Termino la presente, manifestando á V. E. que D. Emilio Aguinaldo trata muy bien á los prisioneros y sobre todo á los peninsulares, que tienen pan y carne fresca todos los días, ocupando además habitaciones sanas y de mampostería que sobran en esta ciudad por el abandono de sus fincas que han hecho los propietarios, desde el día del combate naval habido entre las dos escuadras.

» Por último, ruego á V. E. me dispense la molestia que le causo con la presente, larguísima carta, hija de mi buen deseo de evitar más sangre y de que V. E. salga todo lo mejor posible de la apurada situación en que las circunstancias y los sucesos le han coloeado, contra, seguramente de su voluntad, hasta en el campo enemigo reconocida como grande, buena y sana, pero que desgraciadamente ha venido V. E. muy tarde, para conjurar los muy adelantados pro-

yectos de la revolución, provocados por la mala fe de su antecesor, ahora más que nunca imposibles de evitar, dados los grandiosos y rápidos triunfos que tienen alcanzados las huestes revolucionarias, contra el Ejército Español.

»Dios ilumine á V. E., para que acepte mi consejo de capitular en vez de rendirse luchando hasta morir, por cuanto es dictado de la triste realidad, que V. E. seguramente ve y palpa.

» En este momento vienen de la Pampanga y de Batangas, partes de estar tomadas las dos citadas provincias, quedando el General Monet encerrado en San Fernando (Pampanga) con unos 800 hombres entre militares y particulares, y el Coronel Navas sufre la misma situación en la villa de Lipa, con casi igual número de fuerzas, que pronto se rendirán por sed y hambre, lo mismo que el General Monet, á menos que se resistan hasta morir, lo que sería una gloria inútil.

»Dios, repito, guarde los pensamientos de V. E. y le conserve la salud y la de toda su familia, que está, por cierto, muy recomendada por el Sr. Aguinaldo, para que sea muy bien tratada y considerada, caso de caer prisionera.

»Tales son los deseos de su antiguo subordinado y hoy revolucionario atento. S. S., q. s. m. b., *Felipe Buencamino*.

» P. D. — Como quiera que esta carta no ha podido ser enviada á su destino, por las ocupaciones del Dictador D. Emilio Aguinaldo, y de que hoy, doce, se han logrado otros varios y notables triunfos, doy también cuenta sinceramente á V. E. de tales sucesos, para que se penetre más y mejor de su apurada y aislada situación.

» El Gobernador de Batangas desde anteayer se ha entregado al fin con toda la guarnición que allí había, compuesta de 500 cazadores y unos 400 del re-

gimiento n.º 74, mandados por un Teniente coronel; además, como botín de guerra se han apoderado de mil y pico de fusiles, con 150 cápsulas, dinamita en cajas y 60,000 pesos en metálico, y los frailes se han refugiado en una isla inmediata, con todas las riquezas de sus conventos é iglesias; han ido tropas revolucionarias para coparles, y como allí no tienen ninguna defensa, es segura su aprehensión, con todo el dinero que llevan.

» Tenemos, pues, á estas fechas siete provincias con varios puertos marítimos, que son: Taal, Bataan, Batangas, Bulacán, Cavite, Subic y Maribeles, y contamos con tres vapores y varias lanchas con muchos botes para comunicarnos, aparte de poder disponer, cuando se quiera de los buques de la escuadra Norteamericana, por lo que se ha acordado proclamar hoy la Independencia del Archipiélago Filipino, con todas las solemnidades que tan feliz como inesperado acontecimiento corresponde, comunicando después el acta de proclamación á todos los Cónsules extranjeros y Comandantes de los buques que se hallan surtos en esta bahía.

» Así que creo mi General que debe V. E. capitular cuanto antes, en vez de rendirse por medio de la guerra, tanto más, que según he oído á nuestro Dictador, tiene el propósito, caso de hacerlo así V. E., de corresponderle con nobleza transportando á España gratis á todos los españoles que quieran regresar y garantizando vidas y bienes á los que quieran permanecer en el país. — *Vale.* »

» Después de lo copiado no creo deber añadir más que, confiado en el valor y dignidad de los españoles y en su historia y decantada superioridad de raza, ofrecí mi vida y la de 1,000 filipinos más para defender á España contra sus enemigos, pero que visto el triste ejemplo de su cobardía y torpeza, dejándose copar por los revolucionarios filipinos, sin hacer la

debida resistencia y poniendo siempre en vanguardia á mis voluntarios, me convencí que los españoles, ni son valientes, ni son superiores á nosotros, y que son ya del todo impotentes para defender su imperio y soberanía sobre los filipinos.

» Por tanto, entiendo que desde este solemne momento han perdido el derecho de ser nuestros gobernantes, cesando también en su virtud mi deber de defenderlos como tales, por lo que me decidí á pasar al campo revolucionario para trabajar enérgicamente por nuestra independencia, que la veo claramente permitida por Dios, que es el eterno Juez de todas estas grandes contiendas de las naciones humanas.

» Dios, con efecto, en sus inexcrutables arcanos dispuso que el siglo XVI, conquistaran estas islas 50 españoles y un fraile; pues hoy, después de más de 350 años de dominación, dispone también que un sér humilde, casi desconocido, llamado D. Emilio Aguinaldo, haga la revolución más pujante que se ha conocido en ninguna colonia de este extremo Oriente, para conquistar nuestra Independencia.

» Yo que profeso el sentido de la realidad, bajo la cabeza ante los grandiosos sucesos que pasan por mis ojos, realizados en tan breves días, y que á mi juicio se verifican y se realizan por especial permisión divina, pues sólo así se explica que en menos de veinte días que ha llegado de Hon-Kong D. Emilio Aguinaldo, tenga ya á estas fechas conquistados Bulacán, Cavite, La Laguna, Batangas, Mindoro, Zambales, Pampanga, Pangasinán, teniendo además cercada Manila hace tres días, por nuestro bravo y glorioso ejército filipino.

» He aquí, mis queridos paisanos, las causas de conversión; causas que me relevan ante Dios y ante las conciencias honradas, de todos los cargos que se me puedan por tal hecho imputar.

» Juzgad sin embargo, porque desde hoy sois con

vuestra Independencia, el único Juez severo é imparcial de la conducta de nuestros hermanos, ora militar en el campo de los españoles, ora sigan las impetuosas corrientes de la marcha triunfal de la revolución.

»Os saluda y cariñosamente os desea salud y fraternidad, vuestro humilde hermano, *Felipe Buencamino*».

Sin comentario.

Capítulo IX

Contestación de Buencamino á Paterno

Pedro A. Paterno, el *célebre* comisionado del Gobernador Primo de Rivera cerca de Aguinaldo, para confeccionar el pastel de Biaknabató, hoy Presidente del Congreso filipino, escribió en aquellos días un Manifiesto que fué publicado por *El Comercio*, de Manila el 2 de Julio del 98, y cuyo manifiesto fué contestado desde Cavite por Felipe Buencamino.

Decía así la refutación de este último:

«Obras son amores y no buenas razones».

«Ni de encargo hubiéramos podido hallar mejores frases y conceptos para contestar al manifiesto de D. Pedro A. Paterno, publicado en *El Comercio* del 2 del actual, que los contenidos en el epígrafe con que comienzan estas líneas.

»Comienza el Sr. Paterno en su referido manifiesto, diciendo que ama á su pueblo cual ninguno, y que quiérelo grande, libre, feliz, rigiendo sus propios destinos, según sus deseos y aspiraciones.

»Ojalá fuera verdad tanta belleza, porque eso mismo es precisamente lo que queremos y á lo que, de muy antiguo aspiramos con exposición de nuestras vidas y haciendas, cual lo tenemos demostrado por

obras y no por buenas razones, sobre todo desde mediados del glorioso año 1896, era en que comenzamos la conquista de nuestras más caras libertades por la fuerza de las armas.

» Y perdónenos el Sr. Paterno, que divaguemos un poco haciendo siquiera brevemente la historia de este movimiento para que vea que no es hijo de la ingratitud y de la impremeditación, sino consecuencia lógica é ineludible de la conducta malvada y de la mala fe del Gobierno de España.

» El país dormía hace más de 300 años el sueño de la ignorancia, en cuanto se refiere á sus derechos y libertades políticas; estaba conforme ó resignado con el sistema de explotación del Gobierno de España, y nadie pensaba en reformas. Pero al verificarse la revolución de Septiembre de 1868, en España, derrumbando el trono de Isabel II, los primeros gobiernos revolucionarios, inspirándose en las ideas de humanidad y de justicia, mandaron aquí repetidas órdenes supremas para que en Manila se formara una Junta de reformas, lo que se verificó, siendo uno de los nombrados, si mal no recordamos, D. Mariano Molo Paterno, padre de D. Pedro.

» Excusado es decir que esta Junta acordó y propuso buenas y adecuadas reformas, entre ellas el arreglo de curatos y parroquias que monopolizaban los frailes.

» ¿Qué hizo el Gobierno español en tales reformas? ¿Qué hicieron los frailes? ¡Ah! aunque fuéramos crueles con el Sr. Paterno, la necesidad histórica nos obliga á recordar aquí que el Gobierno, de acuerdo con los frailes, simularon la insurrección militar de la ciudad de Cavite, en Enero de 1872, y á pretexto de ser autores, cómplices y encubridores de dicha insurrección, condenó en garrote vil á los párrocos D. José Burgos, D. Jacinto Zamora y P. Mariano Gómez; los dos primeros de la ciudad de Manila, del

arrabal de Santa Cruz, y el último del pueblo de Bacoor de esta provincia de Cavite.

» Además, deportó á Marianas á otros clérigos: uno de ellos, el P. Agustín, cura del Arrabal de Santa Cruz, á los abogados y propietarios filipinos, D. Joaquín Pardo de Tavera, D. Antonio Regidor, D. Pedro Carrillo, D. José Baga, D. Balvino Mauricio, y otros más, entre los que se contaba también D. Mauricio Molo Paterno. Este virtuoso anciano sí que puede decir con orgullo y honra que tiene hechos sacrificios de salud y fortuna en holocausto de las libertades de su patria natal.

» Desde ese año 1872 comienza el Gobierno español á perseguir á todos los reformistas filipinos con prisiones indebidas y deportaciones inauditas, hasta el extremo de procesar en 1888 á 700 principales por el sólo hecho de presentar una exposición de sus deseos y aspiraciones al Gobernador general D. Emilio Terrero.

» No hay isla mal sana ni rincón pésimo del país que no haya sido visitado, forzosamente se entiende, por algún deportado. Nadie estaba seguro en su libertad personal; nadie lo estaba en su casa, y bastaba que se reunieran tres ó cuatro filipinos, aunque fuera con el motivo más inocente, para ser al momento espiados, aprehendidos y deportados. Con decir que hasta se ha recurrido á especies calumniosas para mandar á los deportados á Fernando Póo, Islas Chafarinas, Ceuta y otros presidios de Africa y de la Península, queda demostrado clarísimamente la mala fe, crueldad y la injusticia con respecto al pueblo filipino.

» Este pueblo viril é inteligente recibió el decreto supremo de las reformas con júbilo y entusiasmo, y compenetrándose con la bondad de aquéllos para sentir dentro de su alma las externas llamas de la libertad, trabajó con fe para alcanzar por el camino

de la legalidad, el triunfo de sus ideales, inspirados en el más puro españolismo.

»¿Cómo cumplió el Gobierno español por su parte el decreto que espontáneamente dictó en 1868? Persiguiendo, encarcelando y deportando á los reformistas; esto es: empleando el sistema del terror, esperando acobardar el ánimo de los filipinos. ¡Ilusión vana é irrisoria! Porque debió conocer en más de 300 años de dominación, que mandaba un pueblo viril é inteligente, teniendo en Rizal, Luna, Rosario y otros, las muestras más vivas de las grandes energías filipinas.

»Y así que los filipinos, verdaderos amantes de la libertad é independencia, no tuvieron más remedio que acudir á las armas para contestar la fuerza contra la fuerza, el terror contra el terror y la muerte contra la muerte, decidido y juramentado á practicar este sistema de sangre y fuego hasta alcanzar y conseguir la absoluta libertad de todo el Archipiélago filipino, del ignominioso imperio de España.

»Y ahora volvamos al comentario del manifiesto. Dice también el Sr. Paterno, que hace tiempo tiene ofrecido el holocausto de su existencia por los derechos y libertades del pueblo filipino, aun á costa de su salud y fortuna. Pero nosotros no vemos en la práctica confirmados esos sus magníficos propósitos, pues sólo sabemos que el Sr. Paterno ha pasado su juventud en Madrid, bien tratado y hasta con exceso halagado por los prohombres de la política española, merced debida á sus esplendideces, sin que durante tan largo período de existencia brillante y lujosa, podamos decir que por su mediación, España haya hecho grande, libre y feliz al pueblo filipino; antes al contrario, la época de las persecuciones que más arriba dejamos citada, coincide con aquella brillante posición y halagüeña vida que llevó en Madrid don Pedro A. Paterno, que por haber publicado una colec-

ción de poesías con el título de *Sampaguitas*, era motejado con el epíteto de «Sampaguitero». Sabemos también que el Sr. Paterno ha regresado á este su país natal, nombrado Director de la Biblioteca y Museo de Filipinas por constituir, sin sueldo y en cambio con la condecoración de la Gran Cruz de Isabel la Católica, pero esto no era nuevo para nosotros, por haber visto otorgada la misma valiosa condecoración al chino Palanca y á otros sin moverse estos últimos de sus casas. ¿Cómo se comprueban esos decantados sacrificios de salud y fortuna en pro de las libertades del pueblo filipino?

» Acaso se refiera el Sr. Paterno á la reciente creación de las Milicias filipinas y Asamblea consultiva. ¡Ah! pero dando de barato que con tales Milicias y Asamblea se hace grande, libre y feliz al pueblo filipino, hipótesis que niegan (nótelo bien el Sr. Paterno) los sementeros de Cavite, esta felicidad no se debe al Sr. Paterno, sino al abatimiento en que España se encuentra en la actualidad, originada por su fatal política y las guerras que sostiene; esa concesión es simplemente un dulcecito en fin, para atraer á los filipinos á fin de que defiendan á los españoles en la invasión de los norteamericanos.

» ¿Dónde están, repetimos, esos sacrificios, Sr. Paterno? ¿Dónde están esos derechos y libertades por usted conquistados? No los vemos, y eso que los buscamos, créalo usted, con la luz de la imparcialidad, porque ondeando en nuestra bandera el esplendor de la justicia, no nos duele hacerla aun para nuestros mayores enemigos, entre los que no contamos á usted.

¿Por ventura alude usted á la paz de Biaknabató? Entonces preguntamos nosotros ¿qué ha hecho usted Sr. Paterno, de esa paz que nosotros suscribimos de buena fe y que usted y el General Sr. Primo de Rivera han hecho jirones, torpe y escandalosamente?

» Habéis, en efecto, escatimado la amnistía de los

deportados, estando hasta ahora muchos de éstos sufriendo las miserias de su triste é injusta situación. Habéis retardado las reformas ofrecidas, que no han venido hasta ahora y habéis distraído los 400,000 pesos del 2.º y 3.er plazo de la cantidad convenida, no haciendo la entrega en manos de nuestro jefe D. Emilio Aguinaldo como estaba pactado.

»¡Ah! es que habéis creído que por haberle entregado nuestras armas y las fuertes posiciones donde estábamos guarnecidos, dispersas además nuestras fuerzas y ausentes nosotros, podíais volver al Gobierno de las iniquidades sin contar que la Providencia divina podía permitir en la hora de las grandes injusticias, que su enviado D. Emilio Aguinaldo viniese decidido á acabar por manera muy enérgica con el inmoral é impotente Gobierno de España.

»Luego entra el Sr. Paterno á desenvolver su política colonial, y dice que por grandes que sean los esfuerzos que hagamos en pro de nuestras libertades, no podemos, sin embargo, vivir sin una aliada, y que esta alianza no la podemos encontrar mejor que con la soberanía de España. Con franqueza decimos que aquí desbarra el Sr. Paterno de una manera inconcebible para su claro talento. ¿Cómo se compagina eso de alianza con la soberanía? ¿Cómo se compagina eso de pueblo grande, libre y feliz, con la soberanía de España?

»El Sr. Paterno nos cita el ejemplo de las alianzas de Rusia con Francia, y de Alemania con Italia y Austria, pero no sabemos hasta ahora que los rusos sean soberanos de los franceses, ni los alemanes de los italianos y austriacos.

»Dice también el Sr. Paterno, que ayudando á España en la guerra con los Estados Unidos, si morimos, moriremos con la consecuencia del deber, y si vivimos, obtendremos el triunfo de nuestras aspiraciones, sin los peligros ni los azares de la guerra civil.

» Alto ahí, Sr. Paterno; y sepa usted y sepan todos, que en menos de quince días de operaciones tenemos 3,500 prisioneros, de los cuales hay un General de brigada, Sr. García Peña, dos Coroneles, varios Tenientes coroneles, Jefes y oficiales, además de los Gobernadores de Bataán y Batangas, los empleados de estas provincias y sus familias.

» También tenemos unos 500 voluntarios filipinos prisioneros, entre los cuales hay 10 fallecidos y 40 heridos, mientras los peninsulares tuvieron relativamente muchas menos bajas, lo que prueba que el comportamiento de estos últimos deja mucho que desear; por lo que no entendemos ese llamamiento que hace usted á los filipinos hacia el deber de defender á España, cuando los mismos peninsulares no se toman gran interés en tal empresa.

» No hay, pues, consecuencia del deber donde los mismos favorecidos parecen olvidarlo. Y el morir hoy por España, implica no sólo falta de dignidad y de delicadeza, sino también la estupidez de sostener una débil soberanía sobre un pueblo viril y valiente.

» Mentira parece que ante tan elocuente ejemplo de impotencia y debilidad haya todavía algún filipino que defienda la soberanía de España. Y sepa usted, Sr. Paterno, que nosotros hacemos la guerra civil sin el auxilio de nadie, decimos mal, tenemos la ayuda de Dios, que es el eterno auxiliar de las grandes y justas causas, como es la que defendemos, en contra de España, nuestra amada independencia.

» Concluye el Sr. Paterno explicando sus principios político-administrativos bajo la base de la soberanía de España, pero como tenemos impugnada esta soberanía por impotente y por inmoral, dejamos de ocuparnos de aquellas sus elucubraciones ilusorias, concretándonos, para concluir, en hacer al Sr. Paterno dos observaciones : la primera es, que comete una injusticia muy grande al imputar gratuitamente y sin

motivo alguno á los norteamericanos, el propósito de apoderarse del mando de estas islas, luego que hayamos vencido á los españoles, pues sobre la falta de motivos para hacer dicha imputación contra una nación, por excelencia humanitaria como República federal, hay todavía, que en su constitución está absolutamente prohibido el absorber territorios fuera de América, siguiendo aquel principio del inmortal Monroe «América para los americanos», y además, hay también el antecedente histórico de que la independencia de la América del Sur del dominio español, se debe en mucho á la ayuda y protección de los Estados Unidos, y la segunda es, que debe reflexionar el Sr. Paterno, que ese manifiesto suyo nunca le hubieran permitido los españoles publicarlo, á no ser por la presencia y actitud resuelta de nuestro Dictador D. Emilio Aguinaldo, y que esto debe servirle al Sr. Paterno de lección acerca del lastimoso estado á que le condujeron á España sus propios desaciertos, bien advertido que si no obstante lo expuesto, insiste en hacer la disidencia proclamando la guerra civil, sobre su cabeza caerán todas las responsabilidades del presente y de la historia.—*Felipe Buencamino.*»

Cavite 9 de Junio de 1898.

Capítulo X

La incomunicación con Manila

Los filipinos cumplieron al pie de la letra las órdenes que habían recibido de Aguinaldo. Este les había dicho que se preparasen para un levantamiento general el día 31 de Mayo, y, por lo tanto, como para atacar los destacamentos con éxito probable, era preciso evitar que pudieran llegar á ellos recursos y refuerzos, el día 30 de dicho mes, destrozaron las líneas férrea y telegráfica, en el trayecto comprendido entre San Fernando de la Pampanga, residencia del General Monet, y Manila; el 31 interrumpieron las comunicaciones entre San Fernando y Tarlac, y el 1.º de Junio entre este último punto y Dagupan, en que termina la línea férrea. De modo que desde este día, los destacamentos de la isla de Luzón quedaron aislados por completo, incomunicados en absoluto con el mundo exterior.

Por otra parte, no era posible esperar recursos por mar, porque después de la destrucción de la escuadra de Montojo en aguas de Cavite, el día 1.º de Mayo, de triste recordación, quedó formalizado el bloqueo de Manila y se hacía del todo imposible que de fuera llegaran auxilios.

La situación en que quedaban los destacamentos de provincias, era de lo más angustiosa. Algunos de ellos, sin medio alguno de defensa, los cuales, como se verá más adelante, tuvieron que entregarse sin hacer resistencia, pues ni el pueblo estaba convenientemente fortificado, ni había hombres suficientes para intentar una defensa, á la vez que las municiones y los víveres, eran escasísimos.

En otros, se habían atrincherado los fuertes que ocupaba la fuerza, pero en cambio ésta era en su mayor parte indígena, complicada en el movimiento revolucionario general, y por consiguiente, la demás fuerza peninsular, se hallaba comprometida.

De cualquier modo, pues, que se miraran las cosas, el fracaso más ó menos lejano de nuestras armas era inevitable, en el supuesto de que el Capitán general de Filipinas dejara en completo abandono á los que se disponían á defenderse, con los escasos medios con que contaban, como así ocurrió. Porque el General Augustí, después de demostrar que no poseía dotes militares de ninguna clase, ni la perspicacia que se necesita para desempeñar un cargo de la importancia del que un Gobierno inhábil le había confiado, demostró al mundo que tampoco sabía cumplir con sus deberes, y no supo remediar la grave falta cometida al no haber previsto lo que estaba próximo á ocurrir, ordenando la reconcentración de las fuerzas diseminadas por provincias, en Manila. Pues aun después de demostrar todo esto, todavía era tiempo de remediar el fracaso horrible, la hecatombe que se venía encima á pasos agigantados, si en aquellos momentos él se hubiera ocupado menos de salvar la familia y más del honor del ejército, saliendo de la inacción en que se hallaba sumido, y en lugar de aguardar el resultado desastroso final, hubiera salido al mando de fuerza bastante, para salvar los destacamentos de los pueblos.

Y no me diga el General Augustí que no podía distraer fuerza en eso, que la necesitaba para defender á Manila, porque en esta plaza existían 10,000 hombres, de los cuales podía haberse formado una columna de 2 ó 3,000 con el objeto de que fueran al mando del mismo Capitán general ó de cualquiera de los Generales que había en Manila, á recoger los destacamentos comprometidos.

Este es el deber que le ha faltado cumplir en Filipinas al Sr. Augustí, y este solo hecho basta para caracterizarlo y para conocer que dicho señor no es digno de llevar charreteras y entorchados. Por una parte, el General Monet, que se había encerrado en San Fernando de la Pampanga y no se atrevía á salir, dejándolo todo confiado al bravo Teniente coronel don Felipe Dujiols, quien fué el que se encargó de tomar el pueblo de Bacolor, en donde estaban parapetados en gran número los revolucionarios; el que llegó hasta Barasoain y Malolos, arrasando á estos pueblos y haciendo al enemigo numerosas bajas; el que se prestó á ir á recoger los destacamentos más próximos, cuyo hecho no pudo cumplir porque al llegar la columna de 300 hombres que mandaba el Sr. Dujiols al pueblo de Angeles, recibió un telegrama del General Monet diciéndole que inmediatamente volviera á San Fernando, y, por último, el que mandó la fuerza en aquella horrorosa retirada del General Monet, de la que más vale no acordarse, porque entraña uno de los sucesos más vergonzosos para la Historia patria de estos últimos tiempos.

Si en Filipinas hubiera habido una docena de Jefes como el citado, probablemente no se hubiera perdido el Archipiélago y no tendríamos que lamentar los horrores que están sufriendo nuestros queridos hermanos, que se hallan en poder de las huestes de Aguinaldo, y que no se cansarán de maldecir á los Generales ineptos que no supieron defender por sí

mismos el honor nacional, y que no tuvieron capacidad bastante para ordenar á otros, seguramente más aptos, que hicieran lo que ellos no sabían hacer.

Y por otra parte, el Capitán general en la inacción más completa, encerrado en su palacio sin hacer ni dejar hacer nada á los demás, en la situación más ridícula que darse puede para un General de vergüenza, pensando en lo que le pudiera pasar á su familia, cuando esto debiera ser para él lo último; siquiera nadie le había obligado á mandarla á Macabebe, pues debió de comprender, que de no poderla tener á su lado, debía de haberla mandado á la Península.

¿Se puede dar mayor oprobio y mayor vergüenza? Los Tribunales de honor no han empezado por donde debían. Porque no se consigue nada con que se dé de baja en el servicio á un oficial que queda en la miseria, si siguen siendo Generales los que no son dignos de ocupar tan alta jerarquía en una institución como la del Ejército, que debía de ser por lo menos, la más seria de todas.

Hay que desengañarse; hay muy pocos Margallos en el Ejército Español.

El hecho glorioso para la patria de que un General, comprendiendo que es preciso inmolar su vida por el pabellón nacional, salga al frente de sus soldados arrostrando todas las consecuencias, como ocurrió con el General Margallo en la campaña de Melilla, este hecho, probablemente y por desgracia, no se volverá á registrar en las páginas de nuestra historia.

Y el General Augustí, sabiendo como quedaban los destacamentos abandonados á sus propias fuerzas, después de sobrevenir la incomunicación con Manila, estaba en la obligación ineludible de hacerlo. Si en aquella ocasión, cumpliendo con su deber de General en Jefe del Ejército de Filipinas, hubiera arrostrado el peligro inminente de salir con una columna á rescatar los destacamentos de provincias sitiadas por los

revolucionarios, hubieran podido ocurrir dos cosas: que le hubiera matado una bala enemiga, ó bien que saliera con suerte de la empresa volviendo á Manila sano y salvo, después de cumplida su misión.

En el primer caso, el General Augustí hubiera muerto gloriosamente en el cumplimiento de su deber, como deben morir los militares en estos casos; y en el segundo, España hubiera agradecido y recompensado como se merecía un hecho tan glorioso.

De cualquier modo, no habríamos perdido el Archipiélago y á estas horas, Aguinaldo, no tendría prisionero ni uno de nuestros soldados.

La diferencia, creo que es digna de que el Sr. Augustí hubiese intentado cumplir con su deber.

Por eso digo antes, que los Tribunales de honor no han empezado por donde se debía.

Capítulo XI

Las primeras rendiciones. — Bataán. — Cavite Bulacán

Abandonados á sus propias fuerzas los destacamentos, sordo el Sr. Augustí á las exhortaciones de las personas sensatas, que opinaban por la reconcentración en Manila de las fuerzas diseminadas en pequeñas fracciones por los pueblos de la isla de Luzón; al contrario, dando órdenes terminantes á todos los Jefes militares de que conservaran sus puestos á toda costa, no era posible resistir el ímpetu de la ola revolucionaria que cual enorme masa de agua, inundó en pocos días, todas las provincias de Luzón.

De modo, que lo ocurrido era fácil de prever mucho antes, con solo saber á ciencia cierta lo que se intentaba. Unicamente el General Augustí que debe padecer de ceguera intelectual absoluta, por lo visto, creyó que la cosa no ofrecía gravedad y que podrían conservarse en sus puestos los Jefes militares y comandantes de destacamentos. Porque al Capitán general de Filipinas le ocurrió lo que dijo el poeta refiriéndose al marido ultrajado:

«Todo Madrid lo sabía
Todo Madrid, menos él».

¡ Infeliz D. Basilio ! El Cuerpo de que usted procede puede ponerle como uno de sus más *esclarecidos* Generales. ¡Como tuviera media docena como usted, se acreditaba!

Lo cierto es que en los primeros días de Junio, casi sin disparar un tiro, pues se comprendió desde el primer momento la inutilidad del derramamiento de sangre, sin honra, cayeron en poder de las huestes de Aguinaldo los destacamentos de Bataán, Cavite y la mayor parte de los de Bulacán.

La carta de Felipe Buencamino que antecede, bien claramente dice lo fácil que le fué á la fuerza insurrecta, rendir los destacamentos de Bataán y Cavite, dándose el sensible caso de que un Jefe pundonoroso y valiente, como el Teniente coronel Baquero, Jefe militar de la primera de estas provincias, se viera obligado á entregarse como hubiera podido hacerlo el último de nuestros soldados, obligando esta deshonra de nuestro Pabellón nacional, á dispararse dos tiros de revólver al digno Gobernador civil de Bataán D. Antonio Córdoba, afortunadamente sin fatales consecuencias.

¿No es triste que esos 200 voluntarios del tercio que mandaba el coronel Blanco, con su capitán señor Gómez y los 170 cazadores con los cuatro oficiales y el Teniente coronel, hayan tenido que entregar sus fusiles sin resistencia alguna, sin tener siquiera la gloria de derramar su sangre por la patria y todo debido á la ineptitud del Capitán general que no merecía serlo en modo alguno?

Y lo mismo ocurrió también con los pueblos de Imus, Binacayan, Noveleta, Santa Cruz de Malabón, Rosario, Salinas, Cavite viejo, Indang y otros de la provincia de Cavite, en los que se hallaban las fuerzas del General Peña, quien conserva como *oro en paño* un telegrama del General Augustí en el que le ordenaba que los destacamentos pequeños permanecie-

ran en sus puestos, á pesar de encarecerle el General, Peña la necesidad de reconcentrar todas las fuerzas si no en Manila, en Santa Cruz de Malabón, su residencia habitual.

No tiene, pues, nada de particular que Buencamino, en vez de desempeñar con lealtad la comisión que le confiara el Sr. Augustí, se pasara al campo enemigo, entusiasmado por las victorias realmente importantes para los filipinos, alcanzadas en tan pocos días por el ejército revolucionario. Lo que sí tiene mucho de particular, es que el Sr. Augustí no haya sabido prever lo que sucedería con su emisario, en cuanto se encontrase entre los suyos, pues á nadie se le ocultaba que no era Buencamino capaz de desempeñar aquella delicada comisión con la lealtad y el patriotismo que el caso requería y que no habían sido nunca éstos los distintivos del abogado filipino, adulón como todos ellos, gracias á la escuela frailuna en que vivían desde tiempo remoto.

D. Basilio había nombrado Comandante de las Milicias filipinas de Cavite á Baldomero Aguinaldo, primo del dictador Emilio, y en él confiaba el infeliz Capitán general como confiaba en los demás Comandantes de Milicias, para asegurar el orden del Archipiélago durante la guerra con los *yankees*. Pero el General Peña que en cuanto á criterio, tenía algo más que D. Basilio Augustí, fué á ver á Baldomero Aguinaldo para preguntarle si él respondía del orden de la provincia de Cavite, y contestó Baldomero:

— Si no viene mi primo Emilio sí; yo respondo de que no se subleve nadie; por el contrario, si viene él, no respondo, por la gran influencia que ejerce sobre el pueblo. — Y cuando decía esto el Comandante de las Milicias filipinas de Cavite, ya hacía varios días que se encontraba en el Archipiélago el dictador Emilio Aguinaldo. De modo, que ya entonces comprendió el General Peña la mala fe con que

obraba Baldomero Aguinaldo, y que la situación era desesperada.

Si no me equivoco fué después de esta conversación con el Comandante de las Milicias filipinas, cuando telegrafió al General Augustí la necesidad de la reconcentración.

Si ésta se hubiera realizado, hubiera sido quizá otro medio de que los destacamentos no se rindieran, pues las armas apresadas en Cavite, contribuyeron extraordinariamente á la rendición de otros destacamentos de las demás provincias.

Ya ven mis lectores si tuvo tiempo el Capitán general de solucionar el conflicto que se le echaba encima, favorablemente á nuestra causa.

Pero él que no veía más allá de sus narices, ni tenía fuerzas para sobrellevar lo accidentado de la situación, ni en su memoria albergaba más recuerdo que el de su familia, claro que no había de saber resolver el problema, como debía. Y así sucedió; decididamente el General Augustí se ha hecho acreedor á que un Tribunal de honor verdad, no por pura fórmula, juzgue sus actos durante su mando en Filipinas, porque es el primer responsable.

Al propio tiempo que esto ocurría en Bataán y Cavite, en Bulacán pasaba algo muy parecido. Los destacamentos pequeños sin recursos, con escasas municiones y sin comunicación con la cabecera, se entregaban á discreción unos, y otros, después de sufrir rudo combate.

Y en estos destacamentos de 25 y 30 hombres es donde únicamente se han presenciado ejemplos de heroísmo dignos de pasar á la Historia. Lástima grande que no sepamos con todos los detalles de estas rendiciones, que en su mayoría son dignas de figurar en la historia de las glorias patrias. Véanse sino algunos ejemplos de lo que digo.

En San Miguel de Mayumo, pueblo de la provincia limítrofe con la de Nueva Ecija, situado muy cerca de Biaknabató, era el Comandante militar y Jefe del destacamento, el primer teniente Sr. Morey, quien tenía á sus órdenes 19 soldados del batallón de Guías Rurales, creado por el tristemente célebre Capitán general Primo de Rivera, después de la paz de Biaknabató, debiendo advertir que esos 19 hombres tenían que atender también á la vigilancia de la Enfermería militar allí establecida, la cual estaba dirigida por el médico provisional D. Mariano Creixell, quien había recibido orden el día 1.º de Junio, de que con todo el personal y material, se dispusiera á trasladarse á Manila inmediatamente; pero los acontecimientos se desarrollaron con tan espantosa vertiginosidad que no dieron tiempo á nada.

A la una de la madrugada del día 3 de Junio, una comisión del pueblo fué al edificio ocupado por el destacamento y preguntó por el Sr. Morey, á quien dijeron al presentarse, que el General Monet le llamaba por telégrafo para que se pusiera al aparato. El oficial comprendió que era una temeridad abandonar el destacamento á aquellas horas, pero como el cumplimiento de su deber era lo primero, se dispuso á obedecer la orden del General Monet, mandando al sargento que con cuatro soldados le acompañaran al convento, en donde se hallaba instalado el aparato telegráfico.

Así se hizo, y al llegar al convento, el oficial señor Morey, entró resueltamente en la habitación del telégrafo y en aquel instante, una descarga hecha á boca de jarro desde la puerta, hizo que el teniente Money cayera muerto, bañado en sangre.

El sargento, que había quedado fuera esperando al teniente, comprendió en el acto lo que ocurría y corrió desalado en dirección al destacamento, mientras de la casa de enfrente donde se encontraba el depósito

de Administración militar, hacían fuego contra los grupos que intentaban á toda costa abrir la puerta del edificio. El oficial de Administración, Sr. Turner, comprendió asimismo que la defensa era inútil y abrió las puertas á los insurrectos; en el destacamento que quedó, por muerte del teniente Morey, al mando del sargento Alarcón, también era inútil la resistencia, y la fuerza insurrecta se hizo dueña del mismo.

El pueblo, pues, quedó desde aquel momento en poder de las huestes de Aguinaldo, procediéndose inmediatamente por el vecindario á nombrar Comandante militar, resultando elegido Pablo Tekson, que había sido hasta aquel momento Comandante de las milicias filipinas de aquella zona. ¡ Segundo ejemplo de la lealtad con que obraron estos Comandantes creados por el General Augustí para perder el territorio, no para conservarlo !

El mismo día 3 de Junio, se entregó en Biaknabató, sin disparar un tiro, el teniente Sánchez y el destacamento de 25 hombres que guarnecía aquel punto. Como se verá más adelante, el teniente Sánchez fué emisario de Macabulos para la rendición de la plaza de Tarlac.

Digno de ser ensalzado por la historia, por la dignidad y honor militar que demostró en trance tan apurado como aquél, fué el teniente Sr. Ruiz que mandaba el destacamento de San Ildefonso, pues al verse rodeado por miles de insurrectos, á los cuales no era posible oponer resistencia, sin comprometer las vidas de los soldados que mandaba y que tenía la obligación de guardar, se suicidó, disparándose un tiro de revólver, porque creyó más digno esto que entregarse á aquella turba de foragidos. Los insurrectos se apoderaron del destacamento, pero respetaron las vidas de los que le guarnecían.

¡ Descanse en paz el teniente Ruiz, que ha sabido

como aquel otro Ruiz del 2 de Mayo, honrar á su patria y á su raza!

Mandaba el destacamento de Norzagaray el teniente Muñoz, y tenía á sus órdenes 30 hombres, también pertenecientes al batallón de Guías Rurales.

Muñoz tuvo conocimiento de lo que se proyectaba por una mujer indígena, y el día 1.º de Junio, ya rodeado por las turbas revolucionarias, salió del pueblo con los 30 hombres de que se componía el destacamento, á buscar refugio en Baliuag, con el fin de unirse á la fuerza que guarnecía este pueblo y juntas ya ambas fuerzas, intentar la llegada á Manila, ó defenderse en mejores condiciones de éxito.

Ya cerca de Baliuag, les salió al encuentro una partida numerosa que atacó con denuedo al valiente y pequeño destacamento, el cual se defendió brillantemente, ocasionando numerosas bajas al enemigo, y á buen seguro, hubieran vencido aquel puñado de valientes á los insurrectos, si una bala traidora no hubiera herido al teniente de muerte, que siguió dirigiendo el combate, mientras le quedó un átomo de vida.

El que mandaba aquella turba de traidores, que no merecen otro nombre, era el capitán Mariano, cabecilla que hasta unos días antes del levantamiento se había mostrado amigo del teniente Muñoz, á quien en medio del fragor con que se batían unos y otros, le decía á gritos:

— Teniente Muñoz; entréguese usted.

— Eso no puede ser, — contestaba éste, y pronunció esta frase hasta que sus labios dejaron de hablar.

El capitán Mariano también pertenecía á las Milicias filipinas, creadas por el General Augustí.

El pueblo de Balinag también se entregó sin disparar un tiro y lo mismo ocurrió con los demás pueblos de la provincia. El único que resistió algunos

ataques fué la cabecera de Bulacán, cuyo Gobernador D. Vicente Cuervo, resistió el sitio desde el 1.° de Junio hasta el 25 del mismo mes, en que capituló la plaza.

No ha habido combates dignos de mención en este sitio de Bulacán.

Al contrario: según mis informes, hubiera podido resistirse mucho más tiempo, pues, ni había carencia absoluta de víveres, ni de municiones.

Capítulo XII

Retirada del General Monet

Es de los hechos más bochornosos que pueden citarse en esta última desgraciada etapa por que hemos atravesado. A buen seguro que no se encuentra en toda la campaña de Filipinas un hecho más escandaloso que el que va á ocupar la atención de mis lectores en este capítulo.

Y es escandaloso, porque se demostró en él la ineptitud del General en Jefe Sr. Augustí y la del general de brigada Sr. Monet.

El General Monet llegó á un extremo incomprensible, pues era tal el pánico que se había apoderado de él, que ya no hacía caso de las indicaciones del único que en aquellos instantes hubiera salvado la columna, el Teniente coronel Dujiols, quien se prestó voluntario para ir á tomar el pueblo de México, donde le habían dicho al general que se hallaban los insurrectos parapetados, con muchos fusiles y cañones. Y no cabe duda, que tomado y arrasado el pueblo de México, foco en aquellos días de la insurrección de la Pampanga, se hubiera prolongado la defensa de San Fernando indefinidamente, pues en el convento existían depósitos considerables de municiones y víveres.

Por encima de todo, dispuso el General Monet la retirada, sin que los insurrectos hubieran intentado siquiera atacar las ventajosas posiciones nuestras de San Fernando y aunque el plan era descabellado, como estaba apoyado por la mayoría de los Jefes, excepción hecha del Teniente coronel Dujiols, y por las señoras de los oficiales y Jefes, se procedió á abandonar el pueblo de San Fernando el día 14 de Junio, formándose la columna del siguiente modo: Batallón de cazadores n.º 9; un batallón de voluntarios de Macabebe, una compañía del batallón n.º 8; otra del n.º 4, la Guardia civil que se pudo reconcentrar de los diferentes destacamentos de la provincia, y una sección de Transportes de Administración militar.

Mandaba la vanguardia el Teniente coronel don Felipe Dujiols, el Comandante Wite la retaguardia, y el centro de la columna iba á las órdenes de los Jefes, Coronel Pérez Escotado, Teniente coronel Oyarzabal y Comandante Cabañas.

Protegido por esta parte de la columna iba el convoy formado de 35 camillas con otros tantos heridos, procedentes de las acciones de Barasoain y Bacolor, dadas por el Teniente coronel Dujiols, algunos días antes, y 100 mujeres y niños.

A grandes rasgos, pues ocuparía muchas páginas si pretendiera reseñarla detenidamente, daré cuenta de las peripecias de la marcha.

A un kilómetro aproximadamente de San Fernando, rompieron el fuego los insurrectos desde una trinchera que cortaba el camino, y al ser tomada por la vanguardia, se corrió el enemigo en dirección al barrio de San Matías y estación de Santo Tomás, desde cuyos puntos causaron numerosas bajas á la columna, especialmente desde la ermita del citado barrio, que fué la posición que costó más trabajo tomar.

El fuego se había generalizado en toda la línea, incluso por retaguardia, pues desde San Fernando

atacaban por este lado á la columna. El ataque por retaguardia, costó la muerte al Teniente del batallón n.º 9, Sr. Cabezas, siendo heridos gravemente el capitán Souza y dos tenientes; de tropa, hubo que lamentar 9 muertos y 25 heridos.

Después de tomada la estación de Santo Tomás, se dió un descanso á la fuerza y se prosiguió poco después la marcha, siguiendo el ataque por vanguardia y retaguardia durante todo el día hasta las ocho de la noche que cesó, y á la una de la madrugada llegó la columna á Santa Catalina de Minalín, en cuyo punto pernoctó la fuerza, esperando los cañoneros que debían de conducirla á Macabebe. Al día siguiente, 15 de Junio, los insurrectos atacaron de nuevo y el Teniente coronel Dujiols, que bien puede decirse que fué la salvación de la columna, estableció la defensa del barrio, demostrando conocimientos militares amplísimos y dando pruebas de ser un táctico de primera fuerza. Hago esta observación para los que creen que el Sr. Dujiols no sabe mandar más que columnas de 200 ó 300 hombres.

A las ocho de la mañana llegaron al barrio los cañoneros *Leyte*, *Arayat*, *Méndez Núñez*, y lancha *España*, procediendo inmediatamente al embarque de las mujeres y heridos, dirigiendo la retirada de las fuerzas el Teniente coronel Dujiols, quien á las cinco de la tarde prendió fuego al barrio, para facilitar el embarque.

No puedo menos de hacer constar aquí que durante aquella marcha, peligrosísima por todos conceptos, se distinguieron notablemente los capitanes Sres. Souza, quien quedó herido, Mendoza y Santa María, lo propio que el ayudante del batallón de cazadores número 9, Sr. Piqueras, todos los cuales se hicieron dignos de valiosa recompensa.

El día 16 de Junio desembarcó la columna en Macabebe, donde se encontraba una compañía al mando

del capitán Alcaina, del batallón de cazadores número 4, y el batallón de voluntarios de Macabebe, con su coronel D. Eugenio Blanco, la cual fuerza defendió brillantemente el pueblo, distinguiéndose de modo especial el Coronel citado con sus voluntarios, que dejaron á altura inconmensurable el nombre del pueblo á que pertenecían.

¡ Bien por Blanco y por sus voluntarios ! El batallón Blanco es la única nota simpática de la campaña de Filipinas.

Lo que ocurrió luego desde el 26 de Junio, que en vista de que se hacía imposible la defensa, se abandonó por la fuerza el pueblo de Macabebe, lo dice de modo terminante la siguiente acta levantada por los oficiales de la columna del General Monet, después de caer prisioneros de las fuerzas insurrectas, gracias al abandono horrible en que les dejaron sus Jefes.

Dice así el acta :

« En el pueblo de Hagonoy, á 1.º de Julio del 98, el capitán del batallón número 4, D. José del Moral Romero, Jefe de las fuerzas que componían la columna que mandaba el Coronel D. Lucas de Francia, por resultar el más antiguo de los capitanes que procedentes del pueblo de Macabebe, salió el día 26 de Junio, desconociendo la dirección que llevaban, por no habérselo comunicado y haber sido abandonados ; en su vista, convocó en junta bajo su presidencia, á los demás capitanes que á continuación se expresan : del batallón número 4, D. Alfonso Alcaina Rodríguez y D. Ciriaco Pérez Palencia ; del batallón número 8, D. Gabriel Francisco de los Dolores, y del batallón número 9, D. Toribio Mendoza Montijo y como secretario, al segundo teniente del batallón número 4, D. Miguel Blasco Mir.

» Acto seguido el Presidente manifestó que el objeto de la Junta era para tratar de las condiciones y forma en que debía hacerse la entrega de armamento,

municiones y fuerza á sus órdenes, al Presidente local y Jefe militar del pueblo de Hagonoy, D. Santiago Trillana, é invitar á todos los reunidos, á relatar los hechos ocurridos y que nos han obligado á deponer las armas y entregarnos, cuyos hechos han sucedido en la forma siguiente:

»El día 26 de Junio, salió la columna del pueblo de Macabebe, mandada por el Coronel antes citado y demás Jefes, pernoctando la noche del 27 en el barrio de Estaca, jurisdicción del pueblo de Sesenoán; y á la mañana del día siguiente, embarcados en igual forma que el día anterior, en un casco y 13 *vintas*, nos condujeron remolcados por el cañonero *Leyte* al barrio de Bataán, cerca de la bocana del rio, en cuyo punto pernoctamos este día, del que salimos en la madrugada del día 29, remolcados por el mismo cañonero en tres cascos viejos y sin condiciones para la navegación, puesto que carecían de timón, velas, remos y tiquines, manteniéndose siempre los Jefes á bordo del ya citado buque de guerra, y en esta forma, nos llevaron hasta la bahía frente á la isla del Corregidor con mal tiempo; en cuyo sitio, se suspendió la marcha, y dispuso el Comandante del cañonero don Manuel Peral, que se pusiese en anclote al casco que iba en cabeza y una vez efectuado, cortaron las amarras, y sin decir una palabra, emprendió la marcha con rumbo á Manila el referido cañonero, dejándonos abandonados á merced de los elementos y sin auxilio de ninguna clase, llevando á su bordo al Coronel don Lucas de Francia, Teniente coronel D. Eduardo Oyarzabal; Comandantes, D. Roberto Wite y D. Federico Cabañas, varios oficiales y algunos individuos de tropa, habiéndose quedado con nosotros tres botes del referido cañonero con personal de marinería y el Teniente coronel del batallón número 9, D. Felipe Dujiols, quienes viendo el inminente peligro que corríamos todos de ir á pique por arreciar los chubas-

cos, la fuerza del viento y el oleaje, é imposibilitados de darnos auxilio á tantísimo personal como íbamos en los tres cascos, que embarcaban gran cantidad de agua, la cual era imposible de sacar; á las nueve de la noche precisamente, con densa obscuridad y sin que nadie se apercibiese, cortaron las amarras y nos dejaron completamente abandonados.

»Durante toda la noche hasta las nueve de la mañana siguiente, día 30, permanecimos en dicha situación, trabajando lo imposible por sacar el agua que entraba, y tapar los agujeros y grietas que se abrían en los cascos, retratándose la muerte en todos los semblantes, que rezaban y pedían clemencia al Todopoderoso, para que nos librase de aquella situación y de una muerte segura, puesto que de un momento á otro se veían hundirse los cascos, ó romperse con la fuerza del mar. Perdida toda esperanza de auxilio, ó de poder arribar á la costa, por hallarnos lo menos á 20 millas de Maribeles, punto más próximo; y visto que por ninguna parte del horizonte se veía venir embarcación alguna que pudiera prestarnos auxilio, decidimos todos de común acuerdo, cortar las amarras y correr cada cual la suerte que Dios le deparase, dejándonos ir con la corriente del mar y de los vientos, á ver si era posible arribar á cualquier punto de la costa donde poder pedir auxilio; y efectivamente, á las cinco de la tarde, después de esfuerzos titánicos, hechos por todos en general, naufragaron los tres cascos en las rompientes de las olas de la playa del pueblo de Hagonoy, á una distancia, unos cascos de otros, de más de tres millas; uno de los cuales quedó roto por completo, teniendo que salir la fuerza á nado. En el referido pueblo, nos prestaron toda clase de auxilios, bajo las condiciones de hacer entrega de las armas que nos quedaban y quedar prisioneros de guerra, advirtiendo que muchas de ellas hubo que tirarlas al mar, como asimismo las municiones,

para alijerar el peso de las embarcaciones, y otras, se habían perdido al volcar dos vintas en el río, ahogándose ocho cazadores; y los demás fusiles quedaron inútiles, por haberse oxidado los mecanismos con el agua del mar, como las municiones, sin un medio de defensa; unido esto á que hacía cinco días que no nos alimentábamos, teniendo que beber dos días agua del mar para apagar la sed, muertos de sueño, de cansancio y de inmensa fatiga, ya no nos quedaba otro amparo que el de Dios. Después de los hechos relatados y de la imposibilidad absoluta de luchar con los elementos, y sin medios ni recursos de ninguna clase para defendernos, la Junta, por unanimidad de votos, acordó que se hiciera entrega de las armas, puesto que pactadas las condiciones de entrega de antemano con el Presidente local y Jefe militar del ya referido pueblo, serían respetadas las vidas de todos y nos prestarían toda clase de auxilios, tanto para conducirnos á tierra como alimentación de más necesidad para sostener la vida. Para cuyo efecto, el ya citado Jefe militar, D. Santiago Trillana, se hizo cargo de 410 fusiles Mausser, del total que traía la fuerza á la salida de Macabebe, únicos que quedaban á nuestro desembarco en dicho punto; 20,050 cartuchos inútiles, 28 sables, 28 revólvers de igual número de oficiales; 140 hombres del batallón n.° 4; 30 del 5; 83 del 8; 307 del 9; 66 del 21 tercio de la Guardia civil; 28 de la brigada de Administración militar; 2 maestros armeros; 1 factor; 15 frailes; 3 empleados civiles; 14 paisanos entre peninsulares é insulares. Para los efectos que en su día haya lugar, se extiende la presente acta por duplicado, que firman los señores presentes y el Presidente local de este pueblo en el indicado mes, día y año.

»Hagonoy 1.° de Julio de 1898». — (Es copia).

Capítulo XIII

¡Se salva la familia!

La familia del General Augustí, como ya saben mis lectores, se encontraba en Macabebe desde mucho antes de los sucesos que motivaron la pérdida del Archipiélago, pues al poco tiempo de llegar á Manila, el entonces Capitán general, comprendiendo quizás que su familia estaría mejor separada de él que viviendo á su lado y bajo su protección, la mandó al pueblo citado, encargándose la familia Blanco de atenderla como se merecía. Mas al venir el levantamiento general del país, fué cuando se convenció el Sr. Augustí que la esposa no debe estar separada del marido nunca, y que si éste no tiene valor suficiente para saberla guardar, debe de comprender que menos la guardará un extraño; que por bueno que sea, no puede tener el interés que tendrá aquél.

Y así le pasó al General Augustí, cuando debió tener á su familia á su lado no tuvo valor para hacerlo y luego, cuando la creyó comprometida, no lo tuvo tampoco para sacrificar los recuerdos de su esposa é hijos y pensar únicamente en el honor de las armas, en mucho mayor peligro que aquellos seres queridos, puesto que éstos estaban protegidos por la familia del

Coronel Blanco, que hubiera dado su vida y su hacienda con gusto, con tal de salvar á las personas que el General en jefe había dejado á sus cuidados.

La familia del militar en campaña, deben ser sus soldados y el honor del uniforme que viste; el militar no debe tener más familia que esta, cuando se trata de defender el pabellón nacional, y á ella deben de converger todos sus sacrificios, todos sus pensamientos, toda su vida, en una palabra.

Pero el General Augustí no pensó así y lo abandonó todo; su tribulación le hizo dar órdenes que no respondían al cargo que desempeñaba; probablemente en otras circunstancias lo hubiera hecho algo mejor; hubiera salvado por lo menos, la mayor parte del ejército de Filipinas, y al mismo tiempo hubiera puesto á cubierto su responsabilidad; pero en las condiciones en que se desarrollaron los acontecimientos, no le debe bastar á un general decir: Tenía á mi familia comprometida (suponiendo que lo estuviera), y no he podido ocuparme en organizar la reconcentración lo antes posible, ni me era dable pensar en otra cosa que en mi familia, que la veía en peligro de muerte.

Porque al general que dijera esto ó cosa parecida, para salvar su responsabilidad, se le podría contestar:—En la Historia de España se cita el caso sublime de Guzmán el Bueno, que entregó su hijo á los sitiadores, antes que entregar la plaza, y por el ejemplo de él deben de guiarse en sus acciones los demás Generales. Y los que no obren así, que no vistan el uniforme, porque no sabrán honrarlo.

Y es preciso advertir que el caso de Augustí no tiene comparación posible con el citado, porque aquí el sacrificio no tenía que hacerlo él directamente, pues, aun suponiendo que hubiese llegado el momento de que su familia hubiera sido muerta á mano airada por los insurrectos, no hay duda alguna que la pena

fuera muchísimo menor, ocurriendo como forzosamente tenía que ocurrir, es decir, sin tener él que entregarla para que la mataran en su presencia.

Ya en otras páginas de este libro se ha demostrado que el Sr. Augustí es el primer responsable de la pérdida del Archipiélago; y quizás debido á ello incurra en algunas repeticiones, pero es preferible esto á que aparezca como inocente quien le falta mucho para serlo, y que si en efecto, no parece á los ojos del público tan culpable como debiera, eso no es más sino que se han empeñado en no llamar las cosas por su nombre, concretándose á decir vaguedades de quien es preciso hablar muy claro y muy alto, para que se sepa de quien se trata.

Y aquí ya entramos en la *eterna* cuestión: Augustí pudo atajar, ó no pudo atajar la insurrección: ¿la pudo atajar con los medios de que disponía? luego, es responsable de lo ocurrido últimamente en el Archipiélago.

Dejemos á un lado lo que de bueno ó malo hayan hecho los anteriores Capitanes generales, y concretémonos al caso presente.

Al salir el General Primo de Rivera del Archipiélago dejó el país en estado insurreccional, pero á nadie que estuviera allí, le puede pasar desapercibido que en aquellos momentos podía haberse sofocado la insurrección con los medios de que se disponía. El General Augustí no lo hizo, al contrario, no hizo más que disparates, luego no ha cumplido con su deber.

Este es mi lema; esto es lo que yo quiero que trascienda al público, que se sepa, que no haya lugar á dudas, y luego que se proceda con él como quiera el Gobierno, pero yo, como español quedo tranquilo; he cooperado á que se divulgue la verdad de los hechos; lo demás, ya no corre de mi cuenta porque el Tribunal de Honor no se lo puedo formar yo; eso es cuenta de otros.

Las exigencias del relato me han apartado algo del tema de este capítulo, pero no importa ; el asunto se presta á muchos más comentarios de los que he hecho hasta aquí, y que omito por temor á ser pesado á mis queridos lectores.

Después de todo lo dicho, cabe suponer el desenlace, porque esto de Filipinas es como una comedia de autores noveles, de poca experiencia teatral, que en conociendo los dos primeros actos, se adivina lo que ocurrirá en el tercero.

Y supongo que á estas horas mis lectores habrán adivinado lo ocurrido. El General Augustí salvó la familia á toda costa; y digo á toda costa, porque realmente fué á costa del honor nacional y de diez ó doce mil infelices, que quedaron prisioneros de los tagalos, y que á estas horas habrán sucumbido más de la mitad, de hambre, de nostalgia, algunos quizás de vergüenza, al considerar que son españoles y que España, que no ha doblado nunca la cerviz ante nadie, la ha tenido que doblar ahora, por la ineptitud de sus Generales, que no debieran ser, muchos de ellos, ni soldados rasos.

¿Y cómo se explica, dirán ustedes, que la salvación de la familia Augustí haya motivado el cautiverio de diez ó doce mil hombres? Y la contestación no puede ser más sencilla.

Debido á tener que poner á salvo á la citada familia, el General Monet abandonó con toda su fuerza San Fernando de la Pampanga, el día 14 de Junio del 98, para ir á Macabebe, desde donde, con la señora é hijas del General en jefe salió para Manila, según rumor público, vestido de chino, ó de mujer, que ambas cosas se dicen, abandonando la columna, cuyos Jefes también abandonaron á los demás, cayendo éstos prisioneros en el pueblo de Hagonoy, según se ve por el acta que va publicada en el capítulo anterior.

Ahora bien : de no tener el General Augustí su

familia en Macabebe, el General Monet no hubiera abandonado San Fernando, y como tenía un Jefe entre lo mucho malo, heroico y valiente en alto grado, D. Felipe Dujiols, éste probablemente se hubiera encargado de salir de San Fernando, con 2 ó 300 hombres á buscar los destacamentos de Tarlac, Dagupan, San Fernando de la Unión, Ilocos, Zambales, Nueva Ecija, etc.; en fin, todos, ó la mayor parte al menos, de los de la Isla de Luzón, los cuales, una vez reconcentrados en San Fernando de la Pampanga, hubiérase podido perfectamente desarmar al elemento indígena y formar un núcleo de 3 ó 4,000 hombres, todos peninsulares, al propio tiempo que el batallón de voluntarios de Blanco, y la compañía del n.° 4, que se encontraban defendiendo el pueblo de Macabebe, hubiéranse podido reconcentrar, y todos juntos obrar de una de las dos maneras siguientes: ó bien seguir la marcha á Manila rompiendo el cerco que le tenían formado las fuerzas insurrectas, que en aquellos días no era muy grande aún, ó bien quedar á la defensiva en San Fernando, formando un Centro de operaciones, que hubiera podido resistirse, sin carecer de nada, puesto que había municiones y víveres para tiempo, hasta la capitulación de Manila, y por consiguiente, no habrían caído prisioneros esos desgraciados.

De modo, que ya ustedes ven la importancia capital que en este desastre de Filipinas ha tenido la familia Augustí.

Y conste que esto no es el mentir de las estrellas, porque el Teniente coronel Dujiols llegó á salir de San Fernando con la comisión de recoger los destacamentos, pero al llegar á Angeles recibió un telegrama del General Monet, diciéndole que regresara inmediatamente á San Fernando, porque á su vez éste lo había recibido del Capitán general, según dicen, manifestándole que á toda costa salvara á su familia.

Ya puede estar tranquilo el General Augustí, porque ha salvado la familia; pero, á la vez si tiene conciencia, que debe tenerla, el cautiverio de esos diez ó doce mil españoles, caerá como una losa de mármol sobre su nombre y le aniquilarán todo el prestigio que pudiera tener.

Y el General Monet, por obedecer órdenes de esta naturaleza, también puede decir que ha cumplido su misión en Filipinas y en la tierra, porque para él también vendrá el desprestigio y la maldición de las madres españolas.

¡Si al menos hubieran sabido lavar la mancha como el malogrado general Margallo, quitándose la vida!

Capítulo XIV

Rendición del Comandante Génova

Se encontraba el Comandante Génova de Jefe militar de la provincia de Nueva Ecija y tenía su residencia habitual en San Isidro, cabecera de la provincia, en donde se hallaba el mayor contingente de fuerzas, pues parte de ellas, hallábanse divididas en destacamentos pequeños.

Allí vivía también la colonia oficial española: el Gobernador civil Sr. Dupuy de Lome, el Juez de primera instancia Sr. Sanz, el Promotor fiscal cuyo nombre siento no recordar, el notario Sr. Constantino, de quien es preciso hacer especial mención, y otros, además de varias familias, españolas también, dedicadas á vivir de lo que les producían sus fincas: señores de Novelles, de Castillo, de López, de Carretero, etc., etc. La colonia era, pues, bastante numerosa, y como el Sr. Dupuy de Lome era de los buenos Gobernadores que fueron á Filipinas, era querido por parte de todos y á todos hacía justicia, sin distinguir de matices. La vida se hacía allí agradable por estas circunstancias, desapareciendo la nostalgia del hogar, de la familia, de las cosas de España, tan frecuente entre los que hemos vivido en aquel país.

Cuando el General Augustí creó las Milicias filipinas, se nombró Comandante de ellas en Nueva-Ecija á Padilla, un capitán de voluntarios de Peñaranda, que fué el primero que se levantó con las propias armas de que disponía para defender la causa de España, en contra de ésta.

El Comandante Génova comprendió lo crítico de la situación desde el primer momento, y dió órdenes á fin de que se reconcentraran todos los destacamentos de la provincia; pero muchos de ellos no pudieron hacerlo, puesto que en los primeros días de Junio ya fueron atacados por el ejército revolucionario, debido á que en cuanto se rindieron los destacamentos de San Miguel de Mayumo, Balinag, Biaknabató, San Ildefonso, Norzagaray, todos los de la provincia de Bulacán, con las armas que habían caído en su poder á más de las que de antemano disponían, atacaron los destacamentos de Nueva-Ecija, mas próximos, como ocurrió con el de Gapán, donde los 50 cazadores que lo componían hicieron una brillante defensa, dando tiempo á que llegaran fuerzas de San Isidro á prestarles auxilio antes de verse precisados á capitular, pudiendo así salvar las armas y municiones y unirse á la fuerza del Comandante Génova. Este tuvo noticia de las rendiciones llevadas á efecto por los insurrectos, y creyó llegado el momento de prepararse á la defensa atrincherándose convenientemente, reconcentrando la fuerza en los edificios que ofrecían mejores condiciones para la resistencia, armando á los españoles particulares y empleados civiles; en fin, tomando las precauciones que el caso requería.

Pero antes de pasar adelante, permitidme una digresión. He dicho antes que era preciso hacer especial mención del notario D. Antonio Constantino, y voy á ello.

Antonio Constantino es un filipino de pura raza, Abogado de la Universidad de Manila y que desem-

peñó hasta última hora la notaría de San Isidro de Nueva-Ecija con probada rectitud y honradez. Ya al principio de la primera insurrección demostró Constantino todas las simpatías de que estaba poseído hacia la bandera española. Entonces, en aquella primera etapa de la campaña, que terminó de modo tan ignominioso con el tratado de Biaknabató, y antes de que llegaran al Archipiélago refuerzos para dominar la insurrección, enseñoreada en la provincia de Cavite, el cabecilla insurrecto Llanera intentó sorprender el pequeño destacamento compuesto de siete guardias civiles que guarnecían San Isidro, con el fin de robar y saquear las casas de los españoles, y de los naturales que seguían siendo leales á España, y claro que entre los últimos estaba comprendido el notario Constantino.

Así fué en efecto: Llanera entró con su partida, numerosa por cierto, en el pueblo, y mientras unos se dirigían á la casa-cuartel de la Guardia civil, otros rompieron el fuego contra la casa del notario y entraron en ella, saltando por las ventanas. No cabe duda alguna que el notario hubiera perecido víctima de su amor á la madre-patria, á no ser por la rapidez con que el capitán de la Guardia civil acudió con los siete guardias de que disponía á proteger á su amigo, después de haber rechazado con verdadero heroísmo á los que habían intentado asaltar su alojamiento; pero no pudo ver cumplida su noble acción, porque una bala enemiga le atravesó y cayó mortalmente herido al pretender salvar la escalera de la casa de Constantino.

Este fué herido también en aquel momento, y hubieran dado cuenta de él aquellos salvajes, á no intervenir con su arrojo el sargento de la Guardia civil, quien al ver caer al bizarro capitán Machorro, tomó el mando de los individuos que le quedaban útiles y pudo contener aún á los foragidos en sus proyectos,

obligándoles á desalojar la casa del notario y huir á la desbandada.

Este hecho demuestra de modo bien palpable la lealtad de Antonio Constantino. Ahora prosigamos.

Llegaron así á más de mediados del mes de Junio, y el Comandante Génova, meditaba con detenimiento la situación suya y de la fuerza, mucha parte de ésta comprometida en los manejos revolucionarios por ser indígena, cuando llegó hasta San Isidro el oficial de Administración militar Sr. Turner, que había caído prisionero de los insurrectos en San Miguel de Mayumo, y dijo al Jefe militar que iba de parte de las fuerzas revolucionarias de Bulacán, en concepto de parlamentario, con el fin de proponerles la rendición, á lo que contestó el Comandante Génova que no podía rendirse. Es natural que aquel digno oficial de Administración militar, por su cuenta también recomendó lo mismo al Jefe de San Isidro, dándole á la vez noticias de los destacamentos que hasta aquella fecha se habían rendido.

Volvió el emisario al día siguiente con la contestación para Pablo Tekson, que era el Jefe insurrecto que oficiaba de Comandante militar en el pueblo de San Miguel, y á éste no le gustó el resultado que había obtenido del Comandante Génova, preparándose para atacar San Isidro.

Pero á la vez que esto pensaba Pablo Tekson en San Miguel de Mayumo, el Comandante Génova, hombre práctico en asuntos de guerra, preparó la salida con toda la fuerza á sus órdenes, pues comprendía que la permanencia allí no tenía objeto alguno.

Tenía el inconveniente la salida de que érale casi imposible conducir el convoy de enfermos y heridos, y las familias españolas y algunas indígenas de la colonia; pues todo esto dificultaría de modo considerable la marcha de la columna, en cuanto hubiera que sostener fuego nutrido con el enemigo. Así es que

á pesar de los ruegos de muchas señoras especialmente, él creyó llegado el momento de intentar la salvación de la columna aun con peligro de abandonar la colonia en el pueblo, y sin pensar más, reunió á todos los heridos y enfermos y colonia oficial con las señoras y niños en una casa de materiales fuertes, se izó la bandera de la Cruz Roja en lo alto y se dispuso á abandonar el pueblo.

Si mal no recuerdo, era el día 18 de Junio. Al poco tiempo de salir de San Isidro encontró la fuerza las primeras trincheras enemigas, que se tomaron no sin que hubiera antes combate rudo. Se siguió avanzando echándose fuera del bosque, pues el Comandante quería á todo trance librarse de que le preparasen emboscadas, y poco después volvió á entablarse la lucha más encarnizada que antes, pues las posiciones enemigas eran formidables.

No obstante, no se atemorizó por eso el Comandante Génova, que dirigía con valor inusitado todos los movimientos de la columna, y daba órdenes con energía y de modo repentino, á ver si conseguía desorganizar á los insurrectos, que seguían con denuedo la lucha.

En esta situación, sin que se notara que el combate se hiciera más débil, pero también sin que nuestros valientes cazadores se acordasen de que no habían comido, se sostuvo el fuego, siempre nutridísimo, durante más de 24 horas; únicamente hubo que lamentar que á las pocas horas de combate muchos individuos de la Guardia civil, todos indígenas, se pasaban ya al enemigo en medio del fuego, viendo que la columna no podía avanzar un paso y que las bajas eran numerosas.

Al presenciar el Comandante Génova estas deserciones, comprendió que estaba perdida la columna y que no tendrían más remedio que rendirse á discreción. Sin embargo, aun animaba á sus soldados penin-

sulares á ver si con un supremo esfuerzo podían romper el cerco que les tenía en aquella situación, pero llegó un momento en que el desfallecimiento se hizo tan grande en la tropa y en todos, que no era posible continuar por más tiempo el fuego, so pena de morir en la *sementera*.

Porque ni los oficiales podían exigir de aquellos soldados hambrientos y rendidos por la fatiga de la lucha, disciplina absoluta, ni los soldados, aunque quisieran, podían cumplir las órdenes que recibían de sus oficiales.

De modo que el Comandante reunió á todos los oficiales de la columna y les consultó el caso suplicándoles le dieran su opinión. Y todos creyeron prudente la rendición, como así se efectuó, izando la bandera de parlamento. En aquel momento Génova apoyó el cañón de su revólver en la sien, pero un oficial apartóle el brazo antes de que consumara el suicidio.

Seríame imposible describir fielmente la alegría que se apoderó de las huestes insurrectas al ver izada la bandera blanca y el furor salvaje con que llegó á la vanguardia de la columna del Comandante Génova, la chusma insurrecta, que con los bolos desenvainados intentaba machetear á nuestros cazadores villanamente. Hemos de reconocer que gracias á la prontitud con que intervinieron los Jefes insurrectos, no se llevó á cabo aquel acto de salvajismo.

La matanza inicua no se realizó, pero la rapiña sí; en medio de la columna Génova cayeron, como lobos hambrientos, incluso los titulados Jefes del ejército revolucionario, y aquello fué un saqueo horroroso, espeluznante. Al Comandante Génova le dejaron con lo puesto, y según he oído relatar á algunos, por el camino, desde el sitio donde se encontraban á San Isidro, le quitaron el traje de rayadillo, entrando en el pueblo en ropas menores. A los oficiales y á los solda-

dos lo mismo; al que traía traje limpio se lo quitaron; únicamente respetaron los que tenían la ropa en malas condiciones. Respecto á las demás cosas de la oficialidad, como caballos, monturas, maletas, dinero, armas de su propiedad, etc., etc., de eso ya no hay ni que hablar: desapareció como por ensalmo.

En estas condiciones llegó el Comandante Génova con su columna á San Isidro, de regreso de aquella marcha tan desastrosa que terminó en una derrota horrible. Y allí estaba la colonia, los enfermos, los heridos, las señoras, los niños, encerrados en el edificio protegido por la bandera de la Cruz Roja, esperando como el santo advenimiento el regreso de los cazadores, porque en estas situaciones tristes, parece como que la desgracia busque otra desgracia mayor para consolarse.

Y allí, desde las ventanas de la casa vieron desfilar la maltrecha columna: los cazadores, tristes, con la mirada baja, el traje roto, viéndoseles las carnes salpicadas por el barro del camino y sucio por el lodo el rayadillo, que mal encubría su cuerpo. Era desesperante contemplar aquel cuadro de desolación, de miseria, de lástima. Pero no había más remedio que armarse de fuerza de voluntad, de la paciencia de un Job, para sobrellevar con calma la horrible desgracia. Si no hubiera sido así nadie pudiera resistir á la tentación, que resultaba hermosa en aquellos instantes, de suicidarse.

El Comandante Génova, en su interior maldijo al oficial que le había impedido el suicidio. ¡Con que gusto volvería á intentarlo! Pero ya entonces era tarde; le habían despojado de sus armas, y además iba, como todos, entre las bayonetas insurrectas. No era posible pensar en eso. Y se dispuso á sufrir lo que quisieran los demás. Erale preciso vivir, aunque no fuera más que por la esperanza de volver algún día á reunirse con sus hijos y su mujer, que se encontraban

en Manila, esperando noticias suyas, que Dios sabe cuando las recibirían.

Al Comandante le incomunicaron, sujetándole á lo que ellos llamaban sumaria, como si en su vida hubieran podido saber lo que era eso de formar sumarias. A un oficial de la Guardia civil, casado con una del pueblo, también le dejaron incomunicado, atormentándole horriblemente, y no sé si á alguno más de la columna, le hicieron sufrir tormentos parecidos.

A los demás oficiales los reunieron en una casa del pueblo y les pusieron centinelas de vista. A los soldados los repartieron por las casas de los principales de la insurrección en la provincia, mandando los que no podían vivir allí, á los pueblos inmediatos, Gapan y Peñaranda especialmente.

Al médico Sr. García, y al oficial de Administración Sr. García de Castro, los trasladaron al pueblo de Cabiao, alojándolos en la propia casa del General insurrecto Llanera, y allí condujeron también al oficial de la Guardia civil citado anteriormente, á quien había reclamado el vecindario de Cabiao, para matarlo y vengarse de este modo de los muchos fusilamientos que ejecutó en aquel pueblo.

A la familia de Novelles, también la martirizaron muchísimo; sobre todo al padre y al hijo mayor, para vengar resentimientos personales, lo mismo que al Sr. Castillo, un filipino que se había mantenido leal á la causa de España, y que ya en la primera insurrección, como al notario D. Antonio Constantino, habían intentado matar. En aquel día que cito al principio, en que murió gloriosamente el capitán Machorro, tuvo necesidad Castillo de esconderse al saber que entraba la partida de Llanera, porque éste fué á su casa con la sana intención de machetearle.

Castillo fué sentenciado á muerte por el ejército filipino al rendirse la columna del Comandante Génova, pero tengo indicios de que no ha sido fusilado.

Hubiéramos perdido uno de los más leales defensores de nuestro pabellón y de nuestra raza en Filipinas.

Así terminó lo que podríamos llamar la trajedia de Nueva Ecija. La fuerza, la colonia oficial y el elemento español, quedaron constituídos en prisioneros de guerra. Los frailes que se encontraban en San Isidro, fueron incomunicados y maltratados horriblemente.

Todos los prisioneros de Nueva Ecija fueron trasladados poco después á San Miguel de Mayumo, lo propio que el General Peña y su Estado Mayor.

Capítulo XV

Abandono de un pueblo

Hacía bueno. En el pueblo apenas si quedaba alma viviente, y los pocos que aún seguían en sus casas se preparaban á desalojarlas á toda prisa, sacando lo que tenían de algún valor y la ropa indispensable en *tampipis*, especie de recipiente rectangular de bejuco que reune á la condición de la resistencia, la de tener poco peso y ser fácilmente transportable. Y claro que el cuadro que en aquellos momentos se presentaba á los ojos del curioso, era de lo más original que darse puede, pues en medio del silencio absoluto que lo invadía todo, un silencio de muerte que daba frío, era realmente extraordinario ver, por ejemplo, á una familia compuesta de la madre, dos ó tres hijas y otros tantos chiquillos, cargados con dos ó tres *tampipis* á cuestas, salir de una casa corriendo, y como escondiéndose de los que podrían verles y dirigirse por cualquiera de las calles del pueblo hacia un barrio próximo, á la sementera, al pueblo inmediato, al monte, á cualquier parte, en una palabra, pues ellos no veían nada más que un peligro inminente que les amenazaba y la necesidad de ponerse á salvo cuanto antes y á toda costa.

El Comandante Flandes intentó persuadirles más de una vez, de que no salieran del pueblo, diciéndoles que nada les pasaría, pues la tropa estaba allí para defender la plaza y á la gente pacífica que quisiera ponerse bajo su protección. Pero sea porque en realidad alimentaban en su cerebro la idea del éxito de la revolución, ó sea por tener individuos de sus familias en el campamento enemigo, lo cierto es que ninguno atendió las exhortaciones del Jefe militar y éste, con harto sentimiento, tuvo que presenciar el desfile de cientos de individuos que abandonaban el pueblo, sin que sus amistades, ni las relaciones adquiridas en la plaza durante el tiempo de su mando, influyeran un ápice en el ánimo de aquellas gentes.

Entre tanto la colonia oficial se había reconcentrado en los bajos de la Casa Gobierno, y las señoras y los niños atemorizados por lo que presenciaban y presagiando lo que tras de aquella desbandada podía suceder, ocuparon el piso principal del Gobierno, donde daba lástima verlas: con las caras tristes, la mirada vaga y melancólica, como buscando quien las consolara, un carácter sereno que las animara en aquellos momentos de angustia horrible. Mas, pedir que les dieran ánimo en aquella ocasión, era como *pedir peras al olmo*, porque abajo, sentados, formando corro y hablando de los sucesos que se venían desarrollando desde el día anterior, se encontraban el Juez de primera instancia D. José Gutiérrez, un filipino hijo de padres españoles, que no daba importancia á lo que veía y que miraba las cosas en aquellos momentos con una indiferencia que rayaba en estoicismo; el Promotor fiscal D. Antonio Zurbano, que todo lo veía negro como boca de lobo, y que su imaginación era á modo de una gran lente de aumento, según lo que agrandaba el peligro y lo abatido que se hallaba, aunque procuraba reprimir sus fatídicas ideas, según fuera la persona con quien hablaba; el

Administrador de Hacienda, un gallego recién llegado al país, que todo lo tomaba á chacota y que en realidad no veía el peligro inminente que veíamos todos; precisamente porque no conocía á los naturales lo bastante para comprender de lo que eran capaces, por el poco tiempo que hacía que había tomado posesión de su destino; el Registrador de la propiedad, que parecía el caballero de la triste figura, largo, escuálido, en cuya cara no se veía más que anteojos y bigote, con ojos lánguidos, sin expresión y facciones invariables, pues aquella fisonomía no variaba nunca, ni sus labios dejaban traslucir una sonrisa, ni se acaloraba jamás en las discusiones; siempre lo mismo, con aquella actitud de reserva de la que nadie podía sospechar siquiera, lo que su imaginación, al parecer aletargada, pudiera concebir. Era, no obstante, de los que convenían en las circunstancias porque atravesábamos, siquiera presenciaba en silencio lo que sucedía, sin meterse á criticar lo hecho ni á aconsejar lo que se debía de hacer; el interventor de Hacienda, D. Emilio Badal, también recién llegado de la Península, persona igualmente de poco espíritu, que no levantaba la voz para inmiscuirse en cosas que no le importaban y que permanecía en el corro escuchando en actitud un si es, no es, melancólica y reservada; el oficial del Gobierno, Sr. Giménez, era de los que arreglaban el país, de los que concebían planes de ataque á su manera, que encontraba defectos en todo lo que hacían ó decían los demás, y que en realidad él no pensaba más que en buscar un sitio á propósito donde ponerse á cubierto de las balas, en cuanto empezara el fuego; el Ayudante de montes, D. Emilio Bono, un hombre que tenía tanto de chiquitín como de *matón* y fulero; era de los que él solo, con unos cuantos soldados, hubieran arreglado la situación, y además señalaba los que debían ser fusilados por traidores á la patria: el notario era filipino,

mestizo español, hablaba poco por su condición de ser natural del pais; pero demostrando un españolismo á carta cabal en todos sus actos, lo que hacía que todos le tuviéramos en gran estima y consideración. Además, se encontraban en la Casa-Gobierno, D. José Aguinagalde, D. Aquilino Illera, y otro, cuyo nombre no recuerdo: particulares el primero y el último, empleados en la Hacienda que la Compañía Tabacalera poseía en el barrio de San Miguel, próximo á Tarlac, y el otro, un comerciante de San Fernando de la Unión, que había ido á reponerse de una enfermedad, para desde allí marchar luego á seguir sus negocios en aquella provincia. El Escribiente del Juzgado y el oficial de Telégrafos, que también se habían refugiado allí, permanecían retraídos y un tanto separados de la colonia oficial, no porque esta rehusara su trato, muy al contrario; eran bien recibidos siempre y se les había dado muestras de tenerles confianza completa, sino más bien, por creer ellos, que como hijos del país no debían de mezclarse en las conversaciones de los españoles.

Habíase entablado acalorada discusión entre el elemento civil, reunido en los bajos del Gobierno y sentados en sendas butacas, de la cual no resultaba muy bien librada la autoridad del Jefe militar y en la que no llevaba la menor parte el Promotor fiscal y el Administrador de Hacienda, cuando entró el Comandante Flandes por entre el parapeto de maderas que obstruía parte de la entrada al edificio, como único medio de resistencia hasta entonces establecido y los empleados civiles, al verle, cambiaron de conversación y saludaron al Jefe militar, preguntándole por las novedades que traía del pueblo.

Llegaba Flandes disgustado por lo que había presenciado y casi sin hacer caso de los que se le acercaban para hablarle, dirigióse á un capitán de la compañía de cazadores del batallón número 8, y le dijo:

—Capitán Mosquera; inmediatamente hay que empezar á construir trincheras; forme usted la fuerza y los que no estén de servicio, pueden desde luego comenzar los trabajos de fortificación.

—Está bien; á la orden de usted mi Comandante, —contestó el capitán, y mientras éste se dirigía á los dormitorios, donde se alojaban los soldados francos de servicio y comunicaba la orden á un oficial para que formara la compañía, el Comandante Flandes habló un momento con su secretario el teniente Orellana, para que dispusiera la distribución de fuerza en los edificios contiguos al Gobierno, y apresurando el paso se dirigió á la escalera, desapareciendo poco después por ella.

En aquel instante había recordado que arriba estaban los niños y las señoras desconsoladas y que era preciso hacer que no decayeran los ánimos antes del momento de peligro y no atendió á ninguno de los que intentaron salirle al paso, contestando á todos invariablemente:

—Bueno, bueno, luego hablaremos de eso.

En lo alto de la escalera le esperaba el Gobernador D. Federico Jaques, en cuyo semblante se reflejaba la impresión profunda de que se hallaba poseído y la intensa ansiedad con que esperaba noticias algo más halagüeñas de las que hasta entonces había recibido; algo, en fin, que le sacara del pesimismo horrible que le abrumaba en aquellos instantes. No es extraño, pues, que le recibiera con demostraciones de placer, con los brazos abiertos.

—Gracias á Dios que llega usted, Flandes, díjole apoyando su mano en el hombro del Comandante; y continuó, venga usted acá á consolar á Cruz, que la pobre, no puede V. figurarse como está de abatida.

El Jefe militar entró en una habitación, contigua á la escalera, en donde se hallaban tres señoras sentadas en sillas y un caballero.

— Aquí tenéis á Flandes, entró diciendo D. Federico. A estas palabras el caballero que era D. Cándido Jaques, hermano del Gobernador civil, se adelantó y saludó con respeto al Comandante, y casi al mismo tiempo se levantaron precipitadamente las señoras para saludar al recién llegado y salir de aquella ansiedad en que se hallaban sumidas.

El Comandante quedó en medio del grupo, y las señoras esperaban con impaciencia que Flandes las dijera algo, las diera alguna esperanza de que el peligro no era tan inminente como ellas creían. Mas el Jefe militar, no tenía otro medio de consolarlas que dibujar en sus labios una sonrisa y decirles, dando á sus palabras una entonación especial, como si se sintiera enojado:

— Pero ¿qué ocurre, que las veo á ustedes tan abatidas? si no pasa nada por ahora; si ocurre algo más tarde, están tomadas todas las medidas para que la victoria sea completa. Nada, nada, ustedes lo que deben hacer es preparar un punto donde guarecerse de las balas durante el ataque, si es que éste llega á tener lugar, y no preocuparse por lo que pueda venir.

El Gobernador civil miró con ojos preñados de melancolía á su esposa Cruz, y ésta respiró penosamente, mientras Cándido, algo más sereno que su hermano, decía á Pilar y á Adela, mujer y hermana respectivamente:

— La cosa no es tan grave como á primera vista parecía, de modo que no hay que poner esas caras tristes ni pensar en tonterías, que no conducen á nada.

— Claro, repitió Adela animosamente; al fin y al cabo lo que tenga que suceder, no lo hemos de remediar nosotras con abatirnos.

— Así, así, Adelita, dijo el Comandante; eso es lo que hace falta, ánimo y resignación para sobrellevar con paciencia lo que venga. Y continuó:

—Voy á ver en un momento á esas familias de Gardiner y Rendón, que estarán las pobres bien abatidas también, y luego á disponer el servicio para la noche, que es cuando creo yo que pudieran intentar el ataque. Hasta luego.

Y á duras penas pudo desasirse del Gobernador civil, que deseaba marcadamente retenerle á su lado para que sirviese de consuelo á su esposa y á él, puesto que él necesitaba tantos consuelos como ella, y se dirigió á otra de las habitaciones del edificio, donde se hallaban reunidas las dos familias antes citadas.

Media hora después salió, revistó la fuerza de la compañía de voluntarios de Ilocos Sur, que estaba apostada á todo lo largo de las galerías de la casa Gobierno, aconsejó á los oficiales y sargentos de la compañía mucha vigilancia, porque el ataque, según sus confidencias, estaba anunciado para aquel día, y además, por tratarse de fuerza indígena que pudiera estar comprometida, y bajó á dictar órdenes y disposiciónes y ver como iban los trabajos de fortificación.

Se había pasado la hora del almuerzo; él andaba algo desganado aquellos días; probablemente por lo mucho que cavilaba, y se sentó en una ancha silla de brazos y llamó á su secretario, quien tomó asiento á su lado.

—¿Ha hecho usted el estado de fuerzas que le pedí? preguntó.

—Sí, señor, aquí está, contestó el teniente Orellana, sacando del bolsillo de la guerrera un papel y entregándoselo al Comandante.

—Está bien; ¿qué fuerza ha dispuesto que fuera á ocupar el fuerte?

—Le esperaba para enseñarle la distribución y para que me diera instrucciones, sobre todo acerca de los oficiales que han de quedar en cada uno de los alojamientos.

— El teniente Escrich á la cárcel, el teniente Martín al convento, á la avanzada, el que le toque por antigüedad, y al fuerte, con 50 voluntarios Pangasinan y 10 cazadores, puede ir el teniente Gistao.

— Así había pensado yo como lo más conveniente, contestó Orellana.

— Bueno, pues ya puede comunicar esas órdenes para que quede establecido en seguida el servicio. Bien pudiera ser que esta noche tuviéramos jaleo y conviene estar prevenidos.

— Ahora mismo voy á hacerlo.

El Comandante Flandes quedó sentado en la silla de anchos brazos, y el teniente Orellana se dispuso á cumplimentar las órdenes.

Capítulo XVI

Preparándose á la defensa

A las seis de la tarde de aquel día, se nombró el servicio de centinelas en los edificios ocupados por la fuerza y se destacaron avanzadas en puntos estratégicos con órdenes de retirarse, por escalones, haciendo fuego, en cuanto se divisara el enemigo.

Del parque se sacaron fusiles Mausser que se distribuyeron entre el elemento civil y particular, con el objeto de que en caso de ser atacados, ocuparan sus puestos al lado de la fuerza. Tanto ésta como la colonia oficial, se hallaban animados de los mejores deseos y todos á una creían en un triunfo completo para nuestras armas. En donde seguía el abatimiento *in crescendo* era arriba, en el piso principal, donde se hallaban las señoras y los niños, y es que allí era precisamente, donde se hallaban los hombres menos animados. El Gobernador civil se hallaba sumido en un abatimiento profundo, abrumado por un pesimismo tan grande, que no veía luz por ninguna parte ; á su alrededor no había más que tinieblas y negruras de antro ; este pesimismo y este abatimiento suyos, eran comunicados á su familia, de la cual únicamente su hermano Cándido, se conservaba animado para la

lucha, dispuesto á sufrir con resignación inaudita lo que viniera.

Todas estaban encerradas en una habitación, tiradas en el suelo ó sentadas y á obscuras, sin nadie que las animara, pues Gardiner y Rendón, eran de la pasta del Gobernador civil, para aquellos trances. En la habitación contigua á la en que se encontraban, se había hecho un parapeto con los bastes de los caballos de la brigada de Administración militar, para que los niños y las señoras pudieran guarecerse en caso de que el enemigo, como se temía, intentara el ataque aquella noche.

En las galerías, los centinelas de servicio con el fusil cargado y ojo avizor, no dejaban un momento de vigilar en todas direcciones, esperando de continuo el instante de ver aparecer en el montecillo de enfrente del Gobierno, un grupo numeroso para romper el fuego. Eran soldados aguerridos que, á pesar de ser indígenas, tenían mucha disciplina, y observaban con ánimo sereno; el peligro que para la mayoría, si no para todos, se hacía inminente, siquiera muchos de los allí presentes, no sabían lo que era un combate, para ellos no representaba otra cosa que una vez más de entrar en fuego y probablemente una cruz más en su pecho. Y por eso esperaban con calma los acontecimientos y veían con indiferencia, que casi rayaba en estoicismo, el desarrollo de los sucesos de aquellos días, de alarma constante.

A uno de ellos le dije yo: —Mira bien, tú.

—No hay cuidado, señor, — me contestó dando á sus palabras la entonación del país, y continuó: — Insurrecto, cobarde, y voluntario de Ilocos, valiente siempre.

Y siguió en la misma actitud, con el cañón del fusil apoyado en la barandilla de la galería y la vista fija en el cerro próximo.

Obscurecía. Era esa hora en que todo se desvanece

como una sombra que tomando cuerpo se extiende sobre la tierra, aumentando con su aspecto triste, la angustia de que estaban todos poseídos, é infundiendo pavor á los niños y á las señoras, porque veían la noche cercana ya y el pensar esto, les daba frío. En la planta baja el cuadro se presentaba exornado con lúgubres colores: había en el ambiente algo de triste, algo, que no sé como expresarlo, algo así como melancólico; se respiraba, en fin, una atmósfera cargada de ansiedad mal contenida en el interior de los pechos, que brotaba al exterior de modo irremediable, y si uno se hubiera puesto á observar detalladamente aquellos rostros, no le hubiera sido difícil comprender lo que cada cual sentía; había caras que expresaban duda, otras nostalgia por su hogar y por su patria, algunas melancolía, otras muerte.

Simultáneamente fueron cesando los cantares de los soldados, que ocupados en los trabajos de atrincheramiento, no pensaban en el peligro próximo, porque el soldado español no piensa nunca en eso y á medida que dejaban el trabajo y se retiraban á su dormitorio, los francos de servicio, apagaban su voz en la garganta como impuestos por el silencio y la solemnidad imponentes de que se revistieron en aquel momento los bajos de la casa Gobierno.

Así todo calló. El Gobierno envuelto en sombras parecía un fantasma enorme que se elevaba al cielo perdiéndose en la obscuridad que lo llenaba todo.

El silencio terminó por ser sepulcral; en un grupo y sentados en butacas anchas cuchicheaban varios empleados y algunos oficiales que no tenían obligaciones que cumplir en aquellos momentos; algo más apartado, el Comandante y su secretario, hablaban en voz baja, sin verse las caras casi, puesto que en toda la planta baja no había más luz que una candileja de aceite colocada en el suelo en uno de los angulos; por el centro, paseaban hablando también, pero tan bajo,

que sus voces no las oían ni los cuellos de sus guerreras de rayadillo, dos oficiales que estaban de servicio á aquella hora, y la majestuosidad imponente del conjunto, era sólo interrumpida, de vez en cuando, por el monótono *uno, dos*, *tres,* etc., de los centinelas apostados en redor del edificio, que se numeraban con el objeto de que el oficial de servicio, tuviera el convencimiento de que no se dormía ninguno de ellos.

Y estas mismas precauciones y vigilancia se observaban en los demás edificios ocupados por fuerza: en la cárcel, en el cuartel de la Guardia civil y en el convento, había quedado establecido el servicio de centinela convenientemente vigilados por oficiales y sargentos, pues como la mayor parte de la fuerza era indígena, se había recomendado por el Jefe militar una exquisita vigilancia, por parte de los oficiales y clases peninsulares, quienes cumplían su cometido con interés y abnegación, dignos de elogio. En el convento se hallaban nueve frailes de diferentes pueblos de la provincia, que se habían reconcentrado en la cabecera al tener las primeras noticias de un levantamiento general y próximo del país, y dos particulares, á todos los cuales se distribuyeron también fusiles para engrosar la línea de fuego, en cuanto empezara el ataque.

Mandaba la compañía de voluntarios de Pangasinan, que era la fuerza que guarnecía el convento y la iglesia, el capitán D. Mariano Enríquez, hijo del país, por cuya circunstancia conocía á sus soldados indígenas mejor que otro cualquiera y además era persona que merecía, por sus cualidades de carácter y por sus dotes como militar, la confianza de sus Jefes. Así es que el capitán Enríquez, á quien habían confiado aquel puesto de honor y de peligro, no había descansado un momento durante todo el día, animando á sus soldados, dándoles instrucciones para que se aprovecharan las municiones, y haciéndoles

ver la inminencia del peligro, para que los centinelas no dejaran un segundo de vigilar. Llegada ya aquella hora de la tarde en que con el crepúsculo vespertino todo languidece, el capitán nombró el servicio, destinó á cada uno de sus oficiales su puesto, y luego, con la confianza completa de que éstos llenarían su cometido tan bien como pudiera hacerlo él mismo, se sentó á la mesa del convento, á cuyo alrededor ocuparon sitio los frailes y los particulares y dispúsose á jugar á cartas.

Dos horas después, á las ocho, en todas partes había tranquilidad, siquiera no fuese más que relativa, puesto que en su interior cada uno reflexionaba sobre los sucesos de aquellos días y los interpretaba á su manera para el porvenir. En el Gobierno, el elemento civil y los oficiales, francos de servicio, se sentaron á la mesa y cenaron, hablando y riendo como si no circulara noticia alguna pesimista; únicamente, dos ó tres, no abrieron los labios y siguieron, durante la cena, tan ensimismados como lo habían estado durante todo el día.

— En buena situación estamos para andar con risas y jaleos, — se atrevió á decir uno de los que se mantenían silenciosos y cariacontecidos.

Y más le valiera no haberlo dicho, porque la emprendieron con él y no pararon las chanzas y cuchufletas hasta que consiguieron hacerle levantarse de la mesa y ocupó en sitio apartado, una butaca, en donde hundió su cuerpo y sus cavilaciones.

— Dejarle ya, — dijo un teniente joven, de los más vocingleros que se habían reunido allí.

Y todos asintieron cambiando de conversación inmediatamente. Poco después, terminó la cena y la mayoría volvió á ocupar las sillas que habían dejado anteriormente, formando grupo de nuevo. El que se había levantado antes que nadie de la mesa, dormía á pierna suelta.

El Comandante Flandes, en tanto, no descansaba un momento; andaba con cara de pocos amigos, dando órdenes, vigilando los centinelas, recorriendo los edificios contiguos. Y no lo hacía esto porque desconfiara de sus oficiales, pero era tal la responsabilidad suya en aquellos instantes, que no estaba tranquilo sin ver por sus propios ojos, que todo se había hecho según sus instrucciones. Varias veces le invitaron á cenar, pero él no aceptó, porque aquel día el comer constituía una cosa secundaria; lo principal, lo que en realidad tenía importancia, era lo otro, poner á salvo el honor de las armas y su responsabilidad, como Jefe militar de la plaza.

Poco después llegó al Gobierno mal humorado y como disgustado por algo, que había visto y que no estaba á su gusto. Tomó asiento entre los oficiales y poco después recibió recado del Gobernador civil de si quería tomar algo. Pidió una taza de caldo y una copa de vino de Jerez y quedóse pensativo, sin parar mientes en las conversaciones que se sostenían en redor suyo.

Momentos después, llamó á su secretario y le preguntó:

—Orellana, ¿cuál es el oficial que está de servicio?

—El teniente Martín, mi Comandante, —contestó Orellana.

—Dígale que venga.

Orellana se apresuró á llamar á su compañero y poco después se presentó Martín, saludó militarmente y dijo:

—A la orden de usted, mi Comandante.

—Le recomiendo á usted mucha vigilancia,—empezó diciendo el Jefe militar, dando aire de autoridad á sus palabras, y continuó: —Ya sabe usted el peligro en que estamos de ser atacados esta noche, y en caso de que esto suceda, no permita usted que se

dispare un fusil sin ver al enemigo, pues hay que aprovechar las municiones á todo trance. Además, recuerde usted la disposición en que están distribuídas las demás fuerzas y los edificios que ocupan, con el objeto de que no lleguen á cruzarse los fuegos, puesto que de suceder esto, podríamos ocasionarnos bajas nosotros mismos.

— Está bien, mi Comandante. ¿Manda usted algo más? — preguntó Martín levantando de nuevo la mano á la visera de la gorra.

— Nada más. Yo voy á descansar un rato; de modo, que no deje usted de tener toda la vigilancia necesaria.

Y mientras Martín salía á recorrer los centinelas, el Comandante Flandes, se levantó de la silla, saludó y se dirigió á su cuarto.

Quedaban hablando en el grupo el Juez, el Promotor fiscal, el Administrador y el Interventor de Hacienda, el Médico del destacamento y el oficial de Administración militar. Al levantarse Flandes, fué á formar parte del grupo el teniente Orellana, quien fué recibido por el Médico con estas palabras:

— Ahí viene Orellana, que es el único que nos puede sacar de dudas. Venga usted acá y siéntese.

El teniente tomó asiento al lado del Médico.

— Vamos á ver, — dijo el Administrador de Hacienda. — ¿Usted cree que atacarán esta noche?

— Yo creo que sí, porque esto es lo que cree todo el mundo; pero yo ya me he preparado; porque acabo de comerme una lata de sardinas con vinagre, que estaba riquísima, — dijo Orellana.

— Y ¿por qué punto cree usted que entren en el pueblo? — siguió preguntando el Administrador, que tenía el defecto de hacer muchas preguntas inútiles.

— Eso si que no se lo puedo decir á usted; pero yo lo que creo es que si entran, lo mismo da que lo hagan por un punto que por otro.

—Es claro, — dijo el Médico, — porque para el caso es lo mismo.

Poco después, quedaban únicamente el teniente Orellana y el Médico. Los demás habían ido desfilando á sus respectivos dormitorios, muy mal impresionados por las noticias que habían recibido.

— ¿Usted no se acuesta? — preguntó Orellana al Médico.

— Sí, — contestó éste; — voy á descansar por si acaso hay necesidad de levantarse pronto.

— Pues, vamos, — replicó Orellana, poniéndose en pie.

A aquella hora invadía la casa Gobierno un silencio sepulcral y una obscuridad completa, pues la luz mortecina del vaso de aceite colocado en el suelo, en uno de los ángulos, no alumbraba apenas más de medio metro de extensión. Fuera, lobregueces y negruras lo envolvía todo; el cielo estaba tachonado de estrellas, pero no había luna y á lo lejos, se oían claramente los ladridos de los perros, que denunciaban la presencia próxima de seres humanos.

Capítulo XVII

La noche del 3 de Junio

A las once de la noche, todos dormían á pierna suelta en el Gobierno civil de Tarlac. La misma excitación nerviosa en que se encontraban, á la vez que el haber dormido poco los días anteriores, pues ya entonces corrían rumores de que la provincia se levantaría en armas contra los españoles, y el comer poco, siquiera, quien más y quien menos anduviera desganado y cariacontecido por las noticias contradictorias que circulaban ya anteriormente ; todo esto hizo que la colonia oficial y elemento militar, franco de servicio, se rindieran al sueño en cuanto se acostaron aquella noche del 3 de Junio de 1898. Arriba era donde dormían poco las señoras y los niños; se habían acostado todos, pero el sueño no acudía á sus imaginaciones, ni cerraba sus párpados; se encontraban en un estado de ánimo tan especial, que cualquier ruido las sobresaltaba y las hacía poner en acecho.

El capitán, los oficiales de servicio y los centinelas, no pestañeaban ; todos tenían el presentimiento de que la hora estaba próxima, y en verdad que no tardó en realizarse lo que presentían, porque á las once y media, aproximadamente, un ruido como de

cien fusiles disparados al mismo tiempo, hizo ponerse en pie, como movidos por un resorte, á los oficiales de servicio y á los soldados de *cuarto*, que se hallaban echados en el suelo, durmiendo al parecer, pero en realidad despiertos ; y á la voz de mando del capitán, que gritó:

—¡ A sus puestos! todos se apercibieron para el ataque, en menos de lo que se cuenta.

La primera descarga había partido del convento y por lo rápidamente que se sucedieron las siguientes, se supuso desde el primer instante, que estaban atacando aquel edificio.

El Comandante Flandes y los oficiales que se habían acostado, se levantaron sobresaltados y fué cada uno á ponerse en su puesto, mientras los soldados salían á toda prisa de los dormitorios poniéndose los correajes con el fusil Mausser en la mano y llenaban las ventanas laterales y el parapeto, y el Comandante Flandes hacía esfuerzos inauditos por restablecer el orden cuanto antes ; y lo consiguió á duras penas, pues ya los cazadores, sin obedecer á la voz de mando de sus oficiales y del Jefe militar, habían empezado á hacer descargas repetidas, al punto donde, al parecer se encontraba el enemigo.

Por fin, cesó el fuego en la planta baja, gracias á que el Comandante se desgañitaba gritando :

— ¡ No tirar ! ¡ no tirar ! no gastar municiones en balde; y á que el corneta tocó la contraseña de « alto el fuego.»

Entonces, ya más tranquilo el Jefe militar, llamó á su secretario y le dijo:

—Encargue V. á los oficiales que no dejen disparar un cartucho sin ver al enemigo, sin la seguridad absoluta de hacer blanco.

Y cuando ya empezaban á entrar en caja las cosas y á normalizarse en lo que cabía la situación, la compañía de voluntarios de Ilocos, que ocupaba las gale-

rías de arriba, empezó á hacer fuego por descargas sin objeto, pues el enemigo, entretenido al parecer con los fuegos del convento y del cuartel de la Guardía civil, no había intentado siquiera ponerse á la vista del Gobierno.

Flandes subió la escalera indignadísimo y entró en la galería gritando :

—¿Pero qué hace este oficial? ¿A quién tiran? Cesó el fuego y se presentó el oficial de servicio en la galería y levantó la mano á la visera para saludar y dar la novedad al Comandante, más éste no le dió tiempo de pronunciar una palabra.

—Señor oficial ¿quién ha mandado hacer fuego á esta compañía?

—Nadie, mi comandante.

—Pues que yo no vuelva á oir un tiro, antes de que haya enemigo á la vista. Es preciso aprovechar á todo trance las municiones.

—A la orden de V., mi Comandante — articuló el oficial y se separaron.

El Comandante Flandes atravesó algunas habitaciones y llegó á una estancia cuadrilátera y espaciosa contigua á la escalera, en donde se encontraban las señoras y los niños, formando un montón informe, parapetados por medio de los bastes de los caballos de la brigada de Administración militar y sobrecogidos de espanto ; los niños lloraban, sin explicarse el motivo, pues el solo hecho de ver atemorizadas á sus madres y á sus hermanas, les hacía comprender instintivamente que algo gravísimo debía de ocurrir. Era aquel un verdadero cuadro de desolación y de amargura.

Fuera de aquella especie de trinchera improvisada se hallaban acostados los hombres, haciendo esfuerzos por alentar á sus respectivas familias, lo cual no conseguían, pues había llegado á un grado tal el estado de nervosismo de las señoras, que no había razones

que las convencieran, ni argumento posible que las hiciera salir del estado de marasmo horrible en que se encontraban.

Flandes entró con cara risueña y sin darle importancia á lo que acontecía.

—¿Qué es eso, señores?—dijo al pasar el umbral de la puerta, y prosiguió: — Eso no es nada, no hay porque asustarse; se conoce que en el convento les están dando buen varapalo.

El Gobernador civil y su hermano Cándido se levantaron y siguieron con el Comandante, atravesando la habitación en que se encontraban y el despacho del Gobernador, para salir á la galería. Al llegar á la puerta de salida, el Gobernador se quedó detrás del quicio de la puerta y dejó que siguieran Flandes y Cándido.

Al ver que Federico se quedaba, dijo Flandes:

— Puede V. salir, D. Federico, aquí no ocurre nada.

—No, si no es por miedo á que pueda ocurrir nada—contestó Federico, echando el cuerpo hacia atrás y sin asomar más que parte de la cara por el quicio de la puerta. — Es el relente que puede hacerme daño.

— Los médicos son ustedes la *mar* de aprensivos, replicó Flandes con sorna, y dibujando en sus labios una sonrisa.

Los soldados de la compañía de Ilocos, unos en pie y otros rodilla en tierra, y con el fusil apoyado en la barandilla, no perdían un detalle de lo que ocurría á su alrededor; con su vista de lince parecía que penetrasen las tinieblas de la noche, y sus miradas hacían el oficio de dardos agudísimos que atravesaban aquella negrura y tenebrosidad que lo invadía todo. Así permanecían inmóviles esperando el momento de ver aparecer el enemigo para descargar sobre él toda la carga de sus fusiles y toda la indignación que

abrigaban contra los revolucionarios, en el interior de sus pechos.

Flandes y Cándido dieron algunas vueltas por la galería y volvieron á entrar por la puerta que habían salido, en donde seguía Federico, como escuchando desde allí las descargas que la compañía de voluntarios de Pangasinán, que ocupaba el convento, hacía sobre los grupos que intentaban asaltarlo.

—Vaya, D. Federico, yo voy abajo á ver como anda la gente. Con que, hasta luego —dijo el Comandante, y se dirigió á la escalera.

El fuego seguía duro y sin interrupción ; ya graneado, ya en forma de descargas cerradas, en el convento. Para los que oíamos las descargas desde el Gobierno, nos causaba admiración, lo seco que resultaba el ruido, lo uniforme que disparaban aquellos soldados de cuatro días, puede decirse ; pues haría escasamente una semana que se habían incorporado y empezado la instrucción.

El Comandante Flandes revistó las secciones, dió instrucciones á los oficiales de cada una de ellas, y se disponía á salir para ir á recorrer las fuerzas alojadas en el cuartel de la Guardia civil, la cárcel y el fuerte, cuando una gritería espantosa, como de miles de hombres, que partía del cerro situado frente á los edificios citados, hízole volver sobre su acuerdo para alentar á los centinelas y recomendar nuevamente orden á los oficiales y serenidad á los soldados, para tirar únicamente cuando los grupos osaran acercarse.

En aquel momento sonó una descarga cerrada hecha por la fuerza que ocupaba la cárcel. Era que una inmensa muchedumbre había intentado saltar el parapeto de cañas que rodeaba el edificio, y el oficial mandó hacer fuego contra el grupo, del cual quedaron en el campo muchos muertos.

—«Avance la guerrilla de bolos», se oyó distinta-

mente gritar al que, según todas las probabilidades, capitaneaba aquella masa de carne humana.

Al grito, contestó la cárcel con otra descarga y el fuego de uno y otro lado se sucedió casi sin interrupción, durante un largo rato, tomando parte en el combate la guarnición del fuerte, siquiera el enemigo intentara correrse hacia la derecha de la cárcel.

A la vez que esto ocurría delante del Gobierno, por detrás, por la parte que daba al río, sucedió otro tanto; igual gritería acompañada de disparos sueltos de fusil Remington, y algunos, escasos, de Mausser, vinieron á poner en guardia al oficial que mandaba aquella parte del Gobierno. Durante la media hora siguiente, no se oyó más que los gritos del enemigo y la voz de mando de los oficiales al frente de sus respectivas secciones.

—Preparen, armas, apunten, fue... go.

Lo que había ocurrido era fácilmente explicable: Los revolucionarios al entrar en el pueblo, se habían dirigido todos en grupo inmenso al convento, porque suponían que la compañía de voluntarios de Pangasinán se uniría á ellos, con todas sus armas, y de este modo, sin grande resistencia podrían asaltar y tomar el convento, y ya así se encontrarían en condiciones de defensa y quizás de triunfo probable. Pero los voluntarios de Pangasinán, que aunque indígenas, no estaban dispuestos á hacer causa común con los revolucionarios, hicieron caso omiso de las proposiciones del enemigo, y cada vez que de la trinchera insurrecta gritaban:

—*Capatit, capatit* (1) llamando á los voluntarios, éstos contestaban con una descarga cerrada que hacía buen daño en las filas enemigas.

En esta disposición siguió el ataque al convento durante una hora: el enemigo esperando que los vo-

(1) *Capatit*, hermano.

luntarios se pasaran con armas y bagajes, y éstos dispuestos á derramar su última gota de sangre por defender el Pabellón español.

Por fin, en vista de que la fuerza del convento no cedía á sus locas pretensiones, y desesperanzado ya de conseguirlo, el Jefe de la fuerza insurrecta, que no era otro que Cándido Ancheta, quien había servido durante algunos años en las filas de nuestro ejército como cabo de la Guardia civil, ordenó que una parte de su gente se dirigiera á atacar la cárcel y el fuerte por la parte del cerro, y otra al río á atacar por retaguardia el Gobierno.

A eso fué debido el hecho de que casi á un mismo tiempo se oyera la gritería de los que intentaban el ataque desde el cerro y de los que ocuparon la orilla del río con objeto de atacar por retaguardia.

A consecuencia de esta distribución de las fuerzas enemigas, el fuego se generalizó y duró con intervalos más ó menos largos hasta la madrugada. A las cuatro de ésta, el enemigo intentó por última vez el asalto de los edificios ocupados por la fuerza, y entonces hubo un momento en que arreció el fuego de modo extraordinario, pues los 300 y pico de hombres que ocupaban el Gobierno, á más de los que ocupaban los edificios contiguos, dispararon á la vez sus fusiles, haciendo descargas nutridísimas sobre el enemigo, que iluminaban la plaza á modo de brillantes relámpagos; y el aspecto que en aquellos instantes de angustia para unos, de entusiasmo y de halagüeñas esperanzas para otros, presentaba el Gobierno civil de Tarlac, era tan imponente como fantástico.

Poco después, á las seis, cesó el fuego; desalojaron el parapeto parte de los soldados, que fueron á sus dormitorios á dejar el armamento, y los oficiales se reunieron en conciliábulo, con cara que expresaba satisfacción, por haberse pasado la noche dejando en buen lugar el honor de las armas, y sin haber, que se

supiese, ninguna baja por nuestra parte, y empezaron los comentarios y los cálculos sobre el número de los enemigos y de las armas de fuego de que disponían y la táctica que habían observado en el ataque.

El elemento civil formó también un grupo donde se hacían idénticas ó parecidas apreciaciones, pero no se movieron del parapeto de maderas en donde habían estado toda la noche.

Capítulo XVIII

El teniente Odero. — Pruebas de traición

Con los primeros rayos del sol del nuevo día, entró en las habitaciones de arriba del Gobierno, la animación y la vida. Aquellas caras que habían permanecido pálidas por el susto continuado y desencajadas por el terror, se colorearon y tomaron el aspecto sonriente, no normal, pues en la languidez de sus miradas se traducía aún algo de aflicción interna, pero sí de regocijo, de satisfacción por el triunfo de nuestras armas que creían problemático, inseguro. No obstante, las señoras y los niños seguían en el cuadro formado por los bastes de los caballos, y los hombres habían bajado á recibir impresiones y á hacer comentarios de lo ocurrido durante la noche, excepto el Gobernador civil, quien siguió sentado en el suelo, parapetado con los mismos bastes de que se servían las señoras y los niños.

Subió Flandes y todos le felicitaron por lo mucho y bien que había trabajado durante el ataque. Alabaron sus buenas disposiciones como militar y hubo señora que habló de táctica como si fuera un militar de alta graduación. El Gobernador civil saludó no al Comandante, si no al Teniente coronel Flandes. Este

agradeció las muestras de simpatía que le demostraban y aconsejó á las señoras no salieran todavía de la trinchería, porque iba á disponer la salida de fuerza para obligar al enemigo á abandonar el pueblo y destruir al propio tiempo las barricadas que habían construído durante la noche.

En las galerías los voluntarios con caras de sueño y el cuerpo rendido por el cansancio de tantas horas de inmovilidad, se sentaban en los sacos de arena, y sin dejar de vigilar, pues ellos comprendían que el peligro no había desaparecido del todo, echaban el cuerpo adelante y apoyaban los brazos en la barandilla, mientras el oficial de servicio y los cabos y sargentos de la compañía, se paseaban despacio por el centro, alentando á los pocos que se rendían al sueño, ó á los que se distraían hablando con sus compañeros y no vigilaban todo lo que era preciso.

Aquilino Illera, el comerciante de San Fernando de la Unión, andaba por allí con su fusil al hombro y la cartuchera en la cintura, después de haber estado toda la noche metido entre los bastes de los caballos, sin asomar la *geta* á las puertas de la galería. Ya cuando vió que el fuego había cesado del todo y la gente empezaba á animarse, salió á tomar el aire fresco y purísimo de aquella mañana del 4 de Junio, de eterna recordación, y habló con el oficial de servicio; y al decirle éste que acaso volviera á oirse el fuego, siquiera las fuerzas encontrarían casi con seguridad al enemigo y sostendrían combate, dió media vuelta y entró de nuevo en la «habitación de los bastes», como ya habían dado en llamar á la en que se hallaban reunidos la colonia de señoras y niños.

Cuando bajé á reunirme con los demás oficiales, llegaba el teniente Odero de la compañía de voluntarios de Pangasinán á la entrada del Gobierno. Venía del convento con ocho soldados, mandado por su capitán á dar cuenta al Jefe militar de las novedades

ocurridas durante el ataque de la noche y á pedirle que le permitiera salir con la fuerza que había dispuesto con este objeto á desalojar á los revolucionarios de las trincheras.

En la puerta le salió al encuentro el Médico, quien después de darle la enhorabuena, le preguntó:

— ¿Han tenido ustedes bajas?

— No; tres ó cuatro soldados heridos levemente, sin importancia de ningún género. No hace falta que los vea usted, — contestó Odero con indiferencia y concluyó:

— Voy á ver al Comandante Flandes; ya hablaremos luego.

Y se dirigía á las habitaciones de la izquierda en donde se hallaban establecidas las oficinas, en el momento en que aquél salía y se precipitó á saludar con alegría al joven oficial.

— Hola, Odero, ¿qué hay? Entraremos á hablar aquí.

Subieron cuatro escalones de madera que daban acceso á la oficina, y tomando asiento uno á cada lado de una mesa escritorio, el teniente habló de esta manera:

— A las siete, ya anochecido, oímos claramente desde el convento, ruido como de cortar cañas, de levantar piedras con la piqueta y colocarlas en otro sitio, unas encima de las otras, tirar tabiques de tabla de algunas casas próximas; en una palabra, que nos convencimos de que estaban atareados en la construcción de trincheras. Al mismo tiempo, oíamos ladridos de perros hacia el camino de la estación. Todo nos hizo presumir, pues, que no tardarían en presentarse. Luego, á las ocho, vimos luz en una casa y por el ruido y la algazara que llegaba hasta nosotros, cabía suponer que estaban cenando, probablemente, los que se iban á poner al frente del movimiento; en la planta baja de la casa había apostada una murga

con algunos instrumentos de música, que amenizaba el acto.

Flandes soltó una carcajada y dijo:

— Tiene gracia; siga Odero.

— La fiesta y el jolgorio, duró hasta las once y cuarto en que cesó la música; hubo un momento de tranquilidad casi absoluta, volvió á quedar á obscuras la casa, y poco después, á los acordes de la Marcha de Cádiz, acompañados de una gritería inmensa, ensordecedora, invadió la plaza una muchedumbre enorme, cuyo número era muy difícil calcularlo, pero que mi capitán y yo hacemos ascender lo menos á la suma de 10,000 hombres. Al sorprenderles la descarga, se dirigieron en tropel haciendo algunos disparos al mercado y desde allí, parapetados en una trinchera, que habían construído anteriormente, empezó el fuego graneado de ellos y el nuestro por descargas cerradas. El fuego, como usted pudo oir, duró toda la noche, y durante el transcurso de ésta, no cesaron de llamar á los voluntarios para que se pasaran á ellos y de insultarnos á los oficiales y al capitán, especialmente á mí, que me llamaron por mi nombre y me amenazaron para hoy por la mañana. Por esto deseo salir con la fuerza que va ahora á tomar las trincheras para conocer al que me hablaba anoche y que vea que acudo á la cita.

— ¿Y no ha podido usted conocer quien era?

— Lo sospecho, casi lo aseguraría; era Avecilla.

Flandes quedó sorprendido.

— Quizás me equivoque, — dijo Odero, temeroso de levantar una calumnia, que caería con todo el rigor de la ley sobre la persona interesada.

— Piense usted bien lo que dice, porque si tiene usted algún dato que le acuse, será fácil darle su merecido.

— No; no puedo asegurarlo, ni quiero, — contestó el oficial noblemente.

—Nada, nada ; pues vaya usted á ver si á la vuelta puede decirme algo más seguro, —dijo el Comandante levantándose y dirigiéndose en compañía del oficial á la escalera.

La fuerza estaba formada. La mandaba el capitán D. Marcelo González y los tenientes Odero, Tejedor, Orellana, Barreal y López Donoso. Poco después, salían del Gobierno en dirección al convento. Al mismo tiempo salieron veinte hombres al mando de un sargento en dirección del río, situado detrás del Gobierno.

Apenas habría llegado la fuerza al puente, que separaba la plaza del convento de la del Gobierno, cuando se oyeron los primeros disparos.

Los disparos de uno y otro lado se cruzaban, y muchas balas traspasaron la planta baja del Gobierno por encima del parapeto de maderos ; algunas daban en el mismo parapeto.

De pronto una voz que era difícil precisar de donde había salido, ni quien la había dado, pronunció :

— Hay un herido.

El Médico que estaba hablando con algunos oficiales, se levantó y preguntó :

—¿Dónde ?

—Arriba, es un paisano, —le contestó un soldado.

Y aquél se apresuró á subir las escaleras, de tres, en tres.

En efecto ; en la habitación de los bastes estaba Aquilino Illera, herido en el hombro á quien se había brindado á curar el Gobernador civil que era Médico Mayor retirado del cuerpo de Sanidad Militar.

El Médico del destacamento siguió curando al herido que no era de gran importancia, pues, al parecer, no había interesado la articulación.

—Vaya, vaya, esto no es nada ; no se apure usted, —dijo el Médico, animando al herido que seguía pálido como la cera. — Y ¿cómo ha sido ?

Illera contestó con voz temblorosa :

— Pues que hacía ya un gran rato que había cesado el fuego y me decidí á salir de aquí, y cuando apenas había puesto el pie de la puerta para fuera, sonó el primer disparo del río y ese fué para mí. Ya ve usted si he sido desgraciado.

Realmente había sido una fatalidad lo ocurrido, porque un hombre como Illera que en toda la noche no se había atrevido á salir de la habitación, demostraba ser muy desgraciado el que precisamente fuera para él, el primer disparo que hicieron los revolucionarios aquella mañana desde la trinchera de la orilla del río.

El Médico terminó de vendarle la articulación herida y bajó dirigiéndose á la entrada del Gobierno. En el trayecto encontró al teniente Orellana, quien le preguntó:

— ¿Quién es el herido?

— Illera, hombre, — dijo el Médico sonriendo, y continuó: — el pobre había estado toda la noche aterrorizado por las descargas, y cuando quiso hacerse el valiente, porque ya no oía tiros, le salió uno de ellos por la culata y le hirió.

Orellana se echó á reir en el momento en que llegaban al parapeto de maderos.

— Ahí viene un herido, mi teniente, — dijo uno de los centinelas, dirigiéndose al Médico y señalando con el dedo el punto por donde venía.

— ¿Quién es? — preguntó éste antes de llegar.

— El teniente Odero, — contestó el soldado.

— ¡Pobre Odero! — exclamaron á un tiempo Orellana y el Médico, dirigiéndose con premura hacia la camilla.

Odero venía echado en la camilla; pálido el rostro, desencajadas las facciones, hundidos los globos del ojo en las cuencas de las órbitas, con la expresión del dolor y del sufrimiento retratada en el semblante. Al Médico le hizo muy mala impresión la vista del

herido. Bien claramente lo dió á entender el gesto de disgusto que hizo en su presencia y la palidez que adquirieron sus facciones.

Al verles, Odero extendió su mano y dibujó una sonrisa en sus labios contraídos por el dolor.

— Animo, Odero, no hay que apurarse, — díjole el Médico estrechándole la mano.

A Orellana fué tal la impresión que le produjo, que enmudeció en presencia del teniente herido y no pudo articular una palabra de consuelo.

Se dispuso que fuera trasladado arriba, para hacerle la primera cura con toda urgencia.

Ya pueden comprender mis lectores el efecto que produciría en las señoras ver entrar la camilla y saber que el herido era Teodoro Odero, uno de los mejores oficiales de la guarnición de Tarlac, y el más simpático de todos en su trato particular.

La herida era tan grave que el Médico al verla, no atendió á nada más que á contener la hemorragia que era intensa y á desinfectar los bordes del orificio de la herida situados en la parte inferior de la región abdominal, é inmediatamente ordenó que fuera trasladado á la planta baja, le dieran una taza de caldo y una copa de Jerez, y le dejaran tranquilo.

Al bajar el Médico, le rodearon la mayor parte de los oficiales y de la colonia civil, para preguntarle por el estado de Odero.

— No puedo decir nada — les dijo ; — lo que sí puedo decir es que está muy grave.

— ¿ Pero hay esperanza de curación ? — preguntó uno.

— En estos momentos no la tengo ; sin embargo, si pasa el día y la noche de hoy, quizá mañana pueda decir algo más halagüeño respecto de su vida.

A todos les produjeron muy mal efecto las palabras del facultativo.

Este se separó de los que le hablaban para dirigir-

se á la habitación donde habían colocado el oficial y el paisano heridos. Odero había tomado la taza de caldo y se encontraba algo más reanimado.

— ¿Que tal, Odero? — le preguntó.

— Mal, — contestó con trabajo.

Hízole dos ó tres preguntas más acerca de su estado, y luego, después de tranquilizarle, le dijo :

— Dígame usted como le hirieron.

— Salí de aquí con la fuerza, como usted vió, y al llegar á la plaza, en el momento preciso de tomar á la derecha para coger de flanco la trinchera situada enfrente del convento, sonó una descarga cerrada como de ocho ó diez fusiles, uno de cuyos proyectiles mató á un voluntario y otro me hirió á mí. Yo me sentí herido, mas no caí y hasta pretendí dar dos ó tres pasos más, pero la sangre perdida hizo que me tambaleara, y hubiera caído, á no ser por un sargento que me sujetó.

— Entonces ese no puede ser el orificio de entrada de la bala, — dijo el Médico.

— Yo no he visto otro orificio que este, y por eso creo que la bala debe estar dentro.

— No lo crea usted ; verá como al curarle de nuevo encontramos el otro orificio. Ahora siga usted tranquilo, puesto que su estado general no puede ser más satisfactorio.

Al salir de la estancia, el Médico, saludó al Comandante que paseaba por delante de la puerta, esperándole.

— ¿Cómo está? — preguntó.

— Muy mal, mi Comandante, — contestó el interpelado con tristeza ; — el pobre ha tenido la inmensa desgracia de que la bala ha interesado órganos importantes y aunque hasta ahora no hay síntomas de peritonitis, pudiera suceder que no tardaran en presentarse. Si consiguiéramos salvar esta complicación ya cabrían muchas esperanzas.

— ¡ Pobre Odero ! El oficial que yo más quería, — dijo vivamente emocionado. — ¿ Y el paisano ? — preguntó después de un momento de silencio.

— Ese no tiene importancia ; es cosa de pocos días.

— ¿ No hay más heridos ?

— Creo que hay cuatro ó cinco soldados heridos levemente, según me dijo Odero.

El fuego seguía, pero muy lejano. Esto hacía suponer que el enemigo iba haciendo fuego en retirada y los nuestros le perseguían.

Cuando el Jefe militar se separó del Médico, se le presentaron á éste el capitán Mosquera y el teniente López Donoso, de la Guardia civil, que presentaban contusiones leves. Y cuando apenas había acabado de decirles lo que debían de aplicarse, llegó dando gritos de alegría y vivas á España y al ejército, la fuerza que había salido en persecución de los revolucionarios.

Se hace imposible describir el entusiasmo de aquellos soldados que volvían victoriosos, después de desalojar de las trincheras al enemigo que, á pesar de huir á la desbandada, había quedado maltrecho por el fuego certero de los nuestros.

El capitán González, que mandaba la fuerza, se presentó al Comandante rebosando por todos sus poros alegría y entusiasmo.

— Corren como gamos, — fueron sus primeras palabras. — Hemos destruído todas las trincheras y ahí traemos algunas armas y objetos encontrados en ellas.

Efectivamente : un soldado traía varias armas, entre ellas algunos fusiles y escopetas y varios bolos (machete largo de punta afilada). Otro enseñó al Comandante una guitarra de cuyo extremo pendían unos lazos de seda con los colores nacionales.

— Esa guitarra, — dijo el capitán, — era de uno

de los hijos del Conde de Villanueva, y ha sido encontrada en una de las trincheras.

Todos los oficiales que se hallaban cerca del grupo formado por el Comandante Flandes y el capitán González, atestiguaron y aseguraron las palabras de éste.

El Comandante Flandes que se había asombrado al oirlo, no se atrevía á negar lo que todos aseguraban de modo tan categórico, y se conformó con exclamar:

— ¡ Será posible !

La noticia de haberse encontrado la guitarra en una trinchera enemiga, corrió vertiginosa, con la velocidad del rayo, de boca en boca, y los oficiales, la colonia civil, los soldados, en la galería, en la habitación de los bastes, en todas partes en fin, se hacían comentarios y se pronunció desde entonces el nombre del Conde de Villanueva con horror, como lo que era, como un traidor á la patria.

Los veinte hombres que habían ido á la orilla del río, volvieron en aquel momento, igualmente victoriosos y entusiasmados.

A todos se les repartieron tabacos y aguardiente; el Comandante, los oficiales y el elemento civil, les felicitaron calurosamente, y después, con la satisfacción interna de haber cumplido con su deber, fueron á ocupar sus puestos y los que estaban francos de servicio entraron en los dormitorios á descansar de las fatigas de aquel día. Eran las nueve de la mañana.

Capítulo XIX

La familia del Conde de Villanueva

Voy á permitirme hacer un paréntesis en esta historia de llanto y desolación, penalidades y amarguras, desgracias y traiciones, para que mis lectores conozcan á la familia del Conde de Villanueva, quien ha de ocupar lugar preferente en alguna página de este libro.

Enrique de Castellví, Conde de Villanueva, era Administrador de Hacienda de Tarlac, trasladado á Cagayán cuando empezaron los sucesos que describimos y á la sazón esperaba el resultado de sus gestiones para ser repuesto, aun cuando había ya llegado el que había de sucederle en el cargo. Y no dejaba de tener razones atendibles para querer seguir en Tarlac desempeñando el mismo cargo y para renunciar al ascenso de 2,000 reales de sueldo más al año, que representaba el que fuera á tomar posesión de su nuevo destino, puesto que por los once años que llevaba en este pueblo y por el continuado roce con los naturales del país y la política especial de atracción que con ellos había seguido desde su llegada á Filipinas, llegó á hacerse para los indígenas el reyezuelo absoluto á quien obedecían ciegamente y para los es-

pañoles de la colonia, el indispensable, tanto en sus asuntos oficiales, como en el trato y consideración mayor ó menor que el pueblo tuviera con ellos.

El continuado trato con los naturales del país, bien pronto hizo que cambiara por completo el carácter y el modo de ser del Conde, trocándose la nobleza y el desprendimiento que son los distintivos del temperamento del español recién llegado á Filipinas, por la hipocresía y la tacañería del que, después de algunos años, acaba por seguir en un todo la escuela frailuna, que es la que ha preponderado en aquellas tierras de continuo.

A esta especie de transformación en el carácter del Conde de Villanueva, contribuyeron en gran parte sus hijos, que fomentaron más las amistades con los indígenas que con los españoles, y al propio tiempo tenían la pretensión de que éstos les trataran y les consideraran con las atenciones que por su rango y abolengo les correspondían. Y claro: esto ocurrió mientras no hubo quien se atreviera á quitarles la careta, pero llegó un día en que trasladaron al Conde á Cagayán y el que vino á relevarle, un gallego muy franco en su manera de decir las cosas, sin importarle un ardite del que dirán de las gentes, en cuanto tuvo ocasión de decírselo, le manifestó que desocupara la Administración de Hacienda que le correspondía á él por derecho propio; y el Sr. Castellví, tuvo que salir de aquella casa que le pagaba el Estado y alquilar una casa del pueblo, pagándola de su bolsillo, lo cual se le hacía muy cuesta arriba porque se había acostumbrado á no acordarse de la casa, ni del casero.

Los hijos del Conde no tenían de españoles más que el nombre y la cara, pero su interior, sus sentimientos, sus costumbres, eran más del país que de España, y así no era de extrañar verles descalzos, á caballo con el dedo pulgar metido en el estribo, según el estilo de montar de los indígenas y á sus hermanas,

tampoco extrañaba á nadie verlas fumar en compañía de la Sra. Condesa, que, al parecer, había adquirido de su marido muchas de las costumbres del país.

Ultimamente, los hijos llegaron á hacerse sospechosos á la colonia y se les llegó á tener en poca consideración, pues al alejamiento que se observaba en ellos hacia todo lo que era español, alejamiento, que se acentuaba de día en día, había que añadir la amistad cada vez más estrecha con los naturales y el hecho de ir á cazar, solos, á varias leguas de distancia del pueblo, aun en los días en que se sabía á ciencia cierta que las partidas insurrectas andaban por los alrededores, acechando el momento de dar un golpe de mano, á cualquiera de los destacamentos próximos.

Conviene hacer notar que dos de los hijos del Conde de Villanueva estaban empleados en la línea férrea de Manila á Dagupan y que el 31 de Mayo, día en que se cortaron las comunicaciones de Tarlac á Manila, uno de ellos decía á todo el que lo quería oir, que en pocos días quedaría restablecida la línea, y al día siguiente, fué rota por el lado opuesto, quedando Tarlac desde aquel momento, incomunicado con el resto del mundo.

Y cuenta que el que aseguró que la interrupción de la línea férrea no tenía importancia, tenía motivos para saberlo, como empleado que era de la Empresa.

Se habían recibido en días anteriores noticias y confidencias fidedignas de que Aguinaldo había repartido con profusión proclamas revolucionarias, en las que se invitaba á los filipinos á un levantamiento general del país, para el día 31 de Mayo, pero nadie dió importancia á estas noticias en Tarlac, pues había la circunstancia de que el principal cabecilla del pueblo, Francisco Macabulos Solimán, presentárase á nuestras autoridades días antes y el Capitán general Augustí, había premiado este acto de

lealtad del cabecilla insurrecto, nombrándole Comandante de las Milicias filipinas, especialmente creadas para alentar á los naturales del país, y que á nuestro lado, coadyuvaran en el Archipiélago al triunfo de nuestras armas contra el ejército norteamericano. Mas el hecho de quedar por completo incomunicados férrea y telegráficamente, hizo á los excépticos echarse en brazos de un pesimismo terrible y á los que todo lo veían de color de rosa, andar cavilosos y dudar de sus optimismos.

Había quien seguía en la creencia de que la línea se compondría muy en breve, que la cosa no tenía la importancia que se le había querido dar, que los desperfectos los había causado cualquier partida de tulisanes, de las que merodeaban por los bosques, aun en tiempo de paz.

Caía la tarde y á medida que avanzaba el crepúsculo y se acercaba esa hora solemne del silencio, cuando las sombras lo invaden todo, en la tienda de Román, punto de reunión de los oficiales y empleados civiles de Tarlac, languidecía la conversación, se hacían comentarios, pero sin pasión, sin calor, pues todos, quien más y quien menos, se desanimaban porque buscaban en su intelecto una solución favorable y no les era posible encontrarla, por muchas vueltas que diesen en su mente á las ideas, hasta el punto de que á las nueve habían ido desfilando cada cual á su casa, cuando en noches anteriores, duraba la tertulia lo menos hasta las doce.

Al siguiente día, muy temprano, se reunieron en casa de Román algunos oficiales y empleados civiles, y, como era lógico, la conversación recayó sobre lo que pudiera ocurrir en caso de que las comunicaciones no se restablecieran en plazo breve.

— Pues yo creo, — decía uno de los más optimistas, — que eso no tiene relación alguna con la noticia del levantamiento general del país.

A lo que repuso el secretario del Comandante Flandes:

— Yo no creo tampoco en que sea un hecho el levantamiento general, pero casi aseguraría que el ataque de Tarlac está muy próximo; más aún: que será uno de estos días.

—¿Se ha recibido alguna confidencia?— preguntó otro del grupo con marcada curiosidad.

— No sé si el Comandante ha recibido alguna, pero tengo ese presentimiento, como creo que el haber roto la línea férrea y telegráfica, no obedece á otra cosa.

En aquel momento llegó al grupo un oficial que venía del convento, y cuando apenas se había sentado dijo: — Señores, la gente del pueblo se marcha.

— ¿Se marcha? — preguntó Orellana, haciendo una mueca que denotaba la incertidumbre, la duda de que estaba poseído.

— Yo he visto, contestó el oficial, desde el convento, salir mujeres y niños de algunas casas, cargados con bultos y dirigirse hacia el barrio de la Paz.

Orellana entonces se levantó y se despidió de la tertulia, yendo hacia el Gobierno.

Pocas horas después empezó á correr la voz de que la familia del Conde había salido del pueblo. Esta noticia se comprobó inmediatamente, pues la casa en que vivían había quedado desocupada, y además, porque luego se supo que había quien les vió salir en un *quiles* (1) y alejarse.

Además había otro dato innegable que demostraba á ciencia cierta que el Conde de Villanueva estaba al corriente de lo que ocurría fuera del pueblo y de lo que ocurría dentro. El dato era el siguiente: El teniente Odero, de la compañía de voluntarios de Pangasinán, había recibido una carta en la que le

(1) *Quiles*, vehículo especial del país.

decían que el ataque sería aquel día ó al siguiente, que tuviera cuidado con la compañía, que podía estar comprometida y que ellos se marchaban del pueblo.

Esta carta estaba escrita y firmada por una persona de la familia del Conde de Villanueva, y claro está que sabiendo de modo tan categórico lo que iba á suceder, era innegable que tenían á su lado quien pu diera enterarles de lo que proyectaban los insurrectos.

El teniente Odero, en cuanto leyó la carta, fué á ver al Comandante Flandes y sostuvo con él una larga entrevista. El Jefe Militar no quiso demostrar que concedía importancia á lo que había leído y oído, probablemente por no desalentar á los soldados, y salió del Gobierno con objeto de ver si encontraba en el aspecto que presentase el pueblo algún indicio que le hiciera ver claro en un asunto que hasta entonces se presentaba bastante confuso.

Bien pronto, en cuanto llegó á la plaza, se cercioró de que lo que decía la carta era cierto, pues bastaba ver el aspecto de aquella plaza y del mercado, para comprender que la gente se marchaba del pueblo y que al marchar, no podía ser por otra causa más que por evitar un peligro que dentro del pueblo resultaba inminente.

Volvió al Gobierno é inmediatamente dió órdenes para que la compañía de voluntarios de Pangasinán desalojara la casa en que se encontraba y pasara á ocupar la iglesia y el convento; que la compañía de voluntarios de Ilocos Sur, que ocupaba una casa avanzada en el camino de San Miguel de Murcia, se incorporara al Gobierno, á cuyo edificio fué también desde aquel momento casi toda la colonia oficial. En ésta había producido malísimo efecto la huída del Conde de Villanueva, sin avisar á nadie, y esto dió lugar á muchos y á ciertos comentarios, de los cuales no quedaba muy bien librada la dignidad y el españolismo del Sr. Castellví, porque al huir de aquel

modo tan vergonzoso é indigno en un español, cabía suponer con fundamento que había contraído el compromiso de no avisar á nadie, siendo así que de haber salido del pueblo obedeciendo á su iniciativa particular, hubiera dado cuenta de lo que ocurría al Jefe Militar de la plaza y á sus compañeros de la colonia oficial.

El teniente Odero recibió aquel mismo día una carta en la que le decían que la lucha era imposible por el numeroso enemigo que iba á atacar y que ellos estaban en la estación del ferrocarril, por creerse más seguros allí que en ninguna parte.

Durante la tarde aumentó considerablemente el número de los vecinos del pueblo que abandonaron sus casas, y en el Gobierno civil, en el Convento y en todos los demás edificios en que había fuerza alojada, se tomaron las precauciones debidas, declarándose en un todo el pesimismo, aun en los que menos importancia concedían á los sucesos.

Podría hacer aquí algunas consideraciones acerca del abolengo y parentesco del Conde de Villanueva, pero el asunto es de lo más escabroso que darse puede. Averígüelo el lector, que no ha de costarle mucho averiguarlo.

Capítulo XX

Incendio del pueblo. — El Jefe de la estación

Al volver la fuerza al Gobierno, las llamas invadían el pueblo. El enemigo, en su retirada vergonzosa, había prendido fuego á algunas casas y éste se propagó con gran rapidez á las demás, convirtiéndose bien pronto la mayor parte del pueblo en una llama enorme, que en poco tiempo convirtió en pavesas una porción de casas. Desde las galerías del Gobierno ofrecióse á la vista del observador un aspecto á la vez que fantástico, imponente, pues á cualquier parte donde se dirigiera la mirada no se veía más que llamas, humo y desolación.

Este aspecto que el pueblo ofrecía regocijaba á muchos; algunos lo creían inhumano y cruel, pero á quien impresionó fatalmente fué al Jefe militar, sobre todo hasta el momento de llegar la fuerza, por suponer que los autores del incendio habían sido nuestros soldados, que hubieran prendido fuego al pueblo como un medio de vengarse, destruyendo sus casas á muchos de los que nos habían atacado. Aun siendo así, y suponiéndolo así, á la mayor parte nos parecía bien hecho en aquellos momentos en que conservábamos el rencor natural á un pueblo que se levanta

contra la guarnición, que tiene la obligación de defenderle. Pero el Comandante Flandes dijo que el Ejército español no se había hecho para quemar y arrasar los pueblos, sino para defender el honor de las armas y de la patria. Y con estos argumentos aumentaba su cólera y su indignación contra los voluntarios indígenas y contra los cazadores que habían formado parte de la fuerza que salió á tomar las trincheras enemigas, y á obligar á los revolucionarios á desalojar el pueblo.

—¡Todo mi gozo en un pozo! —decía el Comandante.—Yo que estaba tan satisfecho de la manera como se ha portado la fuerza durante el ataque, ya no aprecio nada de lo que ha hecho, por esta mala acción.

Hubo quien le hizo la consideración de que el pueblo que se levanta y los vecinos que abandonan sus casas, es porque están comprometidos y temen á los soldados, y por lo tanto, no tienen derecho á nada de lo que dejan, y que bien merecido tienen el que les quemen sus viviendas.

Mas á esta argumentación, contestaba Flandes que no tenían ninguna culpa muchos vecinos que les obligaban á seguir el movimiento, y especialmente que las mujeres que vivían en sus casas y que vivían de lo que tenían, era una iniquidad dejarlas sin hogar, en medio del arroyo, por gusto de ver satisfecho el amor propio.

Flandes, al llegar la fuerza, estaba realmente en un estado de exaltación que imponía á cualquiera que le observara; andaba de un lado para otro haciendo movimientos bruscos con los brazos, hablando alto y casi soltándosele las lágrimas de sus ojos; de modo que al llegar el capitán González con los soldados, le preguntó duramente:

—¿Quién ha prendido fuego al pueblo?—Y sin dejar contestar al capitán, continuó:—¿Para eso

mando yo á los soldados? — ¿No han ido ustedes á batir al enemigo? pues á eso debieron de concretarse; que no estoy yo acostumbrado á mandar soldados que me quemen los pueblos.

— Mi Comandante; puedo asegurarle á usted que ni mis voluntarios, ni los cazadores, que han ido conmigo, han prendido fuego á una casa siquiera. Yo creo — continuó el capitán — que el fuego es debido á que ellos en la retirada, por vengarse de algún modo de las bajas que les hicimos, quemaron el pueblo.

Flandes quedó más tranquilo con lo que le dijo el capitán González, pero abatido, como sintiendo la situación en que quedarían muchas familias del pueblo, amigas suyas, cuando volviesen y vieran quemadas sus casas, perdido lo único que tenían para vivir.

— No debe usted desesperarse, mi Comandante. — le dijo un oficial—porque ya ve usted como no han sido nuestros soldados los que han prendido fuego al pueblo.

— Pues ni siendo así dejo de sentirlo, porque yo esperaba que hoy se presentarían los que se marcharon al monte por el peligro que corrían, y al ver que se les ha quemado el pueblo, como creerán que hemos sido nosotros, nó se atreverán á presentarse.

— Desengáñese usted, que si hay alguno que tenga ganas de presentarse, lo hará aunque sepa que le han quemado la casa. Al contrario, yo estoy por creer que á esta gente hay que tratarla por el terror, porque es de la única manera que se consigue algo de ellos.

Flandes echó una mirada llena de ira al oficial que se atrevía á decirle aquellas palabras y le volvió la espalda con desprecio, diciendo:

— ¡ Usted qué sabe, de cómo se ha de tratar á esta gente !

El oficial se calló al ver el gesto que había hecho el Jefe militar, y dirigiéndose á un compañero suyo que se encontraba á su lado, dijo:

— No se puede hablar con el Comandante una palabra de esta gente; los quiere como si fuera su padre. ¡Qué poco sabe él, el pago que le darán!

— Pues no tendrá más remedio que desengañarse. Por de pronto ya puede irse convenciendo de que no son los que creía que eran, porque si lo hubieran querido tanto, no nos hubiesen atacado anoche.

Durante todo el día no cesaran los comentarios y las conversaciones animadas de los oficiales y del elemento civil, acerca de lo acaecido la noche anterior, de la toma de las trincheras, del incendio y de la presentación del vecindario, lo cual, la mayor parte, lo creían imposible.

Los soldados francos de servicio, se dedicaron durante aquel día á los trabajos de fortificación, tanto del Gobierno como del edificio de la cárcel, desamparado casi por completo de defensa.

El padre Fermín, que era el que desempeñaba el curato del pueblo, trasladóse al Gobierno desde el convento, á recibir impresiones y tomar parte en los comentarios que se hacían acerca de lo ocurrido. El era de los que creían en la presentación, por suponer que el vecindario había ido obligado á reforzar las filas enemigas, pero que como entonces ya estarían la mayor parte de ellos convencidos de que no era tan fácil como les parecía en un principio tomar posesión del pueblo, no tendrían inconveniente en volver á sus casas y á hacer la vida tranquila de antes.

La autoridad del padre era mucha en el pueblo, pero su opinión no predominaba en aquella atmósfera del Gobierno civil, preñada de pesimismos y de incertidumbres, siquiera fuese el Gobernador civil el primero que avivaba la hoguera del pesimismo.

El día **5** siguieron los trabajos de fortificación y el chapeo de las cañas y plátanos que impedían la vista de la orilla del río, pues se temía un ataque inesperado por este punto.

En la descubierta hecha por la mañana por las cercanías del pueblo, se encontraron algunos cadáveres más que no habían sido vistos el día anterior, y la fuerza volvió al Gobierno, sin disparar un tiro, pues al parecer, á consecuencia de la huída á la desbandada que se había visto obligado á hacer el enemigo, quedara á buen seguro desorganizado por completo, y era casi imposible, en el poco tiempo transcurrido, que pudieran volver á reunirse.

Las señoras habían ya reaccionado del susto recibido la noche del ataque, y más animadas, hablaban y departían entre ellas, aunque la que más y la que menos, no dejaba de pensar en la situación y en el peligro de un nuevo ataque, que sirviera de venganza al destrozo causado en las filas enemigas, la noche del primero.

La que en realidad se mostraba incansable y sin hacer caso en absoluto de lo que ocurría á su alrededor, era Adela Jaques, la hermana del Gobernador civil, la cual había tomado á su cargo la alimentación de los heridos y enfermos, y desempeñaba su cometido como hubiera podido hacerlo la mejor y más celosa hermana de la Caridad.

El Médico, estaba satisfechísimo del modo de proceder de Adela, porque sabía que estando en sus manos no tenía que preocuparse de la comida de los heridos. Y Odero agradeció en el alma lo que él creía atención, cuando en realidad Adela lo hacía sin esperar siquiera agradecimiento, porque le salía de dentro y no podía ver que teniendo, como aun tenían elementos, careciesen de ellos los heridos.

Ya aquel día había desaparecido el peligro inminente del teniente Odero; así lo indicó el Médico al Comandante Flandes y á los oficiales, y todos recibieron con plácemes y muestras de alegría la buena nueva.

Por lo demás, aquel día fué día de buenas impre-

siones. A las nueve de la mañana un oficial que estaba á la entrada del Gobierno, observando los trabajos de fortificación se volvió de pronto y dirigiéndose al Médico, que se encontraba á su lado, dijo :

— Ahí viene Avecilla; ¿ tendrá vergüenza de presentarse á nosotros, después de lo que sabemos de él? Al Médico le sorprendió tanto lo dicho por el oficial, que instintivamente sin cerciorarse de si era ó no verdad lo que oía, exclamó :

— ¡ No puede ser !

Pero fué mucho mayor su sorpresa, cuando miró en dirección al camino de la estación, y vió en efecto á Luis Avecilla vestido de blanco, con bota alta de cuero y el pantalón metido por la bota ; tenía el aspecto de un verdadero cabecilla y en el modo de andar, el gesto de sus facciones, toda su figura, en fin, respiraba odio y rencor á los españoles y rabia mal contenida en su interior, por el vapuleo que habíamos dado á sus compañeros, los insurrectos.

El Médico dió la voz de alarma.

—Señores, — dijo, dirigiéndose á un grupo de oficiales y empleados civiles, que se hallaban sentados en el centro de la planta baja — ahí está el Jefe de la estación.

Todos se levantaron para dirigirse á la puerta en el momento en que él trasponía la trinchera en construcción. Al ver al Médico y al grupo de la entrada, dibujó en sus lábios una sonrisa de coraje y saludó.

— Buenos días, señores.

Y nadie contestó al saludo.

— Señor, señor — dijo un sargento indígena de la compañía de voluntarios de Ilocos Sur, dirigiéndose á uno de los oficiales del grupo ; — ese, gran *Katipunan*.

Avecilla hubiera quizás pretendido pararse á hablar con sus antiguos *amigos*, pero al ver la frialdad con que era recibido, siguió con la color demudada,

porque no pudo disimular la impresión que le hizo entrar en el Gobierno civil de Tarlac, hacia el departamento de las oficinas del Jefe militar, en donde se encontraba el comandante Flandes, quien le hizo sentarse, y hablaron luego largamente de lo ocurrido y de lo que estaba por ocurrir.

Capítulo XXI

Entrevista.—Carta de un cabecilla

Poco después salieron de la oficina el Comandante Flandes y el Jefe de la estación y se dirigieron al despacho del Gobernador civil, con el cual sostuvieron larga entrevista.

Del resultado de ella nos puso en conocimiento el Sr. Orellana, á quien le dió detalles el Jefe Militar. Entre otras cosas sin importancia y que no hacen al caso, dijo Avecilla que el ataque había sido para los insurrectos de grandes pérdidas, pues habían tenido muchos muertos y heridos, especialmente en la retirada. Que había salido Macabulos á buscar armas á Cavite para, una vez éstas en su poder, volver á atacar con más probabilidades de éxito y vengarse de este modo de los perjuicios que les habían producido los españoles. Que el General Monet, de San Fernando de la Pampanga, iría probablemente á Tarlac con una columna, para recoger el destacamento y reforzar de este modo las fuerzas que guarnecían aquella plaza, también sitiada por los revolucionarios. Por último, y esta fué la noticia peor, que dió lugar á muchas cavilaciones, dijo Avecilla que el General Peña se había rendido en Cavite á las tropas de la revolución, y que de tardar los auxilios, es lo

que debía de hacerse en Tarlac, pues así se evitaría el derramamiento de sangre inútilmente.

Después de la entrevista, entregó al Comandante Flandes una carta de Macabulos, firmada en Victoria, pueblo cercano á Tarlac, en la que decía el cabecilla insurrecto que sentía lo ocurrido en la noche del 3 al 4; que él había tratado de disuadir al pueblo de que atacaran la cabecera, pero por más que les exhortó, no pudo conseguir nada en absoluto; en vista de esto, pensó en ir con los soldados de las Milicias filipinas que él tenía á su cargo, á auxiliar á la fuerza que ocupaba la plaza de Tarlac, pero que como no los tenía armados, pues en aquellos días era cuando esperaba que se repartiesen los fusiles á su gente, que había tenido que desistir de ello con harto sentimiento suyo.

Al saber el contenido de la carta de Macabulos, se hicieron muchos comentarios, porque á nadie pasaba desapercibida la hipocresía y el cinismo tan grandes que revelaba el cabecilla al decir que había intentado ir á auxiliar á la fuerza de Tarlac, precisamente él, que había sido traidor á la bandera española dos veces ya anteriormente, y una de ellas tan próxima á aquellos días, que estaba en la memoria de todos. Lo que hubiera deseado Macabulos es que los fusiles que esperaba le hubieran sido entregados antes del ataque, para coadyuvar, con las Milicias á sus órdenes, á conseguir el triunfo sobre las armas españolas.

Ya cerca del mediodía, salió Avecilla del Gobierno y, como es natural, las conversaciones giraron aquel día sobre la entrevista, la carta de Macabulos y el proceder indigno del Jefe de la estación á quien tildaban de traidor á España, porque á la colonia de Tarlac, que siempre le había mostrado simpatía y amistad, como si en realidad se tratara de uno de los individuos de ella, tenía él la obligación moral de ponerla sobre aviso acerca de lo que se intentaba.

— Ven ustedes — dijo uno de los optimistas — como vienen auxilios; dentro de unos días viene aquí una columna de San Fernando de la Pampanga y ya no hay que temer nada.

— Pues yo no creo eso — contestó otro — yo creo que es un cuento de ese *infame*, para que estemos descuidados y ver el momento de poder dar una sorpresa con más facilidad.

— Yo también lo creo así, — repuso otro — no puede uno fiarse de lo que vengan diciendo personas de las cuales sabemos positivamente que han estado á nuestro lado mientras han podido sacarnos algo y que á las primeras de cambio, cuando más debían poner de manifiesto su lealtad á la causa de España, se separan de ella y se quedan en un término medio, para inclinarse luego al sol que más caliente.

La mayoría asintieron á estas ideas. Hubo quien dijo:

— Este, refiriéndose al que había salido hacía poco rato, es lo mismo que el Conde de Villanueva y que sus hijos; tan falsos y traidores son unos como otros.

En aquel momento llegó al grupo el capitán González, y después de escuchar las últimas frases y comprender de que se trataba, dijo, haciendo muecas con la cara, según su costumbre:

— Que hablan ustedes de auxilios y columnas, aquí no necesitamos nada de eso; con la gente que tenemos podemos resistirnos sin salir de la plaza aunque nos ataquen todas las noches. Dicen que por la parte de Manila anda mal la cosa, pues desde ahora aseguro que no tendría inconveniente en ir con mi compañía hasta San Fernando y volver.

El Comandante Flandes, que pasaba por detrás del capitán y que oyó las últimas palabras de éste, hizo un movimiento de cabeza y se sonrió con malicia, indicando: — ¡ Hay que dejarlo !

Los del grupo quedaron asombrados de lo que decía el capitán. Le reconocían y sabían que en efecto era capaz de ir con su compañía á San Fernando, pero en las miradas de todos había algo así como desconfianza de que pudiera volver.

La conversación siguió animada durante todo el día, interviniendo en ella el Gobernador civil y su hermano Cándido, quienes bajaron, porque arriba, á pesar de las buenas impresiones de aquel día, predominaba el pesimismo y el desaliento entre las señoras.

La noche llegó como las anteriores, triste, obscura, recrudeciendo los presentimientos de un nuevo ataque, pues durante las horas del sueño era cuando todos pensaban llegado el momento de que intentaran entrar en el pueblo. Muchos oficiales y algunos de la colonia, no entraban á dormir en sus cuartos, ni se acostaban en sus camas, sino que preferían quedar sentados en las sillas de sendos brazos de la planta baja del Gobierno y dormir, únicamente, cuando el sueño les rindiera.

Por eso en cuanto amanecía se formaba la tertulia, y cada uno hablaba de lo que había soñado ó pensado, pues los más no podían conciliar el sueño la mayor parte de las noches.

Estaba formando la fuerza que tenía que ir á la descubierta; apenas si eran las seis de la mañana, cuando bajó el Gobernador á anunciar que él había oído descargas y cañonazos durante las primeras horas de la madrugada, atribuyéndolo á que debía estar cerca la columna del General Monet, anunciada por Avecilla.

Esta noticia causó buen efecto á todos los que se enteraron de ella, y sobre todo á las señoras, y produjo mejor impresión porque parecía verosímil que el Comandante general del Centro y Norte de Luzón, Sr. Monet, procurase, en vista de las circunstancias

porque atravesaba el país, que los destacamentos que se encontraban sin medios de resistencia para mucho tiempo, muchos de ellos rodeados de bosque y de montañas por todas partes, é incomunicados con el resto del Archipiélago, sin tener noticias de lo que ocurría, ni manera de que llegara hasta ellos un detalle siquiera que les pusiera en antecedentes, procurase, digo, que con toda la impedimenta se incorporasen á San Fernando, donde podían reunirse en aquellos días de ansiedad para todos, cinco ó seis mil hombres y de este modo tomando como centro de operaciones aquella población, podía haberse resistido el sitio y tomado sin grandes bajas los pueblos ocupados hasta entonces por los revolucionarios.

Pero esto no sucedió desgraciadamente. La columna del General Monet tan esperada en Tarlac, no llegó y siguió la misma ansiedad, el incesante esperar y esperar en vano, que excitaba los ánimos, que abatía los espíritus.

Y siguieron los días monótonos, siempre lo mismo, con nuevas alarmas y nuevos sinsabores.

Ya entonces era corriente que la fuerza que salía por la mañana á hacer la descubierta, tuviera que librar combate con mayor ó menor número de enemigo, que intentaba atacar á traición á la pequeña columna y durante el día, á cualquier hora, era raro no oir al Comandante ó al capitán Mosquera, gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—Todo el mundo á sus puestos,—á cuyo grito nuestros soldados coronaban la trinchera y se apercibían para el combate.

Ya el día 7, hubo quien pensó en abandonar la plaza, en vista de que no llegaban noticias de ninguna parte y que no se presentaba el pueblo ni se establecía la comunicación. Cabía suponer, en efecto, que el levantamiento se había hecho extensivo á las demás provincias del centro de Luzón, y, por consi-

guiente, no había que esperar nada de ninguna parte. Y uno de los que con más ahinco defendían el abandono de la plaza era Federico Jaques, el Gobernador, que todo lo veía negro, tan negro que no esperaba más solución que la muerte, si aquella situación se prolongaba. Y era tal su afán, que el Comandante Flandes no sabía ya como convencerle de que él no podía abandonar la plaza, mientras tuviese víveres con que alimentarse la fuerza y municiones con que defenderse, y en vano buscaba el modo de evadirse de él, porque el Gobernador le buscaba por todas partes, hasta que le daba alcance y volvía á lo mismo con una insistencia desesperante para el Jefe Militar.

En este estado de cosas, se pasaron los días hasta el 12 de Junio, en que el Comandante Flandes, en vista de que no había vuelto ninguno de los propios que se habían mandado á San Fernando con el encargo de ver lo que ocurría y obrar según las circunstancias, dispuso que al siguiente día saliera en dirección á Bayambang, una columna de 300 hombres al mando del capitán González, no haciéndolo á San Fernando por suponer que la gravedad del levantamiento estaba por las provincias de Bulacán y la Pampanga, que tendría que atravesar la columna para llegar á aquella población.

Capítulo XXII

En busca de auxilios

La orden dada por el Comandante Flandes había sido tan secreta, que á no ser por el teniente Orellana, hubiéramos sabido que iba la fuerza á Bayambang cuando quizá hubiera salido, ó á lo sumo, al ser formada para emprender la marcha. Por otra parte, el capitán González, un militar con muchos años de servicio en campaña y algunas honrosas cicatrices en el cuerpo, no dijo *esta boca es mía* después de recibida la orden del Jefe Militar; y el oficio, que debía entregar al Comandante Militar de Bayambang, dándole cuenta del ataque del día 3 y estado de la provincia, para que contestara si creía prudente la reconcentración ya en el propio Bayambang, ya en Tarlac, lo guardó cuidadosamente para no volver á acordarse de él hasta llegar al punto de su destino.

Y, por consiguiente, como digo más arriba, la oficialidad y la colonia nos hubiéramos quedado sin saber una palabra de lo que se tramaba, si el teniente Orellana no se hubiese encargado de poner en antecedentes á su íntimo amigo el Médico y luego á los demás oficiales.

Y bastó que la noticia llegara á oídos del teniente Escrich, joven valiente y con aspiraciones en su carrera, para que se dirigiese al Comandante Flan-

des pidiéndole ir en la columna del capitán González, como voluntario, á lo cual accedió Flandes gustoso, pues simpatizaba con todo el que tuviera entusiasmo por el uniforme y las fatigas de campaña.

Por lo demás, aquella noche pocos fueron los que durmieron en el Gobierno civil de Tarlac, porque la salida de fuerzas en las circunstancias que nos encontrábamos, tenía mayor trascendencia de lo que á primera vista parecía. A aquellas fechas, á nadie se le podía ocultar que el levantamiento era general y que el país estaba por completo insurreccionado, puesto que de no haber sido así, bien de San Fernando de la Pampanga, bien de Dagupan, hubieran llegado á nosotros noticias ó instrucciones, que nos pusieran en autos de lo que ocurría y por otra parte, no se hubiera dado el caso de perderse todos cuantos propios salieron de Tarlac en una y otra dirección, con objeto de inquirir datos y noticias que le sirvieran al Jefe Militar para obrar según los acontecimientos.

De modo que la determinación enérgica adoptada por el Comandante de mandar á Bayambang la columna de 300 hombres en aquella situación, claro que tenía importancia suma: siquiera al regreso de ella sabríamos como se encontraba el resto de la provincia y la provincia contigua de Pangasinan. Y á esto precisamente se debió que nadie durmiera aquella noche, la que se pasó haciendo comentarios sobre lo que pudiera ocurrirle á la columna y lo que pudiera ocurrir en Tarlac, cuando los insurrectos supieran que la fuerza había disminuído, aunque no fuera más que por unos días, en 300 hombres.

La nota era pesimista para unos, mientras para otros servíales de regocijo; los primeros, los que acentuaban las tintas negras del cuadro, creían una insensatez la salida de la fuerza, porque decían ellos que en el caso de que sucediera un percance á la columna, que se viera derrotada y maltrecha, era per-

der hombres sin necesidad y además quedaba el destacamento menos defendido los días que durase la marcha de ida y regreso; mientras los otros, los optimistas, eran del parecer que saliera, con el fin de salir del marasmo en que se hallaban sumidos todos, sin saber que ocurría á 100 metros del pueblo. Juzgaban también suficientemente defendido el destacamento con la fuerza que quedaba disponible para el combate y no veían tampoco peligro, ni dificultad alguna durante la marcha. Además, confiaban en la pericia y el valor del capitán González, y esta era la tercera circunstancia que les hacía esperar mucho y práctico de aquella expedición á Bayambang.

Sobre estos puntos giró la discusión de la oficialidad y algunos de la colonia civil desde las nueve de la noche, hora en que nos levantamos de la mesa hasta las cuatro de la madrugada, en que el capitán González dispuso que se avisara á la fuerza, mientras los rancheros de la compañía de Ilocos Sur, se disponían á preparar el desayuno, consistente en arroz cocido sin sal (morisqueta), y café para la fuerza indígena, y café con pan para los cazadores que se agregarían á la citada compañía.

No se tardó mucho en ultimar estos preparativos, pues antes de las seis se hallaba la fuerza formada delante del Gobierno y los oficiales Sres. Barreal, Tejedor, Escrich y Nieto, en sus puestos, esperando la orden del capitán, para emprender la marcha.

Todos veíamos con tristeza marchar á aquel puñado de valientes que no sabían las dificultades que pudieran encontrar en el camino, el enemigo con que tendrían que batirse y acaso si volverían todos los que en aquellos momentos se apercibían para salir, animosos y dispuestos á no retroceder un paso, mientras les quedara un cartucho y la bayoneta armada.

Una sección de la Guardia civil y otra de voluntarios formaban la vanguardia de la columna, al man-

do del teniente Barreal, de la Guardia civil; el centro lo formaban las secciones de los tenientes Tejedor y Nieto; y Escrich, con algunos cazadores y voluntarios, mandaba la retaguardia. En esta disposición empezó el desfile, y al desaparecer en la revuelta del camino el último soldado, entramos en el Gobierno los que habíamos salido á despedir á la fuerza y formamos corrillo como todos los días, girando todas las conversaciones acerca de los asuntos de actualidad y acerca de la marcha á Bayambang de la columna González.

El corrillo se vió aumentado en aquel día por el padre Fermín y el particular Sr. Jaldón, comerciante del pueblo de San Juan de Guimba, de la provincia de Nueva Ecija, alojado en el convento, el cual era el más optimista de los españoles de la cabecera, pues concedía muy poca importancia á todo lo que presenciaba en los momentos de angustia por que atravesábamos. Todos los días iba Jaldon al Gobierno á buscar la carne para la oficialidad y frailes alojados en el convento, pero generalmente se entretenía poco, pues no encontraba él allí personas que supieran seguir las bromas y cuchufletas de su repertorio. De modo que causó extrañeza ver aquel día á Jaldón tomar asiento en el corrillo de la amargura, como llamaba el Médico á aquella agrupación de oficiales del ejército y empleados civiles, que no veían en redor suyo más que *terriblezas* y negruras.

—¿Qué hay por el convento?—le preguntaron.

—Allí nada; ni parece que estamos en estado de sitio. Por la mañana muy temprano se arma la *timba* alrededor de la mesa, nos sentamos los que queremos tomar parte en ella, y así nos pasamos las horas muertas, rabiando los que pierden, y con cara risueña los que ganan. Que lo digan si no el padre Fermín y otros, que estos últimos días se han embolsado buenos cuartos; y de vez en cuando, sin propasarse, se

abre el caneco de Ginebra riquísima, que ya va quedando poca desgraciadamente, y así se pasa el día.

El padre Fermín hablaba en voz baja con uno de los empleados civiles sentado á su lado y no atendía á lo que Jaldón decía, pero este le llamó la atención.

— Miren ustedes, como no quiere saber nada de lo que yo digo.

Levantó la cabeza el padre Fermín, y al fijarse en que los circunstantes le miraban fijamente, comprendió que Jaldón se refería á él y dijo:

— ¿Qué es lo que no quiero saber?

— Nada, — le contestó riendo uno del grupo — que Jaldón dice que usted ha ganado dinero á la *timba* estos días, pero nosotros no creemos que usted juegue á *eso*.

— ¡ Jaldón es muy malo! — contestó sonriendo picarescamente el padre Fermín. — Ustedes hacen bien en no creerle.

—Fíjense, ustedes, — replicó Jaldón — en la sonrisa que le brota á los labios, sin poder impedirlo cuando habla de ello.

— Pero eso no nos interesa; díganos si tiene usted alguna noticia agradable que comunicarnos, que es lo que interesa ahora; — dijo el Promotor fiscal, que era de los pesimistas del grupo.

— ¿Noticias? — contestó Jaldón con sorna — que esta tarde llega una columna de San Fernando de la Pampanga á recogernos, para todos juntos romper el cerco que han puesto á Manila estos *individuos* y entrar sin que nadie se atreva á decirnos una palabra. Yo les prometo á ustedes que el día 20 estamos en Manila.

— Vaya, vaya — contestaron varios de los circunstantes.

— Con usted no se puede hablar formalmente nada, — dijo uno de los oficiales.

— Pero ustedes creen — exclamó Jaldón — que en

el convento se pueden tener más noticias de las que se tienen aquí.

— Es que aquí no se tiene ninguna.

— Pues allí tampoco.

En aquel momento se levantó el padre Fermín, y dijo:

—Voy arriba á saludar al Gobernador.

— ¡ Bueno lo encontrará usted! — repuso uno, sonriendo picarescamente.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó el Padre.— ¿Tanto le ha impresionado la situación?

— Al que más. El habla mucho de las *caras largas*, pero no se ve la suya; parece una vieja arrugada.

— Bueno, pues voy á ver si le animo, — dijo, dirigiéndose á la escalera el padre Fermín

—Y yo me voy á casa, — dijo Jaldón, levantándose y despidiéndose de todos.

Al dar la mano al Médico, preguntó:

— ¿Cómo está el pobre Odero?

— Mucho mejor — contestó.

— Me alegro; dígale que no he entrado á verle por no molestarle. Adiós — dijo en general á todos, y salió.

Los del grupo quedaron comentando la serenidad de Jaldón y la tranquilidad de espíritu que demostraba.

Poco después sentáronse á la mesa prolongada y estrecha colocada en el centro de la planta baja del Gobierno.

La comida no fué suntuosa ni mucho menos; empezaba ya á notarse aquellos días escasez de elementos; así es que el almuerzo consistió en un potaje de garbanzos con arroz, y una lata de sardinas en aceite para cada uno, y café. El pan era ya tan raro que daba envidia verlo comer á algunos oficiales á quienes los asistentes se lo habían guardado de la ración diaria

que les correspondía á ellos. En otra mesa contigua á la primera, en la cual comían los oficiales de la compañía de voluntarios de Ilocos Sur, y el Administrádor de Hacienda, tenían aquel día pollos que habían cogido sus soldados en el pueblo al hacer la descubierta de la mañana; pero los demás días comían algo parecido á lo de los demás.

Pasáronse los 13, 14 y parte del 15 en medio de una ansiedad profunda y una carencia absoluta de noticias, pues no ocurría nada que hiciera variar la monotonía de las conversaciones, y que sacara á las gentes del marasmo horrible en que yacían. El día 15 se esperaba la columna, y á medida que se acercaba la caída de la tarde, aumentaba por momentos la ansiedad de todos, á la vez que empezaban ya á decaer los ánimos de algunos, quienes creían que no llegaba y se forjaban, en sus calenturientas imaginaciones, la idea de una derrota desastrosa. Mas estos temores y estas ansiedades se desvanecieron á las cinco de la tarde, cuando se oyó en el Gobierno el toque lejano de la contraseña de la compañía de voluntarios de Ilocos, y poco después llegó allí en medio de atronadores vivas á España y á los voluntarios, la vanguardia de la columna.

Salimos todos sin excepción á recibir á los valientes que habían roto la incomunicación, y las señoras salieron á las galerías á aclamarles con entusiasmo.

Hizo alto la columna al llegar la vanguardia enfrente del Gobierno, saludamos y felicitamos á los oficiales y se les repartió tabacos á los individuos. El capitán recibió plácemes de todos y al llegar el Comandante á hablar con González, éste le dijo:

—Traemos un oficial y 15 individuos de tropa heridos.

—¿Quién es el oficial?— preguntó Flandes con interés.

—El teniente Escrich, pero afortunadamente no

es de gravedad; una rozadura de bala debajo del brazo izquierdo.

El Médico se acercó al oficial herido, y después de verle dijo:

—Esto no es nada; le felicito porque se ha cumplido lo que yo deseaba; se ha ganado usted un empleo. Luego incitóle á que se preparase para curarle, pero Escrich le contestó:

—No me curo ahora; si acaso, luego, yo mismo me lo lavaré un poco con agua fenicada; puede usted ver los otros heridos, que aunque no hay ninguno grave, quizás necesiten más que yo la curación.

El médico recorrió la columna viendo los soldados heridos, y todos eran leves; la mayoría de flecha y lanza, de poca importancia. A pesar de esto los reunió á todos, dió instrucciones al cabo practicante y presenció las curaciones. Luego se dirigió á un grupo de oficiales, en donde Escrich explicaba y comentaba las peripecias de la marcha.

—A la ida para allá—decía Escrich—tuvimos suerte de encontrar las trincheras abandonadas, y á pesar de esto, en Gerona, cerca ya de la estación intentaron hacernos una emboscada, que les salió por cierto muy mal, porque al verles los voluntarios, entraron á la bayoneta por la espesura de un cañadulzal, en donde se habían escondido los insurrectos y dejaron entre las cañas una porción de muertos. En Panique volvieron á atacarnos, pero al parecer tenían pocas armas de fuego, porque los disparos que oíamos eran muy pocos, y la mayor parte, por la detonación, casi aseguraría que eran de escopeta de chispa; algunos de Remington se oyeron durante la marcha, por retaguardia, pues ésta la vinieron picando todo el camino. Llegamos á Bayambang al anochecer y allí nos encontramos, además de la guarnición de la plaza y del Comandante Ceballos, una columna que había llegado de Alaminos, mandada por el Comandante

D. Agapito González Llanos, del regimiento n.° 73, el cual tiene orden de seguir con su fuerza hasta Manila, y se hallaba detenido con objeto de recomponer la línea. El Comandante Llanos ha hablado con el capitán González, y tengo entendido que le aseguró que su columna pasaría por Tarlac uno de estos días, pues él á todo trance pretende llegar hasta San Fernando de la Pampanga con el fin de presentarse al general Monet.

—Gracias que llegue hasta aquí — dijo uno.

— La fuerza descansó — continuó diciendo Escrich, — durante el día de ayer, y esta madrugada emprendimos la marcha de vuelta, no teniendo fuego hasta Panique, en cuyo punto, al parecer nos esperaban por haber tenido noticias anticipadas de nuestro regreso. Mas tampoco esta vez consiguieron gran cosa, pues tuvieron que huir á la desbandada dejando abandonados ese fusil Mausser que traemos, algunas lantacas, y un paquete de pólvora.

— ¿Han visto en Gerona la familia del Conde? — preguntó el Administrador de Hacienda.

— Sí; estaban á la ventana de la casa donde viven. En la casa había izada la bandera inglesa.

Al llegar allí la columna, un oficial le preguntó:

— ¿Es usted el Conde de Villanueva?

— Sí, señor.

— Pues tenía ganas de conocerle á usted, — dijo el oficial con ademán despreciativo — para decirle que es usted un mal español, un traidor á la patria, un canalla. Baje usted aquí, infame, que le levanto la tapa de los sexos. Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, sacó el revólver de la funda de charol, colocada al lado derecho del talle de su guerrera.

El Conde de Villanueva se retiró de la ventana y el capitán González ordenó al oficial que siguiera adelante.

Lo ocurrido entre ese oficial y D. Enrique de Castellví causó impresión en todos los que escuchábamos el relato del teniente Escrich y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, de antemano, exclamamos.

— ¡ Bien !

— ¡ Miserable ! — exclamó otro.

— Eso es lo que se merecen los malos hijos de España — dijo uno.

— Vamos á felicitar á ese oficial que ha sabido decirle al Conde lo que únicamente se merece. Y el grupo se acercó á un oficial de continente modesto, bajo, regordete, con facciones angulosas y ojos expresivos, entre los cuales se juntaban las cejas formando un ceño en él habitual que hacía comprender la firmeza de sus convicciones y la resolución, como cualidades inherentes de su carácter.

A todo esto, el teniente Barreal con sus Guardia civiles se habían retirado á la casa cuartel, los soldados de la compañía de voluntarios volvían á ocupar sus puestos en las galerías, los cazadores habían ido á dejar los correajes y los fusiles que les pesaban horriblemente, después de una marcha tan peligrosa, y la mayoría de los oficiales, unos fueron arriba á saludar á las señoras, á contarles las peripecias de la marcha, otros hablaban con los compañeros que habían quedado en Tarlac, y únicamente un grupo de empleados civiles y oficialidad quedaba comentando el suceso del conde, mientras la noche cerraba con despacio.

Capítulo XXIII

Faltan víveres. — Llegada de una columna

Aquellos días ya no se hablaba en la casa-Gobierno más que de la columna próxima á llegar; todos esperaban con ansia verla entrar en el pueblo, y esto les animaba, porque reunidos allí mil y pico de hombres, podrían resistir el ataque de los revolucionarios cuantas veces éstos intentaren tomar la plaza.

Las señoras recibieron también con muestras de alegría la noticia; las conversaciones se animaron, desapareciendo el aspecto sombrío de los semblantes; en fin, con decir que el Gobernador civil estuvo entonces hasta contento, está dicho todo, pues él era el que más demostraba su abatimiento y el que venía aconsejando al Comandante Flandes la salida del pueblo en dirección á otro que tuviera mejores condiciones de defensa. A lo cual el Jefe Militar se oponía, porque la ordenanza le obligaba á no abandonar la plaza mientras le quedara un cartucho con que defenderse y víveres, por malos que fueran.

— Ve usted, D. Federico, — le dijo Flandes aquel día — como pueden llegar todavía auxilios.

— Sí, pero esa columna seguirá para San Fernando de la Pampanga y volveremos á quedarnos solos.

— ¡Quien sabe lo que pensará el Comandante Llanos, cuando llegue aquí y le diga el estado en que se encuentra la provincia!

— Por Dios, á ver si consigue usted que se quede ó, en último resultado, marchar juntos en dirección á Dagupan, no á San Fernando, porque es de suponer que esté peor por esa parte que por la otra.

— Ya veremos, D. Federico, primero que llegue. Y D.ª Cruz y Adela ¿cómo están?

— Cruz, abatida; Adela, como siempre, es la que menos caso hace de lo que sucede.

— Pues nada, nada, no apurarse, que dentro de dos ó tres días tendremos un refuerzo importante aquí. Y Flandes se separó de Jaques pensando lo que había pensado ya otras veces al separarse de él:

« Este hombre no va á ninguna parte.»

Y fué á sentarse en una de las sillas anchas de la planta baja.

— ¿Qué hay, D. Bienvenido? — Preguntóle un empleado civil.

— Nada, que estoy mal, no tengo ganas de comer, ni puedo dormir por las noches, ni puedo ver muchas cosas que tengo que ver forzosamente.

— La verdad es que tiene usted sobre sí mucho en que pensar, y eso abruma á cualquiera. ¿Y D. Federico?

— D. Federico es otro que ya me tiene hasta la punta de los pelos, — contestó Flandes, malhumorado — pues, no se empeña ahora en que yo debo abandonar la plaza, como si él me tuviera que decir qué es lo que debo hacer. Nada, que al parecer, tiene todo el mundo derecho á juzgar mis actos, y cuando llegue el día de responder á cargos, veremos quién contestará por mí.

— Usted no haga caso de nadie, porque nadie es responsable más que usted de lo que se haga.

El Comandante Militar estaba indignado, y con

razón, de lo que ocurría en las conversaciones de la oficialidad con los empleados civiles: daba cada uno su opinión sobre lo que se debería hacer y que no se hacía, se ponía en tela de juicio el modo de proceder del Comandante como Jefe Militar de la plaza y todos tenían derecho á juzgar de sus actos, demostrando una supina ignorancia en todo lo que se refería á ordenanzas del Ejército; y estas cosas que las sabía Flandes, unas veces porque se veía precisado á oirlas sin querer y otras porque llegaba á saberlo por otros conductos, le volvían loco, pues estaba plenamente convencido que cumplía con un sagrado deber del buen militar sosteniéndose en la plaza, y, como es natural, no podía ver con calma el que se hablara de él en otro sentido. Algunas veces, cuando él estaba excitado por esas cosas y hablaba con alguien que le daba la razón, en su excitación decía que iba á mandar fusilar al oficial ó al empleado que se propasara á hablar de lo que era puramente de su incumbencia, y de lo cual únicamente tendría que responder él.

— Yo tengo, decía, atribuciones de Capitán General del Archipiélago, puesto que, sitiada como está la plaza y sin comunicación con el resto del mundo, puedo obrar como yo tenga por conveniente, para ver si es posible salir de esta situación.

No obstante, Flandes se calmaba con facilidad, porque era de esos temperamentos nervioso-sanguíneos, que tienen un momento de exaltación para ser luego todo bondad y mansedumbre. Además era lo que se llama un corazón de oro, incapaz de fusilar á nadie, como no lo hacía ni con los que sabía positivamente que eran del campo enemigo.

Bastará citar un caso para comprender quien era el Jefe Militar de Tarlac.

El día 4 de Junio, cuando las fuerzas volvían al Gobierno después de desalojar al enemigo, traían un preso, capturado en una de las trincheras. Declaró

al llegar, y su declaración fué que era sargento del *Katipunan;* hubo oficial que pretendía fusilarle en el acto, sin formación de expediente; allí quedó convenientemente vigilado. Barría y ayudaba á los asistentes á limpiar, y un día que el Comandante estaba de buen humor, le dejó en libertad.

El insurrecto marchó al campamento del titulado general Macabulos agradecidísimo del Comandante Militar de Tarlac.

(El día de la capitulación de Tarlac, aquel preso se presentó con las insignias de capitán del ejército revolucionario. Al parecer, Macabulos había premiado los días que estuviera prisionero, ascendiéndolo á capitán.)

Aquellos días, como ya he dicho antes, se observaba escasez de todo, especialmente de los alimentos de primera necesidad, como la carne, huevos, leche, etc. El soldado recargado de servicio, trabajando sin descanso durante todo el día, comiendo poco y malo, y durmiendo menos, no era posible sostenerle; empezaban á notarse esos deplorables efectos de la escasa alimentación, pues ya había algunos atacados de paludismo, y como éstos no podían hacer servicio, éste resultaba deficiente; así es que el Médico fué el primero que puso el grito en el cielo y uno de aquellos días de ansiedad en que se esperaba la llegada de la columna del Comandante Llanos, pues por lo que éste había dicho al capitán González se suponía con fundamento que estuviera en camino, se presentó á Flandes y le dijo:

— Mi Comandante, se hace preciso que usted ordene la salida de fuerza á buscar ganado, porque si no, dentro de pocos días tendremos á la mayor parte de los cazadores enfermos y á éstos hay que conservarlos, porque de toda la fuerza existente, únicamente ellos son los que nos merecen entera confianza, puesto que en los indígenas no hay que fiar mucho.

—Sí señor, comprendo que es de absoluta necesidad lo que usted dice y yo ya hubiera hecho algo en ese sentido si no fuera por esperar la columna de Bayambang que debe de llegar de un momento á otro, y á buen seguro que traerá ganado. Además, en los alrededores ya sabemos que no hay vacas, porque según parece, las han rematado los insurrectos para sitiarnos por hambre ; de modo que hay que ir á buscarlas á un pueblo y eso seguramente nos costará bajas muy sensibles.

—Es triste,—dijo el Médico,—que tenga que costarnos sangre el ir á buscar ganado, pero la columna no llega y las enfermedades no se hacen esperar; creo, pues, que se debe adoptar una ú otra determinación en este sentido; yo salvo mi responsabilidad avisándole á usted, y al propio tiempo, es un deber en mí el avisarle.

—Bueno, doctor, yo estudiaré el asunto, y uno de estos días saldrá una columna á Victoria, ó á Gerona, ó á otro pueblo cualquiera, y traerá ganado.

Al saber los demás lo que había dicho al Médico el Comandante, aprobaron la idea, aunque todos comprendían que la columna que fuera, tendría que sostener combate rudo y quizá habría que lamentar algunas bajas.

Flandes no dió al olvido lo que había oído de labios del Médico, y el día 21 de Junio dispuso que al día siguiente, saliera una columna de 200 hombres al mando del capitán Enríquez á San Miguel de Murcia, punto en que se suponía que habría ganado bastante, y regresaran en el día.

Nombróse á los tenientes López Donoso, Escrich, Nieto y Montijano para que mandaran otras tantas secciones en que se dividía la fuerza, y acompañaron á la columna D. José Aguinagalde, empleado de la Hacienda, que la compañía Tabacalera tenía en San Miguel y D. Emilio Bono, ayudante de montes de la

provincia, que iba como *turista*. Al día siguiente, á las seis de la mañana salió la columna por el camino en dirección á San Miguel de Murcia encontrando en el trayecto varias trincheras construídas con rails, traviesas y sacos de arroz, afortunadamente abandonadas.

La Hacienda de la Tabacalera se encontraba situada en el centro de un bosque donde no había más edificios que el fuerte, en que se alojaba la fuerza cuando había allí destacamento, algunas casas de caña y techos de nipa, en que vivían los trabajadores de la Compañía, y la casa Hacienda, en que se alojaban los empleados.

De modo que la columna que mandaba el capitan indígena D. Manuel Enríquez, tuvo que internarse en la espesura al llegar allí, con objeto de reconocer el fuerte, que estaba abandonado. Se dió descanso á la fuerza para que comiera el rancho, y los soldados se echaron en la maleza, esperando la orden de regresar á Tarlac.

De pronto, se presentó un indígena á caballo, emisario al parecer de un cabecilla insurrecto que se encontraba con su gente en aquellas inmediaciones. Traía una carta para el jefe de la fuerza en la que le decían al capitán Enríquez si podría ir el que firmaba, un tal Ganara, á conferenciar con él, puesto que su gente deseaba presentarse á indulto.

El capitán Enríquez contestó que no tenía inconveniente en tener la conferencia á que se hacía referencia en la carta, y el emisario volvió grupas á su caballo y partió á galope. El capitán reunió á sus oficiales y consultó con ellos el caso.

Todos estuvieron acordes en que no debía de entretenerse la fuerza mucho tiempo en aquel peligroso sitio, por si intentaban hacer una encerrona á la columna, y al pretender regresar, se encontraban rodeados por enormes masas de insurrectos. Defendía con

más calor que nadie esta opinión D. José Aguinagalde, quién como empleado que había sido durante varios años de aquella hacienda y habiendo vivido por lo tanto en continuo roce con las gentes del barrio, los conocía mejor que nadie y comprendía que era muy posible en ellos una traición. No obstante, creyeron prudente aguardar para saber á que atenerse.

El teniente Escrich era el que se mostraba más intransigente, y dijo al capitán:

— Si viene solo no hay inconveniente que se conferencíe con él, pero si viene acompañado de un grupo importante de gente, yo mando á mi sección hacer fuego.

— Tengo orden, — replicó el capitán Enríquez, — de no hacer fuego mientras ellos no nos hostilicen; de modo que yo creo que debemos obrar con prudencia. Quizá sea verdad lo que dice la carta, y en ese caso sería para nosotros una satisfacción inmensa, llevar al Comandante Flandes un número tan considerable de presentados.

Al poco rato se vió á lo lejos una multitud de hombres en dirección del punto donde se encontraba la columna. Delante iba uno á caballo con una bandera blanca, como de parlamento. Al llegar á corta distancia de la fuerza hizo un alto la original comitiva, y el de á caballo se adelantó hasta ponerse al habla con el capitán Enríquez. El teniente Escrich se hallaba convulso, en un estado de excitación horrible al ver tan cerca aquella masa de gente que á pesar de no tener armas de fuego, en un momento podían echarse sobre la columna, bolo en mano y producir bajas de consideración. Por fin, ya en un momento en que la exaltación llegó al colmo, sacó el revólver de la funda y se dirigió al capitán.

— Mi capitán, si no hace usted que se retire esa gente á más de 500 metros de distancia, hago fuego sobre el grupo.

—Señor oficial, —contestó el capitán con ademán imperativo, — vaya usted á su puesto; yo cumplo órdenes que tengo recibidas.

— Está bien ; á la orden de usted. —Y se dirigió á sus soldados diciéndoles:

— Muchachos, á formar el cuadro.

Esta orden dada por el teniente Escrich se cumplió en el acto.

El cabecilla y el capitán seguían hablando. Quería Ganara que la columna esperase allí dos ó tres horas con objeto de dar tiempo á que llegaran á aquel punto todos los que querían presentarse.

El capitán Enríquez dijo que esperaría y se despidió del cabecilla insurrecto, quién desapareció por la espesura del bosque con su gente.

En aquel momento acordaron los oficiales de la columna exigir del capitán que ordenase la destrucción del fuerte, si es que esta operación iba á hacerse con rapidez y el regreso inmediato.

A esta exigencia de los oficiales, el capitán cedió y la tropa empezó á destruir el fuerte rápidamente.

En la marcha y durante el tiempo que habían estado allí se habían recogido 80 carabaos, 40 vacas y una porción de cabezas de ganado lanar, que formaban la impedimenta de la columna, al regreso.

Se puso en marcha en cuanto terminó la destrucción del fuerte, yendo á vanguardia con los cazadores el sargento Camacho, que con ocho soldados formaba la punta extrema de la columna, y el teniente Escrich con los demás á algunos pasos de distancia.

Como á la ida, encontraron trincheras abandonadas que destruyeron, y para evitar una emboscada cuando divisaban una espesura por la que tenían que atravesar, hacían una descarga los cazadores de la extrema-vanguardia. Ya iba vencida la jornada y á la vista del pueblo, cuando se divisó una trinchera, no de grandes dimensiones, pero dispuesta en ángulo

recto que cerraba el camino de frente y batía el flanco derecho.

El sargento Camacho hizo alto y avisó al teniente Escrich, quién lo puso en conocimiento del capitán Enríquez. Pero éste ordenó que no se hiciera fuego y la columna siguió avanzando. Ya más cerca, se vió claramente que en la trinchera había gente dispuesta á defenderla.

Escrich sin consultar con nadie, mandó á la vanguardia que hiciera fuego. En efecto: á la primer descarga de nuestros cazadores, empezó el fuego tan nutrido desde la trinchera, que los cazadores no tuvieron más remedio que echarse al suelo, apoyando en él los codos y hacer fuego en esta disposición, porque de otro modo, el blanco que hacían á las balas enemigas era horroroso y hubieran terminado con la columna.

A las primeras descargas de la trinchera rodaron por el suelo varios cazadores y el sargento Camacho, que fué el único, junto con el teniente Escrich, que permaneció en pié haciendo fuego con su Maüsser. Era tan mortífero y certero el fuego enemigo, que en menos de 10 minutos había sobre el campo 8 muertos y varios heridos. Escrich estaba desesperado, y como comprendía que de aquello había tenido la culpa el capitán Enríquez, fué á la retaguardia donde se encontraba éste, y cogiéndole por un brazo le dijo:

—Venga usted conmigo á ver como me asesinan la compañía.

Enríquez siguió con el oficial hasta la vanguardia, y al ver los muertos y heridos que había tendidos en el suelo, se sobrecogió de espanto. Habían quedado los dos en medio de la carretera, observando el combate y pronto se tambaleó el capitán y cayó. Le habían herido en una pierna. Al verle herido el teniente Escrich mandó que le retiraran del lugar del combate, lo mismo que á los demás heridos y luego dirigien-

dose al teniente López Donoso de la Guardia civil, como más antiguo, le dijo:

— Encárgate tú del mando de la fuerza, está herido el capitán. Yo voy á Tarlac á galope á avisar que venga el Médico y que manden camillas, — y partió.

En el momento en que López se disponía, una vez tomado el mando de la fuerza, á ordenar el flanqueo de la trinchera con objeto de tomarla cuanto antes, se oyeron disparos de Remington y la contraseña de la compañía de voluntarios de Ilocos que iban por retaguardia de la posición enemiga á prestar auxilio á la columna, que se suponía en grave compromiso.

El enemigo, al verse copado por retaguardia, no opuso más resistencia y huyó á la desbandada dejando algunos muertos y armas en la trinchera.

A todo esto, Escrich había llegado al Gobierno y en cuanto dijo lo que ocurría salió el Médico acompañado del teniente Martín, algunos cazadores y el practicante y material de cura, en el momento en que el enemigo huía á la desbandada. Se hicieron las curas de primera intención y en camillas improvisadas en el acto fueron conducidos los heridos al Gobierno mientras una sección, con un oficial, quedaba enterrando los muertos.

Aquel fué día de luto para la colonia y oficialidad de Tarlac, volviendo á caer todos en un pesimismo desesperante que duró hasta el día 24 á las cuatro de la tarde, en que se oyó la contraseña del batallón de Cazadores n.º 6, y poco después la del regimiento n.º 73.

Del convento avisaron que llegaba fuerza nuestra, mas el Comandante Flandes mandó que la tropa ocupara sus puestos en las trincheras, ante la posibilidad de un engaño y salió acompañado del Médico en dirección á la plaza, á la vez que mandó al corneta que fuera también á la plaza á tocar la contraseña del batallón cazadores n.º 8, la cual fué contestada en el

acto, y por lo tanto ya no cabía la menor duda: era fuerza nuestra.

En efecto: momentos después, llegaba á la plaza la vanguardia de la columna del Comandante Llanos, en medio de vivas á España y abrazos de unos soldados á otros, ofreciendo un conjunto que producía honda impresión.

Me interesaba tener datos de la marcha, y al saber que venía herido el oficial ayudante del Jefe de la columna, á él me dirigí contestándome que en cuanto le alojaran, estaba á mi disposición.

Capítulo XXIV

Relato de un herido

El digno oficial, herido heroicamente en Cuyapó, se incorporó en el lecho, y me habló de esta manera:

—El día 30 de Mayo se recibió un telegrama en Alaminos, para que toda la fuerza de la zona se incorporara á Manila é inmediatamente el Comandante Sr. González Llanos, dispuso que se reconcentraran en Alaminos los destacamentos próximos, y al dia siguiente, se cortó la comunicación telegráfica con San Fernando de la Pampanga, residencia del General Monet, Comandante general del Centro y Norte de Luzón, lo cual ya nos hizo suponer que el levantamiento era general y que se había cumplido lo que se temía el día que se supo á ciencia cierta que Aguinaldo había desembarcado en Cavite, conducido desde Hong Kong por un barco *yankee*. Debido á la reconcentración de los destacamentos y al temporal que en aquellos días reinaba, hubo que detener la marcha de la columna hasta el día 3 de Junio, no sin antes haber puesto el Comandante Llanos un oficio al General Monet en el que se daba cuenta de que los soldados indígenas del regimiento n.º 73, que habían deserta-

do, ascendían á 11, cuatro de ellos con armamento y municiones.

Por fin, en la madrugada del día 3, sale de Alaminos la columna Llanos con la menor impedimenta posible, siquiera los enfermos, depósitos de víveres y municiones, etc.; salieron por mar en dirección á Dagupan.

—¿De qué fuerzas estaba compuesta la columna? —pregunté al teniente García.

—La columna, —contestó éste haciendo un esfuerzo de imaginación, —estaba constituída por las compañías 2.ª, 3.ª y 4.ª del primer batallón del regimiento n.° 73, de las 4.ª y 5.ª del batallón de cazadores n.° 6, de la 2.ª del batallón cazadores n.° 9, y una sección de la brigada de tropas de Administración militar.

Hizo una pausa el oficial y continuó:

—Con esa fuerza salimos de Alaminos y llegamos sin novedad á Sual, pueblo de la provincia de Pangasinán, al mediodía; el pueblo estaba abandonado y el único sér humano que encontramos, fué el cabo de mar que representaba allí á nuestra autoridad marítima; nos dijo que el día 1.° habían entrado en el pueblo fuerzas insurrectas al mando del cabecilla Prados, las cuales fuerzas obligaron á rendirse al destacamento de voluntarios locales, y después de apoderarse de los armamentos, hicieron que el pueblo en masa les siguiera en su expedición.

—Pernoctamos aquella noche en San Isidro, á cuyo punto llegó la columna á las siete de la noche, y á las cuatro de la madrugada salimos para Dagupan, siendo muy penosa la marcha por el estado de los caminos, el excesivo calor y las crecidas de los ríos que hubo necesidad de vadear. A algunos soldados hubo necesidad de prestarles auxilio, á fin de evitar que se asfixiaran por el calor y el cansancio.

En Dagupan, á donde llegamos á las seis y media

de la tarde, nos enteramos que las líneas férrea y telegráfica se hallaban cortadas entre Bayambang y Moncada, á pesar de lo cual, el Comandante Llanos ordenó al Jefe de estación que para el día siguiente, á primera hora de la mañana, tuviese preparado el material necesario para transportar las fuerzas de la columna, ganado é impedimenta, hasta donde fuera posible.

La impedimenta que había salido por mar de Alaminos, se encontraba en Dagupan á nuestra llegada.

En este momento entraron en la estancia donde nos encontrábamos, el médico de la columna Llanos D. Juan Roche y un practicante, con objeto de levantarle la cura.

Agradóle á Roche encontrar al teniente hablando conmigo, pues reflejaba que su estado general era satisfactorio. El practicante empezó á levantar la cura en mi presencia.

— Suspenderemos la relación hasta que termine la curación, — dijo el teniente, mientras con ambas manos se sujetaba la pierna herida y el practicante seguía quitando vueltas á la larga venda que cubría casi todo el muslo.

Mientras tanto había entrado el Médico del destacamento á saludar á su compañero y á ver á sus heridos, Aquilino Illera y teniente Odero, y formó grupo al lado de la cama del teniente García, esperando que quedara al descubierto la herida, para apreciar su gravedad.

— Al parecer han tenido ustedes mucho *hule* por ahí arriba, — le dijo al médico de la columna Llanos, — porque por lo que he visto trae usted muchos heridos.

— No todos son de la marcha, porque al paso, hemos recogido unos cuantos del destacamento de Rosales, pero serán aproximadamente cuarenta. La herida de este oficial, — continuó refiriéndose al teniente

García, — es de lantaca y de mucha suerte, porque por cosa de milímetros más ó menos, no le ha destrozado el lantacazo el paquete vascular. Véala usted ahora.

El médico se inclinó sobre el herido y acercando la vela que ardía encima de la mesa de noche, dijo:

— Tiene usted razón, compañero; bien puede decirse que es herida de suerte dada la profundidad del boquete, porque la femoral no anda muy desviada de este sitio, y buen cacho de masa muscular se ha llevado consigo el proyectil, que por la forma de la herida, debió ser un pedazo de hierro irregular y anguloso.

— Y usted, Odero, ¿cómo sigue? — dijo, dirigiéndose á la otra cama.

— Bien; hace un rato que me han curado.

— Al capitán Enríquez ya no hay que preguntarle porque ya se sabe que sigue bien, ¿verdad?

— Yo muy bien; éste no tiene importancia, es cuestión de pocos días.

— Aquí tiene usted Roche, un oficial, — dijo refiriéndose á Odero, que también se ha salvado en una tabla. Entró la bala por la región glútea y salió por el bajo vientre, atravesando el recto y el hueso pubis, y ahí lo tiene usted tan campante, en vías de curación.

— Pues también puede decir que ha nacido. La herida del capitán, — siguió diciendo Roche, — parece de menos importancia.

— De mucha menos, porque la bala no ha hecho más que rozarle el borde externo de la tibia derecha sin interesar el cuerpo del hueso. En esa otra habitación tengo algunos más graves; ahí está ese pobre sargento Camacho, que ha de darnos mucho que hacer.

— Y bien puede decirse de él, — dijo el capitán Enríquez, — que ha recibido la herida valientemente,

en medio de la carretera; el único que se encontraba disparando en pie con una sangre fría extraordinaria y á 225 metros de la trinchera que tenía enfrente. Todo es poco para ese pobre sargento.

—Y de comer, ¿cómo están?—preguntó Roche.

—Muy bien,—contestó Odero,—se encarga de ello la hermana del Gobernador civil, y á la verdad, no hay más remedio que estarle agradecidísimo por lo que hace por nosotros. El Médico nuestro,—continuó sonriendo,—sabe lo mucho que vale Adela.

—¡Ah, sí!—dijo asombrado Roche, comprendiendo que algo quería decir la sonrisa picaresca de Odero.

El Médico del destacamento contestó procurando disimular un sentimiento que pugnaba por brotar al exterior.

—No lo crea usted. Odero habla en broma y no hay que tomarle en consideración muchas de las cosas que diga.

—Bueno, bueno; pues le felicito á usted,—dijo Roche á su compañero.—Pero la verdad es que se necesita buen humor y tranquilidad de espíritu para pensar en novias, encontrándonos en estado de sitio.

Había terminado el practicante de curar á García y salió, no sin antes recomendarle el médico de la columna Llanos, que no faltara á primera hora de la mañana siguiente.

—¿Viene usted?—dijo Roche á su compañero, dirigiéndose á la puerta.

—Sí; vamos á ver qué se dice por ahí.

—Buenas noches, señores,—dijeron á una, ambos médicos. Y salieron.

Despues volví á sentarme á la cabecera de la cama y le dije á García:

—¿Le parece á usted que continuemos nuestro relato? Quedábamos en la llegada de la columna á Dagupan.

— Sí, ya recuerdo; como le decía á usted, — continuó García, — el Comandante Llanos había dispuesto que á primera hora de la mañana estuviera preparado un tren para seguir la marcha, pero al llegar á la estación al día siguiente, observamos cierta resistencia en los empleados á obedecer nuestras órdenes, y á las siete de la mañana no había nada dispuesto todavía. De modo que nos pasamos casi toda la mañana en preparar el tren, y cuando á la una de la tarde se daba principio al embarque de la fuerza, nos avisó el Jefe de estación de que ya no había comunicación con Bayambang.

En vista de esto, el Comandante Llanos se decidió á salir en el tren acompañado de la 5.ª compañía del batallón de cazadores n.° 6, mandada por el capitán Otero á explorar la vía, con el fin de no exponer toda la fuerza á un viaje que podía estar rodeado de grandes obstáculos.

Embarcaron la 5.ª compañía del 6, y el Comandante en el tren y con grandes prevenciones avanzó éste hasta Malasiqui, en cuya estación se presentó el Jefe al Comandante Llanos para decirle que estaba interrumpida la comunicación con Bayambang y que no podía permitir que avanzase el tren.

Ante tal imposición del empleado, el Comandante Llanos bajó del coche y quizá pensando: — Usted puede no permitir que salga el tren, pero yo tengo el derecho y casi el deber de obligar al maquinista á que avance mientras se pueda — se dirigió al maquinista y mandóle que con todas las precauciones posibles, siguiera adelante.

Y así se hizo, á pesar de las protestas del Jefe de estación, que quedó accionando y hablando inútilmente, mientras el monstruo de hierro y fuego seguía con despacio, su interrumpido camino. Muy poco después el tren se paró y el Comandante Llanos y el capitán Otero, bajaron del vagón para ver lo que ocurría.

Habían llegado al kilómetro 168, y ya no era posible avanzar más, pues en un trayecto de 200 metros todos los rails se hallaban levantados, muchos de ellos retorcidos, faltando gran número de traviesas, clavos y tornillos, y como la recomposición inmediata era imposible, por carecer de elementos para ello, dispuso el Comandante regresar á Dagupan, y después de alojar la fuerza, esperar al día siguiente, en que se procuraría la recomposición del destrozo.

Con este objeto el Comandante Sr. González Llanos, dió las órdenes oportunas para que la 4.ª compañía del batallón de cazadores n.º 6, y la 2.ª del 9, con la sección de tropas de Administración militar, el ganado y parte de la impedimenta, se hallaran á las siete de la mañana siguiente en la estación. Al Jefe de esta fuerza, que lo era el capitán D. Manuel del Valle, á quien acompañaba el Comisario de guerra don Francisco Gómez, le había dado instrucciones el Comandante Llanos, para que con la brigada de obreros militares remediara los desperfectos de la vía hasta Bayambang, en cuya estación podría quedar la fuerza y regresar el tren á Dagupan, para embarcar el resto de la columna.

Con estas instrucciones salió la columna Valle, de Dagupan, y llegaron al kilómetro 168, en donde, como ya se ha dicho, se encontraba el desperfecto y por consiguiente, dispúsose la fuerza y la brigada de obreros á la recomposición. Ya se hallaba ésta muy adelantada cuando se oyeron algunas detonaciones de arma de fuego hacia el próximo pueblo de Bayambang, á la vez que en la dirección del convento se veía una densa nube de humo, señal evidente de que se estaba fraguando un formidable incendio. El capitán Valle mandó suspender los trabajos y embarcó con toda la fuerza á sus órdenes, siguiendo el viaje hasta llegar á 200 metros de la estación del indicado pueblo, en donde dispuso que desembarcaran su com-

pañía y 30 hombres de la 2.ª, del batallón de cazadores n.º 9, al mando del segundo teniente D. Federico Gómez Morató, quien siguió por la vía con sus soldados, mientras la compañía del capitán Valle se apercibía para el ataque, al mismo tiempo casi que una descarga de fusilería les hizo comprender que el enemigo se hallaba parapetado á muy corta distancia del sitio donde se encontraban. Bien pronto se generalizó el fuego por todo el frente, y el capitán Valle mandó desplegar á su compañía por el flanco izquierdo, mientras el teniente Gómez sostenía el fuego de frente, en medio de la vía, con una sangre fría que admiraba.

El enemigo era numeroso y combatía con gran número de armas de fuego, pero el ímpetu con que atacó por el flanco la compañía del capitán Valle, le desconcertó de tal modo, que huyó á la desbandada dejando abandonadas en menos de cinco minutos tres trincheras establecidas en la carretera del inmediato pueblo de Malasiqui; y aquél no se paró á contemplar el triunfo alcanzado, sino que siguió á la cabeza de su compañía, al machete, en dirección á una espesura en donde se había emboscado el enemigo, quien tampoco esta vez tuvo valor para resistir el empuje de nuestros soldados, dejando en su vergonzosa huída infinidad de cadáveres. En este momento de lucha cuerpo á cuerpo, tomaron parte con denuedo los 30 valientes que mandaba el teniente Gómez, quien, lo propio que los de la compañía del capitán Valle, don Narciso de Vera y D. Francisco del Valle, marchaban en primera fila, á la cabeza de sus respectivas secciones, infundiendo al soldado esa cualidad tan hermosa en los momentos de inminente peligro: el desprecio á la muerte.

Ya dueño del campo el capitán Valle, volvió á reunirse con el teniente Gómez, al punto donde éste se había estado defendiendo en un principio, y allí se

encontró con el capitán de la 2.ª compañía de voluntarios de Pangasinán, D. Fernando Savedes, quien se hizo cargo de una sección de cazadores con un oficial para, en unión de su fuerza, poder batir desde el pueblo las posiciones que el enemigo había establecido á la orilla del río.

Este tenía un puente de hierro, uno de cuyos extremos estaba cerrado por una trinchera, sobre la cual ondeaba una bandera insurrecta, y á dicha trinchera se dirigió el capitán Valle con la fuerza que le quedaba, consiguiendo después de nutrido fuego, que el enemigo la abandonara.

Al regreso, practicó un minucioso reconocimiento, encontrando cuarenta y un muertos del enemigo, hechos la mayoría, al machete.

En aquel momento, ya terminado el combate, llegó al lugar de la acción el comandante Ceballos, Jefe militar de la provincia, alojado en el convento del pueblo, quien ordenó al capitán Valle que se retirara al convento con toda su fuerza, y los 6 heridos que habían resultado en la acción, y que 50 hombres y 2 oficiales quedaran de servicio avanzado en la estación.

Los heridos ya habían sido curados por el médico de la columna del Comandante Llanos. Durante el combate hubo que lamentar también la muerte del cabo de la 2.ª compañía del batallón de cazadores n.º 9, José Pérez Martín, que se portó heroicamente y dió su vida á la patria con abnegación y valor admirables, en aquel día 6 de Junio de 1898. ¡Loor á los mártires de la patria!

Terminado el combate volvió el tren á Dagupan, escoltado por fuerza del batallón de cazadores n.º 9, y en él volvió el Comisario de guerra, quien dió cuenta de lo ocurrido al Comandante Llanos, y éste dispuso que inmediatamente se organizara el resto de la columna para salir lo antes posible, como así se

efectuó, pero al llegar el tren al kilómetro 166 se encontraron dos recientes y extensos desperfectos en la vía, lo que obligó á apearse á la fuerza, que siguió á pie hasta Bayambang, regresando el tren con la impedimenta al inmediato pueblo de Malasiqui, por disposición del Comandante Llanos, la cual impedimenta fué conducida á Bayambang al día siguiente, escoltada por la 3.ª compañía del regimiento n.º 73, mandada por D. Ricardo Muriel, empezando acto seguido el arreglo de las vías telegráfica y férrea, entre este pueblo y Dagupan.

Al ser levantado el sitio de Bayambang por la compañía del capitán Valle, se encontraban encerrados en el convento, resistiendo el sitio, la 2.ª compañía de voluntarios de Pangasinán, mandada por el capitán D. Fernando Savedes, y la 6.ª del batallón cazadores n.º 9, cuyo capitán era el Sr. Lladó.

Los días siguientes, hasta el 13, se ocupó la columna del Comandante Llanos en los trabajos de recomposición de la vía férrea, y en hacer reconocimientos, con objeto de ver las dificultades que tendría que salvar en su marcha hasta San Fernando de la Pampanga, donde residía el Comandante general del Centro y Norte de Luzón, Sr. Monet. En estos reconocimientos se descubrieron formidables trincheras, en aquellos días, abandonadas por los insurrectos, construídas con los rails, traviesas, y la grava del terraplén de circulación.

Estaba patentemente confirmado que el levantamiento del país era general, pues en toda la marcha de la columna Llanos, desde Alaminos á Bayambang, no habían encontrado un pueblo habitado; digo mal: el pueblo de Malaquisi se había mantenido leal á nuestra causa, y conociendo esto el comandante Llanos, en cuanto el día 13 tuvo noticias de que se intentaba atacar el citado pueblo por las fuerzas insurrectas, salió con una columna formada por las compañías

4.ª y 5.ª del batallón cazadores n.º 6, la 2.ª del 9, y la 2.ª del regimiento n.º 73, á proteger á aquel puñado de defensores de la madre patria. Llegó tarde el Comandante Llanos con su fuerza al pueblo de Malasiqui, pero tuvo la inmensa satisfacción de saber que en la madrugada de aquel día habían atacado el pueblo, del cual quemaron 21 casas, y que unos cuantos voluntarios se habían defendido en el convento contra los que intentaban asaltarlo, consiguiendo que desalojaran el pueblo los insurrectos, después de hacerles numerosas bajas.

El comandante Llanos comprendió, pues, que no era posible seguir la marcha á Manila por la vía, y que tampoco podía ser por la carretera que por Camiling conduce á Tarlac, y en vista de ello reunió á los capitanes para que dieran su opinión sobre este punto. En esta reunión, á la que asistieron los capitanes D. Antonio y D. Ricardo Muriel, Sres. Bretón, Valle y Otero, el segundo teniente D. Cleto Gómez encargado de la 2.ª compañía del batallón de cazadores n.º 9, y los capitanes de Administración militar, señores Hidalgo y Zanón, oyó el Comandante Llanos el parecer de todos, y por unanimidad se resolvió seguir la marcha por el camino de Nueva Ecija, por ser el que mejores condiciones reunía para la marcha, y además, porque se habían recibido noticias de que el destacamento de Rosales estaba asediado por los rebeldes hacía tres días.

El Comandante Ceballos determinó marchar á Dagupan con su fuerza y la impedimenta de la columna Llanos.

Abrióse de pronto la puerta de la estancia y entró en ella un muchacho indígena con varios platos con comida, en la mano; yo reconocí al criado Cristino de la familia del Gobernador, que era el encargado de bajar la comida á los heridos, y me levanté.

—Ha llegado la hora de cenar— dije — y usted ha

hablado hoy demasiado por mi causa; le dejo para que coma con tranquilidad y pueda luego descansar.

— Muchas gracias, pues, por todo, y mañana continuaremos el relato.

Saludé á los demás heridos, contestaron ellos afectuosamente á mi saludo y salí, yendo á formar parte del «corrillo de la amargura».

Capítulo XXV

Destacamento salvado. — Ataque de Cuyapó

Al día siguiente reinaban en el Gobierno civil de Tarlac mejores impresiones con respecto á la situación que en los días anteriores; es que duraba todavía y se reflejaba en todos los semblantes el buen efecto que la entrada de la columna Llanos en el pueblo había producido, tanto en el elemento militar, el cual veía con tristeza que el estado de sitio era interminable, y que el enemigo, sin atacar, estrechaba cada día más el cerco, como en el elemento civil que todo lo veía negro, terrible y no encontraba jamás una solución más ó menos favorable á nuestro triunfo. Del mismo modo había extraordinaria animación en las habitaciones de arriba, donde poco antes tampoco se veían más que *caras largas* como decía el Gobernador civil, sin contar con que la *cara más larga* de todas era la suya, y en donde la idea mejor que se tenía respecto de la terminación de aquel estado en que nos encontrábamos, era la muerte de todos.

Yo entré muy temprano en la habitación de los heridos: García se estaba desayunando con una taza de café, y me senté después de saludarle, esperando que terminase. El practicante se disponía en aquel mo-

mento á curar al teniente Odero. Mientras terminaba de tomar el desayuno García, presencié la curación del oficial de la compañía de voluntarios de Pangasinán, y á los ojos míos, que son los del profano, parecióles que la herida presentaba muy buen aspecto, pues los bordes tendían á la cicatrización. Prodújome la herida tan buena impresión, que no pude menos de felicitar al teniente Odero.

— Venga usted acá, —díjome García — que ya he terminado, y vamos á seguir el relato que se interrumpió anoche.

— Yo le diré donde hemos quedado para que usted no se esfuerce en recordarlo. Cuando yo salí de aquí quedábamos en que el Comandante Llanos había dispuesto la salida para el día siguiente, á la vez que el Jefe militar de aquella provincia, Comandante Ceballos, salía con su fuerza é impedimenta para Dagupan.

— Sí, ya recuerdo, — contestó García; y continuó.

— En la mañana del 17 salió la columna en dirección al pueblo de Alcalá, quedando por completo desguarnecido Bayambang, y llegamos á las dos de la tarde pernoctando en aquel pueblo para seguir la marcha al día siguiente en dirección á Rosales. Entre nosotros, los oficiales de la columna, había verdadero interés por llegar á este pueblo, por suponer que el destacamento estaría á aquellas horas, quizás con escasas municiones de boca y guerra, defendiéndose con valor de los que le arrollaban por todas partes, y comprendíamos que si no llegaban pronto auxilios, no tendrían más remedio que rendirse ó morir. Este era el modo de pensar de todos los oficiales de la columna del Comandante Llanos, y quién más y quién menos, esperaba con ansia el momento de entrar en el pueblo, cogiendo al enemigo inesperadamente, y haciéndole huír á la desbandada. Mas, ¿cuál no sería nuestra sorpresa, cuando en medio de esas cavilaciones, divisa-

mos, cuando estábamos á unos tres kilómetros del pueblo, fuerza nuestra, y ya más cerca, distinguimos claramente que era Guardia civil y fuerza de voluntarios?

En efecto: momentos después el capitán D. Inocencio Lafuente se presentaba al Jefe de nuestra columna para decirle que habían resistido en Rosales, durante tres días consecutivos, el asedio constante de los insurrectos, consiguiendo, después de grandes esfuerzos, arrojarlos del pueblo, y decidiéndose á abandonar el destacamento por la incomunicación absoluta en que se encontraban, y porque habían llegado hasta él noticias de que el enemigo volvería de nuevo al ataque con muchos más refuerzos. La fuerza del destacamento de Rosales llevaba un convoy de 94 carretones, en los que además de la impedimenta propia de la fuerza, iban las familias de los Guardia-civiles y un sinnúmero de habitantes de los pueblos de San Quintín, Umingan y Rosales, que, al observar el imponente movimiento revolucionario de aquellos días no vacilaron en abandonar todo y seguir con la fuerza que salía de los pueblos. Traía además el capitán Lafuente 15 heridos procedentes del destacamento de San Quintín, y fué su intención, al abandonar el pueblo, ir á Bayambang á reunirse con la guarnición del Comandante Ceballos, pero enterado por el Jefe de nuestra columna que Bayambang había quedado desguarnecido por completo, y que quizá estaría ya ocupado por los insurrectos, se decidió á unirse á la columna del Comandante Llanos, y seguir juntos en dirección á San Fernando de la Pampanga. Preguntóle el Comandante Llanos si estaría el pueblo ocupado por el enemigo, contestándole que no podía asegurarlo, pero que era muy probable que á su salida se hubiesen posesionado de él los insurrectos.

Se tomaron precauciones, pues, por si acaso se confirmaba lo que suponía Lafuente ; mas por fortuna

entró la columna en el pueblo sin novedad. Y á fe que de haber ocupado el enemigo el pueblo, y parapetado en el fuerte, hubiera costado mucha sangre y mucho trabajo hacerle desalojar el edificio, por lo bien atrincherado que estaba.

A las siete de la mañana siguiente, salimos todos con dirección á Cuyapó, cuya marcha se hizo muy pesada por el mal estado de los caminos, y porque el enemigo había cortado todos los puentes, teniendo necesidad de habilitarlos para pasar la columna, pues algunos de los ríos que tuvimos que atravesar forzosamente, eran invadeables, especialmente para la gran impedimenta que llevábamos, que consistía en 101 carretones, y ocupaba una extensión media de 3 kilómetros. A medida que avanzaba la columna, pudimos observar señales evidentes de paso reciente de hombres y caballos en la misma dirección nuestra. Llevábamos ya casi vencida la jornada, pues el pueblo de Cuyapó se hallaba á unos 1,500 metros, y todos, especialmente los soldados, ansiaban llegar al pueblo para descansar de la fatigosa marcha. El terreno era en aquel punto montuoso, desigual, con bosques espesos á la izquierda que le hacían inflanqueable, por esta parte; y la carretera que seguía la columna estaba como empotrada entre dos montículos que la dominaban por completo; el de la izquierda, iba á unirse formando suave pendiente al monte de mayor importancia situado al lado, y el de la derecha, se prolongaba en sentido casi perpendicular al camino, adquiriendo cuerpo y altura á medida de su prolongación. Al llegar á este punto la vanguardia, formada por 25 Guardia-civiles y la 4.ª compañía del regimiento número 73, el enemigo, que según pudimos ver bien pronto, se encontraba parapetado en el montículo que daba frente al camino con numerosas trincheras estratégicamente construídas, rompió nutrido fuego sobre ella por el frente y flanco izquierdo. Ante lo inespe-

rado del ataque, la 4.ª compañía de 73 desplegó con toda rapidez por la derecha, y rompió el fuego con el objeto de contrarrestrar el del enemigo. Pero éste, quizá considerando la importancia de las posiciones que ocupaba, desde las cuales, sobre todo, desde las de la izquierda, hacía fuego certero sobre el centro de la columna, sin que el nuestro le ocasionara bajas, no cejaba en su empeño de que la fuerza no avanzase un paso más, y no disminuía tampoco el fuego; en vista de lo cual el Comandante ordenó que las compañías 4.ª del batallón n.º 6, y 3.ª de voluntarios de la Pampanga intentasen dominar las posiciones de la izquierda flanqueando en lo posible este costado, á la vez que la 5.ª del batallón n.º 6 reforzaba la derecha. Mas á pesar de las buenas disposiciones tomadas por sus respectivos capitanes D. Manuel del Valle y D. Inocencio Lafuente, las primeras compañías bien pronto tuvieron que desistir de su empeño, pues como ya he dicho antes, el terreno era inflanqueable por el lado izquierdo. En vista de esto, dispuso el Jefe que la 4.ª del 6 se uniera á la 5.ª del mismo batallón, mandada por el capitán Sr. Otero, y que ambas se corrieran por la derecha hasta ponerse fuera del alcance del fuego enemigo, con el objeto de ocupar las posiciones elevadas de dicho costado, y una vez en ellas, que se fueran aproximando hasta dominar las enemigas del lado opuesto. Mientras se realizaba este movimiento, la vanguardia, reforzada por la compañía de voluntarios de la Pampanga, sostenía á la derecha del camino el fuego del enemigo; á fin de que éste no intentara correrse por la izquierda, se habían situado convenientemente la 2.ª compañía del batallón de cazadores n.º 9, la 2.ª y 3.ª del 73 y el resto de la Guardia civil.

En esta disposición, duró el combate una hora, durante la cual no dejaron de producirnos bajas, y era de ver el arrojo con que el médico D. Juan Roche,

del batallón de cazadores n.° 6, curaba los heridos á pecho descubierto en medio de una llanura inmensa, dominada por las posiciones enemigas y en donde los proyectiles caían en gran número. Llegó el momento, al fin, en que dominadas por fuerzas del 6 las posiciones indicadas, ya el triunfo nuestro se hizo casi seguro, pues el enemigo no podía esperar que llegaran á dominar sus posiciones, para él formidables, y aun se hizo mucho más seguro el triunfo, cuando se ordenó por el Comandante Llanos que se recrudeciese el fuego para quebrantar por completo el del enemigo; y á la media hora de fuego rápido pudimos observar que la línea de los insurrectos se debilitaba grandemente, y que retiraban sus heridos por el alto monte en cuyo preciso momento se tocó ataque, y se lanzaron á la bayoneta con una decisión y un arrojo admirables, por el frente, las compañías 4.ª del 73 y 3.ª de voluntarios de la Pampanga y por el flanco derecho las dos compañías del 6. Los insurrectos intentaron resistir por unos segundos el empuje de nuestros soldados, pretendiendo, quizás, rechazarlos, pero éstos, que cuando oyen el toque de ataque á la bayoneta no paran hasta coronar los posiciones enemigas, se lanzaron ciegos, con más bríos todavía que en el primer momento, á la trinchera, y el enemigo no consiguió con este alarde de valor mal entendido más que dejar mayor número de muertos en nuestro poder y terminar por donde debía haber empezado: por huir á la desbandada, abandonando en la vergonzosa fuga 67 muertos, 4 fusiles Remington y 7 lantacas.

Durante el combate que duró tres horas, se gastaron 9,813 cartuchos Mausser y 10,610 Remington, teniendo que lamentar la muerte de un cabo y cuatro soldados y 2 oficiales y 42 soldados heridos. A mí, —continuó García, — me hirieron á 20 metros de la trinchera en donde me encontraba al lado del Co-

mandante Llanos, con objeto de cumplimentar en el acto las órdenes que éste me diera.

Era ya muy avanzada la tarde, y como cabía suponer que el enemigo se hubiera reconcentrado en el pueblo de Cuyapó, donde precisamente habíamos de pernoctar, y en este caso, tendríamos que sostener nuevo combate para tomar el pueblo, no había tiempo que perder, y sin proceder á un reconocimiento del sitio donde se había fraguado la lucha, seguimos la marcha para llegar al pueblo que encontramos abandonado, antes de que se echara la noche encima.

Con los 44 heridos habidos en el combate, claro que se aumentaba de un modo considerable la impedimenta, y, por consiguiente, resolvió el Comandante Militar pedir parecer á los oficiales, clases y guardias indígenas más antiguos en la región que atravesábamos, á fin de asesorarse de cual era el mejor camino para seguir la marcha, siquiera aquel fuera el punto cruce de dos: uno, que por San Juan de Guimba conducía á San Isidro, y el otro, por los barrios de Anao y Nampicuan á Tarlac. Los consultados fueron todos del parecer de seguir el último, por las dificultades que tenía el otro para el paso de la impedimenta por el suelo arcilloso y por los muchos puentes que había que pasar, la mayor parte de los cuales era de suponer estuvieran cortados; mas á pesar de esto dijeron que por el camino de Tarlac había el trayecto entre Cuyapó y el barrio de Nampicuán, también arcilloso, y el paso del río de Santa Inés, que era lugar peligroso para emboscadas. El Jefe de la columna decidióse, pues, á seguir este último camino, y á las siete de la mañana del día 20 de Junio, se puso en marcha la fuerza, teniendo la retaguardia y parte de la impedimenta que salir á paso ligero, porque empezó á arder el pueblo, y no pudo averiguarse si le prendió fuego, fuerza nuestra ó enemiga, que estuviera apostada en las inmediaciones.

No creo que vuelva á presenciar en mi vida una marcha más penosa que aquélla: yo desde la camilla donde iba herido, veía á mis compañeros hundírseles el caballo hasta el vientre, teniendo que hacer grandes esfuerzos para salir del atolladero en que caían á cada paso. Los carretones cargados con la impedimenta y familias de los Guardia civiles y de los pueblos, que se unieron á la columna, se enterraban hasta los ejes de las ruedas, y los soldados que conducían las camillas de los heridos, sudaban la *gota gorda* para seguir avanzando á paso de tortuga, por aquella llanura inmensa y cenagosa. Debido á esto, la columna iba dividida en dos ó tres porciones, completamente desorganizada, y hubiera sido de temer que el enemigo nos sorprendiera entonces, porque no se habría podido evitar la derrota.

Afortunadamente aquél no se dió cuenta de nuestro paso, y después de grandes trabajos, conseguimos llegar al barrio de Nampicuán, á las siete de la noche, después de haber empleado doce horas en recorrer los cinco kilómetros que separan de éste al pueblo de Cuyapó. El barrio en donde pernoctamos estaba abandonado.

Cuando el teniente García llegó á este punto de su relato, comprendí que se encontraba algo fatigado y le indiqué que le interrumpiera hasta después de dormir la siesta.

Capítulo XXVI

Toma del pueblo de Panique. — Más acciones

—Seguimos la marcha, —dijo el teniente García al empezar en aquella tarde la continuación del relato, — al día siguiente, en dirección á Panique, pueblo de la provincia de Tarlac, con precauciones; pues sabíamos que en el camino había un sitio muy peligroso que era el río de Santa Inés, en cuyo punto se suponía que habría enemigo que batir.

Formaba la vanguardia de la columna el capitán Valle, con su compañía, y cabía suponer que dadas las buenas disposiciones de éste, lo mismo que las de sus oficiales Cardoso, Sánchez, Vera y Valle, este último hijo del capitán, se afrontarían todas las dificultades que el enemigo intentara poner á nuestra marcha.

En efecto: el presentimiento de que seríamos atacados en el río de Santa Inés, se cumplió al pie de la letra. No bien había divisado la orilla del río el capitán Valle, cuando desde la margen opuesta salió una descarga de fusilería, y apenas habrían dado algunos pasos, cuando se presentó á la vista de todos claramente la trinchera donde estaban parapetados, que abarcaba gran parte de la margen. Pronto se hizo

cargo el capitán Valle de las malas condiciones del terreno para atacar, pues el río era invadeable por su profundidad y el único puente por el cual se podía haber avanzado, se hallaba destruído por completo. Así es que el Comandante Llanos ordenó se estableciese una línea de fuego extensa por ambos lados del camino, con el fin de que al ganar terreno en dirección á la orilla, se quebrantara el fuego enemigo que era entonces nutridísimo, y ver si era posible desalojarle de sus posiciones cuanto antes, y establecer en seguida el paso. Para dar cumplimiento á esta orden, la compañía del capitán Valle, con dos secciones de la 2.ª del batallón cazadores n.º 9, desplegaron por la izquierda, mientras las otras dos secciones de esta última y la 2.ª del regimiento n.º 73, lo hacían por la derecha. El combate duró menos tiempo del que suponíamos todos, por la estratégica posición que ocupaba el enemigo, pues apenas se hizo el despliegue de las fuerzas de ataque y se avanzó lo suficiente para asegurar la eficacia del fuego, se consiguió con facilidad dominar la orilla del río, en cuyo momento se dispuso que aquél se redoblara y el enemigo se convenció de que tenía perdida la partida, determinándose á abandonar las posiciones que ocupaba á la hora y media de haberse roto el fuego. Al propio tiempo que esto ocurría en la orilla del río con la vanguardia de la columna, el centro y la retaguardia tenían que batirse con importantes grupos de insurrectos que intentaban caer sobre el extenso convoy, con objeto de desorganizar la fuerza, pero las buenas medidas adoptadas por el Comandante Llanos, hiciéronles desistir de su empeño.

Ya desalojado el enemigo de la orilla opuesta, se procedió inmediatamente á la construcción de dos balsas de caña, protegidas por una línea de tiradores que evitaba la aproximación de los grupos enemigos. Terminadas las citadas balsas, pasó el río la vanguar-

dia que ocupó convenientes posiciones y acto seguido lo hicieron la 2.ª del batallón de cazadores n.º 9, la 2.ª del 73, 3.ª de voluntarios de la Pampanga y la brigada de tropas de Administración militar con el ganado. Esta fuerza, al encontrarse en la otra orilla del río y hacer un minucioso reconocimiento tuvo necesidad de desalojar al enemigo de una trinchera colocada á unos 1,200 metros del río, consiguiéndolo rápidamente. Pero ya cerraba la noche y no era posible que la demás fuerza pasara, por lo que se dispuso acampara el resto de la fuerza y la impedimenta en la otra margen, estableciéndose el conveniente servicio de seguridad.

El enemigo dejó en el campo 21 muertos y se puede asegurar que tendría más, á juzgar por los rastros de sangre que dejó en la retirada. «Por nuestra parte», como diría un telegrama oficial, tuvimos cuatro individuos de tropa heridos y un contuso, y se gastaron 2,767 cartuchos Mausser y 2,896 Remington.

En la madrugada del día 22, empezó á pasar el resto de la fuerza, heridos é impedimenta, y á pesar de que el ganado pudo salvar la orilla á nado, arrastrando los carros, duró la operación hasta las diez y media de la mañana, hora en que la columna emprendió de nuevo el camino de Panique.

Este pueblo estaba cerca y la marcha hasta él no se hizo penosa para la fuerza, pues no se trataba de terreno en tan malas condiciones, como otros que habían quedado atrás. Así es, que á las doce se avistó el pueblo, á la vez que una trinchera en forma de reducto, construída con barriles, traviesas y rails. Además, la estación del ferrocarril, almacenes y edificios inmediatos, se hallaban convenientemente fortificados, y allí nos esperaba numeroso enemigo que al avistarnos rompió el fuego desde esos puntos. Y por si acaso no fuera bastante, habían construído una trinchera en sentido longitudinal á la vía que defen-

día el flanco derecho y más á retaguardia, como segunda posición, dos trincheras, que cerraban los dos caminos que conducían al pueblo.

Desde el primer momento sostuvo el fuego de frente la 2.ª compañía del 9, mandada por el teniente Cleto, pues su capitán Sr. Lladó, había quedado enfermo en Bayambang, y acto seguido desplegaron por la izquierda la 2.ª del 73 y la 5.ª del 6, con el fin de atacar las posiciones de este lado, tomadas después de una hora de fuego y de una carga á la bayoneta que resultó brillante por la rapidez y la decisión con que se llevó á cabo. Batido ya de este modo el costado izquierdo del reducto, se reforzó la vanguardia que sostenía el fuego de frente con la 3.ª compañía del 73, y vigorizándolo al mismo tiempo por los otros puntos, el enemigo tuvo que abandonar por completo el reducto, después de una hora de mortífero fuego por nuestra parte.

Viéndose perdido, pensó defenderse desde la trinchera longitudinal de la derecha, pero no logró su intento, porque la fuerza nuestra que ocupaba el reducto, enfilaba desde allí la trinchera citada y además ésta quedaba al descubierto por su lado izquierdo. Retrocedió el enemigo quizá con el objeto de parapetarse en las trincheras de retaguardia, pero sea porque no le dieran tiempo para ello las fuerzas nuestras que siguieron avanzando á paso ligero en dirección al pueblo, ó sea por lo muy quebrantado que quedara después del combate, lo cierto es que no se paró siquiera á ocupar dichas posiciones, las cuales fueron destruídas al llegar nuestros soldados.

En esta acción, también se vieron precisados á hacer fuego contra considerable enemigo, las compañías que protegían el convoy y las de retaguardia, pues, durante el desarrollo del combate estuvieron amagando con sus fuegos el centro de la columna, probablemente con el objeto de distraer fuerzas de ataque.

En los edificios de la estación quedaron 23 muertos del enemigo y 11 en el reducto, y nosotros tuvimos que lamentar la muerte de un soldado y 17 heridos.

En las dos horas y media, aproximadamente, que duró el combate, se gastaron 9,291 cartuchos Mausser y 5,535 Remington.

Descansó la fuerza en Panique hasta el día siguiente, que se emprendió la marcha para Gerona, después de haber hecho provisión de víveres en el pueblo, pues como estaba abandonado y la despensa del convento era buena á más de las tiendas de chinos, que no estaban tampoco mal provistas, nuestros soldados y la oficialidad de la columna, se aprovecharon de las circunstancias para que el trayecto que les quedaba aún hasta Tarlac, fuera lo menos penoso posible. ¡Bien se merecían aquellos soldados que llevaban cuatro acciones en otros tantos días, que tuvieran un rato de esparcimiento que levantara los ánimos y les diera fuerzas para continuar la penosa marcha! Por eso el Comandante Llanos, que como conocedor profundo de las condiciones del soldado sabe ser tan severo en unos casos, como condescendiente en otros determinados, no tuvo inconveniente en que la fuerza se desahogara á su gusto en Panique apoderándose de lo que encontraran que pudiera ser útil para reanimar á aquellos valientes, como premio á lo mucho y bien que habían trabajado hasta entonces.

En el camino encontramos, rastro de hombres y á la vez, hubo necesidad de habilitar todos los puentes que se hallaban destruídos para el paso de los varios ríos que existen en el trayecto, todo lo cual, nos hizo sospechar que no estaba lejos el enemigo. Así fué en efecto: ya cerca de un barrio llamado «Cariño» y como á unos cien metros de un puente, cortado, divisamos una trichera que cerrando el camino se prolon-

gaba por los flancos en sentido oblicuo, para poder defender el frente y costados. Estos, se hacían casi inflanqueables por la espesa maleza.

Inmediatamente ordenó el Comandante Llanos que la vanguardia, formada por la 2.ª compañía del regimiento n.º 73, mandada por el capitán Bretón, desplegara por el flanco izquierdo y se sostuviera con fuego lento, procurando cubrirse lo mejor posible, á la vez que la 3.ª del mismo regimiento, que la mandaba D. Ricardo Muriel, intentara el desbordamiento de la trinchera por la derecha, pero la espesura del bosque era tal por este lado, que fué imposible hacer el movimiento indicado, y entonces se reforzó la fuerza de vanguardia con la Guardia civil, y se le ordenó al capitán de la 2.ª, del 73, que yendo á buscar un punto vadeable, pasase el río y atacase con decisión, mientras la 3.ª se disponía para atacar de frente, á la bayoneta, en cuanto se viera quebrantado el fuego enemigo.

La compañía del capitán Bretón y la fuerza de la Guardia civil, pudo pasar el río como á unos 500 metros, y atacó con tal brio, que á la hora escasa de fuego, ya muy debilitado el del enemigo, no esperó á que atacaran de frente y huyó por la espesura de la derecha.

La acción duró hora y media, y en las posiciones enemigas se encontraron 13 muertos y 4 lantacas. La columna gastó 1,424 cartuchos Mausser y 7,421 Remington, habiendo tenido 7 soldados heridos.

Acto seguido se habilitó el puente destruído y seguimos la marcha hacia el pueblo de Gerona, en donde entramos sin otra novedad que encontrar en el camino dos trincheras, que no se atrevieron á defender.

A las seis de la mañana del día siguiente empezó la última jornada de esta marcha, que se hacía penosísima, y la tropa salió de Gerona muy animada por-

que sabía que al llegar á Tarlac, suponiendo que su guarnición no se hubiese retirado, descansaría por lo menos unos días, tranquila, sin vivir en continua zozobra y en el inminente peligro de la marcha. Entre los oficiales, al salir de un pueblo, ya se había hecho corriente la pregunta: ¿Dónde nos atacarán hoy?

Pues todavía tuvimos que sufrir en esta última etapa penalidades sin cuento, porque el camino que seguimos estaba formado por extensos arrozales completamente inundados. En la primera parte de la jornada no ocurrió nada, aparte de las molestias producidas por las malas condiciones del terreno, pero al llegar á la mitad del trayecto, entre Gerona y Tarlac, cerca de un barrio llamado «Albendia,» el enemigo había construído una trinchera que se prolongaba por la derecha en una extensión de 300 metros, y era por su lado izquierdo, inaccesible casi, por las dificultades que oponía el terreno; estaba defendida por una zanja-trinchera perpendicular á la primera, desarrollándose en una extensión de 150 metros. Defendían esta posición, 400 armas de fuego é inmensas masas con *bolos*, procurando el enemigo ocultarse en el parapeto, con objeto de que la columna avanzase y hacer así más eficaces sus descargas.

La vanguardia, que la formaba la compañía del capitán D. Ricardo Muriel, en cuanto el Jefe tuvo conocimiento de la presencia de la trinchera, hizo una descarga cerrada á la cresta del parapeto que no fué contestada; volvió á hacer otra segunda descarga y entonces se descubrió el enemigo con una línea de fuego extensísima que abarcaba todo el frente y flanco derecho. Como este lado era en el que el enemigo presentaba mayor línea de fuego, se dispuso que la compañía del capitán Valle, uniéndose á la 3.ª del regimiento n.º 73, que era la de vanguardia, desplegaran por la derecha, empezando desde luego

á contrarrestar el fuego enemigo, mas al pretender llevar á cabo el desbordamiento de la trinchera por dicho costado, se vió con disgusto que no se podía efectuar, porque la trinchera terminaba en un bosque de caña-espino espesísimo, que lo impedía.

Al mismo tiempo, la 4.ª compañía del 73, mandada por el capitán D. Antonio Muriel, ocupó posiciones en el flanco izquierdo, con el fin de batir la cara de la zanja-trinchera oblicuamente, y el capitan Otero con su compañía, que era la 5.ª del 6, se corrió por el mismo flanco, poniéndose fuera del alcance del fuego enemigo, para ir después ganando terreno y rebasada la trinchera, caer sobre la posición enemiga, si las condiciones del terreno lo permitían. Quedaron así preparadas las fuerzas de combate y se ordenó que se recrudeciera el fuego por todas las fracciones, y al mismo tiempo que avanzaran hacia el parapeto, para apagar los fuegos contrarios que se habían iniciado de modo nutrido. Después de dos horas de fuego inició la gente de arma blanca la retirada, pudiendo ver claramente que empezaban á llevarse los heridos, momento en el cual se tocó paso de ataque, lanzándose cada fracción, por el frente que ocupaba, sobre el parapeto, obligando á desalojar la trinchera al enemigo, que dejó 43 muertos y 7 fusiles Remington, y por nuestra parte tuvimos 16 individuos de tropa heridos, consumiéndose durante el ataque 6,259 cartuchos Mausser, y 8,019 Remington.

A las dos y media de la tarde, hora en que terminó el combate, emprendimos de nuevo la marcha hacia Tarlac, y ya sabe usted que llegamos á las cinco. Ahí tiene usted — terminó García — descritas á grandes rasgos las peripecias de nuestra marcha, desde Alaminos á este pueblo.

— Que no han sido pocas peripecias las que han pasado — tuve que decir, ante el sinnúmero de las que acababa de hacer en el relato.

No he querido omitir detalle ninguno aun á costa de la amenidad del relato, á fin de que mis lectores se puedan formar idea clara del cúmulo de sufrimientos pasados por la columna Llanos, en su fatigosa marcha.

Capítulo XXVII

Buscando una solución. — Gobernador cobarde

Alojadas las fuerzas de la columna del Comandante Llanos en los edificios más fuertes é inmediatos al Gobierno y al convento, se estableció el servicio de avanzadas y de centinelas, y ya todo en orden, él Jefe de la fuerza, que acababa de llegar, fué acto seguido á conferenciar con el Comandante Flandes, como Jefe militar de la provincia de Tarlac, mientras los oficiales del destacamento contaban á sus compañeros de la columna, las peripecias sufridas desde el día 3 de Junio en que habían sido atacados, y éstos á aquéllos las penalidades y obstáculos que se habían visto obligados á arrostrar, durante la marcha desde Alaminos.

De la columna Llanos se alojaron en el Gobierno los oficiales de Administración militar, Sres. Zanón, Hidalgo y García, y el médico D. Juan Roche, pues los demás oficiales que mandaban fuerza, tuvieron que quedarse alojados donde estaban sus respectivas compañías, y el Comandante Llanos y el Comisario de guerra Sr. Gómez, fueron invitados por el Gobernador civil para que vivieran con su familia, quizá creyendo que era una salvaguardia para él, el que los Jefes se alojaran en las habitaciones del Gobierno.

En aquella noche desapareció del semblante de D. Federico Jaques la expresión de miedo constante que pugnaba por brotar al exterior, á pesar de los esfuerzos inauditos que ponía en juego, porque no se dejara traslucir ante los empleados de la colonia; por lo contrario: en sus ademanes, en su modo de hablar, en los movimientos, y hasta en que la cabeza, caída sobre el pecho desde los primeros días de sitio, se irguió entonces, en todo, en fin, notábase un cambio radical en el Gobernador; parecía que de golpe y porrazo, como por ensalmo, habíase convertido el hombre más pesimista y agobiado de la colonia, en el más decidido y valiente de todos. No se había mostrado así cuando pedía al comandante Flandes abandonar la plaza á toda costa, ni cuando le decía el día 4 de Junio que no saliera fuerza por temor á que se les echaran encima. Es que los hombres varían según las circunstancias, y en el transcurso de estas páginas comprenderá el lector que Federico Jaques cambiaba con frecuencia, haciéndose, de altivo y orgulloso, que era su carácter de siempre, bajo y rastrero y adulón, cuando quería conseguir algo que le interesaba, aunque la persona que le tuviera que servir, fuese mucho menos que él, en cultura. Así se captaba la antipatía de todo el que trataba, y así consiguió que de la colonia oficial, no hubiera uno siquiera, que espontáneamente hablara de él en buen sentido.

Llegó á Filipinas nombrado Gobernador civil de la provincia de Tarlac, por influencia, sin mérito alguno para desempeñar un cargo de esa importancia, como desgraciadamente se han nombrado los gobernadores de aquel Archipiélago. La prensa y las autoridades de Manila, lo recibieron bien; no por sus méritos personales, sino porque su nombre era el de uno de tantos redactores de la *Correspondencia de España*, y siendo así, algún día podría servirles á esos mismos que le adulaban, para algo; y desde aquel momento

aumentaron sus pretensiones y su orgullo de modo considerable, hasta el punto de entrar en Tarlac y preguntar á uno de los empleados:

— Pero ¿no hay *Te-Deum*?

Con esto basta para comprender si Federico Jaques sabría lo que era ser Gobernador de una provincia de Filipinas, cuando iba convencido que al entrar él en la provincia de su mando, le cantarían un *Te-Deum*.

Y durante el mes y medio que desempeñó el cargo, dió pruebas patentes de una ignorancia supina en todo lo que á Gobierno civil se refería. Y como él, además de tener el defecto de ignorarlo, tenía el de pretender saberlo todo, esto unido á su trato particular petulante y antisocial, fueron las causas por las que la colonia se separó por completo de él, y le dejó aislado.

Mas, á pesar de este aislamiento en que le había dejado la colonia, si en aquellos momentos en que se necesitaba la unión de todos para, unos á otros auxiliarse mutuamente, él se hubiera portado según las circunstancias exigían, los empleados civiles de Tarlac hubieran relegado al olvido lo anterior, y á su lado hubiéranse puesto todos, pudiendo al final de la jornada, quedar á la altura conveniente.

Pero en los momentos precisos en que debía haber demostrado ser Gobernador, no como autoridad, sino como Jefe de su colonia, siguió siendo el pedante y el orgulloso de siempre y esto fué lo que acabó de desviar á los empleados de Tarlac. Y como, además de todo esto, él terminó por olvidarse de que era español, por conseguir su libertad antes que los demás prisioneros civiles, ya no hubo medio humano de volver á él los ojos, y tenerle compasión, siquiera fuese por un momento, sino que á Federico Jaques hay que pisotearle como un reptil inmundo y rastrero. Me he extendido mucho en estas consideraciones, acerca del último Gobernador civil de Tarlac, á quién conocerán á fondo mis lectores, si tienen paciencia de terminar

la lectura de estas páginas, arrancadas del alma en las horas amargas de mi cautiverio, y por consiguiente, sigo sin detenerme más en el relato de los acontecimientos.

En la conferencia sostenida entre ambos Comandantes, el Sr. Llanos, después de relatar á grandes rasgos las vicisitudes pasadas por la columna de su mando en la marcha, y las acciones de guerra sostenidas con el enemigo, y el estado de insurrección en que había encontrado las provincias recorridas, manifestó al Comandante Flandes que tenía orden superior de incorporarse á Manila, y que por consiguiente, pensaba cumplirla, para lo cual, se pondría en marcha al día siguiente, ó á lo más, daría un descanso de 24 horas á la fuerza, en caso de que el Médico de la columna, le aconsejase como necesario este descanso.

Quedóse sorprendido el Comandante Militar de la provincia, de lo decidido que estaba el Sr. Llanos á proseguir la marcha á San Fernando, conociendo como conocía, con bastante fundamento, el estado general del país, y sospechando con pruebas casi irrecusables que el principal foco insurreccional estaba en las provincias de Bulacán y Pampanga, precisamente las que tenía que atravesar la columna Llanos para llegar á su destino. No obstante, y á pesar de estas extrañezas suyas, Flandes después de haberle contado las peripecias que había tenido que sufrir desde el 3 de Junio hasta aquella fecha sin haber conseguido en todo este tiempo, por muchos esfuerzos que hizo, ponerse en comunicación con el Comandante general de las provincias del Centro y Norte de Luzón, le manifestó que estaba dispuesto á evacuar la plaza, y seguir con su fuerza á la columna, por creer que el honor militar había quedado á la altura que se merecía, y que él, por otra parte, estaba exento ya de responsabilidad como Jefe militar de la provincia.

Dejóle perplejo é indeciso al Comandante Llanos

la explicación que de los sucesos acababa de darle el Sr. Flandes, y meditando acerca de lo que podría hacerse antes de pretender salir de la plaza, pensando las ventajas é inconvenientes que podría tener el proseguir la marcha sin conocer, á ciencia cierta, el estado de la provincia de la Pampanga, deliberaron ambos Comandantes sobre la resolución más acertada que podría adoptarse en aquellos momentos, y después de meditar bien las cosas, sobre todo calculando los grandes inconvenientes que tendría, para la marcha, la enorme impedimenta que tenían que llevar, resolvieron como mejor solución despachar varios propios, chinos, y algún sirviente fiel de los pocos que quedaban, los cuales, conocedores del terreno palmo á palmo, podrían ir á San Fernando por diferentes y ocultos caminos, y volver con noticias fidedignas de lo que ocurría, ofreciéndoles una buena remuneración por sus servicios.

Terminó la conferencia, pues, entre los dos Jefes, resolviendo ambos definitivamente quedarse en la plaza, mientras se esperaba la vuelta de los propios encargados de llevar noticias. Pero desgraciadamente pasaron días en vano, pues de los propios que habían salido del pueblo no volvió ninguno, cuya circunstancia comprobó ya de modo patente la situación general del Archipiélago, y especialmente de la provincia de la Pampanga.

De nuevo el pesimismo cundió entre los que sabían el resultado de la entrevista sostenida por los Comandantes; el Gobernador civil volvió á presentar la *cara larga* de siempre, y á meter la cabeza entre las manos, en cuya posición se pasaba las horas muertas, quizá haciendo examen de conciencia por si había llegado su última hora, y siendo la irrisión constante de todos sus empleados y de la oficialidad, que veían en él un Gobernador civil de cartón-piedra ó de caña y nipa. Claro que todos, quién más y quién menos, andába-

mos abrumados con los presentimientos que cada uno sentía, y con las cavilaciones que nos forjábamos; el Médico era el único que, despreocupado por completo de lo que pudiera venir, estaba resuelto á todo, y formaba buena pareja con Adela Jaques, hermana de D. Federico, pero el reverso de la medalla con respecto á valor y á tranquilidad de espíritu.

En fin, baste decir que el Gobernador civil llegó al caso de mandar una carta al titulado *General* Macabulos, explicándole la situación en que se encontraba, y suplicándole le enviara un pase para él y su colonia, y ésta, protestó de la acción del Sr. Jaques por no haberse dignado someter el pensamiento á una consulta previa. Por supuesto, que Macabulos obrando en esto con mejor criterio que él, tuvo á bien no acceder á lo que se le pedía.

En vista de que no daban resultado, ninguno de los propios mandados á San Fernando, volvieron á reunirse los Comandantes, y determinaron que debían de quedarse, continuando mientras se pudiera la defensa de la plaza, puesto que por una parte, la impedimenta horrorosa que tenía que llevar consigo la columna, y por otra, la poca confianza que inspiraba la fuerza indígena, doble en número que la europea, hacían imposible la salida en cualquiera dirección.

Siguieron, pues, en aquellos días las salidas de fuerza con objeto de ahuyentar al enemigo que de contínuo rodeaba el pueblo, y para ir en busca de provisiones, de que carecíamos ya casi por completo, teniendo aquéllas que sostener combates, y volver á la plaza con algún herido, y sin haber podido recoger ganado de ninguna clase.

La situación, por lo tanto, se hacía cada día más difícil é insostenible. Empezaban á escasear las municiones, el poco ganado que había quedado después del combate de Binaoganan el día 22, se terminó en aquellos días, y por lo tanto la oficialidad, y los sol-

dados no comían más que arroz, garbanzos y tocino de Administración Militar, cuyos artículos, por el mal estado de conservación en que se encontraban, habían sido dados de baja en una Junta de capitanes y á la que asistió el Médico como persona competente para que informara el acta.

Como consecuencia inmediata de esta deficiente nutrición, aumentaban los enfermos de modo considerable, y los médicos se multiplicaban por atenderles convenientemente, dado el gran número de heridos á que tenían que asistir.

Por otra parte, había que agotar el último recurso de defensa antes que entregar la plaza al enemigo, y todos sufríamos con paciencia la situación en que nos había colocado el deber de defender enhiesta la bandera española en Tarlac, menos el Gobernador civil D. Federico Jaques, quien estaba dispuesto á dejar á un lado su dignidad como Gobernador y como español, por salir de allí. Y como estas maquinaciones de D. Federico llegaron á ser la comidilla de los empleados y de la oficialidad, ya había quién se hallaba dispuesto á levantarle la tapa de los sesos, el día que hubiera pretendido abandonar el Gobierno.

Capítulo XXVIII

Emisario de Macabulos. — Conferencia
La salida.

El día 4 de Julio se vió llegar por el camino de San Miguel de Murcia á uno con bandera de Parlamento, que llamó extraordinariamente la atención.

Poco después, en medio de la espectación general, vimos que era un español, que dijo ser oficial del batallón de Guías, que se hallaba en poder del enemigo por haber capitulado en el destacamento de Biaknabató que él mandaba. Acompañábale un indígena, y vestía el traje de tela cruda propio del batallón citado, bota alta por encima del pantalón y sombrero. Llamábase Sánchez, según dijo un oficial que lo conocía, y hacía algunos años que se hallaba en el país, casado con una mujer indígena; su carácter había sido siempre independiente, jugador y mujeriego, y hasta hubo quién afirmó que le gustaban los alcohólicos.

A los oficiales á quienes saludó, pues no todos se atrevieron á ir á recibirle, les contó una serie de penalidades y de lástimas pasadas en el cautiverio, y sobretodo, últimamente, en el campamento enemigo de San Miguel de Murcia, donde tenía su *cuartel general* el cabecilla Macabulos, pues, al parecer, no

comía más que arroz cocido, sin sal, en compañía del médico titular de Tarlac D. Manuel Murciano, quién, según dijo el citado oficial, también se encontraba preso en San Miguel.

Fué tal la impresión que causó la llegada de este emisario, que á su paso, la tropa se agolpó en grupo, á la vez que las señoras salieron á las galerías á verle; pues hasta ellas llegó la voz de que se encontraba allí un español.

El Comandante Flandes, le recibió á la entrada del Gobierno, y le acompañó á la habitación del Comandante Llanos, mientras el indígena acompañante, quedaba esperando en la planta baja convenientemente vigilado.

Una vez Sánchez en presencia de ambos Jefes, y después de contestar á las preguntas que éstos le dirigieron respecto á su situación, les dijo que era portador de dos cartas para el Comandante Flandes, á quién las entregó en el acto. Una de ellas era del titulado general insurrecto Macabulos y otra del Médico titular Sr. Murciano.

En ambas se contaban desdichas sufridas por nuestro ejército en todas las provincias de la Isla de Luzón, de la cual eran ya dueños absolutos los revolucionarios ; únicamente Manila se sostenía sin rendirse, pero en una situación desesperada. Añadían las cartas que no esperáramos recursos ni auxilios de ninguna parte, y que para evitar mayor derramamiento de sangre, debía de capitular la plaza, á cuyo efecto decía Macabulos al Comandante Flandes, que al día siguiente podía ir al puente de Binaoganan, á donde mandaría una comisión á conferenciar con él.

El oficial de guías almorzó aquel día con los Comandantes Llanos y Flandes y la familia del Gobernador civil, y en la mesa observaron los Jefes, por acuerdo mutuo, reserva absoluta acerca de lo que pensaban y dejaron que él hablara de la situación del

Archipiélago, y de lo que se debía hacer, extendiéndose en consideraciones acerca de la conveniencia de la capitulación.

Por la tarde regresó al campamento enemigo el oficial, convencido quizá de que la capitulación sería un hecho muy pronto.

Había producido, en general, mal efecto la visita de Sánchez como emisario de Macabulos, y los comentarios á que dió lugar fueron bien poco favorables á su personalidad y á su dignidad, como oficial del Ejército español. Suponíase que Macabulos no habría obligado á que sirviera de emisario suyo un peninsular para ir á proponer á un Jefe del Ejército á que pertenecía, la capitulación de la plaza, y tras de esta hipótesis se escondía la sospecha terrible de que él, por hacer méritos ante quien le tenía, al parecer, prisionero, se había prestado voluntariamente á servirle. Esto mismo pensaban de él los Comandantes, y fué, por consiguiente, la opinión que prevaleció como más verídica. Un español, pues, se había prestado á ser espía de un cabecilla insurrecto. ¡ Maldito sea !

Después de salir del Gobierno el oficial de guías, hablaron los dos Comandantes de la conveniencia de salir en dirección á Dagupan, por ser el punto donde podrían llegar con más probabilidades que á San Fernando.

Acordado así llamó el Comandante Llanos á los capitanes de su columna, y el Sr. Flandes hizo lo propio con los suyos, recomendándoles que en las primeras horas de la mañana se dispusieran para salir, haciendo los preparativos durante la noche con el mayor sigilo posible, con el fin de que la fuerza indígena no se diera cuenta de la marcha hasta el momento preciso de emprenderla. A fin de disminuir la impedimenta se dispuso que los fusiles sobrantes se inutilizaran y no llevaran los oficiales equipaje de

ninguna clase, más que una muda de ropa que podrían llevar sus respectivos asistentes.

Inmediatamente se procedió á inutilizar los fusiles, las señoras dispusieron su ropa y utensilios indispensables en líos que podían llevar á mano, y se guardó del proyecto absoluta reserva hasta las primeras horas de la madrugada, en que se dispuso de pronto la marcha.

Despuntó la aurora, y con asombro de todos vimos al otro lado del río un grupo considerable de enemigos, como observando desde allí el movimiento de la fuerza; no presentaba actitud hostil y el Jefe Militar dió orden de que no se disparase un tiro mientras ellos no lo hicieran, orden que se cumplió á regañadientes de nuestros cazadores que hubieran deseado en aquel momento, pagar como se merecía la desfachatez de los que con sin igual cinismo, se ponían á nuestra vista y á la distancia de sus fusiles Mausser.

Preparóse la impedimenta con gran retraso, y era ya bien entrado el día cuando se hallaba dispuesta enfrente del Gobierno, esperando que se organizara la columna para emprender la marcha. Por fin, después de no poco esperar y cuando ya iba á darse por el Comandante Llanos la orden de desfile de la fuerza, de entre el grupo de la otra orilla, destacóse un *tao* (hombre), con la bandera blanca que se dispuso á vadear el rio y una vez conseguido, se presentó al Jefe Militar y le dijo que ellos no nos hostilizarían mientras nosotros no lo hiciéramos, y que no teníamos necesidad de evacuar la plaza.

Claro que estas palabras pronunciadas por el emisario pudieron dar lugar á muchas y diversas interpretaciones, pero el Comandante Llanos las interpretó en sentido especial suyo y dió orden de suspender la salida.

Volvió con este motivo á sus puestos la brigada de Administración militar, los heridos ocuparon sus

camas respectivas, las señoras subieron de nuevo las escaleras del Gobierno, encontrando mucho menos de lo que habían dejado en sus habitaciones, pues ya se habían encargado los voluntarios, que ocupaban las galerías, de entrar al saqueo, y lo poco que quedó, destrozado por completo, y la tropa quitóse de nuevo sus correajes y mochilas y entraron en los dormitorios á dejar los fusiles, observándose en ellos muestras marcadas de disgusto, porque como dije antes, no todos eran del parecer de los Jefes.

Creyeron éstos que el salir en aquellos momentos, después de advertirnos de la presencia del enemigo, podrían interpretarlo como cobardía, y esto fué, en resumen, lo que les indujo á suspender la salida.

Pero, por otra parte, cabía también pensar que no eran ellos los que debían de haber ido á avisarnos sino que por lo contrario, era más natural que fuéramos nosotros á decirles á ellos que si en un plazo fijo, no abandonaban el punto ocupado, se haría fuego, y después, quedábamos en completa libertad de acción para suspender la marcha, si es que se creía prudente hacerlo así.

Poco después de esto, salieron el Comandante Flandes y los tenientes Orellana y Lara, éste del país, mestizo-español, á entrevistarse con la comisión enemiga de que hablaba Macabulos en su carta del día anterior, en el puente de Binaoganan. En este punto encontraron á dos titulados Jefes insurrectos, uno de ellos llamado Bañuelos, y el Médico titular de la provincia, D. Manuel Murciano.

Flandes se dirigió á Bañuelos y le dijo que se comprometía á evacuar la plaza, siempre y cuando les dejaran salir en cualquiera dirección, sin intentar interceptarles el paso. A esto contestó el titulado Jefe que no podían acceder á lo que pedía, porque contaban con medios suficientes para tomar el pueblo por medio de las armas, y que lo que les proponían como

acto humanitario, á fin de evitar el derramamiento de sangre, era la capitulación. Y el Comandante Flandes le dijo:

— Pues tenga usted entendido y puede decírselo asimismo á Macabulos, que la plaza no se rendirá mientras le quede un cartucho á cualquiera de sus soldados.

Mientras sostenían esta conversación, Orellana hablaba íntimamente con Murciano, quien defendió la idea de la capitulación, asegurando que en el campo enemigo tenían cañones y muchos más fusiles de los que nosotros podíamos disponer; que estaba ocupada por los revolucionarios toda la isla de Luzón, y su guarnición se hallaba prisionera de los filipinos y que era una temeridad persistir en la defensa.

— Yo, — dijo Murciano en estas ó parecidas palabras, — no simpatizo con las ideas de éstos, y, sin embargo, estoy con ellos por conveniencia particular.

Y luego dirigiéndose al teniente Lara, le preguntó:

— Y usted ¿por qué no se pasa?

Esta pregunta produjo tan mal efecto al digno oficial, que no mereció de éste ni siquiera contestación.

Momentos después, el Comandante Flandes dió la conferencia por terminada, y se separaron ambas comisiones.

En cuanto llegó al Gobierno el Comandante Flandes, dió cuenta á su compañero del resultado de la entrevista, é inmediatamente le manifestó que como Comandante más antiguo debía de tomar el mando de la fuerza, á lo cual accedió el Sr. Llanos.

Aquel mismo día el grupo que se había presentado á la otra orilla del río empezó á construir una trinchera, aumentando considerablemente el número de hombres, á ciencia y paciencia nuestra. Hubo distracción durante todo el día, observando con interés

los trabajos, que progresaban de modo extraordinario hasta el punto de que, al día siguiente apareció casi terminada la trinchera y empezaba ya la construcción de covachas donde se guarecían durante la noche, para reaparecer á nuestra vista por la mañana.

Así se pasó el día 6, hablando y comentando lo que ocurría sin darle gran importancia; casi nos habíamos hecho en tan poco tiempo á la idea de vernos acorralados por formidables trincheras, y nos parecía hasta natural que el enemigo se paseara y trabajara en fortificarse, en presencia nuestra. No obstante, casi sin excepción, en el interior de todos, bullía honda indignación que pugnaba por brotar al exterior y mostrarse tal cual era, pero la idea de que quizá no tuviéramos elementos con que resistir enemigo considerable y perfectamente municionado y dispuesto á la defensa, y á sitiarnos por hambre, creo yo que era la causa que nos obligaba á templar nuestros juicios, á calmar nuestras calenturientas imaginaciones.

Al día siguiente, por la tarde, volvió el oficial de guías, Sánchez, de parte del titulado General Macabulos, á interesar nuevamente la capitulación, y que si no era ésta aceptada, irían á atacar con muchos más refuerzos que el día 3 de Junio; porque esperaba gente y armas de un momento á otro.

Anochecía y Sánchez manifestó al Comandante Llanos que tenía orden de regresar aquella noche á San Miguel, á lo cual contestóle aquél que no, que se quedaría en el Gobierno, y que al día siguiente, cuando regresara al campamento, le podía decir á Macabulos que si no había cumplido con lo ordenado, era porque se opusieron á ello los Jefes de la fuerza de Tarlac.

Sánchez obedeció y se dió por terminada la conferencia.

Inmediatamente el Comandante Llanos mandó aviso á todos los oficiales de la guarnición para que

se reunieran en una de las habitaciones del Gobierno, en cuya reunión después de ponerles al corriente de lo que decía Macabulos, les hizo ver lo insostenible de aquel estado de cosas, pues á la falta de alimentos y de municiones, se unía la escasez de medicamentos con que curar al gran número de heridos y enfermos que se habían aglomerado de modo considerable ; de modo, que se hacía indispensable tomar una determinación definitiva y rápida.

Preguntados uno á uno los oficiales por el Comandante Llanos, predominó la opinión de que se debía salir de la plaza, rompiendo el cerco que les tenía formado el enemigo, en dirección á Dagupan, puesto que era de suponer que con más facilidad llegaría la columna á este punto, que á Manila. No faltó quien abogara por continuar en Tarlac á la defensiva, mientras quedara un cartucho, pero esta opinión no prevaleció. Resuelta la cuestión, acto seguido el Comandante Llanos, dió instrucciones á los capitanes de compañía y se disolvió la reunión, procediendo á hacer los preparativos para la salida.

Capítulo XXIX

Derrota honrosa. — La retirada

El Comandante Llanos había dispuesto que á primera hora de la mañana, todas las fuerzas y la impedimenta se encontrasen dispuestas en la plaza del convento, para emprender la marcha.

Las señoras y los heridos y enfermos, se habían trasladado la noche anterior desde el Gobierno al convento, y ésta se pasó sin dormir, preparando cada uno lo que debía de llevarse. Los oficiales ocuparon una habitación en la planta baja, única que era de materiales fuertes; los heridos y enfermos quedaron alojados en el largo pasillo del piso principal y las familias europeas en las habitaciones del mismo.

En esta disposición quedaron las cosas el día 7 de Julio, y no bien había empezado á apuntar el día, cuando se levantó el Comandante Llanos y se empezó la organización de la columna. El convoy se organizó en la plaza con gran trabajo, por lo enorme y heterogéneo que resultaba, mientras las compañías de extrema-vanguardia y vanguardia, ocupaban sus puestos. Era un conjunto de aspecto abigarrado y al propio tiempo pintoresco y triste, el que presentaba la plaza en aquellos momentos en que nos preparábamos todos

para desfilar en dirección á Dagupan, sin saber si llegaríamos, ni siquiera si podríamos romper el cerco que los insurrectos nos habían formado durante el tiempo del sitio.

A fin de no aumentar la impedimenta, se había ordenado por el Jefe de la fuerza, que no se llevara más bulto que uno, y éste en la mano, puesto que el ganado y los carretones que había disponibles estaban destinados á la conducción de cajas de municiones, de soldados enfermos y de los heridos que no tuvieran precisión de ir en camilla. De modo, que las señoras de la colonia llevaban puestas tres ó cuatro faldas á más de los líos de ropa y otros objetos que llevaban en la mano, los empleados civiles y los frailes llevaban al hombro ó en la cabeza, los bultos en que habían aglomerado lo poco que recogieran; además, veíanse en desorden caballos con cajas de municiones, mujeres indígenas con niños en brazos, presos de la cárcel cargados con bultos, soldados conduciendo camillas de heridos y enfermos graves, que cruzaban la plaza en todas direcciones para ir á ocupar su puesto entre las dos filas de la compañía de voluntarios de la Pampanga, que era la encargada de conducir el convoy; mientras los médicos, corrían de un punto á otro, á dar órdenes para completar el número de soldados que tenían que conducir las camillas, y el Comandante á caballo, en el centro de la plaza daba disposiciones por medio de su ayudante el teniente Valle, para terminar, cuanto antes, la organización de la columna.

Llegó el momento en que todo quedó en disposición de empezar el desfile. Y éste no se hizo esperar.

En previsión de lo que pudiera ocurrir, pues era de temer que fuese imposible forzar la línea de asedio, quedó el Comandante Flandes con la 3.ª compañía del batallón cazadores n.º 8 en el Gobierno, y las 2.ª y 3.ª del regimiento n.º 73, distribuídas entre la casa-Ad-

ministración y el convento, con orden de no evacuar la plaza, mientras el oficial ayudante del Jefe de la columna, no se lo comunicase al Comandante Flandes.

Tenía además otro objeto el dejar fuerza en la plaza, y era el de proteger nuestra salida é impedir que una vez efectuada ésta, el enemigo se apoderase del pueblo y nos hiciese imposible la retirada, en el caso de que nos viésemos precisados á ello; y cabía suponer con fundamento que así lo hubieran hecho, puesto que desde las posiciones que ocupaba al otro lado del río de Tarlac (margen izquierda, río abajo), presenciaba el enemigo el desfile de la columna, y, por lo tanto, nada tenía de extraño, que al salir nosotros creyendo evacuada la plaza por completo, intentara vadear el río y ocupar el convento, el Gobierno y la casa-Administración, los cuales eran los únicos edificios que oponían alguna resistencia, aunque no mucha.

Efectivamente: en cuanto empezó el desfile de la columna, un grupo considerable de insurrectos saltaron el parapeto de la trinchera correspondiente al otro lado del río disponiéndose á vadearlo, pero una descarga de la compañía de cazadores alojada en el Gobierno, mandada por el capitán D. Pedro Mosquera, les hizo contenerse en su paso y comprender que debían volver á ocupar sus posiciones, empezando entonces, desde éstas, un fuego graneado á los edificios que ellos suponían ocupados por la fuerza, á la vez que otro grupo importante apostado en el cerro de enfrente del Gobierno, hostilizaba á éste, siendo contestado el fuego enemigo con descargas cerradas de nuestros soldados.

La columna siguió la marcha en dirección á la estación del ferrocarril, yendo de vanguardia la compañía de voluntarios de Illocos Sur, al mando del capitán D. Marcelo González, y defendiendo el flanco

derecho, á fin de evitar que se corrieran por los terrenos que existen entre el camino y la vía, la compañía del capitán Lafuente, de voluntarios de la Pampanga.

Al llegar al camino que conduce directamente á la estación, hizo alto la columna con el objeto de hacer un reconocimiento en el edificio é inmediaciones y bien pronto pudo verse que el enemigo se encontraba apostado en la estación, con trincheras que daban frente al camino y á la vía, y además, tenía defendidos los almacenes. Desde estas trincheras y edificios inmediatos, rompió el fuego el enemigo sobre la compañía de voluntarios de la Pampanga, y el Comandante Llanos ordenó que la 2.ª del 9 reforzara el flanco derecho que enfilaba las trincheras establecidas en la vía perfectamente, con el fin de que, avanzando en esta dirección, ocupara aquéllas y batiera desde allí los edificios tomados de antemano por el enemigo, operación que se llevó á efecto sin grandes dificultades por la disposición en que se hizo el avance, oblicuamente á las trincheras.

Al mismo tiempo la compañía de voluntarios de Ilocos, que constituía la extrema-vanguardia desplegó por la izquierda de la estación rebasando el camino que á ella conduce, quedando así las posiciones enemigas entre dos fuegos: el que hacía la compañía por la izquierda y el de la compañía del 9, que ocupaba ya la trinchera de la vía.

En el camino que debía seguir la columna, había otra trinchera, á unos 200 metros de la estación, la cual ofendía con sus fuegos al frente de la columna y dificultaba las maniobras de los voluntarios de Ilocos Sur. Avanzó la compañía del capitán Valle, del 6, para batir y tomar esta trinchera, la cual compañía, después de media hora de fuego, hizo un hábil despliegue por la izquierda rompiendo la maleza y rebasó la posición, viéndose obligado el enemigo á abandonarla; el capitán Valle con su compañía pretendió

seguir avanzando, pero bien pronto tuvo que parapetarse en la trinchera que acababa de tomar, pues el enemigo lo había hecho en otra establecida á retaguardia de la primera, y desde allí hacía mortífero fuego sobre la citada compañía.

Entre tanto, las fuerzas que batían la estación iban estrechando su círculo, y viendo el Comandante Llanos que había llegado el momento de lanzar las fuerzas á la bayoneta, dispuso que la 5.ª del 6, mandada por el capitán Otero, fuera á reforzar á la de Ilocos, y al toque de ataque, avanzaron todas las fuerzas con decisión, arrojando al enemigo, que huyó por la derecha, en dirección al camino de Victoria.

Después de esta parte de la acción, se reorganizó la fuerza, quedando en la estación un oficial con 50 voluntarios y 20 cazadores de la 2.ª del 9, á fin de que no volviera á ocuparla el enemigo y la compañía de voluntarios de la Pampanga ocupó las trincheras de la parte Sur de la vía para rechazar los numerosos grupos que venían por esta parte, con intención probablemente, de correrse por el terreno intermedio entre la vía y el cementerio, y caer por el flanco sobre los heridos é impedimenta.

Para evitar esto, desplegaron también á la derecha del camino 80 guardias civiles.

Además, á unos 500 metros de la estación, había una extensa trinchera protegida por ancho y profundo foso, que arrancando de la orilla opuesta del río su costado izquierdo, se extendía por la derecha hasta el camino de Victoria cerrando el de Tarlac á Gerona, que era el que se proponía seguir la columna. Y claro que para continuar el avance se hacía preciso dominar esta formidable posición, para la cual, dispuso el Comandante Llanos que la 1.ª compañía de voluntarios de Ilocos Sur atacara de frente y por la izquierda, mientras la del capitán Otero, del batallón cazadores número 6, y la del capitán Muriel (D. Ricardo), del

regimiento n.° 73, acompañadas del teniente de la Guardia civil, Sr. Barreal, práctico en el terreno, avanzaban por la derecha, aprovechando el lugar más á propósito por este flanco, para dominarla. En este momento de la acción, quedaban de reserva la 4.ª del 6, del capitán Valle, ocupando la trinchera que había tomado en un principio; la 2.ª del 9, mandada por el teniente Cleto y la 1.ª de voluntarios de Pangasinán, mandada por el teniente Gistao, la cual venía protegiendo los heridos.

Inicióse el ataque á aquella formidable posición, y la compañía de Ilocos Sur avanzó con resolución hacia ella, de frente, por entre las malezas, viéndose en este momento á los oficiales Sres. Tejedor, Nieto y del Corro, animar con serenidad á la tropa, pero al llegar en su movimiento de avance al terreno despejado, precisamente por el enemigo, se vió barrida por el horroroso fuego que recibía al descubierto, teniendo que buscar el abrigo de la maleza para cubrirse, y desde allí seguir ofendiendo la trinchera con sus fuegos. En vista de que la compañía del capitán González no bastaba á apagar los fuegos del enemigo, dispuso el Jefe de la columna que la 4.ª del 6 fuera á reforzarla con orden de recrudecer el fuego cuanto fuera posible, con el objeto de debilitar el contrario; y en efecto, al poco rato hubo un momento en que casi cesó el fuego enemigo, en cuyo instante se dió la orden de ataque y nuestros soldados se lanzaron á la bayoneta por el terreno despejado; y cuando ya llegaban á la meta deseada, el enemigo, que no había hecho más que ocultarse para que las fuerzas se decidieran á avanzar de frente, volvió á romper el fuego con rapidez tal, que hizo inútil el arrojo de nuestros soldados, á quienes, siéndoles imposible salvar el foso, y materialmente acribillados á balazos, tuvieron que retroceder á ocupar sus anteriores posiciones para reorganizarse, no sin antes haber recogido todos los muertos y he-

ridos que por medio de aquel engaño, les había causado el enemigo traidor.

Dispúsose que avanzara por la derecha á la línea de fuego la 2.ª compañía del 9 de cazadores, que era el último recurso de que se disponía para el ataque, y convenientemente desplegada rompió el fuego lo más rápidamente posible, á ver si podía quebrantar al enemigo. Así se sostuvo el fuego durante largo rato hasta que se observó que se debilitaba el del enemigo, como si empezaran á carecer de municiones los defensores de la trinchera, volviendo de nuevo nuestros valientes soldados á repetir con gran ímpetu el ataque á la bayoneta; mas desgraciadamente, no consiguieron tampoco esta vez, otra cosa, que aumentar el número de heridos y muertos, viéndose obligados, como anteriormente, á retroceder, salvando los heridos.

Ante esta segunda tentativa frustada de asalto, la tropa se desanimó visiblemente. El soldado tiene confianza en sus bríos y en su valor, y cuando no vence en el primer ímpetu, desfallece. Y esto fué lo que ocurrió entonces.

Además los voluntarios de Ilocos-Sur vieron á su capitán herido, el cual no se retiró á pesar de esto, del sitio de combate, y siguió allí, en su puesto, impertérrito, dando voces de mando, tomando las disposiciones propias del caso, animando á sus soldados en aquellos momentos de desesperación en que una fuerza se ve derrotada, y que comprenden las tropas que se hace preciso el retroceso, sin haber conseguido adelantar un paso. ¡ Digno ejemplo de un capitán del Ejército español!

Pero cabía la satisfacción de haberse hecho todo lo que era posible para forzar la línea, y este sentimiento interno de haber cumplido con su deber militar, y de haber dejado bien puesto el honor de las armas, fué el que obligó al Comandante Llanos, á dis-

poner la retirada al pueblo. Y cuenta, que la situación no podía ser más desesperada.

Se habían empleado en el combate todas las fuerzas disponibles para él, inútilmente, puesto que los esfuerzos hechos por la 5.ª compañía del 6, y 4.ª del 73 por la derecha, no obtuvieron tampoco éxito alguno; consumida en su mayor parte la dotación de cartuchos que cada individuo llevaba, la cual se hacía imposible de reponer, por no haber existencia de repuesto; en peligro inminente de que por la retaguardia y flanco derecho se echara el enemigo encima del convoy, pues contínuamente, durante el tiempo que duró el combate, tuvieron que ser rechazados por nuestras tropas grupos considerables, que procedentes de San Rafael y San Miguel intentaban tomar nuevamente la estación y trincheras al Sur y flanco derecho ocupadas por nuestra fuerza, al propio tiempo que las compañías al mando del Comandante Flandes, no dejaron un momento de hacer lo mismo con el enemigo que por el río y camino de San Miguel de Murcia, intentaba apoderarse del pueblo; con la casi completa seguridad de tener que rendirnos á discreción en medio del campo, aunque con un esfuerzo inaudito consiguiéramos rebasar aquella formidable trinchera; todo en fin, contribuyó á adoptar como mejor medida una retirada honrosa. Y así se hizo.

Dióse principio á retirar los heridos y muertos protegidos por la Guardia civil, 1.ª compañía de voluntarios de Pangasinán, y la fuerza que se había corrido por el flanco derecho, la 5.ª del 6 y 4.ª del 73, la cual se incorporó por escalones, haciendo fuego ordenadamente. Procedióse luego á la retirada de la fuerza que atacaba de frente, y cuando ésta estuvo á la altura de la estación, se ordenó que se incorporase á ella el teniente Raposo que ocupaba el edificio con 70 hombres, y la compañía de voluntarios de la Pampanga que ocupaba las trincheras de la parte sur y

flanco derecho, y se dispuso que lo hicieran por el flanco, protegiendo el camino. Con estos movimientos se dió tiempo á que entrara en la plaza el grueso de la columna ordenadamente, y casi al paso ordinario.

Hubo algún desorden en la impedimenta, porque las señoras y las familias indígenas que la componían, al oir el nutrido fuego que nuestras fuerzas hacían desde el convento y Casa-administración al enemigo, que se encontraba á la otra orilla del río, creyeron que estos edificios estaban ocupados por fuerzas insurrectas, pues no sabían que en el pueblo había quedado tropa, en previsión de una retirada, y fué aquél un momento para ellas de ansiedad indecible.

Ya en el pueblo la columna, la fuerza volvió á ocupar sus alojamientos anteriores y posiciones convenientes para aprestarse á la defensa.

La desastrosa acción, empezó á las siete de la mañana, y la entrada en el pueblo tuvo lugar á las once y media. Nuestras bajas consistieron en 4 individuos de tropa muertos y 1 capitán y 43 soldados heridos, siendo de todo punto imposible, precisar las del enemigo por no haber podido tomar la última trinchera, pero debieron ser de consideración por el certero fuego de nuestros soldados. Quedaron en la estación 21 muertos.

Esta fué la última etapa de la heroica defensa de Tarlac en que tantas pruebas de heroísmo ha dado nuestro valiente Ejército. ¡ Viva España !

Capítulo XXX

Rendición de la plaza de Tarlac.

En la tarde de aquel día nefasto para nuestras armas, reunió el Comandante D. Agapito González Llanos, como Jefe de las fuerzas, á los capitanes y comandantes de compañía, para que dieran su opinión acerca de lo que se debía hacer.

En aquella reunión el Sr. González Llanos habló de este modo :

« Les reuno á ustedes, para decidir lo que se crea más oportuno. Ya han visto lo que ha ocurrido; el cerco que nos tienen formado, no es posible forzarlo por lo inexpugnable de sus posiciones. Se hace preciso, pues, decidir de modo definitivo. Si de esta reunión se acuerda la resistencia, la Historia grabará nuestros nombres con letras de oro, porque habremos muerto por la patria, y por el honor de nuestras armas. No tendremos otro premio.

» Si por el contrario, creemos que es más oportuno capitular, entonces será preciso nombrar una comisión que vaya á entenderse, en el mismo campamento enemigo, con los jefes insurrectos que nos asedian.

» Hay que tener en cuenta que tenemos á nuestro cuidado las vidas de más de mil hombres, de las cua-

les somos responsables ante los hombres y ante Dios, y que así como el sacrificio de nuestras propias vidas sería digno de encomio, porque moriríamos considerados como héroes, el sacrificio de las vidas de los demás sería inútil, y constituiría un hecho que la Historia no podría alabar.»

Estas palabras del Comandante González Llanos fueron escuchadas con religioso silencio; en ellas refléjase descarnadamente la postración del vencido y la lógica del que á pesar de la derrota no ha perdido un átomo de la serenidad de su espíritu, la cual serenidad le obliga á mostrarse tan indiferente en medio de la horrible desgracia, que su vida constituye para él lo de menos. Las vidas de los demás, son las que le preocupan, las que quiere salvar á toda costa.

Por eso al preguntar luego, uno por uno á todos los allí reunidos, por unanimidad se acordó la capitulación. Era triste cosa deponer las armas á enemigo salvaje, á quien no se le podría exigir el cumplimiento de las leyes de la guerra, pero no cabía otra solución; la muerte de todos, era sacrificio inútil que no redundaría en beneficio de nadie.

Y si al menos los víveres y las municiones que poseíamos fuesen abundantes, pudiera intentarse el sacrificio, porque los insurrectos, aun en mucho mayor número, no podrían contrarrestar el fuego de nuestros fusiles y el valor de nuestros soldados, pero es que faltaban los alimentos de primera necesidad, como el pan, el vino, el café escaseaba, la carne, los garbanzos, la sal.

No teníamos más que arroz, con el cual nos alimentábamos hacía diez días, y á consecuencia de esta deficiente nutrición, las fiebres habían empezado á hacer estragos en la fuerza, de modo considerable.

Tampoco existían medicamentos para asistir convenientemente á los heridos y enfermos, y muy pronto, en caso de acordar la resistencia, el destacamento

se convertiría en hospital, sin soldados útiles para montar el servicio, con las exigencias y rigorismos que el caso requería.

No cabía, pues, otra solución que capitular en las mejores condiciones posibles.

El acuerdo fué tomado en medio del más profundo silencio; el Comandante González Llanos iba preguntando uno por uno, y todos contestaban con un lijero movimiento de cabeza; parecía como si les repugnara hablar de ello Tan sólo uno defirió de los demás; fué el teniente Tejedor, de la compañía de voluntarios de Ilocos Sur, que al preguntarle el Comandante Llanos, levantó la cabeza con arrogancia y dijo con voz potente.

—«Yo creo, mi Comandante, que debemos resistirnos mientras quede un cargador en las cartucheras de nuestros soldados y un grano de arroz que llevar á la boca. Más aún : el día que ya las municiones se hayan agotado, debemos de morir defendiéndonos á la bayoneta».

La proposición de Tejedor no se aceptó, pero todos comprendieron el patriotismo que rebosaban sus palabras, aunque inútil y perjudicial.

Inmediatamente se nombró para desempeñar la comisión de ir á conferenciar con el titulado general Macabulos y acordar las bases de capitulación, á los Sres. Flandes, Gómez, Lafuente y Orellana; Comandante, Comisario de guerra, capitán y segundo teniente respectivamente, quienes partieron para el campamento de San Miguel, de Murcia, en donde se hallaba establecido el cuartel general del titulado general Macabulos, al día siguiente, 9 de Julio, á las nueve de la mañana.

Por la tarde del mismo día volvieron el Comisario de guerra, Sr. Gómez, y el teniente Orellana, acompañados de los Sres. Bañuelos y Díaz, Jefes insurrectos, con el acta de rendición, quedando en rehenes

hasta después de aprobada, el Comandante Flandes y el capitán Lafuente.

Volvió de nuevo el Comandante González á reunir á la oficialidad y se procedió á la lectura de la siguiente acta, que fué aprobada y firmada acto seguido.

«ACTA DE LA RENDICIÓN DE LA PLAZA DE TARLAC

»En el Campamento General de San Miguel de Murcia, á diez de Julio de mil ochocientos noventa y ocho, reunidos varios señores Jefes y oficiales del Ejército español, entre ellos los Sres. Bienvenido Flandes, D. Inocencio Lafuente y D. José María Orellana, Comandante, capitán y segundo teniente respectivamente del Ejército español, como también el Comandante comisario de guerra del mismo D. Francisco Gómez Gutiérrez, en representación del Comandante Jefe de la fuerza reunida en la plaza de Tarlac D. Agapito González Llanos, consignan por la presente acta, que sitiadas las fuerzas españolas que guarnecen dicha plaza, desde la noche del 3 del pasado mes por las Filipinas, sumamente superiores y que ocupan las posiciones más estratégicas, fueron intimadas por éstas, y S. E. el Sr. D. Francisco Macabulos y Solimán, el día 4 del actual, y del modo más correcto, á fin de evitar derramamiento de sangre, en vista de la inutilidad de toda resistencia; se negó á ello, según la conferencia que tuvo lugar en 5 del actual, en el puente del estero de Binaoganan, entre el barrio de San Rafael y de San Roque (Tarlac), por una parte el Sr. Comandante D. Bienvenido Flandes, del Ejército español, acompañado de D. Carlos González de Lara y D. José María Orellana, segundos tenientes del mismo, y por otra parte D. José Bañuelos y D. Valentín Diaz, Jefes del Ejército fili-

pino, quienes en vista de esta negativa, continuaron las hostilidades y estrechando más y más el sitio, hasta que el día ocho del actual, á las ocho de la mañana, fueron atacadas las más ventajosas trincheras-posiciones filipinas, que duró hasta las doce y media de la tarde, haciendo un movimiento, entre varios de marcha forzada para romper el cordón de fuerzas sitiadoras, del que dió por resultado un fracaso señalado, habiendo tenido que replegarse á la plaza, causando bajas de consideración á las fuerzas españolas; siendo digno de notar el arrojo, valor y disciplina con que se portaron las fuerzas españolas, y la habilidad con que se ejecutaron dichos movimientos, pero que por la superioridad de las fuerzas filipinas y lo ventajoso de sus posiciones éstas sólo tuvieron siete muertos y cinco heridos, que en vista de este fracaso por parte de las fuerzas españolas y de las circunstancias que vienen favoreciendo la revolución Filipina, se le intimó nuevamente á la rendición, para ello se le promovió de nuevo á las negociaciones á fin de llegar á una inteligencia y obtener la rendición definitiva de la plaza de Tarlac, mediante la intervención de los Sres. Bienvenido Flandes, D. Francisco Gómez Gutiérrez, D. Inocencio Lafuente y don José María Orellana por parte del ejército español, y D. José Bañuelos y D. Valentín Díaz, por parte del ejército de Filipinas, y acordaron después en definitiva que los Sres. Jefes, oficiales y clases de tropa que abajo firman, consignan por la presente acta, que sitiados por fuerzas bastantes del Gobierno dictatorial de Filipinas, bajo la dirección de S. E. el señor D. Francisco Macabulos y Solimán, como primer Jefe del Ejército de operaciones de esta provincia, rinden con los individuos á sus órdenes en vista de no contar con más municiones de boca y guerra, y toda vez que han experimentado toda inutilidad de resistencia y que ésta no causaría más que derramamiento de

sangre, sin resultado favorable, y rechaza todo buen sentido y que sólo causaría responsabilidades para ante Dios, ante la humanidad y ante la patria misma que defienden; que á los rendidos se les dará buenos tratos, según el grado de cultura de cada uno, y le prestará todo fuero de consideraciones, sin agresión alguna, ni se les ha de recoger ni sustraer las prendas ni otro objeto de su propiedad; que los seño-ñores Jefes y oficiales y el elemento civil, con sus respectivas familias, tienen la completa libertad de fijar su residencia dentro de la Isla de Luzón; este acuerdo de rendición será cumplido por parte de todos, en particular por los Sres. Jefes y oficiales del Ejército español, quienes le harán cumplir bajo su palabra de honor á sus subordinados, comprometiéndose á quedar en el campamento General del Ejército filipino, que se encuentra en este barrio ya citado de San Miguel, D. Bienvenido Flandes, D. Inocencio Lafuente, D. José M.ª Orellana, Comandante, capitán y segundo teniente respectivamente del Ejército español, hasta tanto no verifique la entrega de todos los fusiles y toda clase de armas, incluso todos los pertrechos de guerra existentes y todo lo que sea del Estado, como fondos y otros; que la forma de entrega y recepción de dichas armas y otras arriba indicadas, queda á la completa libertad de S. E. D. Francisco Macabulos y Solimán, para que disponga de la manera que le plazca, pero que dicho acto se llevará á cabo en todo el día de hoy, y lo más tarde en la mañana del día siguiente.

Y para que así conste, se extiende la presente acta por triplicado, que firman los Sres Jefes, oficiales ya nombrados en este campamento ya citado y en la plaza de Tarlac, antes de verificar la entrega el Comandante Jefe de las fuerzas y todos los Jefes y oficiales de la guarnición.

Siguen las firmas de los representantes por ambas

partes y de todos los Jefes y oficialles de la guarnición de Tarlac, exceptuando los heridos.

Comandante, Bienvenido Flandes; Inocencio Lafuente, Valentín Diaz, José Bañuelos, José M.ª Orellana, Agapito G. Llanos, José García, Julio Ronderos, Manuel del Valle, Gavino Otero, Julián Salobre, Francisco Cordero, Bonifacio González, José Sánchez, Narciso Vera, Juan Barrera, Carlos García, Mariano Robledano, Juan Luque, Felipe Fernández, Salvador Azara, Francisco Montijano, Juan Roche, Federico Gómez, Manuel Rodríguez, Venancio Zanón, Jose Rodríguez, Romualdo Portilla, Ricardo Planchuelo, Juan López, Juan Espejo, Guillermo Vázquez, Tomás Ruiz, Francisco Suárez, Segundo Rodríguez, Ricardo Muriel, Cirilo Pérez Bretón, Antonio Muriel, Manuel Bastida, Francisco Besteiro, Pedro Mosquera, Félix Alonso, Francisco Escrich, Domingo Tejedor, Remigio del Corro, Rafael Raposo, Pío Arias, José Nieto, Fernando Martín, Rafael Hidalgo, Julio Castro y José Barreal».

A las ocho de la mañana del siguiente día quedó constituído el nuevo Gobierno, procediéndose ante todo á la entrega de armas.

Nuestros soldados no se convencían de que era preciso entregar las armas á toda costa, y buen trabajo costó á sus oficiales convencerles de ello.

El acto revistió una solemnidad y una tristeza extraordinaria, imposible de ser trasladadas al papel.

A las doce entró la chusma insurrecta en el pueblo. Ya saben mis lectores lo que ocurrió, puesto que de ello hablo en las primeras cuartillas; y á las cinco de la tarde hizo su entrada triunfal en Tarlac, al frente de todas sus fuerzas, el titulado General Macabulos, al que acompañaban el Comandante Flandes y el capitán Lafuente.

Entonces se pudo observar el contraste horrible

de la alegría de los unos, de ellos, de los salvajes, con el sollozar continuado de los otros, que todavía no se habían conformado con su suerte; y los vivas de los insurrectos á Macabulos, á Aguinaldo, y al Ejército libertador de Filipinas, se confundían con los gritos de rabia que interiormente proferíamos los demás, al vernos desarmados, maltrechos, vencidos de modo traicionero.

No puedo continuar escribiendo estas cuartillas que me llenan de pesadumbre el alma, puesto que me hacen recordar que allí todavía gimen su infortunio unos cuantos miles de nuestros hermanos, que no han podido evadirse de las garras ensangrentadas aún por los crímenes cometidos en seres indefensos, de aquellos tigres de la humanidad, cuya primer página de su Historia, la han escrito con sangre nuestra, sacada de las venas á traición.

Capítulo XXXI

Los prisioneros. — Banquete.

Ya en el prólogo de este libro digo la distribución que de los españoles del destacamento de Tarlac hizo el titulado General Macabulos, quién parecía que deseaba dar á cada uno las mayores comodidades posibles, para lo cual anunció á los oficiales que podían residir donde quisieran del territorio ocupado por los filipinos. El primero consultado fué el Comandante Flandes, quien manifestó al general insurrecto que él se quedaría en el pueblo, por ser el punto en que había mayor número de sus soldados. Lo propio hicieron algunos oficiales de la columna Flandes : los tenientes Orellana, Escrich, Besteiro, Alonso, Martín y el capitán Portilla, de la Guardia civil, y sus oficiales, Barreal, Donoso López, Planchuelo, y otros. Los tenientes Odero, García, Gistao y Robledano, pasaron á Gerona ; en este pueblo se encontraba la familia del Conde de Villanueva, y á él fué también la familia del Gobernador civil, D. Federico Jaques.

Los heridos y enfermos, á petición de los médicos militares que les asistían, fueron trasladados á San Fernando de la Pampanga, y á este pueblo fueron también el comandante Sr. González Llanos, y mu-

chos de sus oficiales: capitanes Valle, Otero, Lafuente, Muriel (Antonio) y Muriel (Ricardo), y los tenientes Gomez Morató, Barrena, Suárez, Luque, Fernández, Cardoso, Valle, Rodríguez, y otros más, cuyos nombres no recuerdo; los oficiales de Administración Sres. Zanón, Fernández de los Ronderos, García, con el Comisario de Guerra D. Francisco Gómez, y algunos empleados civiles: el Juez de 1.ª instancia, don Francisco Gutiérrez; el Promotor Fiscal, Sr. Zurbano; el Administrador de Hacienda, Sr. Barreiro; el Interventor, Sr. Badal; el Oficial 4.º del Gobierno civil, Sr. Giménez, y el Ayudante de Montes, Sr. Bono.

Todos estos oficiales y empleados civiles quedaron á disposición del General insurrecto Mascardo, quien les hacía ir á presentarse los miércoles y los sábados de cada semana.

La presentación consistía en llegar al convento, en cuyo edificio había establecido su residencia el General Mascardo, tomar nota de los asistentes á la presentación, que era siempre á las nueve de la mañana, y despedirles.

Esta operación, que se repetía constantemente lo mismo en los días citados, hacía el efecto de una función teatral, pues realmente el hecho de que *un* Mascardo, de color aceitunado, mestizo-chino, con los pómulos abultados, los ojos rasgados, y dirigidos abajo y atrás, la nariz achatada y sin pelo de barba, fuera el encargado de pasar revista á 30 ó 40 oficiales del Ejército español, que el de menos alcances, valía mucho más que Mascardo, y que el mismo Presidente de la República, tenía mucha gracia.

Al principio, Mascardo dejó á los oficiales y empleados civiles prisioneros, circular libremente por el pueblo de San Fernando; poco después, los reunió á todos en un caserón enorme y viejo, y puso guardia insurrecta á la puerta, con el objeto de que no salieran. Unicamente gozaban de esta libertad los médicos,

quienes vivían con sus heridos y enfermos, y podían salir cuando les llamaba algún vecino del pueblo, por necesitar de sus auxilios.

En Tarlac, no había presentaciones de ninguna clase. El General Macabulos, había consultado el caso con el Comandante Sr. Flandes, y éste habíale manifestado que él respondía de que no se escaparía ni uno de sus prisioneros; de modo, que no había inconveniente alguno en que se les dejara circular libremente por el pueblo, y hasta, si les venía en gana, trasladarse de un pueblo á otro. Y era tal la confianza que el Comandante Flandes inspirara al General Macabulos, que no volvió á ocuparse más de aquel asunto.

Como es natural, la diferencia de trato observado por ambos *generales* en Tarlac, y San Fernando, hizo que muchos de los oficiales que se encontraban en este último punto pidieran ser trasladados á Tarlac, quedando allí únicamente los médicos, los enfermos y heridos en curación, y el capitán Lafuente, con sus oficiales Sres. Fernández, Castro y González, y á su vez, el hermano de D. Federico Jaques, D. Cándido, con su señora esposa D.ª Pilar Yuste y su hermana doña Adela, se trasladaron de Gerona á San Fernando de la Pampanga.

Sería imposible materialmente apuntar aquí todos los atropellos que cometió el nuevo Gobierno revolucionario al tomar posesión de Tarlac. Lo primero que hicieron los jefes insurrectos, como para demostrar el espíritu de que llegaban animados, fué incomunicar y someter á un proceso á los capitanes Bretón y Enríquez; al primero por haber *asesinado* según decían ellos, á uno de los principales insurrectos de la provincia en el tiempo en que el capitán Bretón estuvo encargado de mandar aquella línea de la Guardia civil; y al segundo, capitán de la compañía de Voluntarios de Pangasinán, porque decían, no había cumplido la palabra que les había dado de levantarse

en armas con su compañía, contra los españoles. Hay que advertir, y creo que esto también queda dicho en un capítulo anterior, que el D. Mariano Enríquez, es filipino. Tanto al uno como al otro, los encerraron en una habitación que durante nuestra dominación había servido para guardar los fondos de la Administración de Hacienda de la provincia, de un metro cuadrado de extensión, sin más luz ni ventilación que la que daba una ventana de rejas de un palmo aproximadamente de lado; las paredes tendrían medio metro de espesor, y la puerta pequeña por donde se entraba, era de hierro grueso. Calcúlese, pues, el efecto horrible que les produciría á los capitanes Bretón y Enríquez el penetrar en aquella mazmorra, comparable á las que durante la Inquisición servían para los *impíos*. Mas, no les bastó á aquellos salvajes este sufrimiento: los cuatro primeros días que estuvieron encerrados allí, por las mañanas les dieron á cada uno veinticinco palos, y no permitían que se les diera agua durante el día, y los alimentos que les daban consistían en arroz cocido sin sal (morisqueta). Así, en aquella angustiosa situación permanecieron los capitanes Bretón y Enríquez, hasta que gracias á la mediación del Comandante Flandes y de sus compañeros de cautiverio, se consiguió que el titulado General Macabulos, diera orden para levantarles la incomunicación, quedando en las mismas condiciones que los demás prisioneros de guerra.

A más de este atropello, por el *Teniente Coronel del Estado Mayor* de Macabulos, se ordenó á todos los capitanes de compañía, que rindieran cuenta de los haberes que habían entregado á los soldados, obligándoles á devolver el dinero que devengaron desde el día de la capitulación, y á los oficiales también les obligaron á entregar las dos terceras partes de sus pagas, pues ellos decían, que habiendo cesado la soberanía de España en aquel territorio el día 10 de Julio,

en que tomó posesión de él el Gobierno revolucionario, los oficiales no tenían derecho á cobrar más que los diez días primeros del mes. Resultaba ignominioso aquel acto de entrega del dinero cobrado legalmente; pero no había más remedio que obrar como ellos querían, so pena de seguir el camino de los infelices Bretón y Enríquez.

Con los frailes cometieron barbaridades sin cuento. En la cabecera de Tarlac se habían reunido la mayor parte de los frailes de los pueblos de la provincia, y al rendirse las fuerzas de Tarlac, los insurrectos, lo primero que atendieron fué á registrar las habitaciones que ocupaban los frailes en el Convento, amenazándoles con la muerte si ocultaban el dinero. Así es que les robaron todos sus ahorros, hasta dejarles sin una peseta, todo ello ejecutado de mala manera, á viva fuerza; y luego, para colmo de males, el día 12 de Julio, dos después de la capitulación de la plaza, los trasladaron á Victoria, pueblo distante dos horas de Tarlac, en donde los tuvieron completamente incomunicados, dándoles arroz negro, y pescadillo seco para comer, y dejándoles al libre arbitrio de los soldados insurrectos que los insultaban, y les obligaban á barrer las calles y á fregar el suelo de la asquerosa habitación en que vivían.

El *General* Macabulos, quiso celebrar la toma del pueblo de Tarlac, con un banquete y un baile, y en los salones de lo que había sido hasta entonces Gobierno civil de la provincia, reunió la noche siguiente al día de la capitulación, á todos los *Jefes* y *oficiales* á sus órdenes, con sus respectivas familias; acudieron además, de los pueblos vecinos, las principales damas, si damas pueden llamarse á aquellas indígenas más ó menos bien ataviadas, é invitó asimismo al ex Gobernador civil D. Federico Jaques y á su señora esposa D.ª Cruz Varona Betancur, quienes no tuvieron incon-

veniente alguno en asistir á aquel baile en celebración de nuestra derrota. ¡ Felices ellos que tuvieron valor para asistir á semejante fiesta ! En cambio, el propio D. Federico Jaques no lo había tenido en los momentos de apuro.

Decir que el salón estaba brillante de luz y de hermosura, eso lo dejo para los revisteros cursis ; lo que importa saber es que se comió y se bailó de lo lindo, con asistencia nada menos que del ex Gobernador y su señora, que como se comprende, fueron la nota cómica de la fiesta.

Por conducto digno de crédito, aunque no me atrevo á confirmarlo, sé que el titulado General Macabulos habló durante la comida con D. Federico Jaques, y entre otras cosas le dijo que el Gobernador civil de Bataán D. Antonio Córdoba, se había disparado dos tiros de revólver el día de la rendición de la plaza y como, al parecer, le contestara Jaques que había hecho mal, Macabulos, dándolo una lección de dignidad y de amor propio, de lo cual andaba D. Federico bien necesitado por aquellos días, le dijo :

—No señor, no hizo mal ; era un Gobernador digno y un buen español, y no pudo resistir á la desesperación que le produjo el ver sustituir la bandera española, por la revolucionaria.

Entretanto, la señora D.ª Cruz Varona hablaba á más y mejor con las invitadas á la fiesta, y según tengo entendido, no dejó de decir que ella era cubana, de familia insurrecta, etc., etc.

Lo cierto es que uno y otra, salieron satisfechísimos del baile en conmemoración de la toma de Tarlac. Es verdad que tuvieron el buen acuerdo de abandonar el salón antes de terminar. Conviene hacerlo constar todo.

Capítulo XXXII

El Comandante Ceballos. — Capitulación de Dagupan

Era el Comandante D. Federico Ceballos, el Jefe Militar de la provincia de Pangasinán, y tenía su residencia habitual en Bayambang; pero como ya he dicho en uno de mis anteriores capítulos, en Junio del 98, cuando ya levantado el país en armas, llegó allí la columna del Comandante González Llanos, procedente de Zambales, después de arreglar las vías telegráfica y férrea entre Bayambang y Dagupan, el Comandante Ceballos, creyó más oportuno dirigirse con sus fuerzas á este último punto por creerlo sitio donde era más fácil la resistencia, y así lo hizo, á la vez, que la columna Llanos se dirigía á Tarlac.

Ceballos era de los militares conocidos en Filipinas por varias cosas: llevaba muchos años de país, puesto que ya de teniente estuvo destinado en Mindanao, y en aquella época se dió á conocer como espadachín afortunado, pues, según cuentan, mató en desafío á un oficial, por no sé que historias de la vida íntima, que no he de ser yo quien las cite aquí.

Realmente era de los hombres que «tenían cosas», y muchas veces hacían gracia sus genialidades. Ade-

más, bebía mucha ginebra y en Filipinas, siempre ha sido cualidad importante el ser « ginebrista », como llaman á los que tienen ese vicio. Luego en la insurrección de Cavite conquistó fama de valiente, de carácter entero y enérgico, de hombre de condiciones para el mando, y por méritos de guerra, llegó á Comandante en muy poco tiempo, pues en tiempo de paz, probablemente no lo hubiera sido nunca. Su carácter especial de parlanchín y poco comedido en la conversación, sobre todo después de haberse bebido algunas copas, fueron las causas de que no ascendiera á Teniente coronel por la acción de la toma del pueblo de Maragondón, en donde dicen que se batió como un héroe.

La verdad que nó puede estar descontento con su suerte, porque en Madrid, en los primeros años de su juventud era cajista de imprenta y no podía él entonces suponer que llegase á donde llegó más tarde. Podemos decir, pues, que es hombre que ha pasado por todas las vicisitudes de una vida azarosa, llena de obstáculos y que todos los ha ido venciendo, y el que pueda decir eso como él, debe estar satisfecho del sino que le acompaña.

Hoy se encuentra en condición de prisionero de guerra, de cautivo; mejor dicho: de secuestrado, porque yo no considero como prisioneros á los españoles que tiene Aguinaldo en su poder, sino como secuestrados, pues desde el momento en que ha cesado la Soberanía de España en Filipinas, los españoles son allí extranjeros, y en este concepto, como están cautivos sin causa justificada, se hace preciso cambiar la denominación de prisioneros por la citada.

En Marzo último, se encontraba el Comandante Ceballos en Dagupan; hoy ¡ Dios sabe donde estará ! En Cabanatuán, en San Isidro de Nueva-Ecija, quizá en Cagayán.

Al llegar á Dagupan el Comandante Ceballos, el

16 de Junio, alojó la fuerza en los edificios que ofrecían mejores condiciones de resistencia: el convento, la iglesia, la estación del ferrocarril, las Escuelas Pías y algunas casas de españoles allí radicados; estableció avanzadas y montó el servicio de modo, que no fuera posible una sorpresa por parte de los insurrectos, y esperó tranquilo el momento del ataque, pues era seguro que éste vendría en la hora menos esperada. Y así pasaron las tropas los días de aquel mes, acuarteladas, siempre dispuestas al combate y haciendo continuos reconocimientos por los alrededores del pueblo, á fin de evitar un ataque inesperado. En estas condiciones, llegó el día 18 de Julio; ya tenían noticia de la rendición de la plaza de Tarlac; de modo, que el ataque á Dagupan no se haría esperar, pero el Comandante Ceballos quiso reunir á la oficialidad en el convento, con objeto de celebrar el día de su santo.

Todos los oficiales, pues, abandonaron sus puestos por mandato del Jefe Militar y se reunieron en las habitaciones que ocupaba el Comandante Ceballos, quien ya tenía dispuesta una banda de músicos del pueblo, de los que aun seguían siendo leales á la causa de España Todo era alegría y animación en el convento de Dagupan entre diez y once de la mañana, y mientras el Comandante y los oficiales daban buena cuenta de las botellas de Jerez y de los dulces y pastas secas con que aquél obsequiaba á la oficialidad, y los músicos tocaban aires populares en la calle, de esos que levantaban el espíritu patriótico del pueblo al empezar las campañas, los insurrectos en acecho, en las cercanías, esperaban el momento oportuno de dar el golpe, de empezar el ataque contra los defensores de Dagupan. Y así, en efecto aconteció.

En el convento todo era ruido de vasos y de música, y de hablar animado como consecuencia legíti-

ma de haber escanciado ya algunas botellas de vinos y licores, cuando un estruendo horrible como de descarga cerrada hecha por número considerable de fusiles, pues tal se vió luego que era el estruendo, dejó á todos atónitos, como petrificados, pues quien más y quien menos comprendía que no era aquel su puesto, en días de peligro. La confusión que se produjo en los momentos que siguieron á la primer descarga enemiga, fué horrible; pero poco después, se restableció el orden y los oficiales salieron del convento para ir cada cual á ocupar sus puestos respectivos al frente de sus soldados, encomendados únicamente entonces á la voz de mando de los sargentos y de los cabos, mientras el Comandante Ceballos sin tomar ninguna disposición rápida y enérgica, seguía comiendo y bebiendo y dando gritos:

—¡Ya estoy en mi elemento! ¡Ya estoy en mi elemento!

Los músicos, como es fácil comprender, huyeron despavoridos, y poco después no se oían más que el ruido de las descargas de nuestros cazadores contestadas por las enemigas con una tenacidad desesperante, que demostraba al que observase con detención el curso del combate, la ansiedad y el valor con que se batían los insurrectos.

Pero á la fin, como siempre, vencieron los nuestros; el ímpetu de las tropas que guarnecían Dagupan, obligó al enemigo á que cesara el fuego y á replegarse en retirada, y últimamente á huir de modo vergonzoso, dejando en el campo muertos y algunos heridos.

Desde aquel día tuvieron combates diarios y de verdadera importancia, hasta que de la noche á la mañana, sin previo aviso, ni reunión de oficiales, teniendo municiones y víveres suficientes aún para resistirse; de modo inexplicable, en una palabra, el 22 de Julio, apareció la bandera blanca de Parlamento y

salió en carruaje el Comandante Ceballos á conferenciar con los jefes enemigos, volviendo al pueblo ya con éstos y con la siguiente acta que obligó á firmar á toda la oficialidad.

Dice así el acta :

« En Dagupan, á 22 de Julio de 1898, reunidos en Consejo de Guerra los oficiales de la guarnición, bajo mi presidencia, acordaron en vista de la hostilidad manifiesta de todo el país, contándose entre los españoles 112 heridos y enfermos, y habiendo hecho dos meses de continuada resistencia y uno de asedio de esta plaza, ante la imposibilidad de resistir por más tiempo á las fuerzas que la atacan y evitar el derramamiento de sangre inútil y estéril, tanto de las fuerzas de la guarnición, cuanto de la numerosa colonia europea existente en la plaza ; todos de acuerdo decidieron la rendición y entrega de la plaza, bajo las instrucciones siguientes : 1.ª Se arriará la bandera con los honores de ordenanza. 2.ª Las fuerzas de la guarnición saldrán con los honores de la guerra, haciendo entrega de las armas, municiones y demás efectos de guerra, reservándose á los Jefes y oficiales el derecho á conservar sus armas, compuestas de revólvers y sables, como de su legítima propiedad. 3.ª Se respetarán las vidas é intereses de todos los españoles y de los naturales que hasta la fecha han estado acogidos al pabellón español. 4.ª Los heridos y enfermos quedarán bajo la responsabilidad del Jefe que mande la guarnición de esta plaza, observándose con ellos lo que la humanidad ordena y está prescrito en el Tratado de Ginebra. 5.ª Olvido completo de agravios pasados, relacionados con la campaña, ó por todo acto de servicio. 6.ª Que no pueda obligarse á ningún Jefe, oficial, ni soldado español á tomar las armas contra España si opta por quedarse aquí. Y para que conste se levanta la presente acta, de la cual se harán siete ejemplares que firman todos los reunidos.

»Conformes con lo expuesto en la presente acta, los Jefes del Ejército libertador de Filipinas, D. Pablo Tekson, D. Gregorio Mayor, D. Casimiro Tinio y Tranquilino Pelmoz».

Como se ve no se compagina muy bien lo dicho anteriormente, respecto del sitio de Dagupan con el acta de capitulación que transcribo, pero como lo manifestado antes, me ha sido participado por testigos presenciales, quédese así lo dicho, y en su día se pondrán en claro los hechos.

CAPÍTULO XXXIII

Traidores á la patria

Capítulo de ignominia será éste. Triste es tener que hablar en un libro, donde lo que se trata, es de ensalzar el honor de la raza y del Ejército, de españoles que se han mostrado traidores á su patria, pues esto, no se concibe en hombres que hayan nacido en este suelo, ni es perdonable, sean las que quieran, las circunstancias por que atraviesen. Y digo esto, porque se ha tratado de disculpar, en ocasiones, el hecho inicuo cometido por algunos españoles de pasar á las filas del Ejército filipino, después de la rendición de Manila, diciendo los que les disculpaban, que era preferible esto, á que pasaran al ejército americano.

Yo creo que no es disculpable nunca tal falta; más, yo creo que el español, militar ó no, por el mero hecho de ser español, debe sufrir con resignación todo lo que venga como consecuencia de una desgracia nacional, sin perjuicio de que después, á su debido tiempo, culpe á los que crea responsables y haga los cargos y las protestas oportunas.

Yo conceptúo tan traidores á la patria á los que se han pasado al Ejército filipino, como los que se hubieran afiliado al americano. Porque aquí, no cabe

más que un dilema: ¿existe ó no existe traición? existe, luego no hay que preguntar más: los traidores, todos, deben ser castigados lo mismo.

Y para concretar; yo creo que todos los que, sea por lo que fuere, usaron el triángulo, símbolo del *Katipunan,* en el sombrero, son tan traidores como los que de hecho se afiliaron á los revolucionarios. Por eso quiero desenmascararlos, para que el público que me lea los conozca y los señale con el dedo cuando los vea por ahí, porque tengo que advertir que algunos de ellos siguen paseándose hoy por las calles y siguen siendo considerados como personas decentes.

Lástima grande que no los conozca á todos, y lástima también que los que conozcan á los demás, que yo no citaré aquí, no lo hagan, á fin de que no quedase uno siquiera de aquéllos sin el correspondiente castigo, si no de los tribunales, por lo menos de la opinión pública.

A los pocos días de rendirse la plaza de Tarlac, vimos todos los prisioneros con desprecio, á los hijos del Conde de Villanueva, con escarapela de los revolucionarios en el ancho sombrero de paja; y poco después, por boca de los mismos *Jefes y oficiales* de la insurrección, supimos, no sólo que de hecho pertenecían al ejército revolucionario, sino que habían estado, durante el ataque de la noche del 3 de Junio, haciendo fuego contra las tropas españolas. Ya en otro capítulo hablo y pongo de relieve de modo categórico quien era el Conde de Villanueva, y por consiguiente, no necesito aquí extenderme en más detalles.

En la misma provincia de Tarlac existieron otros dos traidores: el médico titular D. Manuel Murciano, andaluz, y un comerciante llamado Díaz, gallego, establecido en el pueblo de Bamban, quienes se presentaron en San Fernando de la Pampanga á los Jefes

insurrectos, en cuanto abandonó el pueblo la columna del General Monet.

Y así se explica que Díaz campara por sus respetos, sin trabas de ningún género, mientras sus compatriotas se hallaban prisioneros; y que D. Manuel Murciano, fuera á Manila pocos días después de la rendición de la fuerza destacada en la cabecera de Tarlac. Ambos usaron el triángulo en el sombrero.

De la conducta observada por el Gobernador civil D. Federico Jaques, ya he hablado lo bastante para comprender que no cumplió con su deber de español de pura raza.

Lo haría quizás por cobardía, por miedo á lo que pudieran molestarle los revolucionarios, pero yo no comprendo esa cobardía cuando éramos muchos los prisioneros que podíamos abrigar los mismos temores que él, y sin embargo no tuvimos necesidad de recurrir á medios tan excecrables.

Además, una vez en Manila el ex gobernador civil de Tarlac, publicó una carta en el periódico revolucionario *La Independencia*, en la que, dando pruebas de muy poca dignidad y vergüenza de español, alababa al Gobierno de la República, cuando, como él decía, «no podía obedecer á imposición de nadie,» puesto que se encontraba en Manila, ya fuera, por lo tanto de la jurisdicción de los insurrectos.

Podemos, pues, convenir en definitiva, que D. Federico Jaques, si no ha hecho traición á su patria de modo manifiesto, demostró, por lo menos en aquella ocasión, que es un cobarde; y este sólo hecho basta para que le miremos con desprecio.

En la provincia de Pangasinán, también ha habido dos casos, que yo conozca, de españoles que se han conducido muy poco en harmonía con la dignidad que en aquellos momentos de prueba, debieron demostrar.

Uno de ellos fué el Gobernador de la provincia

Sr. Urrengochea, quien fué á Filipinas recomendado eficazmente por una alta personalidad del Estado, y el que después de capitular el Comandante Ceballos con la fuerza de la provincia, hizo con los Jefes insurrectos bajezas sin cuento, y usó también la escarapela tricolor en el sombrero. Fué uno de los tres que consiguieron la libertad después de cometer una serie de hipocresías y vejaciones ante los principales personajes de la insurrección, pues la señora del ex Gobernador Sr. Jaques, y la del Secretario del Gobierno civil de Pangasinán, no tuvieron inconveniente en ir á Malolos varias veces á gestionar la libertad de sus respectivos esposos y del Sr. Urrengochea, á cambio de prodigar alabanzas inmerecidas siempre, y muy poco dignas, además, pronunciadas por labios españoles.

La libertad en aquellas circunstancias resultaba hermosa, pero hermosa era también para los demás y no llegamos al caso de ir á pedirla por caridad, á cambio de afirmaciones indignas, de rebajar á los ojos de aquellos salvajes las cosas de España.

También debo de hacer mención aquí del Oficial cuarto del Gobierno civil de Pangasinán, Sr. Pardo, quien no sólo usó el símbolo ya tantas veces citado del *Katipunan*, sino que se puso al servicio de la insurrección, después de la rendición de Manila.

Algunos más podría citar, como el capitán Lladó, quien fué uno de los protagonistas de la rendición de Dagupan, pero éste y los demás á quienes se les podrían hacer cargos por igual concepto, siguen aún en poder de Aguinaldo, pues, al parecer, no les sirvieron á éstos las alabanzas y las hipocresías, como á los demás, y por lo tanto como aun está por ver la suerte que correrán aquellos infelices, no es momento oportuno de decir de ellos las faltas que hayan podido cometer como españoles, pues no sabemos si á estas horas habrán abjurado de sus errores. Queden

pues, estos nombres en el misterio, mientras no se resuelva la suerte de nuestros hermanos prisioneros, de modo definitivo.

Pero á los que no es posible pasar por alto, es al teniente Hernando y al Ayudante de Montes Sr. Espina, este último hijo del coronel del mismo apellido, quienes al rendirse la plaza de Manila quedaron afiliados al ejército revolucionario: el primero como capitán de Estado Mayor, ayudante del General insurrecto Antonio Luna, y el segundo, como Comandante de ingenieros. ¡Oprobio é indignación para estos hijos espúreos de la patria!

De los individuos de tropa ha habido también algunos que se pasaron á las filas enemigas, pero de éstos hay que distinguir tres clases: unos, que lo hicieron después de caer prisioneros en provincias, obligados por el hambre y esperando el momento oportuno de escapar á Manila; otros, que no se afiliaron de hecho al ejército revolucionario, pero que con el fin de aliviar su situación de prisioneros, eran asistentes de los oficiales y Jefes insurrectos y debido á esto, venían obligados á hacer y á decir cosas que favorecían á la causa de la revolución y que no sentían; y algunos, por último, y éstos son realmente culpables, que desertaron de nuestras filas para ir á engrosar las del enemigo, pues éstos ya no lo hicieron obedeciendo á fuerza mayor, y por causas ciertamente atendibles, sino que demostraron llevar dentro de sí la idea inicua de la traición. Afortunadamente, son pocos los que se cuentan entre estos últimos.

Aparte de éstos, que yo conceptúo como traidores á la patria, con más ó menos atenuantes, excepción hecha de los desertores, del teniente Hernando y del hoy *Comandante de ingenieros* Espina, en Filipinas, ha habido un gran número de oficiales de nuestro ejército, que por ser hijos del país, pasaron al ejército revolucionario, al invadir éste el territorio. Pero és-

tos, en medio de su imbecilidad, cumplieron como buenos; han estado al lado de España mientras ésta dominó en el Archipiélago, y al terminar la soberanía española, han seguido siendo filipinos y defendiendo á Filipinas; á su verdadera patria hoy.

Entre ellos, los más importantes son Torres Bugallón, Queri y Sytiar, tres ex capitanes de nuestro ejército. Además, una porción de oficiales y sargentos, cuyos nombres no recuerdo.

Torres Bugallón, fué nombrado Teniente coronel al pasarse al campo revolucionario, y poco después fué ascendido á Coronel, pero el día 5 de Febrero último murió en la refriega que tuvieron los filipinos y americanos en los alrededores de Manila.

Queri y Sytiar, ambos Tenientes coroneles del ejército revolucionario, son los que intervienen más directamente en la Secretaria de Guerra, pues sin ellos, difícilmente se podría dar solución apropiada á muchos asuntos.

Antes de terminar, no quiero dejar de hablar de otro traidor á España, el ex capitan Celso Mayor, que se pasó al enemigo durante la campaña de Cavite, ya en sus postrimerías. Es hoy Coronel del Ejército filipino; quizás á estas horas haya ascendido á General. ¡Qué Dios le conserve esos honores!

Celso Mayor, Hernando y Espina son los tres traidores que pueden servir de modelo de traición inicua é infame. Sus nombres deben conservarse en la memoria de todos para maldecirlos y despreciarlos siempre.

Capítulo XXXIV

Estado de los prisioneros. — Los responsables

Podría hablar mucho acerca de este punto, pero la índole de este libro me obliga á ser todo lo parco posible en detalles, que no sean de verdadera importancia.

El estado en que se encontraban nuestros hermanos prisioneros de los tagalos, como han dado en decir, cuando en realidad lo son de los filipinos, porque los tagalos son únicamente los que han nacido en una región determinada, comprendida por las provincias de Manila, Cavite, Nueva Ecija, Zambales y Bulacán, en las cuales se habla el dialecto tagalo, como en Ilocos se habla el iloco, y en Tarlac y la Pampanga, el pampango. Repito, pues, que el estado de los prisioneros variaba según la provincia en donde se encontraran, y, quien fuera el Jefe insurrecto que dominase allí. Así, en Tarlac, los prisioneros se hallaban relativamente bien, pues podían circular libremente por el pueblo, ir á la estación del ferrocarril, pasear por la orilla del río, presenciar desde allí aquellas puestas de sol hermosas de Filipinas, dignas del pincel de Velázquez, y aspirar la brisa del crepúsculo con toda la fuerza de los pulmones, mientras revoloteaban en

la memoria recuerdos de esta tierra tan querida y tan genuinamente española, y se hacían planes, descabellados muchos de ellos, para cuando se pudiera regresar á España, al lado de los nuestros, que luego se desbarataban al volver á la realidad desesperante de la vida del prisionero, encerrado en aquellas cuatro, paredes de tablas mal unidas entre sí, y cuyo suelo, que servía al propio tiempo de cama donde *reposaba* el cuerpo, se hallaba constituído por cañas que dejaban dolorido el tronco, después de pasar una noche de insomnio, con las ansias de vivir, y la nostalgia de las afecciones dejadas á tantas leguas de distancia.

En cambio, los que se encontraban en la provincia de Pangasinan, no tenían, ni con mucho, la libertad de acción de aquellos: desde los primeros días de la rendición de Dagupan, se obligó á los prisioneros españoles á trabajar en las carreteras, unas veces ocupándoles en la demolición de trincheras, otras en tronchar árboles, en arreglar los caminos, etc., y al propio tiempo, los tenían encerrados, las horas que no eran de trabajo, en una casa grande, todos reunidos allí, con centinelas de vista á la puerta.

Claro que la vida de estos prisioneros se había de hacer más odiosa, más triste, más desesperante. Algo parecido á esto, ocurría en Nueva Ecija, en donde, desde el Comandante Génova hasta el último soldado, todos estaban encerrados en un caserón de tablas, destartalado y sucio, sin más cama que el santo suelo, ni más mueble que unos cuantos cajones, que les servían para sentarse.

En Bulacán y Pampanga, no se llevaba tan rigurosamente el hecho de tener encerrados á los prisioneros: en estos puntos, únicamente los encerraban y les ponían centinelas de vista, cuando se tenían noticias de que en otra provincia cualquiera, por lejos que ésta fuera, se había escapado un prisionero; entonces, tan sólo, tomaban precauciones con los de es-

tas provincias. ¡Vaya una manera de administrar justicia!

No ocurriendo esto, á los oficiales, los dejaban en libertad para andar por donde se les antojara, mientras no salieran del radio del pueblo, y á los asistentes de éstos y á los soldados que estaban al cuidado de heridos ó enfermos, les permitían durante ciertas horas salir á buscar lo que necesitaran, ya sea para los oficiales á quienes servían, ya para los enfermos. De modo que, en medio de todo, los prisioneros, teniendo recursos, podían en estas provincias cubrir perfectamente todas sus necesidades; porque eso sí, al que no tenía dinero no le daban más que la *morisqueta* de que he hablado otras veces; alimentación insuficiente para la vida del europeo en aquellos climas.

Realmente, en estas provincias donde el prisionero se encontraba en libertad relativa, lo mismo que ocurría en Cagayán de Luzón, San Fernando de la Unión, y algunos pueblos de la provincia de Zambales, lo malo de la vida de los cautivos, se reducía al efecto moral que les podía producir el verse dominados de modo ignominioso por gentes á las que ellos habían tratado, hacía muy poco tiempo, poco menos que como animales. Y no cabe duda que era bastante aquel efecto moral, aquella sensación horrible del amor propio pisoteado, de la vanidad, natural en quien se cree ser de raza superior á sus dominadores, atropellada inicuamente, del sufrimiento moral continuo clamando por los suyos, de los cuales no había medio humano de recibir noticias por ningún conducto, ni de mandárselas, pues cuando por casualidad se presentaba alguno del pueblo á ofrecerse para llevar á Manila una carta, se hacía pagar el servicio á precio de oro, y no era posible emplear en aquello el poco dinero que uno tenía para vivir.

A esto «se reducía», digo, lo malo de aquella vida

del prisionero en Filipinas, cuando precisamente era esto lo peor que podía ocurrirle, porque era lo que le mataba; al fin y al cabo el comer algo mejor ó peor puede decirse que no influía en la salud del cautivo de un modo decidido, suponiendo que tuviera naturaleza fuerte, como tenían la mayor parte de los prisioneros; lo que les mataba, lo que hacía aumentar de modo considerable el número de defunciones, era lo otro; la nostalgia de los suyos, aquella soledad en que yacían, pues aun estando todos juntos, cada uno de por sí, se encontraba solo en el mundo, en país lejano al suyo, traicionero, y rodeado contínuamente de enemigos. Claro es que la falta de alimentación apropiada y deficiente siempre, contribuía grandemente á que su vida se deslizara enclenque, raquítica, en medio de una anemia profunda que en muchos de ellos interesaba en definitiva el cerebro, y perdían la razón, algunos por completo, otros revolviéndose sus ideas de modo tan considerable, que terminaban en locuras especiales, delirio de las persecuciones, en muchos casos, ó religioso, otras veces.

En resumen: podemos decir que el estado de los prisioneros era de lo más desesperante que darse pueda, por la escasez de recursos de que podían disponer y por la afección moral de que se hallaban poseídos.

Y lo triste, lo que en verdad da grima de pensarlo, es que ambas cosas podían haberse remediado, por lo menos mientras no se interrumpió la incomunicación con Manila, á consecuencia de la guerra con los americanos. Porque el General Ríos podía haber comisionado á varios oficiales de la guarnición que se rindió en Manila, para que todos lós meses hubieran llevado á los prisioneros de las diferentes provincias, sus sueldos respectivos, y la correspondencia que de sus familias se recibiera en Manila, y regresar á este punto con las cartas de los cautivos para España. Esto que hubiera sido cosa muy fácil en aquellos momentos,

pues con la circulación de trenes se hubiera podido hacer esta operación con relativa comodidad, hubiera evitado muchas defunciones, y á la vez hubiera aliviado en gran manera la situación horrible de nuestros hermanos prisioneros, pues éstos hubieran tenido noticias de sus familias, y como digo antes, es ésta una de las causas que contribuía á que cayeran en el marasmo, en tristeza profunda aquellos infelices, predisponiéndoles, junto con la deficiente nutrición que podían tener, á caer en anemias profundas, á que se cebara en ellos el paludismo en todas sus manifestaciones, ó cualquiera de las enfermedades intestinales que tanto abundan en Filipinas.

¿Por qué no se hizo? A esto no puedo contestar yo; el General Ríos podría explicar las causas que le indujeron á dejar en abandono horrible á aquellos compatriotas, pero lo que sí puedo decir, es que muchas veces, durante el tiempo de mi cautiverio, he pensado lo mismo, y nunca llegué á explicarme la conducta con nosotros observada por el Gobierno de aquí y por su representante allí. No parecía sino, que al caer prisioneros habíamos cometido un crimen horrendo, por el cual fuéramos indignos de pertenecer á la sociedad actual que nos dejaba en tan cruel abandono, cuando en último resultado, no habíamos hecho más que cumplir órdenes emanadas yo no sé de dónde, pero órdenes al fin, y por lo tanto, que estaba en nuestro deber cumplir al pie de la letra.

¿A quién ó á quienes se debe hacer responsables de que en muchas provincias, el número de soldados prisioneros que fallecían ascendiese á números exhorbitantes? En mi sentir, la mayor parte de estas defunciones eran debidas á la falta de recursos, y los que tenían la culpa de ello eran en primer lugar el General Ríos, y en segundo el Casino Español de Manila, que no quería ó no sabía distribuir los fondos de la suscripción nacional para los prisioneros, como de-

bía. Pero más que al Casino, al General Ríos hay que hacerle cargos respecto de este punto, porque los prisioneros devengaban haberes, lo mismo los soldados que las clases y los oficiales; esos haberes quedaban en Manila pudiendo perfectamente haber sido percibidos por los interesados, ¿á qué fin, pues, no se les hacía llegar hasta ellos sus sueldos? Se dirá que los prisioneros, á medida que obtenían la libertad, cobraban sus haberes atrasados de una vez; pero ¿y los qué se morían antes de obtener la libertad, á consecuencia, precisamente de falta de recursos, por qué no llegaban á ellos los haberes legítimamente devengados?

Hemos de convenir forzosamente, pues, en que el General Ríos no sólo ha dado pocas pruebas de españolismo, sino de amor al prójimo, sobre todo cuando el prójimo de que se trataba entonces, eran compatriotas suyos, que se hallaban sufriendo los horrores de un cautiverio.

Y conste que ni él ni ninguna Autoridad de Manila pueden alegar ignorancia respecto del estado en que se encontraban los prisioneros, porque á Manila llegaron cartas á personas de significación como Jefes de Cuerpo, en las que se ponían de relieve estas mismas necesidades, y por consiguiente, aunque antes no lo hubieran hecho, desde el momento que tuvieron noticia de lo que ocurría, podíase haber remediado en parte el mal.

El día que todos nuestros hermanos recobren la libertad, que ¡ojalá sea pronto! y se encuentren, los que vuelvan, en sus hogares, al lado de los suyos, ellos dirán entonces lo que hacía el General Ríos y las demás Autoridades españolas en el Archipiélago, y repetirán probablemente lo que yo digo ahora en estas páginas.

Entretanto, yo que soy una de las partes interesadas, no tengo inconveniente en declarar que ni por mí,

ni por ninguno de mis compañeros de infortunio, ha gestionado nada el General Ríos para que nos llegaran recursos, que en último resultado no hubiera hecho más, que darnos lo que el Estado nos adeudaba.

Y hoy, que me encuentro ya en terreno firme, lo prefiero así; porque ni yo tengo que agradecer nada á nadie, ni puede haber nadie que me eche en cara el que yo le haya molestado suplicándole intercediera por mi libertad.

Capítulo XXXV

San Fernando de la Unión. — Benguet

Después de la capitulación de Dagupan, el ejército revolucionario siguió su expedición de avance y de conquista dirigiéndose á la provincia de la Unión, poniendo sitio al pueblo de San Fernando, mientras otra columna insurrecta hacía rendirse á discreción á la fuerza que, mandada por el Comandante Benedicto, salió de la cabecera de Zambales (Iba), en busca de auxilios, puesto que no era posible la resistencia en el punto citado.

San Fernando de la Unión no se rindió hasta después de sufrir varios é importantes ataques, pues el Teniente coronel Sr. Herrero, como Jefe Militar de la plaza, estaba dispuesto á resistir cuanto pudiera, el sitio.

Varias veces retrocedieron los insurrectos de sus posiciones en vista del ahinco con que nuestros soldados defendían su puesto, hasta que el Comandante Ceballos, de Dagupan, se prestó á ir de emisario con la fuerza insurrecta á proponer al Jefe Militar de San Fernando, la rendición de la plaza.

El Comandante Ceballos pusó en conocimiento del Teniente coronel Herrero, que el levantamiento era

general en todo el país, que la mayor parte de los destacamentos de Luzón se habían rendido y que, por consiguiente, era inútil toda resistencia, pues en último resultado, no tendría otra solución que capitular, en peores condiciones de lo que en aquellos momentos podía hacerlo, pues aumentaría considerablemente el número de heridos y enfermos, llegarían á escasear las municiones y los víveres y entonces no podría imponer condiciones de capitulación, sino que los Jefes insurrectos serían los que las impusieran, al saber que el destacamento no podía resistir más tiempo el asedio.

El Jefe Militar de San Fernando de la Unión, comprendió las razones que le exponía el Comandante Ceballos, pero al propio tiempo, tomó la determinación de que no regresara á su puesto mientras no se rindiese el destacamento. Protestó Ceballos de aquella imposición, pues él había dado palabra de honor de volver con la respuesta que diera el Teniente coronel Herrero á avistarse con los Jefes de la fuerza sitiadora, y entonces, ante estas protestas del emisario insurrecto, el Sr. Herrero arrestó al Comandante Ceballos.

Pocos días después capitulaba el Teniente coronel Herrero, constando en el acta de rendición el respetar vidas y haciendas de las fuerzas que componían el destacamento y objetos de propiedad particular, de cuya acta se cumplió lo que les pareció bien á los Jefes que tomaron posesión del Gobierno militar y civil de la plaza.

Al rendirse ésta y quedar levantado por consiguiente, el arresto del Comandante Ceballos, el titulado General Macabulos que había intervenido de modo directo en la capitulación, procesó al que le había servido de emisario, y probablemente hubiera sido sentenciado á ser pasado por las armas, á no interceder por él los capitulados y el mismo Jefe Militar

de San Fernando, explicando lo que había ocurrido, al presentársele el Comandante Ceballos como emisario, á proponerle la capitulación.

Al propio tiempo que esto acontecía en Dagupan y la Unión, era sitiado el destacamento de Benguet formado de 34 cazadores mandados por el teniente D. Antonio Bejar. ¡ Ya pueden imaginarse mis lectores que resistencia podrían oponer aquellos 34 hombres incomunicados por completo con el mundo exterior, á 1,000 insurrectos que les atacaron el día 4 de Junio!

Da grima el pensar que hubo tiempo sobrado, si no de reconcentrar estos destacamentos que se hallabán lejos de Manila, por lo menos de mandarles refuerzos y municiones de boca y guerra, con que poder hacer frente á las vicisitudes de un asedio más ó menos prolongado. Es verdad que al no hacerlo con los destacamentos próximos, como los de Bulacán y de Cavite, menos lo podían hacer con los que se encontraban lejos y abandonados por completo de Dios y de los hombres, como los de Baler, Benguet y otros muchos.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el día 4 de Junio una partida numerosa de insurrectos atacó el destacamento de Benguet, haciendo el teniente Bejar una brillante defensa con su puñado de valientes, hasta el punto de obligar al enemigo á huir precipitadamente, después de producirle numerosas bajas.

Y no se conformó con esto el teniente D. Antonio Bejar, sino que resistió otros ataques de los insurrectos con un valor y un arrojo dignos de un oficial del Ejército español que sabe cumplir con su deber, hasta que el día 10 de Junio, viendo que el sitio se prolongaba de un modo indefinido y que él no podía, con las municiones y víveres de que disponía y los hombres útiles que le quedaban, prolongar por más tiempo la resistencia allí, resolvió salir del destacamento y

abandonar el pueblo, con el objeto de ver si podía reunirse con otros destacamentos próximos, también en semejantes condiciones que él, y juntos, poder resistir algunos días más la situación y pensar mientras tanto el modo de escapar de caer en poder de los revolucionarios, que era la única solución hasta entonces segura, y el solo porvenir que se le presentaba á sus ojos.

Y así lo hizo. En la mañana del día 10 salió con sus soldados el teniente Bejar del destacamento de Benguet, dirigiéndose á Cervantes, á cuyo punto llegaron sin novedad y uniéndose á la escasa fuerza que se encontraba allí, se dirigieron á Bontoc, donde se había refugiado la fuerza del destacamento de Tiagán, que también había tenido que abandonar el pueblo, acosado por el asedio tenaz de los revolucionarios.

El capitán Janguas del destacamente de Cervantes, encontróse en Bontoc con el capitán Xaudaró que mandaba la fuerza de este último y decidieron ambos, resistir allí mientras pudieran, puesto que no era posible tomar camino alguno con probabilidades de éxito.

Preparados convenientemente para la defensa, esperaron el momento en que los revolucionarios llegaran allí en su afán de conquista, no pensando en la victoria, que ésta no era posible con escasa fuerza, pocos víveres y no considerable depósito de municiones, pero sí deseando dejar en su lugar, el honor del Ejército y del pabellón nacional.

El día 27 de Agosto, llegaron allí las fuerzas insurrectas intimando al destacamento á rendirse, á fin de evitar derramamiento de sangre, pero los oficiales acordaron no rendirse mientras la necesidad y la falta de municiones y de víveres no les obligara á ello, y se defendieron así brillantemente mientras pudieron, hasta que llegó un momento en que los víveres se hicieron escasísimos, la municiones comenzaban á ago-

tarse y los soldados no podían resistir el servicio forzado, empezando á caer enfermos, que unidos á las bajas por acción de guerra, amenazaban dejar en cuadro á los individuos útiles; y reunidos nuevamente los capitanes, oficiales y empleados civiles y particulares, que se encontraban en el destacamento, creyeron como mejor solución capitular el día 1.° de Septiembre, después de cuatro días de continuo tiroteo por ambas partes que ocasionó tanto en la fuerza nuestra, como en la enemiga, sensibles bajas. Se hallaban refugiados en el fuerte, además de la fuerza del destacamento, el médico titular de la provincia de Benguet, el Administrador y el Interventor de Hacienda, y el comerciante Sr. Camps, radicado en el país y establecido en aquella provincia, de algunos años á esta parte.

El Sr. Camps, que es quien me ha facilitado estos datos, se encontraba en Marzo último en Malolos, donde seguía considerado como prisionero de guerra, á pesar de estar comprendido en el decreto de libertad otorgado por Aguinaldo en 23 de Enero de 1899.

A estas horas no puedo calcular donde se encontrará. Probablemente, siguiendo las contingencias de la guerra de los filipinos con los americanos, habrá sido reconcentrado con los demás prisioneros en Nueva Ecija. De todos modos, no puedo menos de dedicarle un recuerdo, mucho más atendiendo á que, desgraciadamente, entre comerciantes establecidos en el país, desde hacía algunos años, es donde precisamente se han registrado mayor número de malos españoles en esta campaña de Filipinas. Bueno es hacer constar, pues, que con ser uno de tantos comerciantes el Sr. Camps, es también de los que han dado pruebas irrecusables de españolismo.

Yo que he vivido con él en Malolos, tengo verdadera satisfacción en hacerlo constar así, en estas páginas.

Capítulo XXXVI

Defensa de Tayabas

Era Jefe militar de esta provincia el Comandante D. Joaquín Pacheco, y constaba la guarnición de la plaza de 411 individuos de tropa.

Al recibirse noticias de Manila de que se proyectaba el levantamiento general, el Comandante Pacheco, que era al propio tiempo Gobernador civil de la provincia, se dispuso á la defensa con el objeto de que los acontecimientos ya próximos no le cogieran desprevenido. A este fin, alojó las fuerzas de que disponía en los edificios de materiales fuertes, después de ordenar la reconcentración de algunos destacamentos pequeños que se encontraban en pueblos de malísimas condiciones para la defensa, y que hubieran caído en poder del enemigo, casi sin oponer, por su parte, resistencia, pues no contaban con medios para ello. Así es, que, como decía, distribuyó el Jefe militar la fuerza entre el convento, el Tribunal, el Gobierno civil, la cárcel, y dispuso al propio tiempo una avanzada en una ermita que se halla situada fuera del pueblo, en el camino que conduce al pueblo de Lucbán; allí fué el capitán Arraiza con una compañía del 6.° de cazadores y los tenientes Ferrero, Carner y Beaumonte.

En el Gobierno civil se habían reconcentrado los empleados civiles que optaron por quedarse en el pueblo, pues varios de ellos con algunos frailes prefirieron escapar, creyendo quizás, que podrían llegar á Manila sin grandes dificultades.

Se encontraban, pues, en el Gobierno civil, el Secretario D. Andrés Sáinz de Robles; el Interventor de Hacienda, D. Enrique de Ayala; el Registrador de la Propiedad, D. Damián Martínez, y su hermano D. Eugenio, Subdelegado de Veterinaria; el Médico titular de la provincia, Sr. Fernández de Diego, y los Ayudantes de Montes de Pacbilao y Atimona, que fallecieron ambos durante el sitio, de enfermedades propias del país. Además se hallaban también en el Convento los curas párrocos de los pueblos de Candelaria, Tiaon, Lucbán y San Pablo.

El mismo día que se reconcentraron los pequeños destacamentos desperdigados por los pueblos de la provincia, se decidieron á huir en dirección á Lucena, el padre Fray Paulino Camba, el Juez interino D. Rafael Vilar, y el Promotor fiscal D. Manuel García, los cuales no creyeron encontrar suficiente seguridad personal en la cabecera de la provincia. Algo se podría decir en contra de esta conducta, pues no es propio de personas que tengan sentimientos humanitarios y algo de dignidad y de amor propio, el abandonar así á sus compatriotas para lanzarse á buscar una salida. Es verdad que no era muy notable la falta que hacían los escapados, en Tayabas; pero cuando se trata de sufrir las contingencias de una campaña y de salvar el honor nacional, todos, sin distinción de ninguna clase deben formar un solo grupo, y juntos perecer si el caso llega, defendiendo la sacrosanta bandera de la patria. El que en vista del peligro que corre la bandera y el ejército huye, no es digno de ser español, ni de ser considerado como hermano nuestro.

¡Qué Dios les haya guiado por buen camino, aunque supongo que habrán tenido bien merecido el castigo, pues á la postre habrán caído prisioneros como los demás, sin tener siquiera la satisfacción de decir que en aquellos momentos de apuros y peligros han contribuído á dejar en buen lugar el honor de las armas!

El convento estaba defendido por una compañía del batallón de cazadores n.º 14, al mando del capitán D. Juan Alba, el teniente Puchades, y otro oficial, cuyo nombre siento no recordar; 30 individuos del batallón de Guías Rurales, al mando del capitán don Feliciano Pérez Eguido, y del teniente Sr. Lozoya; y 30 individuos de la Guardia civil, al mando del teniente D. Tomás González. Además, se encontraba en el convento, prestando servicio el Teniente de navío Sr. Tineda.

En el Tribunal ó Casa municipal del pueblo, se hallaba una compañía del batallón de cazadores n.º 12 al mando del capitán Sr. Sarragua y de los tenientes Sres. Mediano, Lezcano y Canut.

Y en el Gobierno civil se encontraban el capitán D. Constantino Pérez, de la Guardia civil, el cual prestaba al propio tiempo servicios en la cárcel, edificio que se hallaba contiguo; una sección de tiradores al mando del teniente Celdrán de la Guardia civil; una sección de caballería, compuesta de 17 hombres, al mando del teniente D. Emilio Rueda y los tenientes Bermúdez, del batallón de cazadores n.º 14, y Martín Gabriela, de la Guardia civil.

En esta disposición se encontraban las fuerzas de Tayabas, dispuestas á rechazar cualquier ataque inesperado por impetuoso y rápido que éste fuera; de modo que el día 8 de Junio que fué el primer día que las fuerzas revolucionarias intentaron el ataque á los edificios de la cárcel y el Gobierno, los cuales, como se puede ver por la distribución que antecede, eran

los que tenían menos fuerza con que contrarrestar, entablar combate y defenderse, fué tal el ímpetu con que nuestros soldados acometieron, y se batían con tal convicción de que la victoria del enemigo era imposible que, en efecto, éste no tuvo más remedio que abandonar el campo, á pesar de saber que eran los edificios en donde la defensa tenía que ser menor, dado el número de tropas que los guarnecían, escaso en comparación con los demás edificios donde se alojaba fuerza.

Desde aquel día puede decirse que empezó el sitio y asedio de Tayabas, pues todos los días había combate de mayor ó menor importancia; en vista de lo cual el Comandante Pacheco dispuso se construyeran caminos cubiertos, que pusieran en comunicación los edificios en que se alojaban las fuerzas, y poder así prestarse auxilios mutuamente, según las circunstancias, sin peligro á las balas enemigas.

En este estado de cosas pasó todo lo restante del mes de Junio, sin haber podido los insurrectos adelantar un paso en sus posiciones, hasta que el día 17 de Julio construyeron trincheras enfrente del edificio de la cárcel y cañonearon el edificio, logrando hacer brecha en él. El combate se entabló aquel día, encarnizado, entre las fuerzas revolucionarias sitiadoras y los escasos defensores del edificio, los cuales á buen seguro hubieran sucumbido todos, por el número excesivamente superior del enemigo, á no haber dispuesto el Comandante, á las dos de la tarde, en vista de que la fuerza de la cárcel ya combatía haciendo los últimos esfuerzos, que al mando del primer teniente D. Carmelo Pérez y Lozoya salieron 40 hombres, con el objeto de ver si flanqueando por ambos lados el terreno se podía tomar la trinchera enemiga que tanto daño producía á la fuerza de la cárcel. En efecto, después de algún tiempo de combate rudo, se consiguió, siguiendo las instrucciones del Coman-

dante Pacheco, tomar la trinchera, apoderándose la fuerza del teniente Pérez, de la bandera enemiga, del cañón con que hacían fuego y de 11 fusiles que abandonaron en la huída. Mas los revolucionarios, á pesar de haber perdido sus posiciones, intentaron copar á los 40 hombres que se habían apoderado de la trinchera, y como eran en número considerable, hubiéranlo conseguido probablemente, á no ser por que el Comandante al ver comprometida la fuerza, salió con alguna tropa del Gobierno civil y simuló un ataque con fuego nutridísimo de fusilería que apagó el del bando contrario, logrando por este procedimiento retirar la fuerza con orden, haciendo numerosas bajas á los sitiadores, entre los cuales llegaron á contarse sobre el terreno de la acción 52 muertos. Por nuestra parte tuvimos que lamentar dos: el sargento de la Guardia civil, Pérez Bautista, y un soldado, que murieron en el campo; quedando heridos gravemente el Comandante D. Joaquín Pacheco, el primer teniente D. Carmelo Pérez y varios soldados, todos los cuales fueron curados por el Médico de la Armada Sr. Artime, el titular Sr. Fernández de Diego y el profesor veterinario Sr. Castrillón.

El día 10 de Agosto volvieron los insurrectos á atacar la cárcel, que fué brillantemente defendida por el capitán de la Guardia civil D. Constantino Pérez, á pesar de encontrarse herido, llegando el ímpetu de los revolucionarios al punto de colocar escaleras de caña para intentar el asalto; pero la fuerza que defendía el edificio, secundaba de tan admirable manera las órdenes que daba su capitán, que pudieron contrarrestar el asalto todas las veces que lo intentó el enemigo.

El Comandante Pacheco, por su arrojo, el día 17 de Julio, gracias al cual no fué copada la fuerza que salió á tomar la trinchera, desde la que cañoneaba el enemigo la cárcel, y el capitán Pérez por la defensa

heroica que hizo del edificio el día 10 de Agosto, se hicieron acreedores á merecidas recompensas, pues no puedo suponer que aquellos hechos brillantes queden relegados al olvido. En otro capítulo, terminaré la brillante defensa de Tayabas y daré cuenta de la rendición.

Capítulo XXXVII

Rendición de Tayabas, Batangas y la Laguna

Después del ataque del 10 de Agosto, fueron remitidos al Comandante Pacheco tres mensajes intimándole á la rendición de la plaza, en vista de que no les era posible contrarrestar de modo decisivo el ataque de los revolucionarios, y que éstos se obstinaban en seguir sitiando la cabecera de Tayabas por hambre.

El Comandante Pacheco había contestado á estos mensajes con la negativa rotunda de que no se rendiría mientras tuviera víveres y municiones con que defenderse, pero á los pocos días supo con dolor que la guarnición de Batangas se había rendido y por lo tanto los fusiles ocupados en dicho punto por las fuerzas revolucionarias tenían que producir efectos malísimos en Tayabas, pues á los muchos que ya poseían los sitiadores habría que agregar desde aquel momento los que habían adquirido en Batangas, y por otra parte, los alimentos empezaban á escasear, los enfermos aumentaban de modo considerable y los medicamentos en escaso número, no podían ser repuestos de modo alguno; de modo, que la situación empezaba á ser angustiosa y prometía seguir aumen-

tando la angustia de los defensores de Tayabas, á medida que pasaran los días y las necesidades fueran siendo mayores. Y si se agrega á todo esto, que las municiones habían escaseado muchísimo en los diferentes combates que habían tenido que librar en los dos meses que llevaban de sitio, se comprenderá que no había que esperar mucho, por parte de la fuerza destacada en Tayabas, para la capitulación, si no querían morir de hambre.

No obstante; no estaba conforme el Comandante todavía con lo que se había hecho en defensa de la integridad del territorio y dió orden de que se mataran los caballos para mantenerse mientras se pudiera; los cerdos, perros, gatos y todo cuanto se encontraba en el pueblo, que pudiera servir de alimento, se apoderaban de ello los soldados para su manutención. Llegó un día en que ya no podían comer ni eso, porque se habían agotado los caballos y en el pueblo no se encontraba animal de ninguna clase que pudiera servir de alimento, y aun así, se sostuvieron varios días seguidos, con arroz cocido sin sal, mientras se agotaban las municiones que quedaban, y por fin, después de un sitio en que tantas privaciones habían sufrido y corrido peligros sin cuento, cuando ya no era posible sostenerse por más días, el Comandante Pacheco reunió á la oficialidad y les consultó lo que se debía hacer en aquella situación.

Todos unánimemente fueron del parecer que se había hecho lo que humanamente había sido posible y que no cabía ya más que la rendición, pues de otro modo sucumbirían todos allí en muy pocos días, sin poder defenderse siquiera. Y en vista de que el acuerdo fué unánime, el Jefe Militar ordenó que fuera al campamento insurrecto el secretario Sr. Sáinz de Robles, después de poner bandera de Parlamento, redactándose un acta en la que se respetaban vidas y haciendas á los defensores, con adición de otras cláu-

sulas, todas halagüeñas para la guarnición, que tan dignamente había sostenido el sitio.

Después de la capitulación se supo que los sitiadores en número de 15,000 hombres, estaban mandados por los titulados Generales Malvar, Lucbán, Marasigán y Bolaños, y que se habían batido con 7,500 fusiles Mausser y Remington, según declaración de los mismos cabecillas que entraron en la plaza, inmediatamente después de la capitulación.

Estos mismos Jefes insurrectos dijeron que durante el sitio habían sido disparados 500,000 cartuchos de fusil, y que habian colocado, rodeando el pueblo, 30 cañones de varios calibres, para los que habían consumido 17 cajas de pólvora y todo el algodón-pólvora que poseían, que era en gran cantidad. Además, habían arrojado 17 bombas de dinamita, algunas de las cuales, al explotar, habían ocasionado bajas de consideración en las fuerzas insurrectas por estar mal dirigida su confección, á pesar de haber sido construídas por un sargento de artillería que había servido en nuestro ejército durante algunos años y que desertó al campo insurrecto al venir el levantamiento general del país.

Entre los soldados indígenas que formaban parte del destacamento de Tayabas, desertaron durante el tiempo del sitio y asedio de la plaza, por el ejército revolucionario 43, y 5 peninsulares que influídos por los mismos desertores indígenas, prometiéndoles que serían nombrados por Aguinaldo oficiales de su ejército, se pasaron con armas al campo enemigo. ¡ Cinco traidores más que hay que agregar á los muchos que desaparecieron de Manila durante el sitio y después de la capitulación, para seguir sirviendo entre los revolucionarios!

Los defensores de Tayabas que, como pueden comprender mis lectores, quedaron considerados desde aquel momento como prisioneros de guerra, fueron

distribuídos por los pueblos de la provincia, siendo los oficiales en su mayoría trasladados al pueblo de Atimona en donde quedaron alojados en una casa, todos juntos, en pésimas condiciones, pues no tenían camas, ni sillas donde descansar.

El Gobernador civil y Jefe Militar á la vez, Sr. Pacheco, á quien querían mucho en el pueblo por los servicios prestados durante su mando y las mejoras introducidas en la provincia, encontró bien pronto quien se comprometiera á conducirle á Manila guardando absoluta reserva y por no sé que cantidad estipulada entre el prisionero y el que se prestó á servirle de guía y al propio tiempo de salvo-conducto, pues de haberse descubierto la fuga, les hubiera ocasionado á ambos, fatales consecuencias.

Al mismo tiempo que la guarnición de Tayabas se hallaba en empeñada lucha con el ejército revolucionario, otro tanto ocurría con las plazas de Batangas y la Laguna, especialmente esta última, en donde, por haber podido aglomerar gran cantidad de víveres acaparando todas las existencias que los establecimientos de comestibles de los chinos tenían, pudo prolongarse el sitio durante tres meses consecutivos, pues empezó antes que el de Tayabas y capituló la plaza de la Laguna bastante después de aquélla.

Batangas hubiera resistido también el sitio por prolongado que éste hubiera sido, pero el Jefe Militar tuvo la desgracia de quedar herido en un brazo, á consecuencia de cuya herida hubo necesidad de hacer la amputación y ya entró la desanimación en la fuerza al ver á su Jefe herido é inhabilitado para el mando, dando lugar este contratiempo á que la guarnición de Lipa, residencia del Coronel Rodríguez de las Navas, que así se llamaba el Jefe Militar de Batangas, se rindiera, sin mediar combates de verdadera importancia y dignos de especial mención.

Sitiaron la plaza de la Laguna los revolucionarios, en uno de los primeros días de Junio, después de prepararse para la defensa construyendo fortificaciones apropiadas para resistir un asedio que podría ser muy prolongado. Las familias de la oficialidad y de algunos empleados civiles, se reconcentraron en el Gobierno civil, en donde D. Antonio del Río, Gobernador civil, las atendió como le fué dable durante aquellos tres meses de triste recordación. Unicamente la señora del capitán Lafuente, el cual había servido durante varios años en aquella línea de la Guardia civil y que días antes de Junio había sido trasladado en comisión á otro punto del Archipiélago, vivió separada del Gobierno, en los bajos del cuartel donde se alojaba la fuerza de aquel Instituto, por creer que allí estaría mejor atendida y tendría más seguridad personal, por conocerles á todos y todos respetarla como la señora de su capitán.

Y hay que advertir que D. Inocencio Lafuente era querido de sus soldados en todas ocasiones, por el buen trato que siempre habían recibido de él.

Así se lo demostraron los guardias en aquella ocasión á la señora de Lafuente, atendiéndola con verdadera solicitud. En los primeros días del sitio, todo iba á pedir de boca; los sitiados gozaban de una tranquilidad de espíritu pasmosa, porque ellos sabían que tomadas todas las precauciones que el caso requería, los revolucionarios no podrían asaltar aunque se presentasen en número mucho mayor y con las armas que quisieran, los edificios en que se hallaban alojadas las fuerzas; y, por otra parte, no les faltaban víveres en abundancia y de buena calidad, de modo que los combates de los primeros días casi les servían de distracción, por esta seguridad que tenían de que no podrían ser más que victorias. Pero á medida que fueron pasando los días, que las guardias se sucedían sin descanso, agotando las fuerzas de nuestros sol-

dados, que los víveres se consumían como por ensalmo y que no había con que reponerlo, y que con las municiones les ocurría lo mismo, á la vez que el enemigo iba acercando más y más cada día sus trincheras á los edificios de nuestras tropas; entonces éstas empezaron á comprender la situación en que se encontraban y por su imaginación, pasaron las ideas más negras y espeluznantes, pero sin pensar jamás en la rendición porque ellos no estaban acostumbrados á eso, ni nadie les había advertido durante el servicio de que alguna vez tendrían que rendir sus armas al enemigo. Ellos, lo único que sabían era que tenían que morir por la patria, y en medio de las tristuras que les producía la tenacidad con que los revolucionarios les atacaban, reanimábase su espíritu decaído pensando que si morían, á sus madres, á sus hermanos, les quedaría el consuelo de que habían muerto en el cumplimiento de su deber más sagrado y que la Historia algún día ensalzaría sus nombres como el de otros héroes anónimos que en el transcurso de las edades han preferido morir, á rendirse inicuamente.

Esto pensaban los soldados españoles del destacamento de la Laguna; pero los oficiales, los Jefes, el Gobernador civil, las autoridades, en una palabra, todos los que tenían allí alguna significación, no pensaban lo mismo; ellos, comprendían que si fuera posible sostenerse como hasta entonces, el asedio de la Laguna no tenía más remedio que terminar de modo victorioso para nuestras armas, porque los insurrectos llegaría un día en que convencidos de su impotencia, se retirarían de sus posiciones. Pero como se veía llegar á pasos agigantados la escasez de recursos, el agotamiento de las municiones y de los medicamentos, y como por otra parte, tenían noticia de que otros destacamentos se habían rendido ya á las fuerzas revolucionarias, y, por lo tanto, las esperanzas de recibir auxilios perdían terreno de modo inconmen-

surable, pues Manila también había sido rendida á los norteamericanos, comprendieron los Jefes y oficiales de la guarnición de la Laguna, que era inútil oponer mayor resistencia y con la seguridad absoluta de que, al fin y á la postre, tendría que ser entregada la plaza.

De modo, que cuando ya los insurrectos llegaron á hacer tan estrecho el cerco, que los soldados nuestros y los insurrectos se hablaban de trinchera á trinchera, comprendiendo la inutilidad de la resistencia, decidieron capitular, por medio de un acta en las mejores condiciones posibles. Y así se hizo el día 27 de Agosto de 1898.

Capítulo XXXVIII

Los insurrectos en Luzón. — El Congreso en Malolos

Desde que las huestes de Aguinaldo ocuparon parte del territorio de la isla de Luzón, dominado hasta entonces por los españoles, quedó constituído en las diferentes provincias el régimen interior, de la siguiente manera:

En los pueblos hay: Un Presidente local, que viene á ser lo que es el alcalde en nuestros pueblos ó lo que era en Filipinas, en tiempo de nuestra dominación, el capitán municipal; un Fiscal, que entiende en los asuntos judiciales y que substituye al Juez de 1.ª Instancia, y Municipal, porque los filipinos no hacen distinción alguna entre estas dos clases de Jueces; un Capitán de ganados, que está encargado del reconocimiento de reses destinadas al sacrificio, para el consumo público; generalmente, los que desempeñan el cargo son gentes que no han tenido en su vida conocimientos de veterinaria. Estos empleados, sin sueldo, porque el Gobierno de la República Filipina, no ha asignado todavía honorarios de ninguna clase para ellos, y, por lo tanto, resulta que trabajan por *amor al arte;* estos empleados, digo, dependen exclusivamente del

Comandante Militar del pueblo, que puede ser un teniente, un capitán, ó un Jefe del Ejército Revolucionario, según la importancia del pueblo, y éste, á su vez, del Gobernador Militar de la provincia y de los demás empleados de alta categoría, que residen en la cabecera ó capital.

Así, en estas capitales existen : un Presidente provincial, que corresponde al cargo de Gobernador civil; un Delegado de contribuciones y rentas, que puede asimilarse á lo que era en nuestros tiempos el Administrador de Hacienda ; un Delegado de Higiene Urbana, encargado de la Higiene interior de la población : limpieza de las calles, establecimiento de mercados, matadero, y todo lo que más ó menos directamente pueda influir en la salud pública, y los demás cargos correspondientes al pueblo, y que ya he citado. Todos estos cargos provinciales, también son gratuitos. Menos mal, que como ya se trata de destinos de cierta categoría, y que no dependen, de modo directo al menos, de nadie, pueden hacer *mangas* y *capirotes* en sus cargos respectivos.

Y esto fué precisamente lo que indignó á la gente honrada y pacífica de los pueblos, al constituírse el Gobierno revolucionario. Que las personas que eran nombradas para desempeñar cargos de esa naturaleza, resultaban ignorantes, pues no sabían por donde se andaban en los asuntos que tenían que resolver, y además, muy poco honradas, dando lugar con su conducta á que se constituyese la denominada Guardia de honor, que tenía por objeto vigilar á las respectivas autoridades é imponerles el castigo que se merecían. Recibía una denuncia la Guardia de honor, del vecindario de un pueblo, é inmediatamente se reunían los individuos de aquella especie de Instituto, y ponían en conocimiento de los pocos soldados que tuviera el pueblo, que iban á entrar en él para secuestrar ó matar, según les viniera en gana, á la auto-

ridad denunciada, ocurriendo muchas veces, que los soldados abandonaban el destacamento, y se unían á los de la Guardia de honor, con el objeto de ver si *algo se caía;* y acto seguido, daban el golpe á hora inesperada, generalmente durante la noche, y después de secuestrar, ó matar, á los que mejor les parecía, volvían otra vez á sus puestos, hasta hacer otra intentona en otra parte.

Por este procedimiento mataron al Presidente local del pueblo de Murcia, suegro del que en aquella fecha (Diciembre del 98) era Gobernador militar de Tarlac, Serviliano Aquino, y para completar la obra, remataron también á la mujer de éste, que vivía con su padre y que se hallaba embarazada.

En otra ocasión secuestraron al Presidente local de Bambán; poco después entraron en el pueblo de Camiling, en donde se entabló una verdadera refriega, de la que resultaron heridos, afortunadamente leves, varios soldados españoles, que se encontraban prisioneros en el citado pueblo. Poco después, entró la Guardia de honor en Victoria con ánimo de matar al Presidente local; pero á éste, le enteraron de lo que se proyectaba contra él y un cazador prisionero, y que tenía á su servicio, fué el que pagó los vidrios rotos, pues al penetrar en la casa los de la Guardia, como ya de antemano estaba apercibido, mientras el soldado nuestro contenía á los que intentaban asaltar la casa, el Presidente local, saltó por una ventana logrando escapar á las iras de las turbas, y éstas, al notar que la culpa de que se les hubiese escapado de las manos la tenía el asistente español, dieron el grito de rabia, de: *Patay kastila*, que significa: «Muerte al español», y la emprendieron con él á *bolazo* limpio, dejándole en gravísimo estado, por muerto.

Al día siguiente salió de Tarlac una columna al mando del Coronel revolucionario Serviliano Aquino, con el fin de ver si daba con los malhechores, y en-

contraron al soldado Castellano, que así se apellidaba, tendido en el suelo de la casa del Presidente local, sin que nadie se hubiera dignado prestarle auxilio alguno. De regreso á Tarlac la columna, sin haber conseguido nada, fué trasladado el herido á este punto, y de su curación se encargaron los dos médicos que se encontraban prisioneros allí.

El soldado Castellano pertenecía al batallón de Cazadores n.º 8, había formado parte de la guarnición de Tarlac, y en esta plaza, cayó prisionero, al capitular en ella las fuerzas de que se componía el destacamento, el día 10 de Julio del 98.

Presentaba cinco heridas, todas de pronóstico grave, según el informe que del hecho dió el facultativo. Una herida en la región parietal del lado izquierdo que dejaba la superficie ósea al descubierto en una extensión de 15 á 20 centímetros; otra entre las dos primeras vértebras, dejando el cuerpo de éstas al descubierto, seccionados por consiguiente todos los músculos y vasos de esta región; otra, en la porción petrosa del temporal, por detrás del pabellón de la oreja, y dos heridas en el omóplato derecho, de bastante profundidad.

Este es un caso expresivo del *humanitarismo* que han tenido con los prisioneros españoles, los filipinos, y que demuestra al propio tiempo, la seguridad personal de que gozaban aquéllos.

Inmediatamente después de la capitulación de Manila, los revolucionarios entraron en la capital del Archipiélago, estableciendo en esta población el mismo sistema de Gobierno que en las provincias del interior, y así nombraron Gobernador civil á D. Ambrosio Flores, un abogado filipino que había llegado durante nuestra dominación á oficial de Sala de la Audiencia, ó cosa así; pero los *yankees* bien pronto se convencieron de que la ingerencia de los filipinos en los asuntos civiles de Manila les proporcionaría muchos

descalabros y disgustos, porque resolvían todo lo que se les presentaba como quienes eran, como filipinos, es decir, como gente que no sabía lo que se traía entre manos, y que no veía más allá de sus narices. Y un día el General Otis dió orden de que los filipinos salieran de Manila, y establecieran sus reales á 15 kilómetros, como distancia mínima, de la población. Resistiéronse al pronto los filipinos, á obedecer la orden del General americano, y éste tuvo necesidad de amenazar con que si no querían hacerlo de grado, les obligaría él á que lo hicieran por la fuerza, y entonces, obedecieron.

Por aquellos días, también obligaron á Emilio Aguinaldo, constituído en Presidente de la República Filipina, á abandonar el puerto de Cavite con toda su Corte, trasladándose al pueblo de Bacoor, y poco después á Malolos, donde quedó definitivamente establecida la residencia oficial del Presidente y la población, desde aquel momento, convertida en la capital de la República.

Se constituyó el Gobierno formado por un Presidente del Consejo de Ministros, Secretario de Guerra, Secretario del Interior, Secretario de Fomento, Secretario de Hacienda, Secretario de Gracia y Justicia. Cada uno de estos Secretarios ó Ministros, tenía un Director General.

En poco tiempo hubo varias crisis parciales en el Ministerio que no me es posible precisar ahora, ni es tampoco esto de interés público, y en Diciembre del 98 una crisis total, determinó la formación del Gabinete Mabini, en el que entró el primo del Presidente de la República, Baldomero Aguinaldo como Secretario de la Guerra, y Antonio Luna quedó de Director General de este departamento; Sandiko en el Interior; Gonzaga en Fomento y Rianzares Bautista en Gracia y Justicia. Y éste era un ministerio de fuerza, como diríamos en España; con el cual les pasó á los

filipinos como á nosotros con el último ministerio-Sagasta, que nos trajo la guerra con los *yankees*, y con ella, la ruina de España. Los filipinos también creyeron que vencer á los norteamericanos era cosa de coser y cantar, y el ministerio estúpido, aconsejó á Aguinaldo la declaración de guerra.

Y había que ver á D. Emilio, como le llaman ellos, dando á los americanos el *ultimatum*; lo cual no tiene nada de particular, porque algo habían de haber tomado de nosotros, después de 350 años de dominación; por lo menos, lo de ser *quijotes*, en todas sus cosas. Y efectivamente, á los americanos les ha costado muchos hombres y mucho dinero, pero en cambio á los filipinos les va costando mucho dinero y muchos hombres.

Los *yankees* no habrán adelantado un paso en la conquista del territorio, como dicen algunos por ahí, pero en cambio los filipinos han retrocedido muchas leguas. ¿Qué cómo terminará?

Algo difícil es aventurar eso, pero bueno es hacer constar lo dicho, para que se vayan enterando los que se deshacen en alabanzas para los filipinos. Y como ésta no es ocasión ni lugar oportunos de discutir acerca de la guerra *yankee-filipina*, hago punto y continúo.

El 15 de Septiembre del 98, se constituyó en Malolos el Congreso de representantes del país, siendo nombrado Presidente D. Pedro A. Paterno, que viene á ser como si dijéramos, un Pidal más ó menos filipino y Secretario D. Pablo Teckson, y los diputados fueron nombrados, no por sufragio universal, ni por votación nominal, ni siquiera por aclamación popular, sino por un procedimiento muy parecido al de que se tuvo que valer recientemente el Congreso de Madrid para admitir en su seno como diputado al Sr. Morayta, y que aquí conocemos con el nombre de *tupinada*. No

sé si los filipinos usarán esta palabra, ó habrán encontrado otra más apropiada al caso.

Yo quisiera poder presentar á mis lectores algunos tipos de diputados filipinos, de los cuales si se descuenta un número, muy escaso por cierto, los demás serían dignos de figurar en un Congreso que estuviera destinado á comprobar la teoría de Darwin.

Figuraos, mis queridos lectores, un *sujeto* no que *tenga vergüenza,* como el de *La Verbena*, sino todo lo contrario, con cabeza grande, cara redonda, cabellos erizados como el puerco-espín, nariz achatada, ojos rasgados y dirigidos abajo y afuera, la color pálida aceitunada, los pómulos salientes, los labios abultados, sin pelo de barba y la frente dirigida atrás y achatada, con todos los caracteres de mestizo-chino, como la nariz. Este es el Secretario del Congreso don Pablo Teckson. Pues, si á este mismo tipo le suplís la color de la tez por otra mucho más oscura, casi de chocolate, y suponéis que las fosas nasales son mucho más anchas, y muy pronunciado el pliegue que une la nariz con los labios, usando gafas de oro y un cuerpo de hombre fornido, como el que puede tener uno de nuestros campesinos, habréis compuesto el del diputado por Cagayán.

Y por este estilo podéis ir formando cuantas combinaciones os parezcan oportunas sin desviaros mucho de las líneas generales de Pablo Teckson y tendréis la *fisonosuya* de la mayor parte de los *padres de la patria* de Filipinas.

No sé ahora, que el Gobierno de la República se ha trasladado á Nueva Ecija, *por mor* del *veraneo* seguramente, como se harán las sesiones del Congreso, pero cuando éste se hallaba establecido en el convento de Barasoain, no dejaban de tener gracia.

Recuerdo un día, que llegué al Congreso á ver á Teckson y tuve que esperar por hallarse éste dictando á un escribiente, un acta de la sesión anterior.

El acta en sí, no tenía nada de particular; era como todas las actas de todos los congresos del mundo, pues los filipinos, por imitación, siguen en estas cosas con la rutina de siempre y de todas partes. Lo que sí tuvo gracia fué que cuando Pablo Teckson estaba dictando á su escribiente los nombres de los diputados que habían asistido, entró en el local donde nos encontrábamos, que era la sacristía de la Iglesia de Barasoain, convertida por obra y gracia de Aguinaldo, en antesala del Salón de Sesiones, el diputado por la provincia de la Pampanga Sr. González, médico por añadidura y preguntó á Teckson:

—¿Ya se ha terminado la sesión?

—No se ha terminado—contestó Teckson—porque no la ha habido, pero para mí como si la hubiera; estoy haciendo el acta de una sesión imaginaria.

González que por ser hombre de cierta ilustración comprendía mejor que otros filipinos, las imbecilidades de que padecían muchos de los hombres de su Gobierno, se quedó al pronto sorprendido; y probablemente, no hubiera dicho una palabra á no verme á mi reir maliciosamente. Entónces, fué cuando dijo, dirigiéndose á Teckson:

—Bueno; usted haga lo que quiera, pero yo no quiero constar en ese acta como uno de los que han asistido.

Figuraos la seriedad que indica este hecho en un Congreso de diputados.

Y vamos á otra cosa.

Capítulo XXXIX

Los prohombres de la República
La Benevolencia de Aguinaldo

Lo que hoy, entre nosotros, hemos dado en llamar República filipina, sin acordarnos de que no existe tal República, y de que han de pasar algunos años antes de que exista, se halla, puede decirse, en poder de tres ó cuatro personajes, que casi sin darse cuenta han escalado los primeros puestos, y que, por el mero hecho de estar constituídos en autoridades, son acatados y respetados por el pueblo, por las masas, que en su idiotez, propia de la raza á que pertenecen, no pueden comprender á qué abismo insondable les conducen esos *políticos improvisados*, sin talento alguno, ni imaginación apta para concebir una idea, ni para resolver un problema, por fácil é insignificante que éste se presente.

Emilio Aguinaldo tiene todos los caracteres de dictador absoluto, que se ha valido de la ignorancia en que vive el pueblo que dirige, para hacer á su antojo mangas y capirotes, sin que, ni aun los apartados de la política militante, que comprenden mejor que el pueblo lo que ocurre, se atrevan á protestar, ni á refutar siquiera, uno de los actos del Presidente.

Yo mismo he oído decir á uno de estos á quienes me refiero, hablando de Aguinaldo:

—Este hombre ha traído la ruina al país.

Y el que así protestaba *soto voce*, podríamos decir, tenía á Aguinaldo como un ídolo, y como á tal lo mostraba ante sus paisanos.

El que D. Emilio, como le llaman otros, está mirado como un verdadero ídolo, se hace patente en la prensa revolucionaria. *La Independencia*, *La República Filipina*, *El Heraldo Filipino, El Heraldo de la Revolución*, todos los periódicos que defienden los intereses morales y materiales de la naciente República, sin excepción, acatan con un servilismo que espanta, propio únicamente de aquella gente, lo que dice Aguinaldo, ó Mabini, ó cualquiera de los Secretarios ó Ministros que les rodean. Es decir: aquí ocurre lo que en ninguna parte del mundo; siquiera la prensa de cualquier nación, se considera siempre con derecho á discutir, ó pōner en tela de juicio lo que piensa cualquiera de los prohombres de la situación.

No obstante, Emilio Aguinaldo, á pesar de esta idolatría que le profesan sus paisanos, vive intranquilo: no sale de casa, como no sea acompañado de todos sus ayudantes y su escolta, duerme poco, y según informe de personas que viven muy cerca de él, le despierta el menor ruido, lo cual demuestra que no goza de gran tranquilidad, ó acaso que le remuerde la conciencia.

Apolinario Mabini, el actual Presidente del Consejo de Ministros, es otra de las personas que gozan de gran reputación entre los suyos, pués le consideran un talento de primer orden. Yo le visité dos veces, y puedo asegurar que ni como hombre civil, ni como gobernante, tiene dotes dignas de especial mención.

Efecto de padecer una enfermedad de la médula, tiene parálisis de ambas piernas, y por consiguiente

se pasa el día sentado en un sillón de anchos brazos y ante éstos le colocan una tabla, á guisa de mesa, donde escribe.

El primer día que fuí á verle, me recibió muy bien, me hizo sentar á su lado y hablamos largo rato acerca de la conveniencia de que dejara el Gobierno pasar á Manila á algunos españoles libertados que nos encontrábamos en Malolos y que bajo pretexto de que no podíamos rebasar las avanzadas filipinas, nos tenían detenidos allí mientras durase la guerra con los americanos, según ellos decían, entre otras razones, á fin de evitarnos el peligro que pudiéramos correr al traspasar las líneas de fuego. De modo que á última hora nos habían salido unos protectores que no nos los merecíamos.

Sin embargo, no tardé en convencerle de que á todo trance convenía dejar el paso libre á los que, después de haber sido prisioneros y concedida ya la libertad para ellos, constituía un verdadero secuestro el retenerlos por más tiempo.

Antes de despedirme, me prometió Mabini que reuniría á sus compañeros de Gabinete, y que por su parte, interpondría toda su influencia para conseguir lo que yo le había indicado.

En efecto: al día siguiente, en Consejo de Ministros se acordó el pase á Manila de los doce españoles libertados que nos encontrábamos en Malolos, y el Secretario ó Ministro de la Guerra, Baldomero Aguinaldo, quedó encargado de dar cuenta del acuerdo al General en Jefe de Operaciones, Pantaleón García, y de darnos el pase, á fin de que las fuerzas de las avanzadas, no pusieran impedimento alguno á nuestra marcha.

Y cuando nos disponíamos á salir de Malolos, Aguinaldo desaprobó lo acordado por sus Ministros y no hubo medio humano de convencerle; nos quedamos de nuevo en iguales condiciones, que antes de

tomar el acuerdo. Volví yo á visitar á Mabini, y con la pasividad de siempre, pues es de los hombres que no hacen un gesto, ni sus ojos dicen nada, ni sus labiós dibujan jamás una sonrisa, me dijo que él no podía suponer qué motivos tenía Aguinaldo para desaprobar lo acordado en Consejo.

—Pues en todos los países del mundo — le contesté yo, — cuando el Jefe del Estado no aprueba un acuerdo tomado en Consejo de Ministros, el Gabinete presenta la dimisión.

Creí que le impresionaría de algún modo mi indicación, pero al mirarle para observar el efecto producido, me tropecé con la misma frialdad de siempre, con la pasividad del imbécil, que era lo único que se reflejaba en su cara, y salí de allí convencido de que no era posible atar cabos con aquella gente, ni se podía apelar con ellos, á lo que demandaban la razón y la lógica.

Así es Apolinario Mabini, Presidente del Consejo de Ministros de la República Filipina.

Tuvo gran resonancia al principio de los actuales sucesos Antonio Luna, un farmacéutico, Director del diario *La Independencia*, y uno de los mayores enemigos que tenían allí los españoles prisioneros. Es hermano de Juan Novicio Luna, el célebre pintor, tan conocido en España, y que tan poco ha agradecido los favores recibidos de nuestros gobernantes.

Elegido Director de guerra y nombrado General en jefe de operaciones al romperse las hostilidades con los *yankees*, adquirió entonces una popularidad inmerecida, puesto que en asuntos de guerra demostró completa ineptitud.

Por otra parte, su soberbia de carácter le impulsó á cometer actos que le captaron la antipatía del Gobierno revolucionario, y últimamente la publicación de un bando que empezaba: «Serán pasados por las

armas sin formación de causa: 1.° Los que dén noticias favorables al enemigo», hizo que Emilio Aguinaldo le obligara á presentar la dimisión de General en Jefe, substituyéndole en este cargo Pantaleón García, á la vez que Luna volvía á su casa de San Fernando de la Pampanga, con gran contentamiento de los prisioneros, de los cuales me atrevo á asegurar que no hay uno siquiera que le deba un favor, por insignificante que sea.

Después, ya saben mis lectores que Aguinaldo, comprendiendo que al frente de su ejército en operaciones, se necesitaba en realidad una persona de la energía de Luna, pues las fuerzas revolucionarias con la falta de aquella cooperación empezaban á desmoralizarse, volvió á llamarle á su lado, nombrándole nuevamente General en jefe del Ejército filipino, dirigiendo algunas operaciones de importancia en la actual guerra que los filipinos sostienen contra los *yankees*.

Luego se dijo, aunque yo no he visto confirmada la noticia, que Antonio Luna había sido asesinado en Cabanatuan por la misma guardia de Aguinaldo, cuya especie revestía algunos visos de verosimilitud para los que conocíamos las tiranteces y escasas corrientes de simpatía existentes entre el Presidente de la República y Antonio Luna. Si la noticia se confirmara, debemos de congratularnos de ello, pues sería un medio para que la libertad de nuestros queridos hermanos fuera un hecho en época quizás no lejana.

Baldomero Aguinaldo, el Secretario de Guerra, es también de los que han procurado hacer todo el daño posible á los prisioneros españoles. Uno de los muchos ignorantes que han llegado á la cumbre, sin tener, ni remotamente siquiera, facultades para ello; habla muy poco, y lo poco que habla es para cometer desatinos y decir sandeces sin cuento, hasta el punto

de no ser posible sostener con él una conversación más ó menos larga, porque en todos sus razonamientos se observa lamentable falta de lógica y de sentido común.

Además, como hombres de representación dentro de la Revolución filipina, podemos citar á Sandiko, Secretario del Interior; Ambrosio Flores, Gobernador civil de Manila, al ocupar esta plaza el ejército americano y hoy General de Brigada; tanto uno como otro han sido defensores de la libertad de los prisioneros y casi los que más han contribuído á que Aguinaldo decretara la libertad de los empleados civiles y militares enfermos, el día 23 de Enero último.

Mas, en contraposición con estos dos *rara avis* en el campo filipino, existen el General Rianzares Bautista, Secretario de Gracia, y Justicia, el coronel Mariano Queri, ex-capitán de Infantería de nuestro ejército, hoy Jefe de Estado Mayor del Cuartel general, el Coronel Montenegro y otros varios, cuyos nombres no recuerdo, quienes han hecho cuanto han podido por cooperar á que el ánimo del titulado Presidente de la República no se inclinara en favor de los prisioneros.

Y cuenta, que dejo de citar aquí á Felipe Buencamino, á Pedro A. Paterno, y otros más, que en otros tiempos fueron nuestros *inseparables*, porque me da asco acordarme de ellos.

Estos son en resumen los hombres de más talla, políticamente hablando, dentro de la revolución; y díganme ahora los que creen en el talento y en la ilustración de los filipinos, si es posible que puedan gobernar un pueblo, contando con que he citado únicamente los *escogidos*, en los que pudiera caber alguna esperanza, porque, los demás del campo revolucionario, son escoria pura.

*
* *

Se ha hablado mucho de la benevolencia de Aguinaldo, y se ha hablado de esto, como de lo demás, sin saber en que fundaban esa creencia de que Aguinaldo tenía un corazón magnánimo y sentimientos humanitarios en alto grado.

Y en efecto: algo de esto puede observarse en esta hecatombe, que terminó por el cautiverio de algunos miles de españoles. Porque allá por los meses de Agosto y Septiembre de 1898, Aguinaldo puso en libertad, en Cavite, á algunos médicos que se encontraban prisioneros, y que fueron á suplicarle, invocando el derecho que les concedía el Tratado internacional de Ginebra, para quedar en libertad. Pero este acto del Presidente de la República no respondió precisamente á impulsos de su humanitarismo, sino á la creencia imbécil, como todas las suyas, de que las naciones intervendrían en los asuntos de Filipinas y pedirían la independencia para ellos, en vista de que habían cumplido con los Tratados internacionales y con las leyes de la guerra. Porque si aquel acto hubiera sido impulsado por sus sentimientos humanitarios, la orden de libertad que dió para cuatro ó cinco médicos prisioneros en Cavite, la hubiera hecho extensiva á todos los que en iguales condiciones se encontraban en el Archipiélago.

Y no sucedió así desgraciadamente.

Otra cosa que motivó la creencia del corazón magnánimo de que estaba dotado Aguinaldo, fué el hecho de que en Malolos, un cazador nuestro, que estaba á su servicio, intentó envenenarle, y al notificarle que el Consejo de Guerra sumarísimo á que fué sometido el soldado, había condenado á éste á ser pasado por las armas, Aguinaldo dijo:

—No fusilarle; le perdono. En su caso, yo hubiera hecho lo mismo.

Y el soldado fué indultado.

Pero este acto tampoco significa que sea impul-

sado por la benevolencia de quien lo ejecuta, porque dada la posición en que estaba colocado Aguinaldo, necesitaba asegurar las simpatias que tenía entre las masas, y captarse al propio tiempo otras nuevas, que le afianzaran en su puesto.

Que Aguinaldo no es sanguinario, eso lo sabemos desde la insurrección de Cavite, que mandó fusilar á Andrés Bonifacio, al saber que éste era del parecer de pasar por las armas á unos prisioneros españoles que habían caído en su poder. Pero de esto, á suponer que es benévolo y que goza de sentimientos humanitarios, hay mucho espacio. Sobre todo que si en efecto fuese verdad esa benevolencia tan cacareada de Aguinaldo, haría ya muchos meses que estarían entre nosotros nuestros queridos hermanos, y vemos que no sólo no han quedado en libertad á su debido tiempo, sino que ni aún los comprendidos en el Decreto del 23 de Enero último, han conseguido salir del cautiverio. Y esto, ya he demostrado en la prensa, especialmente en *El Nacional*, de Madrid, que no consiste en la guerra con los *yankees*, sino en que no le da la gana á Emilio Aguinaldo dejarles en libertad.

Y como he de volver á ocuparme de ello, en otro capítulo, hago punto aquí.

Capítulo XL

La Nochebuena del prisionero

La vida del prisionero de guerra se desliza triste, melancólica, con el espíritu fuerte para luchar con la adversidad de su destino fatal, pero con el cuerpo débil, agotándose por momentos lo que le iba dando fuerzas allá dentro para vivir, que era la esperanza, el vislumbrar en el horizonte á que puede llegar su imaginación, la libertad en forma de arrogante matrona que recoge en sus ebúrneos brazos, los prisioneros que llegan hasta ella. ¡ Bendita libertad ! Ven á mí, devuélveme á los míos; haz que vuelva á ver la casuca en que pasé mi infancia, feliz y dichosa, sin pensar que aquellas ansias que yo tenía entonces de ser hombre, se convertirían cuando lo fuera, en deseos de volver á esa edad sublime en que no se piensa; únicamente se goza.

Pero la libertad no llegaba hasta él; al contrario, parecía alejarse cada vez más ; ya casi no se distinguía la arrogante matrona, ya sus líneas, sus morbideces, sus brazos ebúrneos se confundían con el azul del espacio, del infinito, que lo envolvía todo ;... ya se había perdido por completo... Y el prisionero caía en el letargo, para al despertar, volver á su sueño de siempre, al sueño de la libertad.

A esto se reduce la vida del prisionero de guerra; á soñar despierto, y á dormir con sueño intranquilo, nervioso, excitable, porque en su cuerpo, lo único que conserva vigor, lo que prepondera, lo que en último resultado va dando hálito de vida á aquel tronco que se aniquila por momentos, que se desmorona á guisa de roca de granito, con lentitud, sí, pero que al fin va derecha al desmoronamiento, es la excitación de los nervios.

Y de tantos días pasados en el cautiverio, con la misma idea, con igual preocupación, con idénticos sueños de libertad y de volver al lado de los nuestros, la nochebuena, esa noche en que en todas partes es alegría, de la que todos participan, los ricos y los pobres, es la noche que jamás se borrará de las imaginaciones de los que hemos tenido la desgracia de pasarla en tierras lejanas, sin tener noticias del mundo exterior, abrumados por la horrible situación en que nos encontrábamos, sin poder tener la dicha, que hubiera sido inmensa en aquella ocasión, de lanzarnos á la calle y pasar la nochebuena respirando otra atmósfera que nos vivificara la sangre, viciada por el aire insano que entraba de continuo en nuestros pulmones, sin poder reunirnos á la orilla del río próximo á hablar de las cosas de España, recordando otras noches pasadas junto á la mujer amada, al arrullo de frases de amor, preñadas de dulzura, de mimo, que nos extasiaban.....

No; no nos quedaba ni ese consuelo, que hubiera sido, sin duda alguna, un lenitivo muy grande para nuestros espíritus decaídos por lo que nos rodeaba, abatidos por los recuerdos, aletargados, en fin, por la siniestra idea de la prisión, y del dominio que sobre nosotros ejercían gentes salvajes, estúpidas á lo menos.

Existía una orden terminante de que al llegar la noche se recogiesen los prisioneros españoles en sus

respectivas viviendas, bajo severos castigos si se infringía, y no había más remedio que obedecer, porque ya conocíamos como hacían cumplir aquella gente lo que ordenaban. Era preciso volver á hundirse entre aquellas cuatro paredes ennegrecidas, sucias, carcomidas por la polilla, á soñar despierto, á recordar otros años de nuestra existencia, entonces reducida á la más mísera expresión, en que durante la nochebuena recorríamos las calles cantando y haciendo piruetas, después de asistir á la misa del gallo y de comer en un restaurant próximo, opíparamente.

Se habían hecho suscripciones entre los cautivos que tenían medios de vivir para dar un rancho extraordinario á los soldados, que les mitigara la pena horrible que padecían, y esto, fué lo único que los pobres tuvieron en aquella nochebuena del cautiverio.

Bien quisiera no tener que hacer comparaciones entre esta y otras noches semejantes pasadas en el hogar, al lado de seres queridos que se reunen después de las doce para comer el pavo relleno, asado al horno y la compota de peras y la sopa de almendras hecha en casa, no por manos agenas, que mistifican todo lo que ponen, sino por manos apreciables que se esfuerzan porque el plato resulte suculento y sabroso; pero si he dedicado á mis compañeros de infortunio este libro, si son exclusivamente para ellos estas páginas, quiero que tengan la satisfacción, el día que quieran Dios y Aguinaldo protegerles, de recordar, ya lejos de la jurisdicción de los filipinos, aquella nochebuena del 98, triste, desesperante, odiosa, en que nos encontrábamos en el abismo insondable del cautiverio, porque abismo insondable era aquel en que nos habían arrojado, no sé que manos crueles, ni que inteligencias romas, puesto que no se le veía el fondo, ni podíamos comprender a donde pudiéramos llegar, si siguiéramos bajando, en medio de la obscuridad que nos rodeaba por doquier.

Yo hago votos porque la nochebuena de 1899, no la pasen en Filipinas los españoles que se encuentran prisioneros. Sí; que vuelvan los vivos siquiera, ya que no podemos hacer que los sepultados en aquellas tierras ingratas, levanten sus troncos rígidos y vengan aquí, junto á los suyos, á seguir pasando Navidades, felices y despreocupados.

Capítulo XLI

Gestiones del General Ríos. — Los primeros libertados

Acerca de las gestiones que D. Diego de los Ríos puso en práctica para conseguir la libertad de los prisioneros, publiqué yo un artículo en *El Nacional*, de Madrid, al cual remito á mis queridos lectores.

Decía así el artículo inserto en el citado diario madrileño, el día 1.º de Junio:

«El telégrafo anuncia que el General Ríos embarcará en Manila con dirección á España el próximo día 3 de Junio. Y con él vendrán todos los españoles militares y civiles que se encuentran en Manila; de modo, que la repatriación toca á su término. al menos para el Gobierno. Porque la repatriación oficial consiste en eso: en que regresen á la Península todas las tropas capituladas en Manila y los empleados civiles que se encontraban en aquella capital. Y los infelices que en poder de Aguinaldo siguen viviendo una vida miserable, muriendo de hambre y de nostalgia por su hogar y por su patria, esos... ¿qué importa?... que se repatríen solos.

»Es una de las muchas cosas que tenemos que agradecer á este Gobierno y al general Ríos: el haber

abandonado en Filipinas á más de 6,000 españoles en la situación más crítica que darse puede.

» Es verdad que si el General Ríos había de seguir trabajando por la libertad de nuestros compatriotas, como ha trabajado hasta ahora, más vale que vuelva, porque así descansará de las fatigas sufridas para desempeñar la comisión que España le tenía encomendada en el Archipiélago, y además verá la familia, porque él, probablemente le dará á esto más importancia que á conseguir la libertad de los cautivos españoles».

. . . .

« Si se ha conseguido que fueran libertados algunos empleados civiles, puedo asegurar que no se le debe á él; se debe únicamente á que Aguinaldo, influido quizás por alguno de los que le rodean, quiso decretarlo así el día 23 de Enero, cuyo decreto, debido á las actuales circunstancias por que atraviesa el Archipiélago, quedó en suspenso, y Dios sabe cuando volverá á estar vigente.

»Además, una prueba de que el General Ríos no ha hecho nada en favor de los prisioneros, y no sólo esto, sino que hasta le molestaba el que le hablaran de ello siquiera, es que únicamente recibía á las personas que tenían que hablar con él de este asunto, los lunes. De modo que en toda la semana no volvía á ocuparse de ello.

»Se dirá que muchas de las consultas que se le hacían resultaban impertinentes, pero el asunto era de tal gravedad, entrañaba tantísima importancia y el interés que despertaba, sobre todo en las familias, era de tal magnitud, que el representante de nuestro Gobierno en Manila debió sufrir con paciencia todas las molestias, y concretarse desde por la mañana hasta por la noche á estudiar el modo de conseguir la

libertad de tantos infelices españoles, pues esto, en último resultado, era lo menos que se le podía pedir al general Ríos.

» Ahora que próximamente llegará á nuestras costas el trasatlántico que ha de conducirle á España, conviene que se conozcan del todo los méritos contraídos por el general de división D. Diego de los Ríos durante el tiempo que estuvo en Manila representando al Gobierno de la Nación.

» Porque bien pudiera suceder que llegara aquí adornándose con plumas de pavo real, con galas de oropel, y que algunos se deslumbraran con ellas.

» Lo único que ha hecho, si esto es hacer algo, muy tarde por cierto, es escribir una carta, que va á continuación, someterla al juicio del elemento extranjero y publicarla, antes de remitirla á Aguinaldo, en *La Oceanía Española* de aquella capital.

» Dice así:

» Señor D. Emilio Aguinaldo.

»Muy señor mío: Ratificado el Tratado de paz entre España y América por el Presidente de los Estados Unidos y S. M. la Reina regente, y repatriadas las fuerzas españolas del Archipiélago, dentro de breves días regresaré á la Península con el resto del elemento oficial.

» Como quiera que en una de las conferencias que tuvo con usted mi Jefe de Estado Mayor, le ofreció que, de ratificarse la paz, quedarían en libertad los prisioneros que aun conservan los filipinos; convencido de que á su buen criterio no puede ocultarse que ya no existe razón alguna que justifique la detención de aquéllos, é impedida por las autoridades americanas toda indemnización pecuniaria, cumplo lo que es en mí un sagrado deber al dirigirle esta carta. Yo que en nada he intervenido en los últimos acontecimientos de Luzón y que, como á usted consta, salí de Bisayas con escasas fuerzas y con el respeto de mis

enemigos, acudo hoy á los sentimientos de justicia y humanidad de usted para rogarle en mi nombre y en el de 10,000 madres, mujeres é hijos que lloran en España la suerte de esos desgraciados, disponga su inmediata libertad, tendiendo así un lazo de cariñosa unión entre el pueblo filipino y la que fué trescientos cincuenta años su madre Patria.

» Si, como espero, accede á esta mi justa súplica, mi agradecimiento y las bendiciones de aquéllos séres serán para usted. De todos modos, le ruego me diga sus propósitos acerca de los prisioneros españoles, teniendo en cuenta que, obligado como estoy por deber de conciencia á demostrar que he hecho cuanto humanamente ha sido posible para libertarlos, esta carta y su contestación ha de leerlas el mundo civilizado.

» Excuso manifestar á usted cuanto han de influir en el concepto que se forme del pueblo filipino y para el juicio que merezca su conducta de usted y la mía.

» Espero, también, que reflexione sobre su decisión ante esta mi última demanda, pensando en la tranquilidad de conciencia que nos produciría á los dos el haber cumplido con nuestros más sagrados deberes.

» Soy de usted con la más distinguida consideración, atento s. s. q. b. s. m., *Diego de los Ríos* ».

« Tengo para mí que las buenas obras, cuando se hacen públicas, dejan de serlo, ó por lo menos pierden un 100 por 100 de su valor. Y así le pasa al General Ríos.

» La carta que antecede, á más de resultar trasnochada, *fiambre,* pudiera tomarse como un reclamo para demostrar « al mundo civilizado », como él dice, y sobre todo á España, que ha hecho cuanto ha podido por la libertad de los prisioneros; que ha gastado, como si dijéramos, el último cartucho en favor de

aquellos infelices. Y si así fuera, que me dispense el General Ríos, resultaría por lo menos exagerado, porque han faltado por gastar muchos cartuchos en ese sentido.

»Ya lo he dicho antes: lo único que pudiera llamarse gestión en favor de la libertad de nuestros compatriotas, llevada á cabo por el último representante de la soberanía española en aquellas islas, es la carta citada. Y ¡ya ven mis lectores con qué oportunidad y en qué forma!...

»Cuando todavía no se sabe si podrá llegar á manos de Aguinaldo el documento, se publica en la prensa, y, por lo tanto, se le da tiempo sobrado al titulado Presidente de la República para que medite y consulte la contestación que ha de dar á la carta, sin verse en el trance de ceder los prisioneros.

»Por lo demás, yo, que he sido prisionero de los tagalos durante nueve meses, puedo asegurar que, en ese tiempo, no ha llegado á mí, ni á uno de mis compañeros de infortunio, un recurso siquiera, ni ha habido un hecho que demostrara la presencia del General Ríos en Manila, y mucho menos la gestión de éste en favor nuestro.

»Lo cual no obsta para que él trabajara particularmente y consiguiera la libertad de los prisioneros amigos, ó de los cuales pudiera esperar en el día de mañana algún apoyo, que bien lo necesita. Tal ocurrió con D. Hipólito González Parrado, hijo del general del mismo apellido.

»Y creo que con esto basta y sobra para demostrar, de modo patente, que el General Ríos, no sólo no debe ascender á Teniente general por los trabajos efectuados para conseguir la libertad de los prisioneros, sino que por este motivo no se ha hecho acreedor á recompensa alguna.

»Y conste que no le conozco».

Con lo dicho basta y sobra para comprender que

el General Ríos ha hecho por los prisioneros lo menos posible que podía hacer, porque nadie mejor que los mismos interesados, hubiéramos podido apreciar la obra del General por nuestra libertad.

Los primeros prisioneros que tuvieron la suerte de ser rescatados, fueron los empleados civiles de Camarines, en donde el Jefe Militar dió la orden de libertad en cuanto conoció la idea que predominaba en el Gobierno filipino, de dejar en libertad á los empleados civiles. Pocos días después fué llamado á Malolos por el Secretario de Guerra Baldomero Aguinaldo, el oficial del Gobierno civil de Pangasinán D. Hipólito González Parrado, y se le concedió el pase; este fué el único rescatado por el General Ríos. Luego, el 27 de Enero quedaron en libertad los Gobernadores civiles de las provincias de Tarlac y Pangasinán, Sres. Jaques y Urrengochea y el Secretario de este último punto, cuyo nombre no recuerdo. Acto seguido se dió orden por el Presidente de la República para que las colonias civiles de las provincias de Pangasinán y la Laguna, las cuales se encontraban en Dagupan, fueran á Malolos á recoger los pases de libertad; esto ocurría el 28 de Enero, si mal no recuerdo, debiendo advertir que con estas colonias, obtuvieron la libertad el médico militar Sr. Moreno López, un oficial de Administración del Ejército y un soldado sanitario.

El día 1.° de Febrero fueron á Malolos los empleados civiles de Tarlac y los médicos militares, señores Roche y Arias Carvajal; los primeros obtuvieron el pase de libertad al día siguiente y salieron para Manila. A los últimos, se les concedió el salvo-conducto el día 6 de Febrero, y quedaron en Malolos en la misma calidad de prisioneros, pues, debido á que se habían roto ya las hostilidades entre filipinos y americanos, no les fué posible rebasar la línea.

El día 2 de Febrero llegó á Malolos la colonia civil

de Nueva Ecija, y salió para Manila al día siguiente.

Los que llegaron en los días sucesivos, no les fué posible salir de allí, por la ruptura de hostilidades; algunos de ellos, todavía siguen en el cautiverio, con el pase de libertad en el bolsillo.

Estos fueron los primeros y únicos libertados; los que después obtuvieron la libertad, fué debido á haber tenido ocasión de escaparse. Ahora bien: de todos ellos, únicamente el señor González Parrado lo fué por mediación del General Ríos; de modo que si éste no hubiera estado en Manila, lo mismo hubieran quedado en libertad estos prisioneros.

Antes de terminar este capítulo, debo hacer constar que aquí no hablo de los médicos que Aguinaldo dejó en libertad en Cavite en el mes de Agosto de 1898, pues esos lo fueron por gracia especial.

Capítulo XLII

Declaración de Guerra. - Proclama de Aguinaldo

Las corrientes de amistad y simpatía establecidas entre el Gobierno americano y el filipino, empezaron á desaparecer el día que el General Ottis obligó á los filipinos á retirarse de los arrabales de Manila, pues fué entonces cuando Aguinaldo comprendió que las promesas de los *yankees* quedaban reducidas á un engaño incalificable, como ya había asegurado en su manifiesto Pedro A. Paterno. Mas, á pesar de esto, el Presidente de la República filipina, no quiso romper del todo las buenas relaciones establecidas con el Gobierno americano, esperando que éste premiara algún día los sacrificios que se había impuesto al levantar el país contra los españoles, protegiendo de este modo el que se apoderase la República americana de aquel territorio español, que de otro modo, no hubiera conseguido tan fácilmente.

No obstante, estas esperanzas del Gobierno filipino se vieron fallidas bien pronto, de modo categórico, cuando el General Ottis, nombrado Gobernador General de Filipinas por el Gobierno de los Estados Unidos publicó su alocución dirigida á los filipinos, hablándoles de concederles derechos y libertades que ellos

no concebían, pues tenían entendido, según les había manifestado Aguinaldo, que los americanos concederían la independencia de los naturales, y ellos abandonarían el Archipiélago, en cuanto los españoles lo hubieran evacuado. Entonces vinieron á caer en la cuenta hasta los más romos de inteligencia, que si mala había sido la dominación española, peor sería la de los americanos, á la vez que los periódicos revolucionarios comenzaban sus campañas en contra de la política de los americanos en el Archipiélago, incitando á Aguinaldo á que declarase la guerra, en vista de los abusos que cometían con los filipinos de Manila, haciéndoles sufrir vejaciones sin cuento.

Todo esto dió lugar á que los filipinos preparasen el momento oportuno de atacar á Manila, á la vez que los revolucionarios que vivían en la población levantaran el grito de rebelión en el interior de la ciudad en el preciso momento en que ésta fuera atacada, por los filipinos de provincias.

Preparadas ya las fuerzas filipinas para el ataque, Aguinaldo, el día 4 de Febrero, publicó un bando de declaración de guerra llamando al servicio de las armas á todos los naturales del país, y organizando los batallones que debían de atacar y los puntos precisos por donde debía efectuarse el ataque.

Y en aquella noche del 4 de Febrero, á las ocho aproximadamente, empezó el ataque de los filipinos por la parte de San Juan del Monte, con objeto de distraer las fuerzas americanas hacia aquel punto, mientras procuraban entrar en la ciudad por otro. Pero la combinación no dió los resultados que esperaban los filipinos, porque los que vivían dentro de Manila no tuvieron valor para levantarse al grito de rebelión, y al propio tiempo, cuando los filipinos, creyendo fácil el acceso á Manila, atacaron el arrabal de Binondo, se encontraron con que estaban tomadas todas las precauciones por parte del ejército americano que

guardaba aquel punto, y los filipinos fueron rechazados y perseguidos hasta el inmediato pueblo de Caloocan, en donde entraron á sangre y fuego los *yankees*, retirándose á Manila, después de incendiar el poblado.

Y acto seguido empezó el bombardeo de los buques americanos, surtos en la bahía, sobre Caloocan y Malabón, completando la acción y la derrota de los filipinos; pues el cañoneo duró toda la noche y parte de la mañana del día siguiente, 5 de Febrero, en que apareció la proclama de Aguinaldo que va á continuación:

« Al Pueblo filipino

«Por mi bando fecha de ayer, he publicado la ruptura de hostilidades entre las fuerzas filipinas y las americanas, de ocupación en Manila, promovida por estas últimas, de modo inesperado é injusto.

» Mi manifiesto de 8 de Enero próximo pasado ha publicado los agravios inferidos al ejército filipino por el de ocupación: la proclama del General Ottis relata los agravios al pueblo filipino; los continuos atropellos y vejámenes acusan las desdichas del vecindario de Manila; y por último, las conferencias inútiles y el menosprecio al Gobierno filipino, acreditan la premeditada transgresión de la justicia y la libertad.

» Sé que la guerra ha producido siempre inmensos estragos; sé que el pueblo filipino, no rehecho aún de las pérdidas pasadas, no se encuentra en las mejores disposiciones para arrostrarlos. Pero sé también por experiencia cuán amarga es la esclavitud, y por experiencia conozco que debemos sacrificarlo todo en aras de nuestro honor é integridad nacional, tan injustamente atacados.

» He querido evitar hasta donde me ha sido posible el conflicto armado en mi afán de asegurar nuestra independencia por medios pacíficos y evitar los

sacrificios más costosos. Pero todas mis gestiones han fracasado ante el desmedido orgullo del Gobierno americano, y de los representantes del mismo en estas Islas, que se han empeñado en considararme rebelde porque defiendo los sagrados intereses de mi patria, y no me hago solidario de bastardas intenciones.

» Las pasadas campañas os habrán convencido ya que este pueblo es siempre fuerte cuando quiere serlo: sin armas hemos arrojado de nuestro amado suelo á los antiguos dominadores, y sin armas podremos rechazar la invasión extranjera, con sólo queramos. La Providencia tiene siempre medios reservados y auxilio pronto en beneficio de los débiles, para que no sean aniquilados por los fuertes, y puedan realizarse la justicia y el progreso de la humanidad.

» No os desaniméis; tenemos regada nuestra independencia con la sangre generosa de nuestros mártires; la que se derrame en lo sucesivo, servirá para hacerla más frondosa y más fragante. La naturaleza no ha desperdiciado jamás los generosos sacrificios.

» Pero tened en cuenta que para que nuestros esfuerzos no se malogren, nuestros (1) ....., nuestro afán sea cumplido, es indispensable que ajustemos nuestros actos todos, á las reglas del Derecho y del Bien, aprendiendo á triunfar de nuestros enemigos y á vencer nuestras malas pasiones.»

» Malolos 5 de Febrero de 1899. — *Emilio Aguinaldo*, Presidente de la República filipina ».

La publicación de la proclama transcrita, causó gran entusiasmo en Malolos, animando á los que se encontraban abatidos pensando en la derrota horrible que habían sufrido y en las consecuencias que podría acarrear aquella declaración de guerra, hecha de modo tan súbito y á traición; pues en la sombra se había cimentado el plan de ataque, y sin previo aviso,

(1) Está roto el original y no se lee la frase siguiente.

puede decirse, quedaron rotas las hostilidades, pues el *ultimatum* que el Gobierno de la República había dirigido días antes al General Ottis no decía en último resultado nada concreto respecto á la declaración de guerra.

Aquel día, en las primeras horas de la mañana, salieron para Caloocan el General Antonio Luna, nombrado General en Jefe del Ejército en operaciones, y una importante columna al mando del Comandante Torres Bugallón, ex-capitán de nuestro Ejército, que solicitó ir voluntariamente á ocupar el sitio de mayor peligro.

Al pueblo, á la masa imbécil, se le había hecho creer que los filipinos habían conseguido entrar en Manila durante la noche y que se hallaban fortificados en algunas iglesias situadas en los arrabales desde donde causaban numerosas bajas al Ejército americano, el cual no tendría más remedio que abandonar la plaza en vista de la inutilidad de sus esfuerzos.

Todas estas habladurías producían magnífico efecto en el vulgo, pero nosotros, los prisioneros, los que nos encontrábamos en Malolos y conocíamos y hablábamos con cierta confianza con algunos de los principales dentro de la revolución, comprendíamos perfectamente que no había habido tal victoria por parte del ejército filipino y sí muchas pérdidas.

Los periódicos revolucionarios *La Independencia* y *La República Filipina,* salieron aquel día protestando enérgicamente del *ataque inesperado* de los americanos, á los pueblos de Malabón y Caloocan, indefensos para contrarrestar los efectos mortíferos de las granadas de los barcos de guerra.

Ataque inesperado, decían los filipinos, cuando nosotros conocíamos perfectamente que de algún tiempo á aquella parte venían preparando la traición de atacarles en un momento dado, cuando creyeran á los americanos más descuidados de un ataque. Pero

como éstos, al parecer, con la astucia peculiar en su raza, comprendieron lo que tramaban los naturales del país, no dejaron un momento de estar apercibidos para la lucha, y cuando ésta se entabló, como es natural, ocurrió lo que forzosamente tenía que ocurrir, que fueron derrotados los filipinos, á los cuales no les quedaba ya otro recurso que la protesta.

Durante todo el día 5 de Febrero siguió el combate, sin avanzar ni los unos ni los otros un paso de sus posiciones, y durante todo el día también siguieron circulando las versiones más absurdas de supuestas victorias del ejército filipino.

Pero cuando sufrieron una decepción horrible los revolucionarios, cuando decayó el ánimo, aun de los más entusiasmados con la lucha, cuando empezaron á ver la realidad, la triste realidad de la cosa, los que se creían todavía potentes para vencer á las fuerzas americanas de ocupación en Manila, fué á las cinco de la tarde en que el tren condujo á Malolos desde Caloocan, el cadáver del *Comandante* Torres Bugallón, atravesados ambos muslos por un casco de granada *yankee*, defendiendo con valor inaudito su puesto de la Loma, en las inmediaciones de Manila.

Aquel fué el primer golpe asestado á los filipinos en medio del corazón, pues con el cadáver del Jefe muerto llegaron también noticias horripilantes, detalles de un número exhorbitante de bajas tenidas por los revolucionarios, y de que aquellos rumores de victorias y de triunfos eran falsas en un todo.

Así terminó aquella primera jornada de la guerra filipina-americana, y así terminó, en medio del mayor desconsuelo para los filipinos, aquel día 5 de Febrero de 1899.

Capítulo XLIII

Toma de Caloocan. — Ataque inesperado

Desde la noche del 4 al 5 de Febrero, en que se rompieron las hostilidades entre americanos y filipinos, y después de la acción del día 5, no se habían desarrollado sucesos de verdadera importancia por la parte de la vía férrea; las operaciones por allí, habían consistido en tiroteos ligeros que no producían daño de consideración en ninguno de ambos ejércitos, sin dar un paso de sus posiciones respectivas. Los *yankees* tenían fortificada convenientemente la estación del ferrocarril y los cañones amedrentaban á los filipinos en cuanto éstos intentaban moverse de sus trincheras colocadas delante de la estación de Caloocan, á unos ciento cincuenta metros de ésta, en la que se hallaba establecido el Cuartel general del General Antonio Luna, y buen número de fuerza de reserva, esparcida por el pueblo, el cual habían rodeado, en toda la parte situada enfrente de Manila, de una trinchera de tierra apelmazada y caña de más de un metro de espesor con zanja delante ancha; de modo que difícilmente podía ser tomada á la bayoneta por los soldados americanos, los cuales, como decían los indígenas en aquellos días, haciendo comparaciones con los solda-

dos nuestros: « si en lugar de ser americanos fueran españoles, ya habrían tomado Caloocan á la bayoneta el primer día del combate ». Había que agradecerles á los naturales, en medio de su reciente traición, el alto concepto en que seguían teniendo á nuestro Ejército.

En Malolos, en aquellos días, notábase inusitado movimiento de tropas que volvían del combate, de la trinchera, con los trajes sucios, la cara llena de tierra y de lodo de haber dormido en el suelo algunas noches; algunos soldados con dos fusiles, prueba evidente de que, uno de ellos era de alguien que se había quedado en el campo; otros, sin mochila, muchos descalzos y el pantalón arremangado hasta la rodilla y los pies y parte de la pierna de color terroso, como de haberse metido en el lodo del camino, ó de la sementera.

Debo advertir aquí, que el soldado indígena, desde el momento en que se quedaron los filipinos dueños del territorio de la isla de Luzón, se acostumbró á los zapatos, siendo raro el caso de verse á un soldado descalzo, especialmente en Malolos, donde Aguinaldo, al parecer, tenía especial cuidado en que se presentaran todos perfectamente uniformados y calzados. Es verdad que los primeros pares de zapatos no les costaron nada, pues eran producto de la rapiña y del bandidaje, al rendir los destacamentos de provincias; nuestros cazadores, en cambio, eran los que en aquella época, iban descalzos, por no tener zapatos qué ponerse.

En donde realmente tomaron incremento en aquellos primeros días de Febrero las operaciones de guerra, fué por la parte de San Juan del Monte, pues los americanos quisieron castigar por allí á los revolucionarios, por haber sido aquél el punto elegido por éstos para el ataque á traición de la noche del 4. Y sin respetar nada ni á nadie, arremetió con tal ímpetu el ejército, y con tal rabia atacaron las posicio-

nes enemigas á la bayoneta, protegidos por las piezas de artillería situadas en las inmediaciones de Manila y en sitio estratégico, que los filipinos no tuvieron más remedio que abandonar las trincheras y salir en fuga vergonzosa hasta Polo, mientras los americanos seguían en persecución de los revolucionarios hasta el pueblo de Mariquina, en donde tenía establecido su Cuartel general el General filipino de aquella zona, Jerónimo Licerio, que era uno de los pocos filipinos que todavía recordaba con orgullo la época en que había estado al servicio de España, como Comandante de las Milicias Filipinas. Y fué tal la sorpresa que causó á los filipinos aquella arremetida valiente del ejército *yankee*, que creyeron y circuló el rumor con visos de verosimilitud, de que la vanguardia de la columna americana que había atacado las posiciones filipinas, estaba formada por soldados españoles, pero afortunadamente no resultó cierta la noticia, pues esto equivaldría á suponer que nuestras tropas de Manila se habían afiliado al ejército americano, y eso hubiera sido indigno de españoles.

En esta huída de los filipinos abandonó también su puesto el *Gobernador civil* de Manila, Ambrosio Flores, que había establecido su despacho en Mariquina; y algunos prisioneros españoles que se encontraban en este punto, y que tuvieron que salir del pueblo con las fuerzas revolucionarias que lo abandonaban, me dieron cuenta al llegar á Malolos de aquella victoria de los americanos. Entre estos prisioneros venía el Secretario del Gobierno civil de Tayabas, D. Andrés Sáinz de Robles, á quien se le concedió el pase de libertad, como comprendido en el decreto de 23 de Enero, pero cuya libertad no pudo hacer efectiva porque no había medio humano de salir de Malolos, sin exponerse á que fuera víctima de su osadía.

En igual caso que el Sr. Sáinz de Robles, se encontraban el factor de Administración Militar señor

Diaz, los médicos militares Sres. Roche, Creixell y Arias, el Gobernador civil de Bataán, D. Antonio Córdova, el escribano de la provincia de Bulacán, señor Ruiz y algunos enfermos militares también comprendidos en el decreto, como los tenientes Odero, Castro, Candón, y varios individuos de tropa, los cuales habían salido huyendo del hospital de Malabón, acosados por las granadas de los barcos *yankees*, en la mañana del día siguiente al en que se rompieron las hostilidades.

Los filipinos no se descuidaban, á pesar de la quietud observada en las líneas americanas, de la parte de la línea férrea; ellos comprendían que en el momento menos pensado acometerían con decisión sus posiciones de Caloocan, y Aguinaldo no descansaba en aquellos días ni un momento siquiera, organizando fuerzas de combate que fuesen á reforzar las que ya se encontraban en la línea del citado pueblo, hasta el punto de llegar á reunir allí 20,000 hombres con otros tantos fusiles. Y se comprende que les tuviera con cuidado aquellas posiciones, porque era donde tenía establecido el General en Jefe su Cuartel general, y además porque tomado Caloocan, con facilidad suma podrían tomar los pueblos sucesivos hasta llegar á Malolos, pues era de suponer que los americanos no dieran tiempo á los revolucionarios de aprestarse á la defensa en los pueblos sucesivos.

Mientras tanto las noticias que circulaban por la capital de la República, eran de lo más halagüeñas que darse puede para las armas revolucionarias, convirtiendo en triunfos lo que no eran más que derrotas vergonzosas para ellos. Y el pueblo, seguía pensando en el próximo triunfo de las armas filipinas y en la independencia, idea que les bullía en el interior de su cerebro, desde que tomaron posesión de la isla de Luzón.

Mas, el día 10 de Febrero, sufrieron los que tales patrañas creían, el primer descalabro. Los americanos

se cansaron de verles desde sus posiciones campar por sus respetos, por las sementeras de Caloocan, ú ocupados en la construcción de trincheras y decidieron atacar el Cuartel general filipino, tomando antes la trinchera situada en el punto denominado Maypajo, entre Caloocan y Manila, que era la posición mas formidable con que contaban. Y en efecto: en aquel día se inició el ataque desde las primeras horas de la mañana contra el pueblo dicho, haciendo uso de las ametralladoras de que disponían los *yankees*, y el combate se fué haciendo por momentos más rudo y más encarnizado, pues los filipinos defendían su puesto con valor y decisión, hasta el punto de obligar á retroceder más de una vez á una columna americana que había intentado avanzar por la vía, para tomar la trinchera de Maypajo; pero, comprendiendo los americanos que la lucha por tierra se hacía imposible y que el fracaso era seguro si insistían en ello, á las cuatro de la tarde, en que creyeron llegado el momento decisivo del avance, los barcos empezaron á bombardear el pueblo, usando bombas embreadas que se inflamaban al caer y bien pronto empezó á arder el pueblo; entonces avanzó por la vía una brigada *yankee*, y los filipinos, comprendiendo que no conseguían nada con sostenerse allí por más tiempo, acosados por las granadas de los barcos, el incendio del pueblo y el fuego nutrido de fusilería de los que avanzaban por la vía férrea, determinaron huir en dirección al pueblo de Polo, con objeto de parapetarse allí y trasladar su Cuartel general, Antonio Luna.

Bien pronto quedaron dueños del territorio los americanos; alojaron suficiente fuerza en el convento y la iglesia de Caloocan, tomaron las medidas oportunas con objeto de tener perfectamente vigilados los alrededores del pueblo y evitar de este modo una sorpresa, y desde aquel día establecieron allí su cuartel general de Operaciones.

Los filipinos, al llegar á Polo, empezaron la construcción de trincheras enormes, para lo cual aprovechaban la noche, en los momentos en que los buques de guerra no les observaban con sus potentes focos eléctricos, pues, como el pueblo de Polo estaba próximo á la costa, los barcos dirigiendo sus focos sobre las posiciones enemigas, podían á su antojo vigilarlas sin ser hostilizados por ellas.

La noticia de la pérdida de Caloocan, produjo honda sensación en Malolos; hubo quien preparó todo su equipaje para el momento de tener que abandonar el pueblo. Algunos, los menos, porque había muy pocos que tuvieran criterio propio y sentido común para comprenderlo, eran los que creían que los americanos podrían llegar á Malolos sin grandes dificultades, debido á que no era posible para los filipinos oponer gran resistencia en los pueblos comprendidos entre Polo y Malolos, pero la mayor parte, incluso los ilustrados. creían que los americanos no llegarían á Malolos. Y esta opinión que se hizo, como digo, general, parecía adquirir carácter de veracidad al observar que los *yankees* no habían intentado avanzar más, desde el día que ocuparon Caloocan. Sin comprender que, al parecer, no tenían mucha prisa en tomar los demás pueblos y preferían aguardar á que los filipinos volvieran á estar repuestos de la derrota y amontonaran en Polo un grueso ejército, con el fin de que entonces el ataque ocasionara mayor número de bajas en las tropas revolucionarias; cuya argumentación. no dejaba de tener lógica, considerando que las bajas de las tropas *yankees*, en todos los combates, tenían que ser forzosamente menos considerables, puesto que luchaban siempre protegidas por la artillería de grueso calibre, que era la que decidía la acción en su favor y únicamente avanzaban con decisión después de cañonear convenientemente las posiciones enemigas.

Aguinaldo, en aquellos días de calma relativa, recorrió las avanzadas filipinas y ordenó á Luna que estudiara una operación combinada para dar con probabilidades de éxito un ataque á Manila, pues, ese era el *desideratum* podríamos decir, de los filipinos; que llegase un día en que pudieran entrar en Manila á saco y asaltar los Bancos extranjeros y las casas de comercio importantes y matar á los americanos y á los españoles en las calles de la población, pues era la manera más rápida de conquistar su independencia, de modo, que no pudieran oponerse á ello las naciones extranjeras. ¡Como si éstas hubieran podido ver sin protestar inmediatamente, aquel atropello al derecho de gentes y á los tratados de comercio y á todo, en una palabra, de los intereses que cada una de ellas poseía en Manila!

Pero, lo cierto es que Luna quedó en estudiar el plan de la operación y presentar á Aguinaldo el proyecto una vez éste terminado.

Efectivamente: el farmacéutico Antonio Luna combinó una operación y presentó al Presidente de la República su proyecto, que fué aprobado en Consejo de Ministros. Las Cortes no podían aprobarlo porque se habían suspendido las sesiones del Congreso, con motivo de desavenencias surgidas entre algunos diputados y el Gobierno de la República, á propósito de la guerra.

Y el día 22 de Febrero, apercibidos ya de antemano todos los jefes de los destacamentos que rodeaban Manila, se dió la operación.

El ataque, se dirigió primero por la parte de Mariquina, y por allí empezó el incendio, pues los filipinos en su avance sobre Manila, incendiaban todo lo que encontraban al paso; el combate se hizo encarnizado desde los primeros momentos y así siguió toda la noche por aquel sitio, hasta las primeras horas de la madrugada, en que una columna de filipinos que

había salido de Malabón al mando de un teniente Coronel, logró entrar por el barrio de Tondo en Manila y llegó hasta cerca de la calle de la Escolta, aprovechando un descuido de los *yankees*, á quienes les hubiera costado bien cara la distracción, á no haber tomado rápidamente determinaciones enérgicas que dieron por resultado el que los revolucionarios retrocedieran, pues la columna se vió copada por considerable número de fuerzas *yankees*.

Yo tuve ocasión, después del combate, de hablar con el Teniente Coronel que mandaba la columna revolucionaria y cuyo nombre no recuerdo, el cual me dijo que no contaba más que con 240 hombres y de éstos 65 quedaron muertos dentro de Manila y los demás, casi todos resultaron heridos. Y aun así no comprendía como había podido salir uno siquiera vivo de la refriega, porque ésta llegó á hacerse cuerpo á cuerpo y considerando que el número de *yankees* era mucho mayor que el de filipinos, lo lógico hubiera sido que hubieran sucumbido todos.

La población de Manila presentó aquella noche, según mis referencias, fantástico aspecto, pues el incendio que en las primeras horas coloreó el firmamento por la parte de San Juan del Monte, siguió más tarde por la parte del barrio de Binondo, en donde prendieron fuego los mismos filipinos que vivían en aquel arrabal; y unido esto al continuo tiroteo de fusilería que durante toda la noche mantuvo despiertos á los habitantes de Manila, se comprenderá el pavor que se apoderaría de éstos, en aquella noche del 22 de Febrero de 1899, que no olvidarán á buen seguro, mientras vivan.

Este ataque inesperado de los filipinos, hizo comprender á los americanos que no podían entretenerse en las operaciones de guerra, y que el avance se imponía sin tardanza.

Capítulo XLIV

Efectos de la guerra.—Avance decisivo

Después de la toma de Caloocan, Aguinaldo, ordenó que quedara sin efecto el decreto de libertad del 23 de Enero, y que de modo absoluto se prohibiera el paso por las avanzadas filipinas; así es, que los españoles que tenían aprobada ya su libertad, se encontraron con que, debido á esta suspensión del decreto, volvían á quedar en iguales condiciones que antes. Por otra parte, á consecuencia de la guerra con los *yankees*, la incomunicación con Manila se hizo casi absoluta, y esto dió lugar á que no pudieran llegar ropas ni recursos para los prisioneros, los cuales se encontraban en deplorable estado, aumentando en aquellos días considerablemente las defunciones de españoles, como no tenía más remedio que suceder, pues á las enfermedades adquiridas por la escasa nutrición que habían tenido hasta entonces durante su cautiverio, había que agregar que ya la alimentación no podía ser ni escasa siquiera, reduciéndose al arroz de mala calidad cocido, que era la ración que los prisioneros recibían de los indígenas. Así se explica que en siete días murieran 47 soldados españoles en Malolos, no pasando día que no hubiera que lamentar dos ó tres defunciones, por lo menos.

Hasta que sobrevino la ruptura de hostilidades, los oficiales y jefes prisioneros contaban con elementos mayores ó menores para poder vivir, y estos mismos ayudaban á los soldados á ir soportando con paciencia el peso abrumador del cautiverio; pero desde el día 4 de Febrero no hubo medio de tener recursos, y los oficiales se encontraban quince días después sin tener de qué comer, dándose el caso, efecto de esta situación apuradísima, de que algunos de ellos se colocaran de asistentes de los naturales del país que se hallaban en buena posición. Y cuenta que hablo de fines de Febrero y primeros días de Marzo; de modo que hoy pueden calcular mis lectores, lo que ocurrirá. Me da vergüenza tener que decir ciertas cosas. ¿Les parece poco bochornoso á nuestros gobernantes, que por causa de ellos, se vea obligado un oficial del Ejército español á servir de criado á un indígena, que hasta muy poco tiempo no estaba considerado, ni como persona?

Y digo, por su causa, por causa de los que tienen el deber, por el cargo que desempeñan dentro del Gobierno de la Nación, de prever ciertas cosas para no tenerlas que lamentar luego. No se ha dado un caso siquiera de que en España se prevea lo que es claro y terminante que debe de ocurrir.

Si es verdad lo que en la infancia nos han enseñado á creer, Dios es el único que sabrá castigar á los culpables de tanta ignominia, á los autores de tantos desastres, á esa cáfila de degenerados que nos han llevado á la ruina más espantosa y que han abandonado, en lejanas tierras, á unoscuantos miles de españoles.

Algo he dicho en la prensa acerca de esta situación en que se encontraban los prisioneros á principios de Marzo último, demostrando que Aguinaldo es el que únicamente y sin razón alguna interpuso su veto para que no siguieran concediéndose los derechos de

libertad que, según su decreto del 23 de Enero, les correspondían á los empleados civiles y militares enfermos. Y ya dije entonces también, contestando á las cartas que D. Vicente Cuervo publicó en el *Heraldo de Madrid*, que no hay que conceder á los filipinos humanitarismo de ninguna clase, puesto que si existiera, hoy no se encontrarían prisioneros nuestros hermanos, que la guerra con los *yankees* no tiene nada que ver con este asunto, puesto que éstos conceden parlamento siempre que se les pide para que puedan pasar prisioneros españoles á Manila. Si no hubiera casos prácticos que demostraran lo que digo, empezaría por no asegurar nada sobre este punto, pero como me consta, porque fué ante mis ojos puede decirse, cuando se pidió parlamento un día, porque á Aguinaldo le convino que pasaran dos españoles á Manila y fué concedido inmediatamente por los americanos, por eso me indigna que haya quien crea que la guerra entablada impide la salida del cautiverio de nuestros hermanos. Además, también me consta, porque yo he sido uno de ellos; los que hemos tenido ocasión de escaparnos, después de rotas las hostilidades, fuímos muy bien recibidos por los americanos, favoreciendo nuestra fuga. ¡Y esto que venga Agoncillo á desmentirlo!

¡Parece mentira que haya españoles que se dejen *tomar el pelo* por un filipino más ó menos *pilósopo* como Agoncillo! ¡Por eso, para ellos, siempre seguiremos siendo imbéciles!

La guerra *yankee*-filipina seguía su curso natural; todos los días se sostenían acciones de más ó menos importancia, de las que resultaban bajas considerables para ambos bandos: pero los americanos seguían por la parte de la línea férrea en el convento de Calocan y por la parte del río Pasig en Mariquina, sin avanzar un paso; además los cañoneros que guardaban la costa de Malabón casi todos los días bombar-

deaban parte de ella, con objeto de impedir la construcción de trincheras y la colocación de lanchones cargados de piedra que interceptaran el paso del río á la bahía, que eran las ocupaciones predilectas de los filipinos durante aquellos días de calma relativa en las avanzadas.

La parte en donde con más tenacidad seguían las operaciones era la de San Juan del Monte, pues como en aquel punto existía el depósito de agua que abastece de este líquido á los habitantes de Manila, los filipinos varias veces intentaron apoderarse de él, pues no cabe duda que era un medio de sitiar á los americanos, y hasta en alguna ocasión llegaron á hacerse dueños de la maquinaria, pero los americanos recrudecían el fuego, y los indígenas, después de dos ó tres horas consecutivas de tiroteo más ó menos nutrido, volvían á abandonar sus posiciones. Esto daba lugar á que todos los días se desarrollaran acciones de guerra por aquella parte y todas las noches hubiera incendio en aquel barrio. Otro tanto ocurría con el arrabal de Paco, por donde los filipinos en más de una ocasión intentaron entrar en Manila, pues, al parecer, era la línea peor defendida por los *yankees*.

El punto en donde la guerra había adquirido carácter de latente, puede decirse, era la vía férrea, en que hubo días de no dispararse un tiro.

Así pasó todo el mes de Marzo, y ya en la última decena de este mes, los americanos creyeron oportuno avanzar de modo decisivo, porque llegaron á ellos noticias de que los filipinos tenían la creencia de que no les sería posible á los *yankees* llegar á Malolos, y quisieron demostrarles que podían llegar sin grandes dificultades. Y así fué; organizó el general Ottis las fuerzas de modo que fuera seguro el éxito de la operación, y en un momento dado, protegida como siempre por la artillería, avanzó una división sobre Polo, en donde tenía su cuartel general Antonio Luna,

desde el día en que habían tomado Caloocan; empezó el bombardeo sobre Tinajeros, barrio próximo á aquel punto, y aquello fué una verdadera *débacle;* los filipinos retrocedieron ante las granadas *yankees* y el ímpetu de los soldados; y en su huída, abandonaron municiones, fusiles, cañones; todo lo cual cayó en poder de las tropas americanas.

Y ocupado Polo, que era donde los filipinos tenían sus más importantes trincheras, mucho más fácil les fué á los americanos ocupar los pueblos de Meicauayan, Bocaue y Guiguinto, en cuyo último punto descansaron algunos días para preparar el ataque á la capital de la República filipina, que todos creían sería encarnizado, y aun había españoles en Manila que decían de buena fe, que Malolos no sería tomado por las tropas americanas.

Y después, resultó que se tomó el pueblo sin disparar un tiro, sin combate, puede decirse. Porque desde el Presidente de la República filipina hasta el último soldado indígena, en cuanto cayó en Malolos la primera granada americana, prendieron fuego al pueblo y lo abandonaron, saliendo en dirección de la Pampanga, para ir poco después á establecer su residencia en San Isidro de Nueva-Ecija.

Poco después, las tropas del general Ottis tomaron San Fernando de la Pampanga, Guagua y algunos otros pueblos de la provincia de Bulacán, que fueron abandonados por los filipinos, casi sin oponer resistencia.

Y después, ya saben mis lectores, por la prensa, lo ocurrido. Amenazado San Isidro de Nueva-Ecija de ser ocupado por el ejército *yankee*, Aguinaldo abandonó el pueblo, para ir á fijar su residencia en Cabanatuan, volviendo la guerra á quedar en estado latente, á consecuencia de haberse echado encima la época de las lluvias.

Capítulo XLV

El destacamento de Baler

El día 9 de Junio del corriente año, en *El Nacional*, de Madrid, se publicó un artículo mío acerca de este asunto, del que reproduzco á continuación algunos párrafos.

«Con fecha 2 del actual, dice el general Ríos al ministro de la Guerra:

«Regresó *Uranus* con teniente coronel Aguilar, que estuvo en Baler y convenció filipinos sitiadores embarque destacamento con todos honores guerra; pero teniente Martín, jefe del mismo, negóse en absoluto abandono Baler á pesar mis órdenes y razonamiento jefe de Estado Mayor; personalmente daré cuenta á V. E. de motivos que se cree esto obedece».

«No pensaba hablar de este destacamento, porque tenía la esperanza de que mis temores podrían ser infundados; pero el telegrama del general Ríos ha despertado tal ansiedad en el público por conocer los motivos que existan para que aquel puñado de hombres se nieguen á abandonar Baler; y, por otra parte, las últimas palabras del cablegrama, envuelven tanto misterio para muchos, que no me es posible resistir por más tiempo á la tentación de publicar lo que yo sé del citado destacamento, y de adelantar, por medio

de *El Nacional*, lo que el general Ríos piensa decir personalmente al ministro de la Guerra. Porque los términos en que está concebido el telegrama me hacen comprender que lo que el ministro oirá de labios del capitán general de Filipinas, será lo mismo, en esencia, que lo que yo adelanto en estas cuartillas.

Los que se defienden en Baler, no lo hacen porque sean «locos de remate», como ha dicho el ministro de la Guerra, ni tampoco, y esto es lo sensible, por querer sacrificar sus vidas en holocausto de la Patria, cerrando nuestra Historia del siglo XIX con una página gloriosa y atenuando así, si es que cabe atenuante en nuestros desastres últimos, la desgraciada etapa porque acaba de atravesar España. No; la resistencia que opone el teniente Martín á abandonar el convento del pueblo donde se defiende, entraña mucha más gravedad de la que se cree, puesto que acaso constituya una página sangrienta en los anales de nuestra dominación en Filipinas.

Antes, no hubiera sido yo quien descorriese el velo del misterio que envolvía este asunto: hoy, después de haber fracasado en su comisión el capitán Olmedo en Febrero último, y el teniente coronel Aguilar hace pocos días, se hace preciso, si no asegurar lo que ocurre, por lo menos apròntar todos los datos posibles para formar idea de lo ocurrido y de la suerte que espera á los que se obstinan en no obedecer órdenes emanadas de los altos poderes del Estado.

Y como en todo lo que atañe al Archipiélago durante nuestra dominación, va imprescindiblemente ligada la obra de las órdenes religiosas, de este asunto, como no podía menos de suceder, el protagonista es el fraile del pueblo.

Este, como ocurría con los de la mayor parte de los pueblos de Filipinas, era odiado por el vecindario, hasta el punto de que poco antes de la *célebre* paz de Biaknabató, fué secuestrado, y gracias á un rasgo de

benevolencia de Aguinaldo, no se le fusiló, como querían los de Baler, quedando en libertad al firmarse el Tratado que, en tan mala hora, solucionó el asunto de la campaña de Cavite.

El fraile, cuyo nombre no hace al caso, volvió á su pueblo de Baler al firmarse la paz, y al poco tiempo fué substituído el capitán Roldán, que mandaba el destacamento, por el capitán De las Morenas, á quien los del pueblo pusieron en antecedentes de lo que era el fraile y de las costumbres que observaba con ellos.

Yo no sé lo que le contarían al pundonoroso capitán los vecinos de Baler; pero lo que sé es que, desde aquel momento, procuró separarse en cuanto pudo, de tener relaciones directas con el fraile, atendiendo únicamente al cumplimiento de su deber. Y, en cambio, el teniente Martín, hoy jefe del destacamento, era el íntimo amigo del fraile.

Y así siguieron las cosas: el pueblo odiando al fraile y reconociendo las cualidades de honradez y de valor del capitán De las Morenas; éste, en unión del médico del destacamento, Sr. Vigil Quiñones, procurando en lo posible no alternar con el fraile, y éste, conquistando la voluntad del teniente Martín, quien creía, al parecer, conveniente admitir las marrullerías del Padre, hasta que vino el levantamiento general del país, y el capitán De las Morenas se dispuso á defenderse de los ataques de los revolucionarios, fortificándose en el convento.

Hasta aquí lo seguro, lo exacto, lo que saben todos, ó la mayoría de los que han vivido en la provincia de Nueva Ecija, en aquella fecha.

Con estos antecedentes, lo que ocurrió después, si no afirmarlo de modo positivo, porque para esto era preciso entrar en el destacamento, por lo menos cabe suponerlo.

Hay que advertir, ante todo, que el convento de Baler es una fortaleza inexpugnable, como no sea con

cañones de gran calibre, que los filipinos no poseen, y aunque los poseyeran, no podrían atravesar con ellos el monte Caraballo, y, por lo tanto, seríales imposible transportarlos á Baler.

Atendiendo á estas circunstancias, y á que en el destacamento tenían un depósito enorme de víveres. que ocupaba toda la nave central de la iglesia, al ocurrir los últimos sucesos, es lógico suponer que el capitán De las Morenas no haya pensado en rendirse, hasta que firmada la paz entre España y los Estados Unidos, y terminadas las conferencias de París, se hallara convencido hasta la evidencia, que la soberanía de España en el Archipiélago había terminado, y, por consiguiente, que el defender Baler entonces era defender un territorio extranjero.

Y cabe suponer también que haya llegado un día en que el capitán, reuniendo á los oficiales y al cura del pueblo, propusiera el deponer las armas, en vista de que no defendían nada propio, ni resultaba siquiera honroso para ellos el defender una posesión de los norteamericanos.

Y de aquella reunión sobrevino la catástrofe. El fraile se habrá opuesto á la rendición, porque sabía que abogar por deponer las armas era abogar por su muerte; el teniente Martín, por la influencia que sobre él ejercía el fraile, fué de la misma opinión que éste, y la fuerza del destacamento bien pudiera ocurrir que estuviera dominada por el fraile y el teniente Martín; y el capitán De las Morenas se encontró solo con el médico Sr. Vigil Quiñones para defender su teoría, que era la verdadera, pero cuyos argumentos no convencieron á nadie; en todo caso, sirvieron para exacerbar los ánimos del padre y del teniente Martín en contra del jefe del destacamento, dando lugar, probablemente, á que el asunto se solucionara de cualquiera de los dos modos siguientes: ó bien maniatando al capitán y encerrándole por loco en una de

las habitaciones del convento, ó bien, y esto me resisto á creerlo, sucumbiendo el Sr. De las Moreras vilmente asesinado.

. . . .

Después, todos sabemos lo ocurrido; á fines de Febrero fué á Baler el capitán Olmedo, íntimo amigo desde su infancia del capitán De las Morenas, comisionado por el general Ríos y con orden de éste para que, en vista de que había cesado en Filipinas la soberanía española, depusieran las armas y abandonaran el pueblo, debiendo entrar en Manila con todos los honores de la guerra.

A su vuelta de Baler, yo hablé en Malolos con el capitán Olmedo, y éste me dijo que después de esperar cinco días inútilmente, no había conseguido ver al capitán De las Morenas, ni siquiera que el teniente Martín le dijera las causas á que obedecía el que aquél no se presentara, reconociéndole como reconoció el oficial, al emisario. A éste le dijo ya entonces un soldado que saltó la trinchera del convento para recoger la orden que llevaba el capitán Olmedo, que el teniente Martín era el jefe del destacamento, y que el capitán De las Morenas no podía salir; ahora vemos confirmado esto mismo por el telegrama del general Ríos.

El teniente Martín se ha convertido, al parecer, en jefe y dueño del destacamento, y al mismo tiempo no se justifica que el capitán haya muerto en acción ni de enfermedad, porque en cualquiera de estos casos no tendrían inconveniente en declararlo.

Las sospechas, en mi concepto, no pueden ser más fundadas. Pero al propio tiempo, yo creo que no se debe dejar morir esos soldados antes de descubrir la verdad de lo ocurrido en el convento de Baler. El enigma conviene aclararlo á toda costa, y en mi sentir, es fácil».

. . . .

Después de publicado el anterior artículo en *El Nacional*, un cablegrama del General Jaramillo al Gobierno, y otro del Presidente del Casino Español de Manila, al *Heraldo de Madrid*, dieron cuenta á la opinión pública que el destacamento de Baler se había rendido con todos los honores de la guerra, si bien durante el sitio de 337 días, habían fallecido á consecuencia de una epidemia de beri-beri, el capitán De las Morenas, el teniente Alonso y 18 soldados del destacamento.

Del concepto que me merecieron las noticias del General Jaramillo y del Presidente del Casino Español de Manila, se enterará el lector por lo siguiente, publicado por mí, también en *El Nacional*, el día 16 de Julio último, bajo el título de *El misterio de Baler:*

« A mediados de Junio publicó *El Naciónal* un artículo mío en el que, hipotéticamente sí, pero apoyado en datos y antecedentes de verdadera importancia, creía poder anticipar á los lectores de este periódico lo que el General Ríos diría á su llegada á España al Ministro de la Guerra, respecto del destacamento de Baler.

» Entonces juzgué un deber de conciencia decir lo que sabía á propósito de aquel puñado de hombres que seguían combatiendo á pesar de haber cesado la soberanía española en el Archipiélago filipino. Hoy me creo también en el deber, no de rectificar, sino de explicar por qué no rectifico.

» En primer lugar, los cablegramas del General Jaramillo y del Presidente del Casino Español se hallan en oposición marcada con lo manifestado por el General Ríos. En el cablegrama de Jaramillo se asegura que el capitán De las Morenas, el teniente Alonso y **18** soldados del destacamento, fallecieron á consecuencia de una EPIDEMIA DE BERI-BERI que se desarrolló durante el sitio.

» Y aunque no es este lugar apropiado, ni momento

oportuno de discutirlo, diré que el *beri-beri* no puede desarrollarse jamás en forma de epidemia, porque no es contagioso: es una enfermedad propia del país, de curso siempre largo, muy parecido al de la *nefritis albuminosa*, ó *enfermedad de Bright*. Y basta con esto para comprender que lo de la epidemia de *beri-beri* es una fábula muy mal urdida.

» Muchos dirán que no es patriótico poner en tela de juicio la heroicidad de aquellos soldados; en mi modo de ver las cosas, creo que lo que resulta antipatriótico es presentar como héroes á un puñado de hombres que, mientras no demuestren lo contrario, pero con datos y argumentos que no den lugar á dudas, se encontrarán envueltos en la nefanda sombra de un crimen de lo más repugnante que registrará la historia. Esto quiere decir que seguimos siendo impresionistas hasta el punto de no querer ver nunca la realidad de las cosas.

» La prensa ya ha señalado la contradicción inexplicable que existe entre no haber admitido á parlamento al emisario del General Ríos el día 1.º de Junio y haberse rendido *por falta de víveres*, según Jaramillo, al día siguiente.

» Yo no tengo, pues, que agregar una palabra más á lo dicho ya en mi primer artículo de *El Nacional*. Si son inocentes, ellos se cuidarán de demostrarlo al mundo entero.

» Lo que sí sería doloroso es que no se tomara el Gobierno verdadero interés por comprobar la inocencia, ó la culpabilidad del destacamento de Baler.

» Y dejemos el llamarles héroes para entonces. — Barcelona, 13-7-99.—*Carlos Ría-Baja*.»

Ahora, esperemos con calma el fallo, sin impresionismos ni exaltaciones, que no conducen á nada práctico. El tiempo se encargará de demostrar lo que ha ocurrido en aquel rincón de Filipinas en los 337 dias de sitio.

Y basta.

Capítulo último

Lo que dice el Dictador. — Dos noticias

Daba por terminado mi trabajo, y hubiera pasado sin más dilaciones, ni otro capítulo al epílogo, si no hubiera llegado á mis manos la última proclama de Aguinaldo, que supongo desearán conocer mis lectores y que me da pie para decir algo acerca del estado en que se encuentra la guerra filipino-americana y de la manera probable como terminará el conflicto.

La prensa de todos matices ha dicho, últimamente, refiriéndose á la proclama que va á continuación, que Aguinaldo sigue mostrándose enérgico y decidido á conseguir la independencia de su país á toda costa, aun á costa de su propia vida. Y esto, en mi sentir, no puede ni debe decirse mirando imparcialmente las cosas, sin los prejuicios en que con tanta frecuencia viene incurriendo la opinión desde que perdimos el Archipiélago, y comparando de modo imparcial y justiciero esta última proclama del Dictador filipino con la que va en el Capítulo XLII de este libro.

He aquí lo que ha dicho Aguinaldo en Tarlac el día 11 de Julio del corriente año, primer aniversario de la Independencia de Filipinas (1):

---

(1) Esto de la «Independencia de Filipinas», es, según Aguinaldo, porque yo, hasta ahora, no la he visto por ningnna parte. (N. del A.)

« Filipinas: Hija querida del ardiente sol de los trópicos, encomendada por la Providencia al cuidado de la noble España, no seas ingrata á la memoria de la que te dió su propia cultura y la que te abrió el camino de la civilización. Es verdad que ella pensó ahogar tus aspiraciones de independencia como una madre amante se opone á la separación definitiva de la hija de su alma: esto sólo prueba el exceso de cariño que España sentía por tí...

Filipinas: Flor delicada de Oriente, separada hace ocho meses escasos del regazo maternal, te has atrevido á desafiar á una nación grande y poderosa como los Estados Unidos, después de organizar y disciplinar, con tus escasos medios, tu pequeño ejército...

No seremos esclavos de nadie, ni nos dejaremos engañar por palabras vanas.

Continuemos defendiendo nuestra patria hasta asegurar su independencia. Veremos, al fin, á la gran nación americana, reconocer nuestros derechos.

Aquella doctrina del gran Monroe, de « América para los americanos », no se ha olvidado. Inspirados en ella, afirmamos que « las Filipinas son para los filipinos ».

Algunos Estados de la Unión americana están decididamente á favor nuestro.

Con especialidad, el partido democrático está convencido de que ambos, vencidos y vencedores, han de perder muchas y muy preciosas vidas.

Mucha gente del pueblo y muchos estadistas censuran á Mac Kinley por inhumano y por haber mandado á sus representantes militares en Manila que lleven á sangre y fuego las operaciones contra nosotros.

Quieren ponernos á prueba; quieren ver si borramos de nuestra bandera el color rojo, que significa valor, heroísmo y martirio. No lamentamos la lucha con los americanos. A despecho de sus propósitos manifiestos, están la mayoría de ellos convencidos que

luchamos por la justicia y por el derecho, y que la autonomía es una farsa que serviría sólo para salvar ciertas riquezas acumuladas.

Nunca hemos ocultado nuestras aspiraciones de independencia ni nuestro propósito de luchar hasta el fin para obtenerla. Podíamos haber aceptado la autonomía que América nos ofrece, ¿pero de qué nos hubiera servido, cuando ciframos nuestra ambición en ser independientes, y sólo por las armas podemos librarnos de la soberanía de los americanos?

Sé que la intención de los autonomistas es usar la traición y el engaño. Nosotros no admitimos esos procedimientos; no queremos aceptar la autonomía para ser luego traidores. Deseamos mostrar nuestras aspiraciones con franqueza y sinceridad.

Evitemos el ejemplo de esos paisanos nuestros que, partidarios antes del antiguo régimen, han aceptado la autonomía.

Persistamos en nuestra actitud, identificada con las legítimas y nobles aspiraciones del pueblo, que á toda costa quiere preservar su honor nacional limpio y puro como el cristal.

Dentro de poco no quedará un solo autonomista, porque los que ahora lo son buscan sólo acumular nuevas riquezas ó conservar las suyas, amenazadas por los riesgos de la guerra.

¡Filipinos, seamos constantes! ¡Viva la independencia! ¡Viva la unión de los filipinos! ¡Viva el ejército libertador!».

Dígase lo que se quiera, la proclama anteriormente transcrita, viene á ser, á mi modo de ver, una especie de *Yo pecador, me confieso...* de Aguinaldo. Porque ese amor de que ahora hace alarde hacia la ex madre patria, esa especie de oda en prosa, digna de ser firmada por cualquier principiante de literato, resulta muy romántica y además muy cursi, digna del *sin par* Paterno, probablemente autor de la Proclama. Y

además lo que otros juzgan energía, yo lo juzgo debilidad, quizá miedo; pues para mostrarse enérgico no necesitaba haber recurrido á esos argumentos de amor á España, á la «madre amante».

Si todo ese cariño á España fuera real, nuestros pobres hermanos, ha tiempo que se hallarían entre nosotros, porque Aguinaldo, dando una prueba de agradecimiento á nuestra nación y de conmiseración de los prisioneros, los hubiera restituído á sus hogares. Lo he dicho muchas veces: no hay que fiarse de los sentimientos humanitarios de ex gobernadorcillo de Cavite Viejo.

El día 5 de Febrero demostró Aguinaldo mayores energías, más bríos y más decisión para emprender la guerra contra los *yankees*; entonces, puso de manifiesto una inexperiencia tremenda para resolver conflictos internacionales, pero su proclama era enérgica, y estaba redactada con entereza, sin vacilaciones, ni dudas de ninguna clase.

En la que dió el día 11 de Julio, no se observa nada de esto: esa misma protesta que hace de la autonomía, pone en evidencia que si el Gobierno Norteamericano implantara en el Archipiélago una suerte de Gobierno autonómico amplio, concediendo á los filipinos derechos de los que no han gozado nunca, Aguinaldo, á la larga, aceptaría sin rodeos ni reparos.

Y este fin ha de tener en mi concepto la guerra en cuestión.

Por poco amor patrio y dignidad que tenga el Ejército americano, no cabe duda alguna que la guerra que hoy sostiene con el ejército revolucionario de Filipinas terminará con la rendición de los filipinos, después de aceptar las condiciones que los *yankees* les impongan. Esto, suponiendo que no termine de otro modo peor para Aguinaldo y sus secuaces. Que todo cabe en lo posible.

Y no hablo así, porque yo simpatice con los *yan-*

kees. Por lo contrario, los detesto con toda mi alma, y creo más: que su ejército no puede hacerse simpático á nadie que le conozca, porque en mi sentir, no es otra cosa que un ejército de bárbaros y de borrachos; pero hay que desengañarse: hoy las guerras no se hacen con el amor patrio y con el valor personal: hoy está demostrado, y de ello tenemos reciente y dolorosa experiencia los españoles, que de dos ejércitos combatientes, resulta vencedor siempre el que posee más y mejor material de guerra.

Y en el caso presente, claro que han de llevar la peor parte los filipinos.

*
* *

A título de curiosidad, y para que mis lectores puedan ver la manera como exageran los filipinos las *victorias* alcanzadas contra el ejército americano, reproduzco á continuación los párrafos más interesantes de una carta que el Comité central de Hon-Kong ha recibido y de la cual fué enviada copia al Comité republicano filipino de Madrid.

La carta es de Emilio Aguinaldo y está fechada en San Miguel de Mayumo (Bulacán). Dice así:

«El pueblo de San Isidro (Nueva Ecija) ha sido abandonado por los americanos al verse vigorosamente atacados por nuestro ejército, que les persiguió sin darles alcance, y se replegaron á San Miguel de Mayumo, donde se vieron nuevamente acometidos; y alcanzados en las afueras de la población, se trabó un reñido combate; y si no hemos conseguido coparles, fué porque, mejor avisados que otras veces, pelearon con toda precaución.

Serían ellos unos 1.599 hombres, y los nuestros 800 soldados al mando del coronel Queri y del teniente coronel Julián del Pilar.

Empezó el combate á las ocho de la mañana, y no terminó sino ya anochecido, las siete de la noche

próximamente, hora en que, después de tanto trabajo, pudieron transponer nuestras líneas en dirección á Baliwag, donde se hallan reconcentrados en gran número.

Nuestras bajas, 30 muertos y 25 heridos; las del enemigo no puedo precisarlas, pero se dice que llevó una ambulancia de 19 carretas.

El enemigo, en su huída, nos dejó 50,000 cartuchos, víveres y laterías, seis caballos y algunos fusiles.

Estoy preparando un plan en este mismo sitio (Baliwag) ó en Kandaba (Pampanga).

En la acción de Bocawe (Bulacán) del 10 de Abril, tuvieron los americanos 500 bajas próximamente; hemos recuperado el pueblo y cogido 100,000 municiones y laterías de víveres, retiradas las cuales, dejamos el sitio al enemigo, que volvió con refuerzos, y no habiendo encontrado un solo hombre en la población, la incendiaron, así como Marilao, Bigáa y Santa María, que fueron también incendiados por ellos.

Tuvimos 100 bajas entre muertos y heridos.

En todas estas acciones llevamos la ofensiva; pero en la de Quingua estuvimos á la defensiva, habiendo sufrido ellos unas 500 bajas lo menos.

En Kalumpit, Pulilan y Santo Tomás, 1,800, y esto sin contar las que no recuerdo.

Resumiendo: desde el 4 de Febrero, en que empezaron las hostilidades, hasta esta fecha, 24 de Mayo, han tenido los americanos 12,000 bajas, poco más ó menos, mientras nosotros sólo hemos perdido 1,000 hombres, lo más.

Nuestra línea militar en la actualidad hállase por San Ildefonso, Angeles, Guagua y Santa Rita (Pampanga).

En la acción de Baler, de 14 de Abril, hemos preso á 21 americanos con dos oficiales, todos marinos, 12

fusiles, un hermoso cañón de tiro rápido y bastantes municiones.

Deben ustedes decir en la prensa del mundo que no aceptamos de ninguna manera la autonomía, porque no queremos volver á ser esclavos. No tenemos nada que ver con los ricos de Manila, que desean la autonomía del Canadá. Allá ellos.

La Comisión que envié el 20 del actual á Manila no tenía otro objetivo que pedir la suspensión de hostilidades y la independencia de Filipinas, si la creían oportuna.

Por eso deben ustedes cuidar, en la prensa y en la diplomacia, de no extremar las notas mortificantes para el amor propio nacional de los Estados Unidos, que puede dificultar una próxima solución de paz favorable á nuestros ideales.

Limítense á emplear en sus campañas una política de pura verdad y de justicia, sin apasionamientos molestos indicando más bien lo bochornoso que es para una gran nación como América el estar peleando con un pueblo naciente que no defiende más que lo suyo, lo mismo que ella defendiera hace ciento veintitrés años la independencia patria.—*Emilio Aguinaldo.*»

Para el que lea entre líneas, los dos últimos párrafos de esta carta, no tienen desperdicio. Porque no se compaginan bien tantas *victorias* y tantas *energías*, para venir luego á decir que no se deben «extremar las notas mortificantes para el amor propio nacional de los Estados Unidos» por temor á que dificulten la paz.

Si Filipinas tiene la seguridad de conseguir la independencia, ¿á qué estos temores? Y si no la tiene, ¿á qué tanta mentira?

Aquí sí cabe aquello de «si votos, ¿para qué rejas? si rejas, ¿para qué votos?»

* * *

Y dos noticias para terminar.

Parece que es un hecho el asesinato del titulado General en Jefe del ejército revolucionario, Antonio Luna, y según una carta de Manila, publicada por un diario madrileño de gran circulación, se ha pasado á las filas filipinas el teniente de artillería Sr. Badell, que se había batido en Cavite contra los insurrectos heroicamente, por lo que le habían sido concedidas valiosas recompensas.

El primero es un muerto (D. E. P.)

El segundo es un traidor á la patria y no merece más que odio y maldición de sus compatriotas.

Y para terminar...

Llego al final de estas páginas de dolor con hondo sentimiento, con pesar profundo. Empezado este mi trabajo, allá, cuando me encontraba prisionero de los insurrectos filipinos, continuado en Manila, después de verme libre de las garras de aquellos miserables, que vienen á ser como la personificación de la hiena, por su astucia y por su traición, y terminado aquí, ya entre los míos, después de abrazar á los seres queridos que lloraban mi ausencia y mis amarguras, á mis amigos del alma, á mis compañeros de profesión; creí, mientras completaba estos datos, estas memorias de mi vida en el cautiverio, poder hablar en estas últimas páginas, de la libertad de nuestros hermanos; creí, en vano, que ésta sería un hecho al finalizar mi obra, que es para ellos; creí, en fin, que los pesimismos míos que declaro en el prólogo, se convertirían en optimismos, en frases de gozo, en pensamientos de alegría, pero desgraciadamente no es así; más aún: yo creo con todo el dolor de mi alma que los que yo dejé en Marzo último, macilentos, escuálidos muchos de ellos, con las señales evidentes de próxima anemia ó causando

estragos en sus debilitados organismos el germen palúdico, sin recursos todos, abocados á perecer si la situación se prolongaba, seguirán hoy, en mucho peores condiciones que antes; y que si alguien no intercede por ellos de modo que no haya lugar á negativa por parte de Aguinaldo, sucumbirán á las enfermedades propias del clima en que viven, las que encontrarán terreno abonado en que desarrollarse con todo su mortífero vigor, en la deficiente alimentación, en las condiciones de alojamiento, que han de ser pésimas á todas luces, en la atmósfera insana que respiren, en la poca limpieza de que forzosamente tiene que ir acompañada la situación en que se hallan, en los guiñapos de lo que un dia fué traje de rayadillo, con que cubrirán sus carnes flácidas y escasas.

Por eso digo antes que llego al final de estas páginas de dolor, con hondo sentimiento, con pesar profundo. ¡Ah! no podéis imaginaros, mis queridos lectores, el efecto desastroso que me produjo el entrar en España y ver que mientras las familias de los que lloran aquí la ausencia del cautivo, se reunían para visitar al Presidente del Consejo de Ministros y organizaban *meetings* en las principales capitales; los otros, los de la alta sociedad, esa sociedad imbécil que han dado en llamar aristocracia, organizaban y asistían á carreras de caballos y á corridas de toros de beneficencia, para lucir tal ó cual vestido, ó tal ó cual sombrero de moda; cuando todas las clases, el proletariado y la aristocracia, la clase media y los que viven de sus rentas, debían de congregarse con ese solo fin, con el fin sagrado de conseguir la libertad de los prisioneros de Filipinas.

Es verdad que no hay aristócratas prisioneros, es verdad que los que allí gimen, los que allí sufren los horrores del cautiverio son los infelices que no han tenido 2,000 pesetas para librarse del servicio de las

armas y los que á fuerza de estudios, de privaciones y de peligros, han logrado el derecho de poder llevar estrellas en la bocamanga y las han querido conservar intactas en esta prueba, por que el honor de las armas y el cumplimiento de las ordenanzas, les ha hecho pasar. Pero para un acto de humanidad, para un acto del bien de hermanos, para salvar de una muerte segura á compatriotas nuestros, no debe haber distinción de clases, ni de posiciones, pues en caso de existir aquella distinción, bien podemos asegurar que los sentimientos de humanidad, son mentira. Y por consiguiente, tendríamos forzosamente que venir á caer en la creencia de que en esta sociedad corrompida por los vicios más degradantes, no existe más que ambición, codicia, egoísmo, podredumbre.

Barcelona, 1.° de Julio de 1899.

